

DOMINIC LIEVEN

# Nicolás II



EL ÚLTIMO ZAR

Nicolás II no era un tonto, ni tampoco tan débil como se creía. Los dilemas que se le planteaban a veces resultaban contradictorios y de difícil resolución, porque Rusia no era fácil de gobernar, dada la complejidad de su estructura interna y las complicaciones de la política externa. Es ilusorio pensar que con sólo ponerse un sombrero de copa y convertirse en un monarca constitucional, Nicolás podría haber preservado su dinastía y su imperio.

Este libro, fruto de los quince años que Dominic Lieven dedicó al estudio de la Rusia imperial —cuya investigación lo llevó a consultar archivos y fuentes en todo el mundo—, ofrece una novedosa visión del zar, y describe el colapso del antiguo régimen y los orígenes de la Rusia bolchevique de

*(Continúa en la solapa posterior)*

**DISCARD**





# Nicolás II



DOMINIC LIEVEN

# Nicolás II

EL ÚLTIMO ZAR

Traducción de  
Gabriela Ventureira

Lieven, Dominic

Nicolás II - 1a. ed. - Buenos Aires : El Ateneo, 2006.

384 p. ; 23x15 cm.

Traducido por: Gabriela Ventureira

ISBN 950-02-5936-2

1. Nicolás II-Zar de Rusia. 2. Nicolás II-Biografía.

I. Gabriela Ventureira, trad. II. Título

CDD 923.1

Título original: Nicholas II: Emperor of all the Russias

Traductor: Gabriela Ventureira

© Dominic Lieven 1993

Derechos mundiales de edición en castellano

© 2006, Grupo ILHSA S.A.

para su sello Editorial El Ateneo

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: mayo de 2006

ISBN-10: 950-02-5936-2

ISBN- 13: 978-950-02-5936-1

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial El Ateneo

Diseño de interiores: Mónica Deleis

Impreso en Verlap S.A.

Comandante Spurr 653, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en el mes de mayo de 2006.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

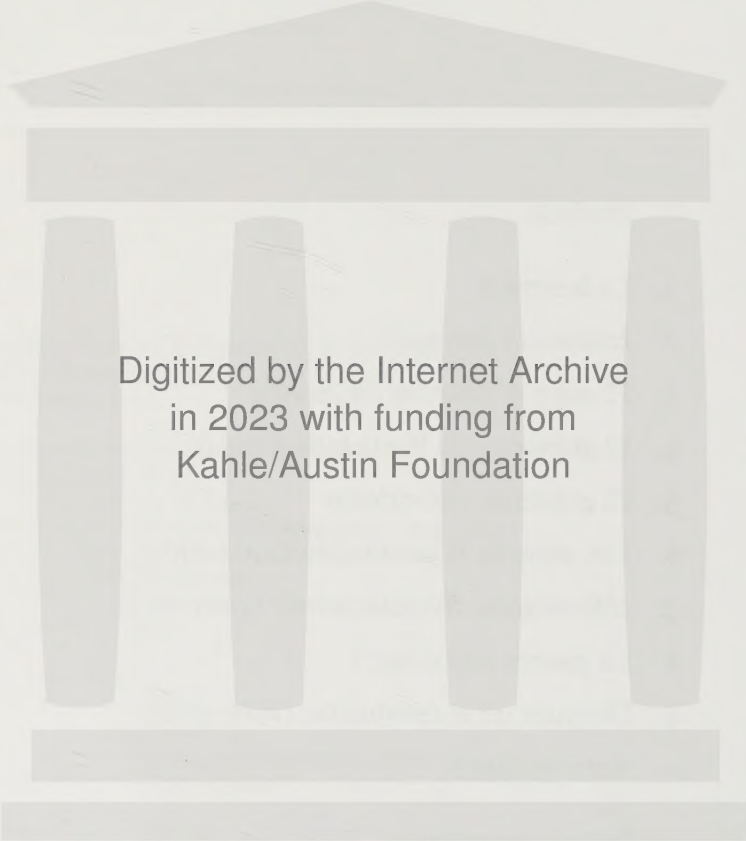
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



## ÍNDICE

Prefacio	9
1. La herencia	15
2. Infancia y juventud	45
3. El zar y el hombre de familia	75
4. El gobierno de Rusia (1894-1904)	107
5. El gobierno autocrático	153
6. Los años de la revolución (1904-1907)	193
7. ¿Monarquía constitucional? (1907-1914)	233
8. La guerra (1914-1917)	291
9. Después de la revolución (1917-1918)	333
10. Antes y ahora	351
Índice onomástico	373



Digitized by the Internet Archive  
in 2023 with funding from  
Kahle/Austin Foundation

## PREFACIO

**E**n los últimos años, se han escrito numerosas biografías de Nicolás II. ¿Por qué es importante, entonces, agregar otra a la serie? La respuesta es simple: los objetivos de este libro son muy diferentes de los de mis predecesores, que concentraron su atención en Nicolás como hombre de familia, padre de un heredero hemofílico, protector de Rasputin o víctima de la tragedia de Ekaterinburgo, en julio de 1918. Algunos de estos libros han cumplido admirablemente con la tarea estipulada por sus autores. La obra de Robert Massie, *Nicolás y Alejandra* (Londres, 1968), es un estudio conmovedor acerca del matrimonio de Nicolás y Alejandra, sobre todo como padres de un hijo aquejado de hemofilia. En *El último zar* (Londres y Nueva York, 1992) Edvard Radzinsky descubre documentos nuevos y fascinantes sobre el asesinato de la familia imperial. Ni Massie ni Radzinsky pretendieron escribir un estudio completo sobre la figura de Nicolás, que enfocara a un mismo tiempo al hombre y al emperador, político y jefe de gobierno, lo cual es, justamente, el objetivo de este libro.

El equivalente más próximo a *Nicolás II, Emperador de todas las Rusias*, es el trabajo de Andrew Verter, *The Crisis of Russian Autocracy*, publicado en 1990. Tal como lo indica el subtítulo, *Nicholas and the 1905 Revolution*, el tema del que se ocupa Verner es más acotado, aunque su trabajo no deja de ser un estudio interesante e inteligente, que incluye materiales útiles extraídos de los archivos soviéticos. Pero aparte de su alcance limitado, tanto las premisas de Verner como sus conclusiones son muy diferentes de las mías.

Esta obra parte del supuesto básico de que es importante presentar al público un punto de vista de la vida y del reinado de Nicolás muy distinto del que predomina en Occidente o en la Rusia soviética. Pero decir que simpatizamos en mayor medida que los demás con el último monarca ruso no significa que intentemos “blanquear” a Nicolás II o de negar que, por personalidad y temperamento, no era el hombre indicado para desempeñar la tarea que el destino le encomendó, y menos aún absolver al último emperador Romanov de la responsabilidad de los numerosos e importantes errores cometidos durante su reinado. Lo que sí intento hacer es enfrentarme a la trivialización de Nicolás y su régimen, y cuestionar la irreflexiva imposición tanto del liberalismo occidental como de los presupuestos y valores socialistas sobre la historia de la Rusia imperial tardía.

Este estudio se ocupa tanto del régimen como del hombre; procura comprender la personalidad de Nicolás, pero también el sistema de gobierno que presidió y el imperio en el cual le tocó reinar. En las últimas décadas del imperio, la sociedad rusa era fascinante y dinámica, aunque de ningún modo feliz. Por ello, si no se comprenden los problemas y el contexto político en que operaba Nicolás II, sus ideas y acciones están condenadas a resultar incomprensibles, triviales y absurdas para el observador occidental. De hecho, tienen más sentido y lógica de lo que habitualmente se supone.

Uno de nuestros propósitos fundamentales es explicar cuán difíciles y contradictorios eran los problemas que afrontaban los dirigentes rusos en esa época. Otro es ilustrar cómo funcionaba realmente el gobierno de Rusia y, al mismo tiempo, mostrar cuáles eran los límites del poder de un zar y por qué a Nicolás II le resultó tan difícil ejercer ese poder con eficacia. A lo largo del texto procuré establecer comparaciones entre Nicolás II y la monarquía rusa, por un lado, y los monarcas y sistemas monárquicos de gobierno en otras partes del mundo durante los siglos XIX y XX, por el otro. Al igual que la historia de cualquier otra nación, la de Rusia se esclarece al compararla con otras naciones. Es posible comprender mejor la personalidad, los dilemas y las opciones de Nicolás II, observando, por ejemplo, la Alemania, el Japón o el Irán imperiales. Sin embargo, si bien esas equiparaciones rara vez proporcio-



nan respuestas definitivas a las preguntas sobre la personalidad o el reinado de Nicolás, pueden poner en tela de juicio ciertos presupuestos, abrir nuevas perspectivas o, simplemente, movilizar a los historiadores encerrados en los debates tradicionales sobre la historia de una nación específica, u obsesionados por cuestiones o enfoques en apariencia “pertinentes” para los académicos de su generación. Considerar desde un punto de vista comparativo, los hechos principales del reinado de Nicolás –el *affaire* Rasputin, por ejemplo– es el método que he utilizado para recusar algunas de las opiniones convencionales sobre el último zar de Rusia y su régimen. Incluso el territorio más trillado se ve diferente cuando se lo observa desde un globo aerostático y no, por así decirlo, desde lo alto de la conocida colina nacional. En rigor, la única manera de decir algo genuinamente interesante y novedoso acerca del papel político desempeñado por Nicolás consiste, a mi juicio, en recurrir con frecuencia a un abordaje comparativo.

En los últimos años, Rusia siempre ha sido noticia. El régimen soviético, al parecer inamovible, se ha desintegrado en tiempos de paz debido a una crisis que duró sólo unos pocos años. La era soviética vino y se fue en el transcurso de una vida humana. Habiendo dedicado gran parte de la última década a enseñar y estudiar la política soviética contemporánea, el paralelismo entre la decadencia y caída de los regímenes imperial y soviético siempre me ha llamado poderosamente la atención. El último capítulo del libro está dedicado, en parte, a establecer esos paralelismos y a juzgar su validez y utilidad. Por lo demás, he procurado interpretar tanto los acontecimientos contemporáneos como los del reinado de Nicolás II dentro del contexto global de la historia rusa.

Esta obra fue escrita por alguien que pasó casi toda su carrera académica hurgando en bibliotecas y archivos con la finalidad de comprender la historia de la Rusia imperial tardía. No obstante, durante los últimos años, he sumado a esa tarea la de explicar a los estudiantes y, en principio por medio de la prensa, a un desconcertado público, los acontecimientos que rodearon el colapso del comunismo soviético. Liberado del acosador sistema universitario británico en los últimos meses, he podido hacer una pausa y darme el lujo de reflexionar sobre temas en apariencia desvinculados de la historia de Rusia

o de la caída del régimen soviético. Este libro, redactado en uno de los rincones más apacibles de Tokio, no es sino el producto de esos meses de merecido descanso.

Ciertamente, nunca lo hubiera escrito sin el estímulo de mi esposa o sin el respaldo que me brindó su país. Deseo expresar mi especial agradecimiento a Caroline Knox, Grant McIntyre, Gail Pirkis y a mi editor británico, John Murray, así como también al señor Tsuneo Taguchi y a mi editor japonés, Nihon Keizai Shimbun. Agradezco, asimismo, el apoyo que recibí del Hambros Bank (Londres), de IDS International (Minneapolis), de la Fair Foundation (Tokio), del gobierno de Japón (Ministerio de Economía) y de Kampo (Tokio). Los profesores K. Hirano y K. Nakai, junto con el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Tokio, me proporcionaron una oficina, además de asistirme en otros aspectos. Estoy en deuda con el personal de las numerosas bibliotecas de la Universidad de Tokio y con el de la Widener Library de la Universidad de Harvard por el trato cordial y la ayuda que me dispensaron. El doctor Michael Hughes, que fue profesor en la Escuela de Economía de Londres y en la actualidad enseña en la Universidad Brunel, ha sido un aliado invaluable y ha colaborado tanto en esta investigación como en otros proyectos. El director de la Escuela de Economía de Londres, doctor John Ashworth, tuvo la generosidad de permitirme escapar a Japón, y el profesor Gordon Smith, además de sus preocupaciones como coordinador del Departamento de Ciencias Políticas, debió sumar a sus muchas tareas la de ocuparse de buscar a alguien que me reemplazara. Claire Wilkinson, Ros Tucker y Vanessa Sulch se encargaron de tipiar el manuscrito. Y gracias al inventor del fax pude perseguir y explotar a mi secretaria, Marion Osborne, desde Tokio, casi en la misma medida como lo he hecho siempre en Londres.

Por último, pero no por ello menos importante, les doy las gracias a los otros historiadores de la Rusia imperial, cuya sabiduría y erudición influyeron considerablemente en la escritura de estas páginas. Habiendo trabajado en este campo durante quince años, una bibliografía general donde figurase cada libro o artículo que leí sobre el tema habría sido más extensa que el texto mismo. Todas las fechas que

aparecen en el libro corresponden al calendario occidental, doce días adelantado con respecto al calendario ruso del siglo XIX y trece días con respecto al del siglo XX.





## La herencia

**N**icolás Romanov, el último de los emperadores rusos, nació el 18 de mayo de 1868. Como hijo mayor del heredero del trono de Rusia, su destino estaba marcado desde el momento de su nacimiento. En la década de 1870, sólo dos hombres, entre sus contemporáneos, se enfrentaban a una herencia tan impresionante como la suya: uno era el joven emperador de China, el heredero de la terrible emperatriz madre, que fue asesinado antes de hacerse cargo del gobierno; el otro, el príncipe heredero de Austria, Rodolfo de Habsburgo, que se suicidó con su amante en Mayerling en 1889. Nicolás vivió más que sus pares, pero su destino final no sería más feliz.

El imperio que gobernaría Nicolás II se había forjado a lo largo de muchas centurias. Sus orígenes se remontan al minúsculo principado de Moscú, en el siglo XIII. En esa época, el gobierno de Moscú estaba en manos de una rama menor de la dinastía real rusa, cuyos miembros descendían del jefe vikingo, Rurik, fundador de la casa real en el siglo IX. La sede original de esta dinastía y de la Iglesia ortodoxa se encontraba en Kiev —hoy capital de Ucrania—, donde vivieron los grandes príncipes. Sin embargo, hacia fines del siglo XII su poder había declinado notablemente, la herencia se había fragmentado debido a las divisiones entre los herederos, y las ramas rivales de la familia real estaban en constante conflicto unas con otras. En el siglo XIII, los tártaros destruyeron los principados meridionales y occidentales de Rusia, gobernados por la casa de Rurik. Lo que quedó de ellos en los siguientes doscientos años pasó a formar parte del imperio polaco-lituano, afincado en las zonas fronterizas occidentales.

Ya en el siglo xii había surgido un nuevo centro de poder entre la nieve y los bosques del noreste. A medida que Kiev declinaba, los grandes príncipes de Vladimir –una ciudad fundada en 1108– se convirtieron en los descendientes más poderosos de Rurik. Moscú fue su creación, aunque durante los primeros ciento cincuenta años fue una posesión relativamente menor, gobernada por un joven descendiente de su fundador, el gran príncipe Jorge Dolgoruky de Vladimir. Recién en el siglo xiv Moscú se transformó en la principal potencia del noreste de Rusia, uniendo, con el correr del tiempo, no sólo las posesiones del principado de Vladimir, sino también toda la herencia ruríkida, además de otros territorios. No obstante, en esa época la vida y la política del país se habían modificado notablemente a causa de la invasión de los tártaros, que se apoderaron de Rusia a comienzos del siglo xiii, derrotaron a todos sus príncipes y devastaron sus tierras. Si bien los territorios del sur y del oeste fueron absorbidos luego por Lituania, en el noreste del país los descendientes de Rurik continuaron gobernando principados semiautónomos bajo la soberanía tártara. Durante dos siglos, el noreste sufrió el yugo tártaro, cuya aprobación era la condición *sine qua non* para la supervivencia de cualquier principado ruso. En esta época los príncipes de Moscú cobraron importancia en el noreste del país, con el consentimiento del invasor y, en ocasiones, con su apoyo incondicional. Moscú logró ese privilegio en virtud de una absoluta obediencia, de una diplomacia astuta y de una despiadada recaudación de impuestos, cuyo propósito era garantizar rápidos y generosos subsidios a los kanes tártaros. Por otra parte, Moscú luchó contra sus rivales rusos, sobre todo contra los príncipes de Tver, demostró ser más astuta que ellos y se ganó el apoyo de la Iglesia ortodoxa rusa, que estableció su sede en esa ciudad en el siglo xiv. La Iglesia llegó a considerar a los príncipes moscovitas como los protectores más poderosos de la ortodoxia en ese momento y como potenciales unificadores de los territorios de Rusia y de su rebaño ortodoxo.

El régimen del principado moscovita se caracterizaba por ser militar y despótico. No era feudal en el sentido occidental del término. En la Europa feudal, el rey y sus barones estaban vinculados por un contrato legal, obligatorio para ambas partes. La Carta Magna de Inglaterra

proclamaba los derechos de los barones frente al rey; cuando estos derechos se infringían, la resistencia era legítima. Los antepasados de los parlamentos modernos eran asambleas donde los terratenientes del reino se reunían con el propósito de debatir si el dinero para pagar los impuestos del rey saldría o no de sus propios bolsillos. En Moscovia, ni los contratos ni las propiedades intimidaban a los gobernantes. El poder del príncipe era absoluto. Frente a las políticas asesinas y cada vez más dementes puestas en práctica por Iván el Terrible en el siglo *xvi*, la aristocracia de Moscú carecía de toda protección legal. Y, lo más importante, el liberalismo y la democracia modernos estaban muy poco arraigados en el suelo moscovita.

Cabe decir, no obstante, que el sistema político de Moscú fue sumamente fructífero en lo que se refería a sus propias prioridades. El príncipe, llamado zar desde mediados del siglo *xv*, gobernó Moscú con la ayuda de un pequeño grupo de familias aristocráticas cuyos jefes eran, por lo general, parientes políticos. Las relaciones dentro del grupo reinante se definían de manera tribal, es decir, no por la ley, sino por los contactos personales y los lazos de familia. La política de Moscú se asemejaba, en cierta medida, a la de un Al Capone; para vencer con astucia a las principescas pandillas reales y, además, a los tártaros, era importantísimo que los gobernantes de Moscú permanecieran unidos y que se reconociera la autoridad absoluta del príncipe. La vida no era agradable para el lugarteniente que osaba despertar la ira del jefe. Pero, por otro lado, el principesco jefe no podía gobernar sin la ayuda de sus lugartenientes. La unidad y la crueldad fueron recompensadas con largueza. En seis siglos, el diminuto principado de Moscú se expandió hasta cubrir un sexto de la superficie terrestre. Aunque los aristócratas sufrieron como individuos a manos de los zares de Moscú, los clanes que constituían la aristocracia principal sobrevivieron y fueron, durante siglos, los mayores beneficiarios del poder zarista y de la expansión de Moscú.

Sobre este brillante ejemplo de política de estilo gánster, la Iglesia ortodoxa estampó un sello patriótico y religioso de aprobación, y los historiadores rusos decimonónicos hablaron en términos laudatorios de la unidad, el poder y el destino histórico de Rusia en el mundo. En

un sentido, desde luego, estaban en lo cierto: después de las invasiones tártaras, el noreste constituía la única base viable desde la cual podría surgir un Estado ruso poderoso, ya que en las condiciones en que se hallaba la Rusia medieval del noreste, sólo un déspota despiadado y astuto tenía alguna probabilidad de éxito.

Sin el surgimiento de la monarquía moscovita, ello hubiera sido inconcebible. En Moscú, como en otras partes de la cristiandad medieval, predominaba la idea de que el orden terrenal reflejaba la divina providencia y que la autoridad de los poderes vigentes emanaba de Dios. Para el aristócrata, el sacerdote y el campesino resultaba dificultoso considerar una forma de autoridad política distinta de la de la monarquía. En otras palabras, una poderosa monarquía era la única forma de impedir que las familias aristocráticas rivales desencadenaran la anarquía y la guerra civil.

Esto se puso en evidencia a principios del siglo XVII, durante los llamados Tiempos de Angustias. Cuando la dinastía reinante se extinguió en la década de 1590, los aristócratas aspirantes al trono lucharon entre sí y alentaron la intervención extranjera en los asuntos de Rusia. Reinó la anarquía, las tierras fronterizas quedaron en poder de suecos y polacos y un príncipe polaco fue coronado en Moscú. Una revuelta rusa expulsó a los extranjeros y, en 1613, se eligió a Miguel Romanov como el nuevo zar. Los Romanov no formaban parte del antiguo clan real, descendiente de Rurik, a diferencia de algunas de las grandes familias de la nobleza que atestarían la corte hasta 1917. Pertenecían a una antigua y aristocrática familia de Moscú, de la que provenía la esposa de Iván el Terrible. Durante los tres siglos del reinado de los Romanov, los propagandistas conservadores y nacionalistas se refirieron a los Tiempos de Angustias como una época signada por la anarquía y la humillación nacional, y le recordaron al pueblo que ese era el destino inevitable de una Rusia donde el poder autocrático se debilitaba. A los escépticos les recordaban como ejemplo a la vecina Polonia, el otrora gran imperio hundido por la falta de una monarquía fuerte, capaz de disciplinar a los magnates aristocráticos y de poner fin a la intervención extranjera en los asuntos internos.

Los primeros doscientos años de su reinado constituyeron un período triunfal para los Romanov. Herederos de un país débil situado en



las fronteras de Europa, hacia 1814 lo habían convertido en la potencia militar más formidable del continente. Por cierto, la expansión de Rusia había comenzado antes de que los Romanov ascendieran al trono. En 1613, la conquista de Siberia estaba a punto de completarse e Iván IV ya había puesto fin al poder de los tártaros en el río Volga y abierto la ruta al Mar Caspio un siglo antes de la coronación de Miguel Romanov. Empero, en el siglo XVII la nueva dinastía reconquistó Smolensk, en poder de los polacos, y Rusia comenzó la absorción de Ucrania. Se empujó la frontera cada vez más hacia el sur, a través de la estepa, pese a los invasores tártaros procedentes de Crimea, lo cual proporcionó vastas y fértiles tierras agrícolas donde los rusos del árido noreste podían asentarse. En la siguiente centuria Pedro I (“el Grande”) convirtió a Rusia en la principal potencia de la región báltica y Catalina II derrotó a los ejércitos otomanos y llevó la frontera rusa hasta el Mar Negro. Hacia 1800, con la conquista de Siberia meridional y del Cáucaso ya en marcha, los Romanov habían creado uno de los más formidables imperios expansionistas en la historia del mundo. En 1812, luego de someter a los Hohenzollern y a los Habsburgo, Napoleón invadió Rusia con el propósito de afianzar su dominio, destruyendo la última gran potencia militar independiente del continente. Dos años más tarde, el 31 de marzo de 1814, el emperador Alejandro I desfiló a caballo por los Campos Elíseos de París en calidad de árbitro europeo, seguido por los soberbios regimientos de la Guardia rusa. El imperio de los Romanov se basó en el principio de que cada súbdito debía servir al Estado y a su poder militar. Pedro el Grande proclamó que el monarca mismo era el primer servidor del Estado y que su vida estaba dedicada al cabal desempeño de este rol. Algunos de sus sucesores, en especial Nicolás I, compartieron su devoción y su sentido del deber. La sociedad rusa estaba dividida por ley en un cierto número de “propiedades”, cada una de las cuales era, en gran parte, hereditaria y se definía por el tipo de servicio que llevaba a cabo. Los nobles dominaban el ejército y la alta burocracia. Los siervos campesinos mantenían a la nobleza con su trabajo, pagaban los impuestos del Estado y eran reclutados en sus ejércitos. Los sacerdotes se dedicaban a rezar a Dios y a mantener en alto la moral pública y la lealtad del pueblo a la corona. La población urbana ge-

neró riquezas, comerció, pagó impuestos y ayudó al Estado a gobernar las ciudades.

Hacia principios del siglo XVIII, algunos hombres provenientes de la alta burguesía y un puñado de perfectos desconocidos, gracias a los servicios que prestaron al Estado y al favor imperial, elevaron su condición social uniéndose a la rica aristocracia de la corte. En la década de 1860, la burocracia estatal se estaba convirtiendo en la auténtica clase dirigente de Rusia, en desmedro de los acaudalados y aristocráticos terratenientes. En el siglo XX, las antiguas divisiones en propiedades rurales perdieron sentido ante el rápido desarrollo económico de la Rusia urbana. En el campo, sin embargo, los nobles, los sacerdotes y los campesinos todavía vivían de un modo totalmente distinto y continuaban divididos en su mayoría en grupos sociales hereditarios. Más aún, hasta 1917 las tradicionales categorías legales de “la propiedad” estaban incluidas en el pasaporte de cada súbdito ruso y configuraban la manera en que los rusos conservadores pensaban su sociedad.

El sistema de “propiedades” no fue sino uno de los intentos del gobierno por controlar a la sociedad rusa, convirtiéndola en un mero instrumento del Estado y de sus objetivos. En la historia rusa existió siempre una gran tensión entre un Estado omnívoro que todo lo controla, por una parte, y la libertad que provenía de una extensa y abierta frontera, por la otra. Tradicionalmente, el pueblo fue el recurso más escaso y más valioso del Estado. Si no hubiera sometido al pueblo a un estricto control, al pago de impuestos y al reclutamiento, el Estado nunca habría podido competir con las grandes potencias rivales. Incluso la Rusia europea, sin mencionar a Siberia, era enorme y estaba despoblada: en 1750, Rusia tenía menos habitantes que la Francia de Luis XV. La frontera abierta fue un refugio para los campesinos que huían del Estado y del terrateniente, un área más allá del control del gobierno donde estallaron grandes insurrecciones en los siglos XVII y XVIII. Las planicies vacías, los espesos bosques y las fronteras abiertas de Rusia ayudan a explicar la tradicional obsesión de sus gobernantes por el orden y el control. En efecto, los extranjeros consideraban a menudo que no sólo en la política, sino en la personalidad rusa misma, existía un conflicto incesante entre la libertad anárquica de la frontera abierta y el severo,

autoritario, orden impuesto desde el exterior por el Estado. Si, en definitiva, el Estado siempre parecía ganar, al menos en la esfera política, ello se relacionaba con el hecho de que la frontera rusa era muy diferente de la norteamericana. Incluso la conquista de los bashkires en el sur de Siberia, llevada a cabo en el siglo XVIII, requirió de un gran número de fuerzas militares. Empujar las fronteras rusas contra los suecos, los polacos y los turcos fue una formidable tarea militar. Aun en las fronteras, resultaba imposible evadirse durante mucho tiempo del Estado y sus necesidades, y hasta los cosacos dejaron de ser comunidades que vivían libremente en los límites de Rusia para convertirse en la caballería auxiliar del zar, en baluartes no sólo de la gloria militar del Estado en el exterior, sino también del orden político interno, en extremo autoritario.

Los cuarenta años transcurridos entre la abdicación de Napoleón y la entrada de Rusia en la guerra de Crimea en 1854 fueron un período de estabilidad política y de conservadurismo para el imperio de los Romanov. Los países que ganan las grandes guerras rara vez ponen en tela de juicio los fundamentos de su sociedad y de su gobierno. Nicolás I, que reinó desde 1825 hasta 1855, creía que la servidumbre era inmoral e ineficiente, pero por confiar en la seguridad externa de Rusia y en su estatuto de gran potencia, le faltó la motivación necesaria para arriesgarse a llevar a cabo una reforma radical en su país. El viejo temor a la anarquía del campesinado, en caso de abolir el poder de sus amos, fue agravado por las nuevas preocupaciones que suscitaban las doctrinas revolucionarias francesas, en cuyo nombre los militares radicales (los llamados decembristas) habían intentado un *coup d'état* en los primeros días del reinado de Nicolás. Una reforma gradual, prudente y, en ocasiones, inteligente era el lema del gobierno de Nicolás I. El principal ideólogo del zar fue su ministro de Educación, el conde Sergio Uvarov, que respondió a la consigna francesa de libertad, igualdad y fraternidad, acuñando la trilogía rusa de "ortodoxia, autocracia y nacionalidad". Pero Uvarov no era un reaccionario ciego e irreflexivo; como a muchos de sus contemporáneos, le disgustaban algunos de los valores que sustentaban el desarrollo capitalista en Europa occidental y temía la inestabilidad social y política que ello podría acarrear. Al igual

que muchos estadistas de los países del Tercer Mundo en la época de la posguerra, quería tomar en préstamo las ideas y la tecnología occidentales, pero preservando, en la medida de lo posible, la tradición, la autostima y la cohesión de su propia sociedad. No obstante, la visión de Uvarov de un progreso equilibrado, a partir de una mezcla de los principios rusos y europeos, se hizo añicos en 1854-1856, durante la guerra de Crimea. No sólo los rusos, sino también un gran número de extranjeros consideraban el imperio de Nicolás I como la principal potencia militar de Europa. La derrota en Crimea socavó el prestigio del régimen y la confianza en sí mismos de sus dirigentes. Durante la guerra, los rifles ingleses y franceses habían superado a menudo a la artillería rusa. Además, a los refuerzos rusos les llevaba más tiempo llegar a Crimea a pie desde el centro de Rusia que a las reservas británicas y francesas, que venían de Europa occidental por ferrocarril o por barco. La administración y los servicios médicos se desplomaron a raíz del agotamiento producido por la guerra y, una vez privadas de sus mandos naturales, a las tropas rusas les faltó energía e iniciativa y demostraron ser un blanco fácil para los más versátiles ejércitos aliados. Estos hechos encubrían una cuestión básica: cuando una sociedad preindustrial como la Rusia de Nicolás I se enfrentaba a países más modernos, educados e industrializados como Francia y Gran Bretaña, el resultado de la guerra era indudable. Luego de la contienda, ningún miembro de la clase dirigente –a excepción de unos pocos– podía poner en duda que Rusia tenía que modernizarse rápidamente si deseaba seguir siendo una gran potencia europea. El propio hijo del zar, el gran duque Constantino, comentó que “ya no podemos continuar engañándonos; debemos aceptar que somos más débiles y más pobres que las potencias mundiales de primera línea y, sobre todo, más pobres no sólo en recursos materiales, sino en recursos intelectuales, especialmente en lo que concierne a la administración”.

En 1855, en plena guerra de Crimea, murió Nicolás I y fue sucedido por su hijo, Alejandro II. Durante los sesenta y dos años que separaron a los sucesores de Alejandro II de la caída de la monarquía en 1917, el problema básico que enfrentaron los gobernantes de Rusia continuó siendo el mismo. Por razones tanto internacionales como nacionales,



resultaba evidente que si el imperio iba a sobrevivir, tenía que modernizarse lo antes posible y unirse a las filas del mundo urbano e industrial. Igualmente obvio era el hecho de que una rápida modernización implicaba graves amenazas para la estabilidad política nacional y para la continuidad del régimen. Los gobernantes rusos, al igual que los políticos y las clases dirigentes a lo largo de la historia, se preocupaban, sobre todo, por la propia supervivencia. El dilema fundamental de Alejandro II, Alejandro III y Nicolás I fue la imposibilidad de pasar por alto, o bien las demandas de seguridad militar externa, o bien las de estabilidad política interna, y que estas demandas condujeran a direcciones opuestas. Esto contribuye a explicar por qué las políticas y gobiernos de los tres últimos monarcas Romanov parecían tan a menudo afectados por las crisis y por objetivos contrapuestos.

En líneas generales, cabe decir que el dilema del antiguo régimen ruso era, en ciertos aspectos, similar al que padecieron muchas monarquías del Tercer Mundo a partir de 1945. Por supuesto, Rusia no tenía ni la vasta riqueza ni las minúsculas poblaciones que permitieron a muchas monarquías árabes, al menos por algún tiempo, sobornar a la oposición. Pero las presiones internas en pro de una pronta modernización fueron tan grandes en el Tercer Mundo luego de 1945 como en la antigua Rusia. Un régimen que parecía dudar de la modernización podía perder el favor de la mayoría de los miembros de la sociedad educada y urbana. A la larga, los intentos de aislar un país de las ideas foráneas rara vez dan resultado y destruyen toda esperanza de competitividad económica y militar en la arena internacional. Incluso el régimen soviético, pese a su formidable tecnología industrial y bélica, experimentó al final esta verdad en carne propia. Es más, en el caso de Rusia, las clases educadas y, sobre todo, la aristocracia eran en extremo cosmopolitas, e imponer el aislamiento nacional jamás fue una política viable para el régimen imperial.

La rápida modernización, tanto entonces como ahora, era inevitable. Pero la monarquía que fomentaba los cambios radicales en la sociedad era, en sí misma, una institución en alto grado conservadora, cuya existencia se enraizaba en la idea nada moderna de que el poder y el estatuto en la sociedad emanaban del derecho divino y de la herencia.



Esto se aplica tanto a Nicolás II como a Haile Selassie o al rey Hassan de Marruecos. Las monarquías tradicionales gozaban del apoyo del clero, de la aristocracia y del campesinado. Cuando una sociedad secular se desarrolla, el clero se debilita, y lo mismo ocurre con la aristocracia terrateniente en un mundo cada vez más urbano e industrializado. Los sacerdotes y los aristócratas pueden oponerse a las reformas monárquicas por considerarlas un ataque a sus derechos adquiridos, pero los aristócratas en particular suelen expresar esta oposición en declaraciones de corte liberal y constitucionalista. Después de todo, el liberalismo europeo se origina en la oposición de la aristocracia feudal al poder y a las pretensiones de los monarcas despóticos. Mientras tanto, es posible poner fin a la reverencia que inspira el monarca al campesinado analfabeto, religioso y tradicionalista mediante la difusión de la educación y la exposición al mundo fuera de la aldea.

Al tiempo que la monarquía debilita y fastidia a quienes tradicionalmente la apoyan, sus políticas crean nuevas clases con cuya lealtad no puede contar. Los obreros urbanos e industriales, en particular en la primera fase de industrialización, son mucho menos confiables que los campesinos en lo que atañe a la lealtad monárquica. Y ni hablar de las nuevas clases intelectuales, profesionales y comerciales. El despotismo ilustrado estaba de moda entre los intelectuales en el siglo XVIII. A partir de 1789, ya no lo estuvo. Es probable que en un país pobre y consciente de su atraso las doctrinas radicales y socialistas atraigan más a las nuevas clases medias que a las conservadoras y monárquicas. La actitud de la *intelligentsia* rusa hacia los Romanov fue similar en el Tercer Mundo de la posguerra. Un rey puede temer por el destino de su dinastía cuando observa el crecimiento de esta nueva clase media. Tal vez el soberano comprenda que la única esperanza de supervivencia de la corona reside en abandonar su poder y refugiarse en una versión europea contemporánea de la monarquía constitucional. Pero su país es más pobre y menos estable que aquellos donde reinan los modernos monarcas europeos. Cabe preguntarse entonces si las nuevas fuerzas políticas que ocupen el vacío de poder dejado por el retiro del monarca respetarán y preservarán la dinastía. ¿Podrán crear un gobierno estable y coherente capaz de llevar a cabo el programa de modernización? En un Estado o

imperio compuesto de diferentes pueblos, ¿la desaparición de una monarquía absoluta no provocará la desintegración del propio país? Estas preguntas fueron tan pertinentes para los zares de la Rusia imperial como lo son hoy para muchos gobernantes del mundo en vías de desarrollo. Sin embargo, a diferencia de los dirigentes contemporáneos, los emperadores de Rusia rigieron los destinos de una gran potencia. Al antiguo régimen ruso le resultaba imposible renunciar al club de las grandes potencias. La lucha por unirse a sus filas había sido intensa y costosa: la pertenencia al club era vital para la autoestima de los Romanov y para el prestigio de su reinado en Rusia. Pero aun sin tomar en cuenta estas consideraciones, la dimisión no hubiera sido una opción válida. En el salvaje mundo del imperialismo, las grandes potencias que se debilitaban se iban, sin remedio, a pique. En 1900, algunos de los grandes imperios de antaño estaban al borde de la tumba del sepulcro o incluso dentro de ella, y el futuro parecía pertenecer a un pequeño grupo de grandes potencias que dominaban, directa o indirectamente, al resto de la humanidad. Las Américas, el sudeste de Asia, África, la India y Australasia habían caído ante los ejércitos y los colonialistas europeos. Los antiguos imperios otomano, persa y chino estaban a punto de disolverse, y si el colapso final tardaba en producirse, ello se debía menos a sus propias fuerzas que a las disputas entre los futuros predadores imperialistas por el reparto del botín. Rusia era una gran potencia que controlaba un sexto de la superficie mundial, pero según el criterio aplicado por Inglaterra, Francia y Alemania, se trataba de un país todavía atrasado. ¿Continuaría siendo uno de los líderes mundiales del club o pasaría a las filas de los imperios en desintegración? Durante la revolución de 1905, cuando Rusia se hallaba amenazada por la bancarrota y por el colapso de su gobierno, el embajador del zar en Londres, Alejandro Benckendorff, se aterrorizó ante la posibilidad de que el imperio de los Romanov siguiera el camino de Pekín y Teherán, un camino que comenzó con el control de las deudas y las finanzas de un país en bancarrota y terminó con la humillación y la desintegración nacional.

Rusia no estaba aislada de las fuertes rivalidades entre las grandes potencias como lo estaba Japón, separado de ellas por enormes distancias, o como España, protegida por los Pirineos. A fines del siglo XIX

Rusia era miembro del club de las grandes potencias, con extensas fronteras imposibles de defender, en una época en que el equilibrio europeo de fuerzas se tambaleaba y la amenaza de una guerra total entre los países líderes del continente era cada vez más real.

Durante las dos centurias anteriores a 1914, hubo un cierto equilibrio de poder entre las principales capitales de Europa (Londres, París, Petersburgo, Viena y Berlín). En las Américas, el país dominante era Estados Unidos, y en el sudeste de Asia, China. Pero en Europa los intentos de cualquier Estado o dinastía por dominar a todo el continente siempre habían fracasado, tal como lo demuestran la derrota de los Habsburgo españoles, luego la de Luis XIV y, por último, la de Napoleón. Hacia el siglo XIX, el equilibrio de fuerzas no era sólo un hecho, sino también una teoría acerca de cómo la estabilidad internacional debía ser preservada. La mayoría de los estadistas europeos pensaba que el equilibrio preservaba la paz y la estabilidad, por cuanto garantizaba que cualquier país que procurase dominar el continente sería automáticamente disuadido por la coalición de las demás potencias decididas a detenerlo. Gran Bretaña era el adalid en lo tocante a promover una diplomacia basada en el equilibrio de fuerzas, aunque en esta defensa había, sin duda, una dosis de hipocresía. En su condición de primera potencia europea del siglo XIX, buscaba la soberanía de los mares y la preeminencia colonial, controlando a los posibles rivales, en su búsqueda de una política de equilibrio de fuerzas en el continente. No obstante, el hecho de que el país más rico del mundo apoyara ese tipo de política en lugar de dominar el continente contribuyó en gran medida a la estabilidad internacional en la Europa victoriana.

En 1871, muchas de las comunidades europeas germanohablantes se unieron en un solo Estado. En las cuatro décadas siguientes, la economía alemana prosperó hasta el punto de suplantarlo a Gran Bretaña como primera potencia económica europea. Alemania contaba también con el mejor ejército, el mejor sistema educativo y la administración más eficiente de Europa, y su armada ocupaba el segundo puesto en importancia. A medida que crecían sus intereses económicos y políticos, Alemania empezó a competir con otros países en áreas que previamente habían pertenecido a la esfera específica de estos. Con Gran Bre-

taña, la competencia fue colonial y marítima; con Rusia, por el imperio otomano y por Irán. El hecho de que, pese a todo su poderío, el Reich del káiser contuviera menos de la mitad de los alemanes del mundo, dio pie para pensar en la posible expansión de Alemania.

La gravedad de la amenaza al equilibrio de fuerzas combinada con las ideas prevalecientes en la Europa de preguerra se tornaba letal. En las décadas anteriores a 1914, la sociedad europea había dado un giro de ciento ochenta grados. Los campesinos migraban a las ciudades. La educación masiva y el crecimiento de la industria ampliaron enormemente los horizontes, aunque destruyeron las viejas certidumbres que caracterizaban a una existencia confinada a la aldea. Para muchos habitantes de este nuevo mundo desconcertante, la nación reemplazó a Dios como eje de sus ideales y valores, al tiempo que les dio el sentido de comunidad que tanto necesitaban. El gobierno y las clases dominantes alentaban, por lo general, el nacionalismo con el fin de unir a las comunidades, proporcionarles valores comunes y derrotar los movimientos radicales y socialistas. Hablar de “el sagrado egoísmo de la nación” y de “mi patria, buena o mala” se consideraba respetable desde la intelectualidad, pues el nacionalismo parecía ser la tendencia del futuro. Se difundió la creencia de que una nación vigorosa y digna debía afirmarse a sí misma con agresividad y competir –de ser necesario mediante la guerra– para convertirse en la abanderada del progreso y de la historia.

En ninguna parte prosperaron tanto esas ideas como en Alemania. Quienes visitaban el imperio de Guillermo II solían regresar horrorizados y aterrorizados ante el chauvinismo desmedido que habían encontrado allí. Sin embargo, el nacionalismo virulento no sólo alentaba la agresión de los poderosos Estados-nación, también amenazaba la existencia de los grandes imperios multiétnicos que dominaban la mayor parte de Europa central, de Europa del Este y del Oriente Medio. El imperio de los Romanov, cuya población rusa no superaba el 46%, era vulnerable, aunque en menor medida que el imperio otomano y el de los Habsburgo. Hacia la década de 1880, resultaba evidente que el imperio otomano se estaba desintegrando lenta pero inexorablemente. La retirada de los otomanos de los Balcanes transformó a esta región en la zo-



na más inestable de Europa, y las rivalidades entre sus pueblos fueron exacerbadas por las grandes potencias que competían por clientes y por influencia. Una vez que los otomanos se derrumbaran por completo, todo el Oriente Medio estaría disponible. Y si el imperio de los Habsburgo también comenzaba a tambalear –como muchos predecían–, se incrementaría considerablemente la probabilidad de un conflicto ruso-alemán. El imperio de los Habsburgo estaba compuesto, principalmente, de germano-austríacos y de eslavos ante cuyo destino ni San Petersburgo ni Berlín, por razones políticas internas, podían darse el lujo de mantenerse indiferentes. Por otra parte, incluso un conocimiento superficial de la geopolítica europea revelaba que si Alemania o Rusia llegaban a dominar al pueblo y los recursos del antiguo imperio de los Habsburgo, su poder crecería a tal punto que pasarían a ser, sin duda, los amos de Europa. Así, en las décadas anteriores a 1914, además de una competencia mundial cada vez más exacerbada por los territorios y por la influencia, parecía comenzar una nueva etapa en la vieja historia de la rivalidad de las grandes potencias para dominar Europa. Ningún estudio sobre la vida o el reinado de Nicolás II tiene sentido a menos que se reconozca el alarmante contexto internacional en que el emperador ruso y su régimen se vieron obligados a operar.

En el largo plazo, existía el peligro de que un conflicto entre las grandes potencias arrastrase a Rusia a una guerra que sometería a la sociedad y al gobierno a una presión inaguantable. Para un país en desarrollo que procuraba ubicarse a la par de las principales potencias militares del mundo, el resultado diario de la competencia militar internacional incidía de manera harto negativa en su presupuesto. El problema no sólo residía en que Rusia fuera más pobre que Gran Bretaña, Alemania o Francia, sino también en que le era mucho más difícil imponer gravámenes a una población en su mayoría rural de pequeños propietarios esparcidos a lo largo de un vasto territorio. En 1900, el gobierno central invirtió más dinero en la armada que en la agricultura y la educación juntas. El costo de la armada superó el gasto del gobierno local, aunque este último tenía que cargar con casi todo el peso que significaba proporcionar escuelas, hospitales, caminos, puentes y una variedad de servicios agrícolas a la inmensa población rural. En un país



de alrededor de cien millones de campesinos, había menos de diez mil policías estatales, e incluso a casi todos ellos se les pagaba menos que al común de los obreros de una fábrica. El clero constituía una poderosa fuerza conservadora en las zonas rurales, pero pese a haberse apoderado de las tierras de la Iglesia en el siglo XVIII, el Estado era demasiado pobre para pagarles. Dependiendo, pues, de las donaciones de los campesinos de su parroquia, la autoridad y la independencia del sacerdote de aldea se vieron harto menoscabadas.

Rusia carecía de capital privado, y sus enormes distancias incrementaban sobremanera el costo de construir escuelas, hospitales, caminos, o llevar agrónomos y veterinarios a las aldeas donde vivía el campesinado. No obstante, en las dos últimas décadas del siglo XIX la parte del presupuesto destinada a las fuerzas armadas había menguado notablemente, pues el gobierno procuraba invertir sus recursos en la construcción de ferrocarriles y en el desarrollo industrial, lo cual no dejaba de ser una ironía. El ministro de Guerra se quejó con amargura –y con justicia– de que el ejército ruso se estaba rezagando peligrosamente con respecto a sus competidores. Pero el gobierno no contaba con suficiente dinero. El resultado de ello fue un ejército empobrecido, la falta de higiene y de alumbrado público en las ciudades, la amargura entre los maestros mal pagos y la humillación de los clérigos ante la necesidad de mendigar dinero a sus feligreses. La mala administración agravó los problemas de Rusia, pero la pobreza fue siempre la principal causa de las dificultades. Esta pobreza tuvo por consecuencia un conflicto feroz entre los ministros, así como entre el gobierno central y el local, por el reparto inadecuado de la torta presupuestaria rusa.

El atraso, además de ser un problema fiscal y económico, era también político y psicológico. La Rusia decimonónica albergaba una suerte de resentimiento con respecto a Europa. En Gran Bretaña o Alemania, el ciudadano podía enorgullecerse de pertenecer a uno de los países más admirados del mundo. No sólo los factores psicológicos, sino también los beneficios económicos de la ciudadanía podían convencer al escocés o al bávaro de gobernar desde Londres o Berlín. Algo de esto existía, asimismo, en Rusia. Los rusos recién ilustrados se enorgullecían con frecuencia de constituir el sector más influyente de un

gran imperio, y hasta los empresarios polacos reconocían los beneficios de acceder al mercado imperial. Pero en líneas generales, resultaba difícil ser muy entusiasta en cuanto a pertenecer a la gran potencia más atrasada y “asiática” de Europa, cuyo desempeño en la guerra y en la diplomacia entre 1854 y 1914 distó mucho de ser glorioso. Bismarck había ganado un inmenso prestigio para la dinastía de los Hohenzollern y para las clases altas prusianas, uniendo a Alemania mediante dos guerras espectaculares y exitosas llevadas a cabo entre 1866 y 1871. Era harto improbable que el antiguo régimen ruso lo emulara, en parte porque su ejército era menos eficaz que el de los prusianos, y en parte porque las grandes potencias rivales eran mucho más poderosas que lo que habían sido Austria y Francia en la década de 1860.

El ejemplo japonés ilustra cuánto había perdido el antiguo régimen ruso a causa de sus fracasos bélicos y diplomáticos. A partir de los años 60, los japoneses también se sentían inferiores frente a Europa, y los intelectuales tendían a reverenciar todo cuanto fuese occidental. La reacción nacionalista y conservadora que comenzó a gestarse a partir de los 80 se vio fortalecida en gran medida por el éxito bélico y diplomático de Japón en las décadas de 1890 y 1900. Tokutomi Soho y Fukuzawa Yukichi fueron dos famosos liberales e intelectuales de la época Meiji que deseaban infundir el carácter occidental en Japón. Luego de la victoria de Japón sobre China en 1894-1895, Tokutomi escribió: “Ahora ya no nos avergonzamos de presentarnos ante el mundo como japoneses... ahora que hemos probado nuestras fuerzas, nos conocemos a nosotros mismos y somos conocidos por el mundo. Es más, sabemos que el mundo nos conoce”. Por su parte, Fukuzawa comentó: “Apenas podemos enumerar todas las empresas civilizadas que llevamos a cabo desde la Restauración... Sin embargo, entre todas estas empresas, la única que ninguno de nosotros, los estudiosos de Occidente, hubiera esperado hace treinta o cuarenta años, ha sido el establecimiento del prestigio imperial de Japón en una gran guerra... Cuando pienso en nuestra maravillosa fortuna, siento que estoy soñando y sólo puedo derramar lágrimas de alegría”.

Durante el siglo XIX, el nacionalismo en Europa se desplazó desde la izquierda hacia la derecha del espectro político. Disraeli en Inglaterra

y Bismarck en Alemania no ahorraron esfuerzos para captar el voto nacionalista en favor del conservadurismo. A medida que el grueso de la población se volvía más educado e independiente, el antiguo llamado en pro de la lealtad a la Iglesia y a la dinastía ya no era suficiente. Frente a las doctrinas liberales y socialistas, la derecha necesitaba una idea que atrajera a las masas, y el nacionalismo parecía cumplir con este requisito. Aun en Rusia, Alejandro III, un autócrata convencido, creía con firmeza que su régimen debía satisfacer las aspiraciones nacionalistas del pueblo. Sin embargo, dado que en ese país el gobierno imperial sospechaba de cualquier actividad política independiente, su relación con los escritores y editores de periódicos fue siempre muy difícil. Recuérdese que a fines de los 70, cuando la agitación en la prensa y en la sociedad obligó a Rusia a emprender una costosa guerra contra el imperio otomano, los intentos de los voceros nacionalistas por influir en la política exterior del Estado causaron cierta alarma.

Sin embargo, el problema suscitado por el nacionalismo calaba más hondo. Gran Bretaña y Alemania eran, hasta cierto punto, tanto naciones como Estados. Japón era incluso más homogéneo. Los Romanov, empero, gobernaban un imperio donde menos de la mitad de sus habitantes eran rusos. Los miembros de la clase dirigente consideraban a los bielorrusos y a los ucranianos meros retoños de la tribu rusa, y aun así, más de un tercio de la población era inequívocamente no rusa. La sola lealtad al zar, además de inadecuada y anacrónica, no bastaba para garantizar la unidad del imperio en la época moderna, pero al menos la dinastía podía ser un símbolo supranacional susceptible de despertar la lealtad de quienes no eran rusos. Cuanto más hincapié hacía el régimen imperial en la fidelidad a las aspiraciones nacionales y a los valores rusos, mayores eran las probabilidades de que los súbditos no rusos se sintiesen ciudadanos de segunda clase, relegados y cada vez más perseguidos.

En 1900, sin embargo, el nacionalismo no ruso aún no constituía una amenaza considerable para el imperio de los Romanov. La gran mayoría de estos súbditos eran campesinos o nómades. Sus aspiraciones y lealtades no iban más allá de la aldea o del clan, lo cual los hacía invulnerables a la influencia de los intelectuales nacionalistas, en caso de que

estos pudiesen franquear la censura del gobierno. Los súbditos musulmanes del zar, sobre todo en Asia central y en el Cáucaso, a menudo eran hostiles a su gobierno, pero los recuerdos recientes y penosos del poder y la crueldad rusos los mantenían bajo control. En una época imperialista, la probabilidad de que los pueblos pequeños gozaran de una auténtica independencia era muy remota, y los letones y estonios –para dar sólo dos ejemplos– no tenían el menor deseo de cambiar el gobierno del zar por el del káiser alemán. Y menos aún los armenios o georgianos cristianos, que no querían en modo alguno caer bajo el yugo de los otomanos musulmanes. De orígenes muy diversos y esparcidos en la periferia del imperio, quienes no eran rusos no tenían ninguna oportunidad de coordinar su oposición a los Romanov. Por el contrario, un gobierno que controlaba la parte más importante de Rusia estaba en condiciones de sofocar rebelión tras rebelión en cualquier zona fronteriza, tal como lo hizo el régimen imperial luego de la revolución de 1905. A la larga, el creciente resentimiento y el nacionalismo de los no rusos constituyeron un grave peligro para San Petersburgo. En el corto plazo, sin embargo, sólo se volverían realmente peligrosos cuando el gobierno se debilitara, sea por la guerra, por la oposición dentro de Rusia o por sus torpes maniobras frente a la liberalización interna.

A principios del siglo xx, la principal amenaza a los Romanov provenía menos de las minorías que de la propia población rusa. En las ciudades, los problemas eran similares a los padecidos por las sociedades en la primera etapa del desarrollo industrial. La mano de obra rural migraba a las ciudades en busca de trabajo, inundaba los servicios municipales y vivía en medio del hacinamiento, la insalubridad y la indigencia. La rabia los había llevado a atacar la propiedad y el privilegio, como ocurrió en 1905 y 1917, pero en muchas ciudades solía explotar en pogromos antisemitas. La borrachera y los desmanes les servían a diario para dar rienda suelta a su frustración. No se sabe si la situación de la mano de obra era peor en la Liverpool de la década de 1920 o en el Berlín de los años 40, aunque en San Petersburgo la inclemencia del clima y el alto costo de vida agravaban sin duda su miseria.

El odio de clases se intensificaba en las fábricas. Las condiciones del temprano desarrollo industrial rara vez daban lugar a la generosi-



dad o al compromiso, sea por parte del capital o de la mano de obra. Según los criterios vigentes en Europa occidental y central en 1900, los obreros rusos recibían poca paga y trabajaban más horas que lo debido en condiciones a menudo insalubres y peligrosas. El trato dispensado a los trabajadores fue siempre autoritario, a menudo ofensivo y normalmente arbitrario. Desde el punto de vista patronal, la mano de obra resultaba muy improductiva comparada con los parámetros europeos. El robo y el ausentismo eran endémicos. Imponer el ritmo y la disciplina normales en una fábrica a una fuerza laboral semicampesina, acostumbrada a un *tempo* por completo diferente, constituía una tarea agotadora y, en el caso de Rusia, particularmente difícil. Los campesinos súbditos del zar no eran los agricultores chinos o japoneses, entrenados durante siglos en el cultivo esmerado, intensivo y anual de pequeños arrozales. Los labriegos rusos de la vieja Moscovia habían aprendido a ser desinteresados, adoptando los hábitos migratorios que suelen existir en los países donde la tierra es pobre pero abundante y la mano de obra, escasa. El duro clima de Rusia imponía un régimen que combinaba los meses de inactividad invernal con un extenuante trabajo durante la breve temporada de cultivo. Esta no era, por cierto, una buena preparación para el ritmo y los requisitos de la fábrica capitalista. Por lo demás, los labriegos rusos se habían habituado a desplazarse con frecuencia por la inmensa y vacía estepa. Existía la vieja tradición, celebrada en el folclore campesino y cosaco, de huir a las zonas fronterizas, más allá del alcance de cualquier autoridad que procurase controlar y disciplinar la vida del labriego.

Las quejas del capital extranjero de que en Rusia los márgenes de ganancia eran a menudo estrechos, los costos excesivos y la gran incertidumbre eran más ciertas de lo que la opinión pública se empeñaba en creer. El gobierno mismo estaba dividido en lo referente a la política económica y laboral. Según el Ministerio de Finanzas, si Rusia deseaba convertirse en una gran potencia económica y, por tanto, emplear a un número cada vez mayor de trabajadores, era preciso entonces colocar la menor cantidad posible de obstáculos en el camino del desarrollo capitalista. El Ministerio del Interior, responsable del orden público y obsesionado por el peligro de la revolución socialista, combinaba la repre-



sión de las huelgas con una legislación social tan generosa como la que Rusia podía permitirse, e incluso intentó crear sindicatos para los propios trabajadores.

En comparación con la experiencia europea, lo que resultaba insólito no era ni la prohibición de las huelgas ni la creación de sindicatos libres, sino la diversidad de acciones tomadas para evitar el descontento de la clase trabajadora. Rusia no llegó tan lejos como Japón, cuyo gobierno comenzó a estudiar la legislación fabril extranjera en 1882, cuando “había menos de cincuenta fábricas en Japón que usaban el vapor como energía”. Sin embargo, también el gobierno ruso había estudiado el movimiento laboral europeo y había comprendido muy bien la relación existente entre la industrialización, el surgimiento de la clase obrera y el socialismo. Las ideas liberales dominaron tanto la economía como la política durante las primeras décadas de la revolución industrial en Inglaterra y Alemania, sin que ninguna ideología socialista coherente se opusiera a ellas. El gobierno ruso, siempre alerta a la amenaza de una revolución, sabía que ése ya no era el caso en las décadas de 1880 y 1890, cuando su desarrollo industrial comenzó a consolidarse en realidad.

Aun más alarmante fue el hecho de que a partir de los 60, Rusia contara con un movimiento socialista revolucionario clandestino decidido a destruir no sólo el zarismo, sino también la propiedad privada y cualquier otro vestigio de la vida burguesa europea. En los 70, el terrorismo revolucionario, sumado a los intentos de sublevar a los campesinos, habían aterrorizado al gobierno imperial y persuadido incluso a un observador tan ecuánime como Bismarck de que el derrocamiento de los Romanov y la revolución socialista eran casi inevitables. Cuando llegó la hora, las poblaciones rurales de los 70 demostraron, en su mayoría, ser invulnerables a la propaganda socialista de los intelectuales urbanos. Pero la lealtad al régimen de la clase obrera urbana y alfabetizada, desarraigada de las influencias de la vida en la aldea, era causa de intensa preocupación para la policía rusa desde el momento en que comenzó la revolución industrial en el país.

Sin embargo, incluso en 1914, Rusia era todavía una sociedad principalmente rural, pues más de los cuatro quintos de su población vivía

en el campo. Por lo tanto, la supervivencia de los Romanov dependía, ante todo, del desarrollo de la Rusia agrícola. En rigor, ese era el criterio vigente en las monarquías y el conservadurismo decimonónicos; ninguno de los antiguos regímenes europeos obtuvo el apoyo incondicional de las ciudades, y menos aún en las primeras décadas del desarrollo industrial. En Francia y Prusia, por el contrario, la revolución urbana había derrocado los regímenes conservadores en 1848 y 1871, pero sólo para ser suprimida por el conservadurismo rural y los ejércitos reclutados, principalmente, entre el campesinado. En 1900, la única y mayor debilidad del antiguo régimen ruso consistía en la imposibilidad de confiar del todo en este tipo de conservadurismo rural. Ello no significaba que los campesinos rusos tomaran la delantera en el derrocamiento de los Romanov, pero si el gobierno se debilitaba o caía debido a la revolución urbana, era improbable que el campesinado se uniera a las filas de la contrarrevolución sino que, por el contrario, aprovecharía la oportunidad para ajustar cuentas con la nobleza terrateniente y para destruir la autoridad del gobierno en el campo.

Según los criterios de Inglaterra y Prusia, una de las razones que diferenciaban a Rusia del resto de Europa era la debilidad de los aristócratas terratenientes. En la Inglaterra decimonónica, siete mil individuos, casi todos de la alta o de la pequeña nobleza, eran dueños de más del 80% de las tierras. Los propietarios prusianos nunca fueron tan aristocráticos, pero la nobleza rural poseía más tierras que sus homólogos rusos. En Rusia, aun antes de la abolición de la servidumbre en 1861, más de la mitad del campesinado vivía en tierras pertenecientes al Estado y no a la nobleza. En tanto que en Inglaterra o Prusia los latifundios de la Iglesia habían caído en manos de la aristocracia después de la Reforma, el Estado ruso los había conservado para sí mismo. En 1861, a raíz de la abolición de la servidumbre, las propiedades aristocráticas se dividieron entre los boyardos y sus antiguos siervos. Desde 1863 hasta 1915, los nobles vendieron el 60% de las propiedades que aún les quedaban, sobre todo porque en muchas zonas de Rusia era en extremo difícil obtener ganancias de la agricultura a gran escala, un hecho que también tendría que afrontar la agricultura colectiva soviética.

En cierto sentido, cabe decir que en 1900 los boyardos eran, o demasiado débiles o no lo suficiente. No podían controlar el campo según el estilo inglés o prusiano, pero en muchos distritos todavía poseían suficientes tierras como para no contar con la simpatía del pueblo. Además, cuando los nobles intentaron explotar sus fincas y bosques a la manera capitalista moderna, las rentas crecieron con rapidez, se infringieron muchos de los derechos habituales de los labriegos y, como consecuencia, creció la ira del campesinado. Desde el punto de vista europeo, no había nada particularmente insólito en este tipo de tensiones rurales durante las primeras décadas de la agricultura capitalista. La campaña inglesa, por ejemplo, había sufrido esas tensiones durante el reinado de los Tudor, cuando “las ovejas se comían a los hombres” y el capitalismo rural echaba raíces. Lo que resultaba extraño en el caso de Rusia era la relativa debilidad de los boyardos y el colapso de la autoridad gubernamental en las ciudades tanto en 1905 como en 1917, en medio de este período de cambio rural. Visto desde una perspectiva más amplia, la campaña rusa pudo haberse encaminado en la misma dirección que la campaña de la Alemania meridional y occidental. En 1848, estas regiones habían sido testigos de violentos disturbios en el campo, que obligaron a muchos terratenientes a abandonar sus propiedades. En la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, debido a la partida de los pocos siervos que quedaban y a las escasas posesiones de los nobles, que rara vez superaban el 5% de las tierras situadas al sur o al oeste de Alemania, el antagonismo del campesinado se redujo de manera drástica. Los agricultores nobles y campesinos solían unirse en defensa de los intereses agrarios y contra la cultura moderna, secular y urbana. Los aristócratas acaudalados, cuya riqueza ahora provenía, en mayor parte, de los valores bursátiles y de los bonos, pudieron convertirse en patrones generosos y benévolos de la comunidad local. Para el antiguo régimen ruso, tanto en el campo como en otras partes, las perspectivas no eran tan sombrías a largo plazo. El peor de los problemas residía en cómo sobrevivir una era de transición.

Incluso en 1900, resultaba evidente para cualquier observador que lo que en realidad importaba en la agricultura y en las zonas rurales rusas no era la nobleza sino el campesinado. Con todo, la comunidad

agraria rusa era muy distinta de la de Inglaterra o Prusia. En Inglaterra, los aristócratas poseían las tierras, pero el cultivo estaba a cargo de agricultores arrendatarios, en su mayor parte ricos, de acuerdo con los parámetros continentales. Estos grandes agricultores arrendatarios ejercían un estricto control sobre los labriegos y aplastaban cualquier manifestación de adhesión al socialismo o al sindicalismo. Según los estándares europeos, en lo que respecta al orden jerárquico y a la propiedad, los arrendatarios se hallaban en el mismo nivel que el clero anglicano, cuya riqueza y estatus eran también en extremo altos.

También en Prusia el clero rural era muy conservador y relativamente acaudalado. A diferencia de Rusia, en los extensos dominios de la realeza prusiana había muchos arrendatarios de clase media, incluso en el siglo XVIII, y sus descendientes fueron valerosos aliados de la nobleza rural en la defensa de la propiedad y el “orden”. Lo que en rigor distinguía a Prusia de Rusia eran, sin embargo, sus campesinos. Antes del desarrollo de la agricultura capitalista, cuando aún había siervos, existían grandes diferencias en lo tocante a la riqueza y al estatuto legal de los campesinos prusianos. En 1800, los campos de Prusia estaban poblados por muchos labriegos sin tierras. A medida que la agricultura se fue desarrollando en el siglo XIX, la sociedad rural comenzó a dividirse en arrendatarios relativamente ricos, por un lado, y campesinos empobrecidos y sin tierras, por el otro. Aunque los términos en que se abolió la servidumbre causaron conflictos entre el noble y el campesino, los pequeños agricultores y los terratenientes de la nobleza rural llegaron a compartir los mismos objetivos en cuanto a disminuir los salarios y la “insubordinación” de los jornaleros y a defender los intereses agrarios contra la creciente población urbana y sus demandas. Mientras tanto, debido a la realidad legal y económica, los labriegos sin tierra dependían cada vez más de la buena voluntad de sus empleadores.

En los campos de Rusia la situación era por completo diferente. De ordinario se piensa en un campesinado víctima de la pobreza, aplastado por gravámenes excesivos y por la creciente superpoblación. Pero la realidad no era tan simple. En 1904, los campesinos pagaban menos de un cuarto de los impuestos del Estado, aunque generaban entre el 40% y el 50% de la renta del país. La población rusa crecía muy rápido, pe-



ro la producción agrícola, cuya mayor parte provenía de pequeñas granjas, no se quedaba atrás. Hacia 1914 Rusia no sólo se alimentaba a sí misma, sino que también había reemplazado a Estados Unidos como primer exportador mundial de granos. Si bien en Rusia la agricultura tradicional era menos eficaz que la de Europa central u occidental, la granja del pequeño agricultor ruso solía ser más grande que la de sus homólogos franceses o ingleses, y era más probable que su dueño tuviera un caballo. En 1900, el campesinado ruso gozaba de una dieta más variada y saludable que la de la mayoría de la población alemana. En efecto, incluso a comienzos del siglo XIX, cuando aún no se había abolido la servidumbre, los campesinos estaban mejor alimentados que los labriegos del sur de Inglaterra. El último estudio exhaustivo realizado en Alemania sobre el campesinado ruso de 1900 concluye que su dieta era comparable a la de la población de Alemania occidental de principios a mediados de la década de 1950.

Aunque algunos aldeanos eran pobres, incluso para los poco exigentes criterios de la Europa rural anterior a 1914, y mucho más vulnerables a las epidemias de cólera, a las sequías y a las malas cosechas (ocasionales pero catastróficas), la razón por la que el antiguo régimen se tambaleaba en el campo no era, por cierto, la pobreza del campesinado. En todo caso, se relacionaba con la naturaleza de la sociedad rural y con la manera como ésta consideraba el mundo exterior.

Conforme a los parámetros europeos, la aldea agrícola rusa constituía un mundo muy igualitario. La mayor parte de la tierra era propiedad colectiva de la comuna de la aldea, y periódicamente se la redistribuía según el número de trabajadores adultos de cada familia. Las granjas campesinas estaban a disposición, no del padre, sino de la familia en su conjunto. Cuando los hijos crecían y se casaban, la granja se dividía entre los herederos varones. Muy pocos campesinos rusos contrataban a jornaleros en sus fincas. La palabra rusa que designa la comunidad aldeana es *mir*, que también significa “paz” y “el mundo”. Como el término sugiere, existía una marcada separación entre los miembros de la comunidad aldeana y quienes no pertenecían a ella. La comunidad se mantenía unida con fuerza y no mostraba la menor piedad por el campesino cuyos valores o decisiones no eran lo bastante só-



lidos. Existía a menudo una intensa hostilidad entre las aldeas vecinas, pero las mayores suspicacias se reservaban para los forasteros, en otras palabras, a los miembros de la sociedad ilustrada. Los rusos educados eran europeos en cuanto a su cultura, valores, vestimenta e incluso, en algunos círculos aristocráticos, a su preferencia por hablar en lenguas extranjeras. Por lo demás, dado que los rusos cultos se involucraban tradicionalmente en los asuntos de la aldea para explotar a los campesinos de una manera u otra, esta hostilidad no resultaba sorprendente.

La aldea tenía valores y un código moral propios, diferentes de los de la Rusia culta o adinerada. Los campesinos, por ejemplo, creían que la tierra pertenecía por derecho sólo a quien la trabajaba, lo cual no era en absoluto la opinión ni de la nobleza terrateniente, ni de la del código legal imperial. Aunque se toleraba al propietario patriarcal y tradicionalista, el capitalista aristócrata que procuraba obtener el máximo beneficio de sus propiedades despertaba un profundo recelo, pues, o bien aumentaba el precio del arriendo, o bien le quitaba al labriego el uso de la tierra a fin de explotarla él mismo. Debido a la difusión de la educación y al creciente contacto con las ciudades, la nueva generación de campesinos se mostraba más radical y menos tolerante que sus mayores en relación con la tenencia privada de tierras. En términos estrictamente económicos, entre 1861 y 1905, la agricultura tradicional demostró ser más viable que las grandes posesiones en casi todas las zonas rurales rusas. Dada la oportunidad política que se le presentaba, la mayor parte del campesinado ruso no vaciló en recurrir a huelgas, motines e incendios a fin de sabotear la explotación agrícola por parte de los nobles. Tomando en cuenta que el régimen de los Romanov se apoyaba, tradicionalmente, en la clase latifundista, pero no podía sobrevivir sin al menos la aquiescencia del campesinado, la creciente hostilidad entre el noble y el labriego constituía una amenaza considerable para los dirigentes de Petersburgo.

Por consiguiente, dados los problemas suscitados con el campesino y el obrero, era fundamental que el régimen contara con el apoyo unificado de los ciudadanos de la clase media y alta, tanto para sí mismo como para su programa de modernización. Pero esto no ocurrió. La clase empresarial, portadora natural de los valores capitalistas, era de-

masiado reducida en 1900, y el hecho de que los capitalistas fueran a menudo extranjeros o procedentes de las minorías no rusas despreciadas, tales como los judíos, polacos o armenios, debilitaba aún más su prestigio. La nobleza latifundista y la burocracia estatal eran ambiguas en lo tocante al capitalismo. La mayor parte de la clase media profesional y casi todos los intelectuales se mostraban hostiles sobre ese tema.

La desavenencia entre el régimen de los Romanov y muchos rusos ilustrados se remonta a los años posteriores a 1815. Hacia 1860, un reducido aunque significativo número de jóvenes rusos cultos adhirió a las ideas radicales y socialistas, que provenían, sobre todo, de los escritores políticos franceses y alemanes, y encontraron un terreno fértil entre los miembros jóvenes e inteligentes de la población rusa, hartos de vivir bajo las presiones impuestas por un régimen absolutista y avergonzados de la pobreza y el atraso de su país, comparado con Europa occidental. Aunque entusiasmados en un principio por la serie de reformas liberales introducidas por Alejandro II a fines de los años 50 y comienzos de los 60, los jóvenes radicales se desilusionaron muy pronto, pues era evidente que el gobierno, incluso en su vertiente más liberal, no satisfaría sus aspiraciones. La desilusión los condujo, pues, a la conspiración e incluso al terror.

A menos de ocho años del final del régimen ultraconservador de Nicolás I, había surgido una contracultura radical que condujo a algunos sectores de la juventud culta a construir un mundo aparte, aislado por completo de sus padres, del Estado y de las masas, donde predicaban la abolición de la monarquía, de la propiedad y del matrimonio. Hacia 1863, varios grupos revolucionarios clandestinos complotaban no sólo para fomentar la rebelión en el campesinado y sublevar al ejército, sino para incitar el asesinato del zar. El primer intento de matar a Alejandro II aconteció en 1866. Tres años antes, los esfuerzos del gobierno para reducir la represión en Polonia, y encontrar un *modus vivendi* con la opinión pública polaca moderada, desencadenaron una revolución a gran escala en la mayor parte de la Polonia rusa, aplastada con dificultad y brutalidad tras el despliegue de cientos de miles de tropas rusas. Estos acontecimientos amilanaron, inevitablemente, al gobierno y dieron pábulo a los conservadores y a los de tendencia autoritaria pa-

ra alegar que la reforma había llegado demasiado lejos y que el país se hallaba fuera de control. La represión pasó a estar a la orden del día, y desde mediados de los 60 hasta la caída de la monarquía en 1917, nunca cesó la guerra entre el gobierno y las diversas ramas del movimiento socialista revolucionario. Esas ideas ganaron muchos adeptos entre los obreros urbanos a lo largo de varias décadas, pero sólo en el siglo xx el campesinado inició su conversión al dogma revolucionario. La mayoría de los intelectuales rusos pertenecían a la izquierda y detestaban el antiguo régimen y todos sus mecanismos. La opinión pública y los sentimientos del pueblo eran mucho más hostiles al gobierno que en el caso de Europa occidental o central. La respuesta del régimen a la conspiración y al terror condujo a una violación indiscriminada de los derechos civiles del pueblo y contribuyó todavía más al aislamiento de una buena parte de la sociedad ilustrada.

En 1900, las clases empresariales y profesionales se hallaban más sólidamente establecidas que cuatro décadas antes. Según el esquema marxista, les hubiera correspondido a los capitalistas presionar al gobierno a fin de compartir el poder político. Hubo cierto descontento entre los industriales en los años previos a la revolución de 1905, lo cual no era sino una respuesta a los intentos del régimen por patrocinar y proteger a los sindicatos, pero en general no le causaron mayores inconvenientes al gobierno. La clase media profesional fue más problemática, en parte porque se encontraba más cerca de los intelectuales, y en parte porque el gobierno obstaculizaba su deseo de dirigir las propias actividades con autonomía, y de tener voz y voto en todos los asuntos relativos a su esfera de interés y experiencia.

Entre 1861 y 1905, sin embargo, la nobleza terrateniente, la aliada más leal del zar, le causó al gobierno más dolores de cabeza que cualquier otro sector de la sociedad ilustrada. Las dificultades que afrontaba la agricultura en los grandes latifundios, en especial durante la gran depresión agrícola europea de los años 70 y 80, llevó a la aristocracia rural a atacar la política económica del gobierno. Los ataques se agudizaron en la década de 1890, cuando la industrialización auspiciada por el régimen empezó a obtener resultados espectaculares. Dado que la nobleza terrateniente controlaba los consejos locales electos de

gobierno (*zemstvos*) en las zonas rurales, las disputas entre los terratenientes y Petersburgo sobre la política económica se convirtieron muy pronto en conflictos entre el gobierno central y el local. Un factor que incidió en estas batallas fue el desprecio y el resentimiento de la nobleza por una burocracia que los había desplazado como clase dirigente tradicional y que había tomado en sus manos el control de la política gubernamental. Es más, como todos los sectores de la sociedad ilustrada rusa, la aristocracia se comparaba con sus pares del resto de Europa y se sentía en inferioridad de condiciones por carecer de derechos políticos y civiles.

Para muchos rusos educados, resultaba evidente que el régimen era el responsable de bloquear la entrada de Rusia en Europa. Al negarles los derechos y libertades que les correspondían en su condición de europeos civilizados, el gobierno se aislaba de los sectores más educados y competentes de la sociedad rusa y cavaba, sistemáticamente, su propia tumba. Esta interpretación de los acontecimientos, creada en un principio por la *intelligentsia* prerrevolucionaria liberal y radical, pasó a ser, luego de 1917, el principio rector de la historia rusa, tanto la escrita en la Unión Soviética como en Occidente, y continúa siendo la interpretación más aceptada del reinado de Nicolás II y de las causas de la caída de la monarquía. Huelga decir que en esta explicación se concede mucha atención al papel y a las opiniones del zar al tiempo que se los trivializa. Si Nicolás II hubiera sido un inglés pragmático y constitucionalista como su primo Jorge V, y no un místico ignorante y reaccionario, se habría evitado la revolución y preservado su vida y el trono.

En rigor, las cosas fueron más complicadas y difíciles. La riqueza, las aptitudes y la cultura europea de la burguesía y la aristocracia rusas las mantenía separadas de la masa de la población. Si la división no era tan tajante como la que existía entre los europeos y los nativos en muchas colonias de la época victoriana, superaba, empero, la brecha entre los gobernantes y los gobernados en Europa. En ese momento, tampoco había en Rusia estamentos lo bastante numerosos y relativamente prósperos de ciudadanos de las clases media y media baja que salvaran el hiato entre la cumbre y la sima de la sociedad. Dichos estamentos se multiplicaron en las últimas décadas del antiguo régi-



men, y el florecimiento de la economía capitalista contribuyó sin duda a la europeización de Rusia. Pero el rápido crecimiento de la industria, de las ciudades y de la educación causó mucha inestabilidad y conflictos. El capitalismo todavía no gozaba de popularidad ni entre las elites ni entre las masas. Alrededor de 1905, la casi totalidad de los rusos ilustrados exigía un sistema político liberal o incluso democrático. Pero se ignoraba hasta qué punto un gobierno liberal o democrático sería lo bastante fuerte para defender los intereses de una minoría rusa rica y occidentalizada, o los de una economía capitalista en desarrollo, pero todavía débil.

En los años 60 y 70, un joven revolucionario llamado Pedro Tkachev profetizó la caída del zarismo. Tkachev era, en muchos aspectos, un demente. Su igualitarismo fanático aterrorizó incluso a Marx y a Engels. Pero como táctico era muy astuto y, en más de un sentido, se lo puede considerar como el predecesor de Lenin. Su consigna revolucionaria era "Ahora o nunca". A su juicio, el actual régimen zarista se tambaleaba, el antiguo orden —rural, asentado en los siervos de la gleba— había desaparecido, pero la nueva Rusia capitalista aún estaba por nacer. En un periodo de transición, los capitalistas eran relativamente pocos y débiles, y la nobleza terrateniente no sólo no estaba en decadencia, sino que atacaba cada vez con más vigor la política del gobierno. Los campesinos todavía se hallaban lejos de ser granjeros capitalistas. El régimen, pues, pendía de un hilo, sin el apoyo de la sociedad y respaldado sólo por la burocracia y el ejército. Pero si se lograba debilitar o destruir la burocracia y el ejército, quizá mediante una gran guerra, la revolución sería más que probable. Y una vez que la elite revolucionaria estuviera en el poder, el socialismo triunfaría en Rusia.

Tkachev fue un lúcido profeta. Nicolás II tuvo la mala fortuna de que el destino lo hiciera responsable de guiar al país en uno de los periodos más difíciles de la historia rusa.





## Infancia y juventud

**E**l emperador Alejandro III, padre de Nicolás II, ascendió al trono en 1881 y reinó durante trece años. Tenía el aspecto de un verdadero zar de Rusia. Los varones Romanov de la generación de Alejandro eran todos altos, pero el emperador superaba en altura a sus hermanos. Su nieta, la gran duquesa María Pavlovna, recordaba su único encuentro con Alejandro, que murió cuando ella era todavía muy joven: “En una ocasión en que estábamos tomando la merienda, mi padre... entró en el cuarto de los niños acompañando a un gigante con una barba clara. Lo miré con la boca abierta mientras nos pedían que nos despidiéramos de él. Nos explicaron que era el tío Sacha (el hermano mayor de mi padre), el Emperador Alejandro III”.

Alejandro no era elegante ni apuesto. Hacia los años 80 estaba perdiendo rápidamente el pelo y en su rostro se destacaba una amplísima frente y una barba considerable. Prefería los uniformes holgados, que solían colgar como bolsas de su enorme figura. Pero su estatura, sus hombros enormes y su corpulencia transmitían una fuerza y una decisión acentuadas tanto por su conversación como por sus modales. Quince años después de la muerte de Alejandro, se erigió su estatua en la plaza Znamenskaya de San Petersburgo, frente a la principal estación ferroviaria de la capital. Un zar enorme y de aspecto decidido monta un caballo de las dimensiones de un rinoceronte. La estatua constituía una declaración política, pues expresaba la absoluta e inquebrantable resolución que se esperaba encarnase un autócrata ruso. Similar en estilo a “las representaciones de los *bogatyri*, los héroes guerreros de la antigua Rusia”, les recordaba a los espectadores que Alejandro III había sido un

gran patriota ruso que se opuso a la difusión de las ideas liberales de Occidente. En una época en que el régimen se hallaba sacudido por la revolución de 1905 y sufría la creciente presión de liberales y socialistas, tales recordatorios de la tradición rusa y de la capacidad de decisión monárquica resultaban, sin duda, oportunos. Pero para Nicolás II, mucho más pequeño y menos autoritario, la estatua podía significar un reproche por no ser un zar dentro de la auténtica tradición autocrática.

Alejandro III era enormemente fuerte. Su hija, la gran duquesa Olga, comentó que “mi padre tenía la fuerza de un Hércules” y recordó que “en una ocasión, estando en el estudio, dobló con sus manos un atizador y luego volvió a enderezarlo”. Cuando el tren imperial chocó en Borki en 1888, Alejandro levantó el techo del vagón para que su esposa y sus hijos pudieran salir y ponerse a salvo. El zar era formidable y aterrorizaba, cuando se enojaba. Su lenguaje podía ser franco en exceso, brusco e incluso vulgar. Los ministros no desobedecían sus órdenes ni le ocultaban nada. Nadie discutía con él. La personalidad y el tamaño del zar, acentuados por el aura que rodeaba a un monarca absoluto, resultaban verdaderamente impresionantes. D.N. Lyubimov, que sería más tarde un importante funcionario de Nicolás II, recordando el temor reverencial que experimentó durante su primer encuentro con Alejandro III, comentó que el zar irradiaba poder y majestad. Aunque el Emperador no era una persona fácil, a la mayoría de los ministros le gustaba trabajar con él. Una vez elegidos y juzgados dignos de confianza, no sólo no los descartaba rápidamente ni a la ligera, sino que respaldaba sus políticas pese a la oposición proveniente tanto del gobierno como de la sociedad. Sergio Witte, que comenzó su carrera como ministro de Finanzas durante el reinado de Alejandro, dijo que el Emperador “era un hombre de valía, capaz de oponerse a las actitudes y opiniones prevalecientes... Cuando tomaba una decisión a partir del informe de un ministro, nunca se echaba atrás. O, dicho en otras palabras, jamás traicionaba a un ministro si había autorizado alguna medida presentada en su informe”.

Alejandro III fue odiado por los liberales, y casi todos los historiadores posteriores, soviéticos u occidentales, adhirieron a esta condena. Al detener y, en cierta medida, revertir el programa de reformas libera-

les iniciado por su padre, Alejandro II, se acusó al zar de ahondar fatalmente la brecha entre su régimen y la sociedad culta de Rusia, contribuyendo de ese modo al futuro derrocamiento de su dinastía por parte de los revolucionarios. Pero los rusos de la época no veían las cosas de esa manera, y menos aún, desde luego, la propia familia del Alejandro III y los funcionarios, cortesanos y aristócratas con quienes estaba en contacto. En estos círculos se valoraba al zar por haber restaurado el prestigio y la confianza en sí mismo del gobierno tras la crisis de 1878-1881, así como por instaurar un orden más estricto en la sociedad rusa. En los últimos años del reinado de Alejandro II, el gobierno estaba en bancarrota a causa de la guerra ruso-turca de 1877-1878 y sacudido por una campaña terrorista que culminó con el asesinato del Emperador en marzo de 1881. Alejandro III aplastó el movimiento clandestino terrorista revolucionario, intensificó el control del gobierno en las universidades y en los consejos o diputaciones locales electas (los *zemstvos*), y creó el nuevo cargo de comandante rural para supervisar la justicia y la administración entre los campesinos de las aldeas. Recortó los gastos, especialmente en defensa, evitó los enfrentamientos con las potencias extranjeras y de ese modo logró salvar las finanzas del Estado y devolverle el prestigio internacional a Rusia. Los últimos años de gobierno testimonian un crecimiento industrial sin precedentes en su imperio. Quienes gozaban de la confianza de Nicolás II cuando ascendió al trono en 1894, estaban seguros de que Rusia era mucho más estable y próspera de lo que había sido en 1881, y que la autoridad del gobierno era mucho más firme. Desde la perspectiva de 1894, no resultaba difícil concebir el reinado de Alejandro III como un triunfo cabal. Al volver de los funerales del zar, en noviembre de 1894, el general A.A. Kireev escribió en su diario: "Un corazón generoso y honesto; un zar que amó la paz y fue un trabajador incansable; un hombre que, tanto en su vida pública como privada, podía servir de ejemplo a cada uno de sus súbditos". El prestigio de Rusia en Europa "no había sido tan grande incluso durante el reinado del Emperador Nicolás I". Dado que Rusia había comenzado, finalmente, a desarrollar su enorme potencial económico mientras la sociedad occidental declinaba, "el tiempo, que se ha convertido en el enemigo de Occidente, está de nuestro lado".

Los gustos personales de Alejandro III eran simples y frugales hasta el extremo. A diferencia de su padre, que no había tenido reparo alguno en instalar a su amante y a sus hijos en el Palacio de Invierno, donde vivía su esposa, Alejandro III fue un marido devoto y fiel. Odiaba la corrupción, la deshonestidad y las costumbres relajadas. Le gustaba el vodka, pero era tan indiferente a la *haute cuisine* como a la mayoría de los refinamientos mundanos. Durante su reinado, las cocinas imperiales fueron famosas por la comida horrible que en ellas se preparaba. Rodeado de hermosos palacios, su preferido era el más feo de todos, Gatchina, donde vivía y trabajaba en el segundo piso, bastante pequeño y de techo bajo. El zar cumplía con sus deberes protocolares con su habitual meticulosidad, pero no disfrutaba de la vida en la alta sociedad, no era un gran conversador y se sentía bastante incómodo en las grandes recepciones. La experiencia personal de la guerra ruso-turca había generado en él un marcado disgusto por el militarismo ostentoso, caracterizado por uniformes deslumbrantes e imponentes desfiles. Aunque a Alejandro le gustaba tocar la trompeta, ni los libros ni las pinturas significaban mucho para él.

Según la gran duquesa Olga, su padre “amaba las celebraciones familiares, pero concedía a regañadientes unas pocas horas al entretenimiento formal”. Para él, la gran atracción de Gatchina residía en su enorme parque. Le encantaba la vida al aire libre, sobre todo en compañía de sus hijos. De los cinco, los preferidos eran los dos menores, Olga y Miguel.

“Solíamos ir al parque de ciervos –recordaba la gran duquesa Olga– sólo nosotros tres, como si fuéramos los tres osos del cuento de hadas. Mi padre llevaba siempre una gran espada, Miguel tenía una más pequeña y la mía era la más diminuta de todas. Cada uno llevaba, además, un hacha, una linterna y una manzana. En invierno, papá nos enseñaba a abrir senderos en la nieve, a talar un árbol seco o a encender una fogata. Por último, asábamos las manzanas, apagábamos el fuego y las linternas nos ayudaban a encontrar el camino a casa. En verano nos enseñaba a distinguir las diferentes huellas de los animales. A menudo terminábamos junto al lago, y entonces nos enseñaba a remar.



Quería que leyéramos el libro de la naturaleza con la misma facilidad con que él lo leía.”

Alejandro también podía distenderse durante las visitas a su suegro, el rey de Dinamarca. Una vez que se cerraban las puertas y nadie los observaba, la familia real danesa y sus numerosos primos se entregaban a los deleites de una existencia burguesa, nada intelectual, que incluía una buena cantidad de payasadas y bromas de grueso calibre. Los cortesanos ingleses o rusos que llegaron a conocer el mundo privado de la familia real danesa, o bien se aburrían a muerte, o bien se escandalizaban. En Londres, por ejemplo, cuando ya era reina, Alejandra de Dinamarca, la cuñada del zar Alejandro III,

“no abandonó la pasión familiar por las bromas pesadas, y en una ocasión vistió a su sobrino, el príncipe Christopher de Grecia, con el traje que había usado la Reina Victoria en su juventud para inaugurar la Gran Exposición de París, durante el reinado de Napoleón III. Con un bonete de plumas y un quitasol de encaje, ‘Christo’ fue arrastrado por la Reina a través de los corredores del Palacio de Buckingham, ante el estupor de los escandalizados sirvientes, para entretener a su tía enferma, la Emperatriz madre, viuda del Emperador de Rusia”.

Alejandro III, a diferencia de su cuñado más sofisticado y sibarita, Eduardo VII de Inglaterra, florecía realmente en Copenhague.

“Le encantaban las travesuras. Solía llevarnos a los estanques cenagosos para buscar renacuajos y a los huertos para robar las manzanas de Apapa. Una vez se encontró con una manguera y la dirigió hacia el Rey de Suecia, que no gozaba de nuestras simpatías. Mi padre participaba en todos nuestros juegos hasta pasada la hora de las comidas, y nadie parecía preocuparse por el retraso. Recuerdo que a veces venían mensajeros con despachos, pero no había ninguna línea telefónica a San Petersburgo, y las tres semanas en Dinamarca significaban un gran descanso para él. Siempre sentí que el niño nunca había muerto realmente en el hombre.”

La personalidad simple y franca de Alejandro no resultaba atractiva para los miembros más sofisticados, refinados y cosmopolitas de la alta sociedad de Petersburgo. El conde Vladimir Lambsdorff, más tarde el ministro de Relaciones Exteriores de Nicolás II, comentó en su diario que Alejandro III y su familia eran bastante vulgares, mal educados y carentes de intereses intelectuales o de refinamiento. Su entorno estaba compuesto de personas sin inteligencia alguna, incapaces de proporcionarle información o consejos útiles. El conde Alexéi Bobrinsky, un conocido y acaudalado genealogista y arqueólogo amateur descendiente del hijo ilegítimo de Catalina II, llenó su diario de comentarios deprimentes luego de haber pasado dos tardes con Alejandro y sus hermanos en enero de 1881. Detrás del ridículo protocolo que los separaba incluso de los miembros de la alta aristocracia, la nueva generación de los Romanov era, según Bobrinsky, inculta y superficial. En toda la velada no se había dicho una sola palabra seria o sensata. En el ámbito de los jóvenes Romanov predominaban la tosquedad y las bromas de mal gusto, celebradas por cierto con sonoras carcajadas. Alejandro era un joven decente y bienintencionado, y a sus hermanos no les faltaba perspicacia, pero el toque de vulgaridad le recordaba a Bobrinsky a “Pedro el Grande en la corte de Luis XV”.

La tía de Alejandro III, la reina Olga de Württemberg, coincidía con los juicios de Lambsdorff y Bobrinsky. Cuando visitó Rusia en 1891, le confió a Lambsdorff su consternación ante el comportamiento de la familia Romanov, lo cual indicaba que el buen tono característico de los días de su padre, Nicolás I, y de su hermano, Alejandro II, se había deteriorado considerablemente. “Recordaba las comidas en la corte de su padre, el emperador Nicolás, y evocaba la gloriosa memoria del emperador Alejandro II. Quienes participaban en sus almuerzos y cenas eran huéspedes interesantes que podían hablar de temas serios o de asuntos políticos. ‘Estoy acostumbrada a eso y no me gusta ver a la gente arrojar bolitas de pan en la mesa’”, le dijo la reina a Lambsdorff, comentando con profunda amargura los malos modales en la mesa de su imperial sobrino y de sus hijos.

Pero no era sólo la personalidad y la conducta de Alejandro, sino también las actividades de su gobierno lo que humillaba a los sofisti-

cados aristócratas. En su calidad de europeos cultos, se estremecían frente al crudo antisemitismo del zar y a la creciente despreocupación de su Policía con respecto a la legalidad o a los derechos civiles. Estaban preocupados por su propio prestigio –y el de Rusia– en Europa, cuyas clases ilustradas tendían a considerar al imperio de los Romanov como bárbaro y asiático. El ministro favorito de Alejandro II, P.A. Valuev, hizo la siguiente reflexión: “¿Dónde estamos? ¿En Europa? No. ¿En Asia? Tampoco. En algún lugar entre las dos mitades de Europa, en Belgrado o Bucarest”. Examinando los métodos utilizados para aplastar el nacionalismo polaco en las zonas fronterizas occidentales, tras la revolución de 1863, Valuev le comentó a Alejandro II: “Permítame decirle que ahora amo menos a mi país... Desprecio a mis compatriotas”. El Emperador asintió con la cabeza y agregó: “También yo opino lo mismo. No se lo digo a los demás, pero admito que pienso como usted”. Ningún ministro se hubiera atrevido a dirigirse a Alejandro III en estos términos liberales y europeos. De haberlo hecho, habría recibido una respuesta cruda y contundente.

Ni siquiera el más ferviente de sus admiradores pretendía que Alejandro III fuese muy inteligente. Además, hasta la muerte de su hermano mayor en 1865 no fue el heredero al trono y, por tanto, había llegado a la madurez con la educación mediocre que se le impartía al hijo menor de un emperador. Sin embargo, para muchos funcionarios de alto rango, en especial aquellos que sustentaban opiniones conservadoras y nacionalistas, la debilidad intelectual de Alejandro se veía hartamente compensada por su “grande y noble personalidad”, su “elevada moral”, el amor a la patria y la profunda conciencia de la responsabilidad que implicaba su posición. Alejandro Mosolov, por ejemplo, escribió sobre el zar en sus memorias que “mi respeto por su personalidad, poco dotado pero moralmente superior y sensato, creció de continuo. Con su calma, firmeza y profundo patriotismo rindió a Rusia un servicio invaluable. Mostró la necesidad y la posibilidad de un amplio desarrollo intelectual y económico en consonancia con las condiciones esenciales, específicas e históricas de nuestra vida nacional”. Sergio Witte, un estadista de enorme inteligencia y energía, hubiera estado de acuerdo con cada palabra escrita por Mosolov.

Junto a su gigantesco esposo, la emperatriz María Fiodórovna se veía diminuta. No tan bella como su hermana mayor, la reina Alejandra de Inglaterra, la emperatriz era, no obstante, una mujer atractiva que mantuvo durante largo tiempo la tradición familiar de parecer eternamente joven. Lo que más se destacaba en su rostro eran los ojos, soberbios y luminosos, heredados por su hijo Nicolás II. En muchos sentidos, la emperatriz era la perfecta consorte para un monarca. Le encantaba desempeñar su papel de líder de la sociedad y disfrutaba de los grandes bailes y ceremonias, de los soberbios vestidos y de las joyas finas. Su sociabilidad compensaba el carácter taciturno de su marido y, en términos generales, era muy popular en el mundo aristocrático de San Petersburgo. Tenía un gran encanto y el don natural, propio de la realeza, “de sonreír de modo tal que parecía dirigirse a cada miembro de la multitud, y cada individuo se apropiaba de su sonrisa como si le estuviese dedicada”. Tras quince años como esposa del heredero del trono, María Fiodórovna conocía muy bien la sociedad de San Petersburgo. Cumplía con sus deberes en los grandes acontecimientos y, “dotada de una memoria prodigiosa para los rostros, se comporta de un modo especialmente cortés en las presentaciones, y las preguntas tan pertinentes que formula a las damas que le son presentadas muestran su interés por las circunstancias de la vida de cada una. Comprende el infortunio de la gente y se regocija de su alegría”. Además, “en toda situación de emergencia... la Emperatriz parece saber por intuición qué palabra corresponde decir”.

La emperatriz María, nació como princesa Dagmar de Dinamarca, cambió no sólo su título sino también su nombre luego de convertirse a la ortodoxia rusa, cuando se casó con el heredero del trono. Aunque sus padres se convirtieron, al final, en el rey y la reina de Dinamarca, durante los primeros años de su matrimonio no eran ricos ni tampoco se hallaban en la línea directa de sucesión al trono. Su estilo de vida era hogareño y burgués, y continuaría siéndolo incluso luego de haber heredado la corona danesa. Ni ellos ni la mayoría de sus hijos tenían intereses intelectuales o artísticos. “Entre la familia real danesa y sus parientes, los griegos, las bromas consistían en hacer ruidos graciosos y en gritar cuando veían a alguien tratando de escribir una carta. Por cierto,



no se gastaban bromas al temerario que osaba leer un libro, puesto que ninguno de ellos lo hacía”.

La reina María de Inglaterra comentó en una ocasión que “las mujeres de la familia danesa eran buenas esposas, pues poseen el arte del matrimonio”. Un comentario válido en el caso de María Fiodórovna. Su bondad y generosidad naturales se complementaban con principios morales estrictos, una fe cristiana simple y una gran devoción a sus hijos. Empero, como a menudo ocurría en la familia real danesa, los fuertes instintos maternos se vinculaban también a un intenso sentimiento posesivo y al deseo de mantener a sus hijos el mayor tiempo posible en la infancia. Incluso su hermano, el rey Jorge de Grecia, se negó a reconocer que sus hijos ya eran adultos, lo cual les causó muchos problemas y desdichas. Kenneth Rose, el biógrafo del rey Jorge V de Inglaterra, describe a la reina Alejandra como “la más posesiva de las madres” y cita el comentario que hizo a raíz del casamiento de su hijo: “Nadie puede, ni podrá jamás, separarme de mi querido niño Georgie”. A la edad de veintiún años, en las cartas a su madre el príncipe todavía se refiere a sí mismo como “tu pequeño y querido Georgie”.

Finalmente, los hijos varones lograban escapar de sus madres en alguna medida, pero las mujeres no siempre podían hacerlo. La reina Alejandra convirtió a su hija Victoria en una esclava soltera. Su hermana, la emperatriz María, generó grandes problemas cuando se casó su hija mayor, la gran duquesa Xenia; y empujó a Olga, la menor, a contraer matrimonio con su espantoso primo homosexual, Pedro de Oldenburg, a fin de mantenerla bajo su poder en San Petersburgo. A los veintisiete años, el hijo menor de María, el gran duque Miguel, era descrito cabalmente por su cuñada como un “niño encantador”. Diez años más tarde, un hombre inteligente y mundano, que llegó a ser amigo íntimo del gran duque, señaló: “Nunca he conocido a otro hombre cuya naturaleza fuese tan incorruptible y noble; bastaba con mirar sus claros ojos azules para avergonzarse de cualquier mal pensamiento o sentimiento poco sincero. En muchos aspectos, no era sino un niño grande a quien únicamente se le había enseñado lo que era bueno y moral”. Según la opinión general, a los veintiséis años Nicolás II no sólo carecía de experiencia cuando ascendió al trono en 1894, sino que también



era inocente e inmaduro para su edad. Hasta cierto punto, ello fue la natural consecuencia de haber vivido en el seno de una familia tranquila y feliz, sobre todo de una familia tan encerrada en su propio mundo como la de los Romanov. Pero resulta difícil dudar de que la influencia involuntaria de la emperatriz María contribuyó enormemente a la falta de preparación de su hijo para la tarea que le fue encomendada tras la muerte de su padre.

Los contemporáneos solían advertir el extraordinario parecido físico entre Nicolás II y su primo, Jorge V. En efecto, los primos se asemejaban más que en la apariencia, aunque Jorge era sin duda mucho más mordaz y franco que Nicolás, cuya reticencia y dominio de sí mismo eran legendarios. En su condición de segundo hijo, el príncipe inglés tuvo una educación naval académicamente inferior, pero menos encastada que la de su primo ruso, que fue educado por preceptores en los palacios de su padre. Con el correr del tiempo, las tradiciones diferentes de las monarquías rusa e inglesa influirían en los dos hombres de maneras opuestas.

No obstante, existían grandes similitudes incluso en los asuntos triviales. El diario de Nicolás II constituye la desesperación de sus biógrafos. Rara vez olvidaba registrar la hora en que se levantaba, las fiestas a las que concurría o los aniversarios que se conmemoraban. Mientras tanto, pasaba por alto los acontecimientos políticos extraordinarios o bien les dedicaba una lacónica mención. Jorge V no era diferente. Según Kenneth Rose, “luego de un falso comienzo en 1878 que duró menos de dos semanas”, el príncipe Jorge retomó nuevamente su diario:

“el 3 de mayo de 1880 y llevó un desordenado aunque ininterrumpido registro de los acontecimientos hasta tres días antes de su muerte. Escrito con una letra clara de escolar que apenas si cambió en cincuenta años, revela el esquema metódico que gobernó tanto su ocio como su trabajo. Fue incapaz de insuflarle vida y, menos aún, colorido a su discreta crónica diaria. Las perspectivas de la historia no lo conmovían; lo cautivaban menos los acontecimientos que sus aniversarios, que consignaba una y otra vez... Todas las mañanas, estuviera en tierra o en el mar, anotaba la dirección del viento y otros detalles me-

teológicos. Así pues, no tiene mayor sentido que su biógrafo suspire ante las crónicas más interesantes y ricas de un Pepys o un Creevey”.

Las similitudes, sin embargo, trascendían lo trivial y se debían, en parte, a las madres de los monarcas. Jorge V y Nicolás II eran, en el fondo, caballeros rurales. Disfrutaban de la vida al aire libre y de los deportes campestres. El príncipe inglés podía permitirse de lleno esta pasión y dejar de lado las cuestiones gubernamentales, porque sus padres aún vivían en la década de 1890. Nicolás II era menos afortunado. Ambos primos habían servido como oficiales de poca graduación en las fuerzas armadas, donde se les inculcó el simple y patriótico código militar basado en la obediencia y el mando. A ninguno de los dos le resultó fácil lidiar con las ambigüedades y sutilezas de la política. Nicolás y Jorge heredaron de sus madres una sencilla fe cristiana que los guió durante toda la vida. Ambos amaban a sus esposas, preferían la familia a la vida social y desconfiaban de “la camarilla inteligente” que formaba parte de la alta sociedad. En términos estéticos: los dos eran ciegos, sordos y mudos. Aunque poseían algunas de las pinturas y edificios más valiosos del mundo, vivían rodeados de monstruosidades victorianas. Muchos aristócratas rusos, herederos de una rica tradición cultural, se estremecían ante los muebles victorianos que atestaban las habitaciones de la familia de Nicolás II en Sarskoie Selo o en la casa de campo gótica, Alejandría, cuya fealdad se hallaba enclavada en los jardines del soberbio palacio de Peterhof. Sin embargo, ni siquiera Alejandría podía compararse en fealdad a York, la casa de campo tan amada por Jorge, cuyas paredes estaban decoradas con la misma tela con que se fabricaban los pantalones del ejército francés.

En tanto que la influencia de la emperatriz sobre su hijo resulta relativamente fácil de definir, la ejercida por su padre es más difícil y controvertida. Como hombre y como monarca, Alejandro constituía, inevitablemente, el modelo de conducta para su hijo. De hecho, fue el único modelo con que contó Nicolás, pues Alejandro II había muerto cuando el zarevich tenía trece años. Alejandro III falleció antes de que su heredero tuviera la suficiente experiencia política y administrativa para poseer una concepción independiente del papel que debía desempeñar

un autócrata. Si Alejandro hubiera vivido diez años más, Nicolás habría conocido a muchos funcionarios de alto rango y a algunos de sus más brillantes sucesores, pertenecientes a la generación más joven. El hecho de compartir sus opiniones, sumado a la propia experiencia, le hubiera permitido comprender mejor las realidades del poder autocrático y cómo adaptar esas realidades a su personalidad y a sus objetivos. Pero tal como sucedieron las cosas, en especial durante los primeros años de su gobierno, Nicolás estaba condenado no sólo a tratar de emular el rol de su padre, sino a reconocer que lo hacía muy mal. Le faltaba la experiencia de Alejandro, su conducta autoritaria y, lo que es más importante dada la naturaleza simbólica de la posición del zar, su majestuosa estatura física. Mediante los cotilleos y murmuraciones de la corte, sabía demasiado bien que en San Petersburgo no salía favorecido cuando se lo comparaba con su padre. Nicolás amó y admiró a su progenitor, y creyó con fervor a aquellos que le dijeron que Alejandro había traído tranquilidad y progreso a Rusia. Tal vez en su fuero interno siempre albergó la sospecha de que su propio padre tampoco estaba seguro de que su heredero tuviese la firmeza y madurez requeridas para la tarea. Vladimir Ollongren, compañero de estudios y juegos de Nicolás durante tres años en la década de 1870, señaló más tarde que a veces el aspecto y el comportamiento del zarevich parecían los de una niña. Alejandro era de la misma opinión y temía que su hijo se convirtiese en “una flor de invernadero”, negándose a hacer cosas tan naturales como pelear con otros chicos, y fuera incapaz de lidiar con un mundo de por sí despiadado. En una oportunidad, cuando, luego de cometer juntos una travesura, Ollongren asumió toda la responsabilidad mientras que Nicolás negaba la propia, Alejandro montó en cólera: “Volodia es un chico y tú eres un mariquita”. Mucho tiempo después, hablando con uno de sus ministros, se refirió a su hijo de veintitrés años como “nada más que un niño cuyos juicios son demasiado infantiles”. Años después, la cuñada de Nicolás comentó que “la personalidad dominante de Alejandro III había impedido a Nicky desarrollar toda capacidad de iniciativa”.

Quizás existían también ciertas similitudes entre el último emperador de Rusia y Mohammed Reza Pahlavi, el último sha de Irán. El padre del sha, Reza, era un hombre corpulento y extremadamente rudo

cuyo reinado condujo a Irán a un grado de orden y unidad sin precedentes en su historia. Reza era famoso por sus temores acerca de la hombria de su heredero, y se preguntaba si este contaría con la fuerza y la madurez necesarias para reinar. En 1914, abandonó abruptamente la escena política y su hijo –todavía asombrado por esta decisión– se vio catapultado al trono. Según algunos historiadores, la personalidad del sha no era sino el producto de los esfuerzos de un hombre sensible y bastante femenino por estar a la altura del rudo modelo impuesto por su padre. Aunque la imagen pública del sha, caracterizada por la majestuosidad y la vanagloria, era del todo distinta de la del modesto y caballeroso Nicolás II, quienes lo conocían a fondo sabían que ante las decisiones difíciles se mostraba débil y vacilante. Con menos justicia, los círculos aristocráticos y gubernamentales rusos opinaban lo mismo de Nicolás, pero las acusaciones más habituales iban dirigidas a su volubilidad y duplicidad. El monarca, según se decía, jamás se enfrentaba con ningún ministro, sino que fingía coincidir con él y luego lo atacaba cuando este le daba la espalda. La calidez con que eran recibidos los altos funcionarios en las audiencias no impedía que al día siguiente los esperara una carta de despido en sus oficinas. Las mismas acusaciones se aplicaban al sha, que, “debido a su extraordinaria timidez... nunca despidió personalmente a nadie”, sino que siempre encomendó “la tarea de dar las malas noticias... a los funcionarios de la corte”.

Cualquier intento de hacer un psicoanálisis comparativo exige, empero, cierta cautela. Los padres de Mohammed Reza Pahlavi peleaban con encono y terminaron por separarse. El príncipe heredero debió abandonar la casa materna a los seis años y pasó casi toda su infancia al cuidado de tutores militares hasta ingresar en un internado de varones, en Suiza, a los doce años. Según comenta su hermana, la princesa Ashraf, el Sha Reza fue “un padre imponente y aterrador. Toda vez que veía aproximarse una pernera con una franja roja, echaba a correr, pensando que el mejor modo de evitar la ira de mi padre era mantenerme lo más lejos posible de su camino”. Por cierto, ello no se aplicaba en absoluto a Alejandro III, cuya hija Olga acostumbraba sentarse debajo de su escritorio mientras él trabajaba, e incluso solía estampar el sello imperial en los documentos oficiales, y cuyo hijo Miguel podía, en son de



broma y con total impunidad, vaciar un cubo de agua en la cabeza de su augusto progenitor. Alejandro III era un padre devoto y cariñoso, muy apegado a sus hijos. Las memorias de Vladimir Ollongren constituyen un buen testimonio al respecto, dado que a los diez años vivió junto al heredero en el seno de la familia imperial. Describió a Alejandro III como “un hombre excepcionalmente sencillo y entusiasta; jugaba con nosotros a las bolas de nieve, nos enseñaba a aserrar madera y nos ayudaba a hacer muñecos de nieve”. Si Alejandro procuraba disciplinar un poco a sus hijos o darles un tirón de orejas cuando cometían alguna travesura, ello no tenía nada de malo ni de insólito. El zar pensaba, sin duda, que cuando su hijo fuese un adulto y él ya no estuviera allí para aconsejarlo, ningún ser humano se atrevería a discutir con él o a decirle que estaba equivocado. Tomando en cuenta los desafíos y tentaciones que enfrentaría el futuro zar, un padre tenía buenas razones para tener cualquier debilidad o falta de disciplina en su hijo.

De acuerdo con los criterios de la realeza europea, la infancia de Nicolás, transcurrida en una atmósfera de amor, seguridad y atención, no dejaba de ser extraordinaria. Dado que la mayor parte de los matrimonios reales se concretaban por razones dinásticas, pocos monarcas eran tan devotos y fieles a sus esposas como Alejandro III. Las relaciones entre padres e hijos, además de ser frías y distantes, a veces estaban signadas por los celos o por el temor de que el heredero encabezase la oposición a su regio padre. Esta fue la pauta predominante en la dinastía británica de los Hannover en el siglo XVIII, y en la casa de Saboya –los reyes de Italia a partir de 1861– en el siglo XIX.

“Los miembros de la casa de Saboya solían desconfiar tanto de cada nueva generación, que el heredero del trono no sólo no recibía ningún entrenamiento en lo referente a los asuntos de gobierno, sino que tampoco se le permitía conocer en profundidad la vida pública... Se los mantenía a tal punto en un estado de austeridad y sujeción personal que estaban obligados a besar la mano de su padre en privado o en público y a ponerse de pie cuando estaban en su presencia. A menudo se les demostraba tan poco afecto que podemos imaginar los consiguientes resultados.”



A Nicolás le fue ahorrado el destino de su contemporáneo, el rey Víctor Manuel de Italia, que, “reticente y taciturno por naturaleza... evidentemente se resintió por [el hecho] de que ninguno de sus padres le prestara demasiada atención y por una infancia introvertida y solitaria, agravada por la incapacidad física. De niño, se había visto obligado a usar varios instrumentos ortopédicos para fortalecer sus piernas, y la imposibilidad de crecer con normalidad explica, sin duda, gran parte de su timidez y de la poca confianza en sí mismo”. Tampoco se parecía el futuro zar a su primo Guillermo II de Alemania, también víctima de la invalidez, pero nacido, además, en el seno de una familia escindida por el conflicto entre los valores militaristas prusianos de su abuelo y la corte anglófila y liberal de su padre y de su madre, la hija mayor de la reina Victoria. Por cierto, el abuelo de Nicolás, Alejandro II, con quien los imperiales nietos mantenían estrechos lazos afectivos, fue asesinado el 1881, pero el asesinato era, por así decirlo, un gaje del oficio, un peligro del cual no estaba exento ningún monarca europeo. Conforme a los criterios bastante lúgubres de la realeza, la infancia de Nicolás se caracterizó por la felicidad y la inocencia.

Desde los siete a los diez años, Nicolás fue instruido en todas las materias por su gobernanta, Alejandra Ollongren. Estudió en detalle el programa habitual para entrar en el primer ciclo de enseñanza secundaria en Rusia y aprobó con facilidad el examen de ingreso en 1879. En el aula, sus únicos compañeros fueron su hermano menor, el gran duque Jorge, y Vladimir, el hijo de Alejandra Ollongren. De este último proviene la descripción más completa de la infancia del joven príncipe, aunque debido a la forma como fueron escritas las memorias de Ollongren, conviene tomarlas con ciertos recaudos.

Ya anciano, Vladimir recordaba “los ojos aterciopelados, radiantes de felicidad y siempre sonrientes de Nicolás”. Al zarevich le encantaba jugar al tejo y observar el vuelo de los pájaros. También había demostrado poseer una memoria excelente. “Adoraba a su madre” y envidiaba a Ollongren porque la suya estaba siempre con él. A finales de los 70, los hijos del zar, al menos mientras vivieron en Petersburgo, sólo veían a su madre dos veces por día, la primera a las once de la mañana y la segunda, antes de irse a dormir. La reunión de la mañana era la más lar-

ga, y luego de charlar con sus padres, la madre los paseaba por el cuarto en la cola de su vestido. Que Vladimir Ollongren, un extraño y un don nadie, fuese siempre el primero en dar el paseo era típico del tacto y la generosidad de María Fiodórovna. Nicolás se sentía muy impresionado por los servicios religiosos, a los que concurrían regularmente todos los niños. El soberbio espectáculo y la maravillosa música de la misa ortodoxa sobrecogían al futuro zar. Más tarde, cuando estaban a solas, él y sus compañeros solían representar el papel del sacerdote y del diácono. Pero a Nicolás también lo impresionaba profundamente la historia de la Pasión y la Resurrección.

Según Ollongren, los sirvientes del palacio “amaban a la familia”. Muchos de ellos provenían de verdaderas dinastías de sirvientes que habían trabajado para los Romanov durante generaciones. “Los más veteranos, a semejanza del Firs de Chéjov, eran gruñones y no tenían reparo alguno en espetarles unas cuantas verdades a los miembros de la familia real. No todos los sirvientes eran rusos. La gran duquesa Olga, por ejemplo, recordaba al “viejo Jim Hércules, un negro que pasaba sus vacaciones anuales en Estados Unidos y volvía cargado de frascos de jalea de guayaba para nosotros, los niños de la casa”. Los sirvientes “eran nuestros amigos”, como también lo eran los soldados y marineros que custodiaban los palacios imperiales, que “solían jugar con nosotros y lanzarnos al aire”.

Un enorme abismo separaba a los Romanov de los soldados rasos, los campesinos o los sirvientes. Estos últimos eran, en general, más sencillos y menos críticos que los miembros de la sociedad rusa ilustrada. Por esa razón, resultaba más fácil entablar relaciones cordiales, humanas y distendidas con ellos que con las personas de las clases media y alta que los Romanov se veían obligados a frecuentar. Las viejas nodrizas campesinas se dirigían a los jóvenes príncipes, a los que antaño habían criado, de una manera por demás íntima y amistosa; por cierto, ningún ruso ilustrado se hubiera atrevido a dirigirse en esos términos a un zar o a sus hijos. Los soldados campesinos que se bañaban en los arroyos cercanos a Peterhof, estallaban en aplausos y vivas, totalmente desnudos, cuando pasaba el carruaje del zar. En cambio, un muro de protocolo y etiqueta separaba a los Romanov de los rusos cultos.

El hijo del médico de la corte de Nicolás II, recordaba el primer encuentro de su madre con el heredero del trono en 1908:

“Cuando mi madre abandonó el palacio tras su primera presentación ante la emperatriz, se encontró en la entrada con el pequeño Alexéi que por entonces tenía cuatro años de edad. Luego de hacerle una reverencia conforme a las reglas, le dijo: ‘¿Cómo le va, su Alteza Imperial?’. Pero para consternación de mi madre, su Alteza Imperial, en lugar de aceptar el saludo, frunció el ceño, enojado, y le dio vuelta la cara. De regreso en casa, mamá le contó el incidente a mi padre, que comenzó a reírse y dijo: ‘Ciertamente, el heredero tenía razones para estar enojado contigo. Debiste inclinarte ante él en silencio, pues no tienes derecho a dirigirle la palabra a menos que él lo haga primero.’”

Ya adulto, Nicolás II tendía a idealizar al campesinado. Su actitud hacia la sociedad ilustrada rusa era mucho más equívoca. Lo mismo ocurría con Olga, su hermana menor. Ello se explicaba por muchas razones, algunas de las cuales eran elementos muy arraigados dentro de la tradición de la monarquía autocrática, en tanto que otras se vinculaban a las dificultades personales de Nicolás y su esposa con la sociedad de San Petersburgo. Tal vez la actitud del zar se debía, simplemente, a los recuerdos de infancia, de una vida donde resultaba más fácil entablar relaciones humanas con los campesinos, soldados y sirvientes que con los rusos cultos.

A la edad de diez años, Nicolás pasó a manos de un preceptor militar, el general G.G. Danilovich, un hombre “más conocido por su disciplina militar y su extrema rectitud que por el brillo de su intelecto y la tolerancia de sus opiniones”. Danilovich mismo invitó a especialistas a venir a palacio con el objeto de enseñar al heredero varias materias, incluidos cuatro idiomas modernos (ruso, francés, inglés y alemán), matemática, historia, geografía y química. De todas las asignaturas, la historia era la preferida de Nicolás. Su pertenencia a la Sociedad Histórica Imperial, a partir de los dieciséis años, distaba mucho de ser meramente honoraria. Años más tarde, en el ocio involuntario de su exilio siberiano, volvió a leer libros de historia. Le comentó a Sidney Gibbs, el pro-

fesor de inglés de su hijo, que “su tema favorito era la historia” y “que había leído mucho de joven, pero después ya no tuvo tiempo de hacerlo”. En su adolescencia y juventud Nicolás también había leído ficción en inglés, francés y ruso. Alguien capaz de dominar cuatro lenguas y comprender a Dostoievski y a los historiadores Karamzin y Solovyov a esa edad no puede haber carecido de inteligencia.

El joven gran duque no parece haber simpatizado mucho con su preceptor, a quien se refirió en una ocasión como “el cólera”. De sus tutores, Charles Heath fue el que aparentemente estuvo más cerca de su corazón. Heath no era un intelectual y nunca había concurrido a la universidad. Como buen maestro de inglés victoriano, amaba el aire libre y los deportes varoniles. Había sido tutor en la escuela más prestigiosa de Rusia, el Liceo Alejandro, donde gozaba de una excelente reputación. En tanto que los comentarios de los ex alumnos sobre los otros tutores eran ambivalentes, recordaban a Heath como el maestro modelo del Liceo, un hombre de buen corazón, gran energía y un cerebro respetable que confiaba en sus alumnos y tenía un profundo sentido de la decencia y la equidad. Heath no se entrometía en la vida de los alumnos, procedentes todos de familias de clase alta, ni trataba de congraciarse con ellos o de ganarse el favor del director del liceo. A Nicolás le gustaba Heath, y cuando en 1894 visitó Gran Bretaña con su novia, le escribió a su madre: “Me alegró mucho volver a ver a Heath; se lo presenté a la abuelita”, es decir, a la reina Victoria. Al principio Heath no se sintió muy impresionado por los hijos del zar, pues los encontraba indisciplinados y carentes de buenos modales a la hora de sentarse a la mesa, donde se comportaban como verdaderos patanes. Tampoco le facilitó la vida Popka, el loro del gran duque Jorge, hermano menor de Nicolás y su constante compañero hasta que contrajo tuberculosis y lo trasladaron al Cáucaso, donde el clima era más cálido. “Popka... odiaba a Mr Heath. Cada vez que el pobre maestro de inglés entraba en el cuarto de Jorge, el loro se enfurecía y luego lo imitaba, exagerando su acento británico. Finalmente, Mr Heath se exasperó a tal punto que se negó a entrar en el cuarto de Jorge a menos que sacaran al loro.” Fue en parte gracias a la guía de Charles Heath que Nicolás adquirió una calma y un autocontrol más característicos de un inglés que de un miembro de



la clase dirigente de la Rusia prerrevolucionaria. El general V.N. Voeykov, el último comandante de los palacios imperiales durante el reinado de Nicolás II, conocía muy bien al monarca. Comentó que una de las cualidades más sobresalientes del emperador era el control de sí mismo. Siendo por naturaleza irascible, se había esforzado por modificar ese rasgo de su carácter desde la niñez, bajo la dirección de su tutor, Charles Heath, y había logrado un extraordinario autodomínio. Heath recordaba a menudo a su pupilo imperial que “los aristócratas nacen, pero los caballeros se hacen”.

A los diecisiete años, el heredero comenzó su instrucción en el arte del gobierno, poniéndose en contacto por primera vez con algunas de las principales figuras políticas, académicas y militares del reino de su padre. Pedro Bark, ministro de Finanzas desde 1914 hasta la caída de la monarquía, comentó en sus memorias acerca de la educación de Nicolás:

“Desde muy joven, el heredero recibió una excelente capacitación bajo la dirección de los mejores docentes de Rusia. Su profesor en economía política, que lo introdujo en las cuestiones financieras, fue Bunge, un hombre notable que se desempeñó como ministro de Finanzas durante cinco años. Zamyslovsky fue su profesor de historia y Kaustin, de derecho internacional. Los generales Mehr y Dragomirov lo instruyeron en las ciencias militares y Beketov le enseñó química. Entre estos maestros, quien más lo influyó fue sin duda Pobedonostsev, profesor de derecho civil y político. Pobedonostsev fue el procurador en jefe del Santo Sínodo [la administración laica de la Iglesia ortodoxa] durante los reinados de Alejandro III y Nicolás II. Era un conservador convencido y gracias a su poderoso carácter tuvo gran influencia en ambos emperadores.”

Si la influencia de Pobedonostsev sobre Alejandro III y Nicolás II fue tan grande como imaginó Pedro Bark, sigue siendo una cuestión discutible. No obstante, tuvo por cierto algún efecto en la configuración de las opiniones de ambos jóvenes antes de que ascendieran al trono. Su visión de la naturaleza humana era aun más pesimista que la de la

mayoría de los conservadores europeos: casi todos los seres humanos eran débiles, egoístas, crédulos e inmunes al llamado de la razón. Tomando en cuenta esta realidad, era probable que la democracia se convirtiese en una caótica impostura, con los políticos profesionales, los plutócratas y los barones de la prensa dispuestos a complacer los prejuicios y la codicia de un electorado miope. En los países anglosajones y escandinavos, caracterizados por una tradición individualista que databa de siglos, había surgido una ciudadanía instruida y autodisciplinada capaz de sustentar la política democrática, en especial en una tierra con tantos recursos como Estados Unidos. Las tradiciones de Rusia, sin embargo, eran muy diferentes, y el país era más primitivo y multinacional. Por lo tanto, el liberalismo y la democracia conducirían al desastre y sólo dejarían ruinas a su paso. Únicamente el poder y el simbolismo de una monarquía autocrática, asesorada por una elite de funcionarios expertos, podía dirigir el país con eficacia. Rusia se asentaba en las comunidades –la aldea campesina, la Iglesia y la nación– y estas debían preservarse y protegerse de los ataques del individualismo al estilo occidental. Las clases ilustradas, incluida la aristocracia, eran las portadoras de este bacilo y, en consecuencia, resultaban peligrosas. Los instintos religiosos y patrióticos del campesinado constituían una base firme para la estabilidad política y el poderío ruso, pero era preciso proteger a la gente sencilla de las influencias foráneas, que sembrarían dudas acerca de los valores y lealtades, socavando de ese modo la solidaridad nacional rusa que existía entre el gobernante y el pueblo, de la cual dependía el futuro del imperio.

Aparte de Pobedonostsev, el profesor más conocido del zar fue Nicolás Bunge. Como profesor de economía y como antiguo ministro de Finanzas, Bunge era el hombre adecuado para la tarea de enseñar al heredero la historia del pensamiento económico y de la economía de Rusia. Las clases que impartió al zarevich en 1888 y 1889 giraban en torno a estos dos temas. Nicolás no se limitaba a escuchar las lecciones, sino que era sometido a exámenes periódicos. No obstante, cabe preguntarse hasta qué punto comprendía el heredero las lecciones de Bunge. Años más tarde, frente al derrumbe de la economía rusa en 1916, Nicolás le escribiría a su esposa: “Nunca fui un hombre de nego-

cios y simplemente no entiendo nada de estas cuestiones relativas al abastecimiento y a los suministros”.

Cuando en 1893 Nicolás fue designado director del comité responsable de todos los asuntos vinculados a la construcción del ferrocarril siberiano, se nombró a Bunge como subdirector. De esta manera, se encontraba en una posición que le permitía complementar sus primeras enseñanzas teóricas sobre asuntos económicos con el apoyo y el asesoramiento práctico en una cuestión que era muy importante para el futuro de Rusia y que a él le interesaba sobremanera. Nicolás encontró en Bunge un alto funcionario situado en el polo opuesto a Pobedonostsev, tanto en el espectro político como en lo personal. Un hombre más humano, desinteresado y cálido que el procurador en jefe del Santo Sínodo, Bunge era también más liberal y mucho más *au fait* con el nuevo mundo capitalista de las bancas y la industria que comenzaba a desarrollarse con rapidez en Rusia a fines del siglo XIX.

A los diecinueve años, Nicolás ingresó en la Guardia de Preobrazhensky, el regimiento más antiguo del ejército ruso. Luego, a fin de proporcionarle una visión de las otras ramas del ejército, sirvió también en los regimientos de húsares y de artillería montada de la Guardia. Esto no era –y probablemente tampoco se esperaba que fuese– un verdadero entrenamiento en el arte militar. No sólo en Rusia, sino en otras partes de Europa, los regimientos más exclusivos de la Guardia se parecían a una agradable escuela privada donde se preparaba a los jóvenes y ricos aristócratas para las actividades sociales, y no a un establecimiento destinado a capacitarlos profesionalmente con vistas a una carrera militar. El casino de oficiales tenía todas las características de un club, las tareas encomendadas eran harto livianas y la relación entre los tenientes y los soldados se asemejaba a la del heredero de un vasto territorio con los labriegos de su padre. En el casino, no se hablaba ni de asuntos profesionales o políticos ni de otros temas serios, y la mayor parte del tiempo se destinaba a las diversiones. No habiendo concurrido nunca a la escuela ni vivido fuera de los palacios de su padre, la nueva vida entusiasmó al heredero, así como suscitó un sentimiento de liberación. Nicolás siempre había amado el ejército, sus tradiciones, uniformes y valores. Más tarde, los casinos de oficiales de los regimientos

de la Guardia serían los únicos lugares donde se sentiría a gusto y como en casa. Aquellos en quienes confiaba o sus amigos personales provenían, casi todos, de este ámbito. El tiempo transcurrido entre dejar la escuela y asumir las responsabilidades inherentes al trabajo y la adultez fue para Nicolás, como para muchos, el período más feliz de su vida. La camaradería, la caza, las exhibiciones ecuestres, las visitas a las “gitanas” de San Petersburgo formaban parte tanto de su vida como de la de los jóvenes aristócratas de la Guardia. El famoso amorío del heredero con la bailarina Matilde Ksheshinskaya constituía también un rito de pasaje normal. No hay razones para pensar que los padres de Nicolás reprobasen este tipo de actividades. Muy pronto las obligaciones, las coerciones y el trabajo agobiaban al zarevich, de modo que unos pocos años de alegre distensión en la segura y leal compañía de los oficiales de la Guardia no le harían daño alguno.

Si el servicio en la Guardia constituía una etapa tradicional en la educación de un joven noble, el viaje a Europa era otra. El *grand tour* fue concebido para ampliar los horizontes, incrementar la cultura y el refinamiento y permitir a los jóvenes una experiencia mundana lejos de sus padres, aunque todavía bajo la supervisión de personas mayores y de confianza. En el pasado, los jóvenes se habían limitado a visitar las cortes, museos y galerías de Italia y Francia. Pero los padres de Nicolás, aprovechando la revolución victoriana de las comunicaciones, decidieron enviar a su hijo alrededor del mundo por ferrocarril y por barco.

El heredero partió de Gatchina en octubre de 1890 y no regresó hasta agosto de 1891. El viaje comenzó con una parada en Viena y la acostumbrada recepción en el Hofburg, y continuó por Grecia, Egipto, la India, Ceilán, las Indias orientales, Siam y algunas zonas de China y Japón. En su regreso a Rusia, Nicolás atravesó Siberia, y se convirtió en el primer heredero en visitar esa parte de los dominios de su padre; de ahí en adelante, siempre conservaría un particular interés por esa región. Durante el viaje, Nicolás solía quejarse de no ver nada de valor, pues debía dedicar casi todo su tiempo a las recepciones y reuniones con los funcionarios coloniales. Sin embargo, esa era la inevitable consecuencia de una expedición semejante. Por razones de seguridad y protocolo, el heredero del trono de Rusia no podía viajar de incógnito



por los países extranjeros y sus imperios. Pese a todo, a lo largo de esos diez meses Nicolás vio algunos de los paisajes, ciudades y monumentos más espléndidos del mundo, visitó museos y galerías y se puso en contacto con sociedades y pueblos que a menudo diferían en su totalidad de los que había conocido hasta entonces. Incluso las reuniones con la burocracia colonial no siempre carecían de interés. En la India, por ejemplo, el heredero estuvo acompañado por sir Donald Mackenzie Wallace, el secretario de un ex virrey, y uno de los principales estudiosos del imperio ruso, que hablaba el idioma de ese país con tanta soltura como el inglés. La amistad con Wallace se reanudó cuando este visitó al emperador en Sarskoie Selo.

Por otra parte, si el entorno de Nicolás, como el de otros príncipes herederos de Europa, estaba compuesto en gran medida por los oficiales aristocráticos de la Guardia, algunos de sus miembros eran hombres interesantes que conocían a fondo los sitios que visitaban. M.K. Onu, un hombre inteligente, experto en asuntos asiáticos y del Oriente Medio, viajó con Nicolás en Egipto y en la India. El príncipe E. Ukhtomsky, una autoridad en lo relativo a la religión y la cultura de Asia, lo acompañó durante todo el trayecto. Ukhtomsky siempre creyó que el futuro de Rusia se encontraba en Asia. Según su argumento, los rusos, a diferencia de los europeos del centro y del oeste, tenían afinidad espiritual con los asiáticos. “Al parecer”, escribió, “no hay nada más fácil para los rusos que relacionarse con los asiáticos. El hecho de coincidir a tal punto en las cuestiones importantes y fundamentales revela la existencia de un estrecho parentesco espiritual entre nosotros.” Al preguntar de manera retórica: “¿Cuándo las naciones cristianas de Occidente reconocerán el derecho de Asia a la igualdad y a un trato realmente humano?”, Ukhtomsky afirmaba, con poca justicia histórica, que “la idea de invadir una vida compleja y foránea, de utilizar a Asia como una herramienta para el progreso de la moderna y mal llamada humanidad civilizada, nos repugnaba”. La *bête noire* específica de Ukhtomsky era el imperio colonial británico, e incluso pudo haber alentado en Nicolás la irritación por las chaquetas rojas que rodeaban continuamente al zarevich en la India. Pero si bien Ukhtomsky era, en algunos aspectos, un hombre desencaminado y prejuicioso, no por ello carecía de inteligencia, y

sus opiniones constituían un antídoto nuevo y refrescante contra los estereotipos convencionales sobre la supremacía cultural europea que rodeaban a Nicolás en los palacios de su padre, así como cuando visitaba a sus parientes de Europa.

De regreso en Petersburgo, tras haber sufrido un intento de asesinato en manos de un policía durante su viaje a Japón, Nicolás empezó a desempeñar un papel más activo en los asuntos del Estado, aunque todavía dedicaba el mayor tiempo posible a las tareas del regimiento y a gozar de la vida fácil y libre de un soltero. Al cumplir los veintiún años, y al igual que todos los herederos del trono, fue nombrado miembro del Consejo de Estado y del Comité de Ministros, los supremos organismos legislativo y ejecutivo del imperio. Como era esperable de un miembro joven de la “clase ociosa” que disfrutaba por primera vez del sabor de la libertad, a Nicolás no le entusiasmaba la idea de sepultarse bajo una montaña de papeleo burocrático, lo cual constituía la realidad cotidiana de los altos dignatarios del gobierno ruso. En noviembre de 1891, fue designado para presidir el Comité Especial de Socorro de la Hambruna, y en febrero de 1893, la Comisión del Ferrocarril Siberiano. Ambas instituciones se hallaban más cerca del corazón de Nicolás que el cotidiano trajín del Consejo de Estado y del Comité de Ministros. Y en ambas instituciones se empapó de los respectivos asuntos, comenzó a expresar opiniones independientes y llegó a conocer a algunos de los principales funcionarios de su padre. A través del Comité contra la Hambruna conoció, por ejemplo, a Viacheslav Plehve, que más tarde sería su ministro del Interior. Si bien había comenzado su adoctrinamiento en la rutina de la administración, este no llegó muy lejos, por cuanto la muerte súbita e inesperada de su padre en 1894, a la edad de cuarenta y nueve años, empujó al horrorizado heredero a desempeñar un papel para el que no se sentía preparado en absoluto.

Nadie, ni antes ni entonces, dudó jamás de la evaluación del propio Nicolás con respecto a su falta de preparación. Incluso su hermana, la gran duquesa Olga, profundamente leal a la memoria de Alejandro III, escribió: “Mi padre tuvo la culpa”. Según sus palabras, al ascender al trono, Nicolás se encontraba

“en un estado de absoluta desesperación. No se cansaba de repetir que no sabía lo que sería de todos nosotros y que él era totalmente inepto para gobernar. Aun en esa época yo sentía por instinto que la sensibilidad y la generosidad no eran cualidades suficientes para un soberano. Y, sin embargo, la ineptitud de Nicky de ningún modo era su culpa. Tenía inteligencia, fe y coraje... y lo ignoraba todo en lo referente a las cuestiones gubernamentales. A Nicky lo entrenaron para ser soldado. Debería haber aprendido el arte de gobernar, pero nadie se lo enseñó”.

¿En qué medida el juicio de la hermana de Nicolás es correcto? En lo concerniente a la inteligencia de su hermano, tenía razón. El difundido mito de la estupidez de Nicolás distaba mucho de ser cierto. Pedro Bark, que conoció muy bien al emperador, escribió que “poseía una inteligencia notable”. V.I. Mamantov, que trabajó durante dos décadas en estrecha colaboración con el zar, recordaba su rapidez para comprender cuestiones complicadas, su extraordinaria memoria y la elegancia y claridad con que expresaba sus opiniones por escrito. Ciertamente es que Bark y Mamantov eran leales servidores de la corona que escribieron sus memorias luego de la terrible muerte del zar, impulsados por el deseo de defenderlo frente al descrédito casi universal de que era víctima. Sergio Witte, sin embargo, dejó constancia, antes de la revolución, de su desagrado por Nicolás II, y lo comparó desfavorablemente con Alejandro III. No obstante, Witte escribió en sus memorias que Nicolás “tenía una mente rápida y aprendía con gran facilidad. En este aspecto, superaba a su padre”.

Alejandro Izvolsky, el futuro ministro de Relaciones Exteriores de Nicolás, afirmó que la educación del zar “no era superior a la de un teniente de caballería de uno de los regimientos de la Guardia imperial”, lo cual es injusto. Para empezar, los oficiales de caballería de la Guardia no eran instruidos por los más eximios estadistas y profesores del imperio. Pero es cierto que la educación del heredero era inferior a la de su abuelo, Alejandro II, cuyo preceptor fue el poeta Zhukovsky, y a la de algunos de los Romanov del siglo XVIII. Aquí nos encontramos con una decadencia cultural e intelectual común al conjunto de la rea-

leza y la aristocracia decimonónica. En el siglo XVIII, algunos monarcas podían conversar con comodidad con los pensadores de su tiempo y solían ser los mecenas de los mejores artistas y músicos. Hacia 1900, la clase media dominó el mundo cultural, mientras que la aristocracia y la realeza lo abandonaban, concediendo en cambio más importancia a las virtudes del carácter, a la piedad y al buen comportamiento. El mundo de Stravinsky y Freud resultaba extraño e incomprensible no sólo para Nicolás II, sino también para Francisco José, Guillermo II y Jorge V. Según recuerda la condesa Dönhoff, “los aristócratas terratenientes nunca se quejaron de no pertenecer al mundo de los poetas e intelectuales; por el contrario, se enorgullecían de rechazarlo... Hasta el final, la sociedad [de clase alta] continuó siendo un mundo privado y sellado herméticamente que sólo confiaba en la validez de sus costumbres”.

Si bien Alejandro III y su esposa no podían ser culpados por haber sido víctimas del “espíritu” de su época y de su clase, eran en cambio responsables de algunos fallos en la educación de su hijo. El problema de Nicolás no residía ni en la mala enseñanza ni en su tan mentada estupidez, sino en que era demasiado ingenuo e inmaduro para su edad, lo cual contribuyó a su dificultad para captar el valor de cuanto leía y a que tuviera una visión adolescente del mundo, incluso a los veinte años. Ello se debió, en parte, al hecho de haberse educado, junto con su hermano Jorge, sin compañeros de su misma edad. Creció dentro de los confines de los palacios imperiales, en un círculo familiar caracterizado por la devoción y lealtad a los suyos, pero demasiado encerrado en sí mismo.

Muchos años más tarde, el único hijo de Nicolás, el zarevich Alexéi, fue educado de una manera similar. Su tutor, Pierre Gilliard, comentó que un niño criado en semejante aislamiento

“está privado del principio básico que permite el desarrollo del juicio. Sentirá siempre la falta de ese saber que no depende del estudio sino de la vida misma, obtenido a través de las relaciones libres con sus pares, de la diversidad de influencias recibidas –a veces contrapuestas a las opiniones que habitualmente lo rodean– y de la posibilidad de un



contacto asiduo y una observación directa en lo referente a las personas y las cosas. En una palabra, se verá privado de todo aquello que, a lo largo del tiempo, desarrolla los horizontes intelectuales y proporciona el conocimiento esencial. En tales circunstancias, sólo alguien excepcionalmente dotado puede adquirir una visión correcta de cuanto lo rodea, una manera normal de pensar y la capacidad de expresar la propia voluntad en el momento oportuno. Una barrera impenetrable lo separa de la vida real y le impide comprender lo que sucede del otro lado del muro, sobre el cual la gente traza falsos dibujos para entretener y mantener ocupada a la persona en cuestión”.

La solitaria educación de Nicolás fue muy diferente de la de sus primos Jorge V o Guillermo II, que en la adolescencia fueron enviados a la escuela naval y a la escuela secundaria o gimnasio, respectivamente. Incluso el emperador Hirohito, pese al estatuto divino de la monarquía japonesa, se educó con otros niños en un aula especial de la escuela destinada a los pares del reino, en Gakushuin. En el caso de Nicolás, las consideraciones respecto de la tradición y la seguridad no le hubieran permitido nunca concurrir a la escuela, pero no habría sido imposible seleccionar a un grupo de niños para que estudiaran junto con él en el palacio. El hecho de no haberlo hecho explica por qué, a los veinte años, el heredero al trono era tan inocente en muchos sentidos. Por otra parte, ello se adecuaba a ciertos aspectos de la ideología dominante de la monarquía autocrática rusa. El emperador, se afirmaba, debía estar por encima de todas las clases y facciones, e incluso por encima de la condición humana misma. Inmune a las normales tentaciones, los intereses o las fragilidades humanos, reinaba sobre la base de un corazón puro y de una conciencia cristiana ortodoxa. Pero aunque la inmadura inocencia de Nicolás podía coincidir con esta visión casi sagrada de la realeza, estaba lejos de adecuarse a los asuntos políticos cotidianos de cualquier país, y menos aún a las amargas realidades padecidas por la dirigencia rusa en una época de agudas tensiones y dificultades.

Cabría agregar que Alejandro III y María Fiodórovna no se ocuparon de la educación de su hijo con la misma seriedad de propósito con

que lo hicieron, por ejemplo, el príncipe Alberto o su hija Victoria, la emperatriz alemana y madre de Guillermo II. Popka, el loro, hubiera sido expulsado muy rápido del aula del príncipe de Gales o de los hijos de Victoria. Pero en defensa de Alejandro y María, es necesario reconocer que la educación del heredero del trono constituía una tarea harto difícil. Era preciso capacitar a un niño para ocupar una posición que tal vez no se adecuaba a su carácter. Incluso un monarca constitucional estaba obligado a poseer, además de diversos conocimientos, un gran sentido de la responsabilidad, tacto y autodisciplina. Los requisitos que debía satisfacer un joven para ser jefe de Estado y jefe de gobierno de por vida eran sencillamente aterradores. Una educación en extremo rigurosa y carente de solaz podía resultar contraproducente. Eduardo VII, un hannoveriano de corazón, se rebeló contra el austero entrenamiento de los Coburgo impuesto por su padre, y se convirtió en un adulto amante de los placeres, indulgente consigo mismo y bastante humano. Su sobrino Guillermo II, irresponsable e incapaz de gobernar de un modo coherente y disciplinado, también se volvió contra los valores liberales y la austera ética protestante del trabajo que sus padres habían procurado inculcarle. Según estos criterios, la educación de Nicolás II fue equilibrada, fructífera y, hasta los dieciocho años, nada militar.

Cierto es que cuando pasó a ser emperador en 1894, no estaba preparado ni psicológica ni técnicamente para la tarea. Exageraba un poco cuando le dijo a su ministro de Relaciones Exteriores, Nicolás Giers, “No sé nada. El difunto emperador no previó su muerte y no me puso al tanto de los asuntos de gobierno”. Pero es verdad que desconocía los secretos de Estado (por ejemplo, la alianza franco-rusa) y que le faltaba una comprensión global de la política. Por lo demás, sus conocimientos básicos respecto del funcionamiento de la maquinaria estatal eran harto inadecuados. La principal razón de todo ello era bastante obvia: un hombre fuerte y saludable no espera morir de pronto a los cuarenta y nueve años. En los primeros tiempos como emperador, Nicolás fue sin duda víctima del descuido por parte de su padre. Aun así, es posible comprender, al menos, la posición de Alejandro. A diferencia de los reyes de Italia o de algunos de los primeros Romanov, no hay prueba alguna de que este viera en el heredero una amenaza o un rival. Había ra-

zones de peso para pensar que Alejandro viviría muchos años. Conocía mejor que nadie las interminables tareas y responsabilidades que abrumaban la vida de un zar. Como amaba a su hijo, quiso que gozara al menos de unos pocos años felices y despreocupados, antes de ser sepultado por su futuro rol. Hablando de su heredero –el príncipe Reza–, el último sha comentó, en una ocasión: “A su edad, un exceso de responsabilidad podría alejarlo definitivamente del trabajo administrativo”. Tal vez Alejandro se dejó influir, durante demasiado tiempo, por pensamientos similares.

En un sentido, sin embargo, es erróneo afirmar que Nicolás estuviese psicológicamente poco dotado para reinar. Sin duda lo aterrizó el hecho de asumir semejante responsabilidad de una forma tan súbita e inesperada; en su condición de autócrata, no tenía otro modelo de conducta que su padre; pero Nicolás era –y a la vez se sentía– incapaz de estar a la altura de su augusto progenitor. Ciertamente tembló, tal como lo hubiera hecho cualquier hombre racional, ante el peso y la responsabilidad de gobernar Rusia durante el resto de su vida. Incluso la mayor parte de la rutina de un monarca constitucional es en extremo tediosa y exige una autodisciplina inhumana. Quizás en su fuero interno Nicolás maldijera al destino por imponerle semejantes tareas en vez de permitirle llevar una vida mucho más fácil, tal como la de sus primos o la de un miembro de la clase ociosa. Ello hubiera sido muy natural. Pero Nicolás no sólo aceptaba el destino, interpretado como la voluntad de Dios, sino que creía profundamente en él. El antiguo orden europeo nunca glorificó al individuo ni creyó en el derecho de elegir el propio camino. Nicolás, dados sus valores más profundos, pertenecía por completo a ese orden. Los seres humanos servían a los propósitos de Dios en el rol que Él les había asignado. Nicolás estaba furioso con algunos de los Romanov, que, casándose con plebeyas o divorciadas, habían antepuesto la propia felicidad a la lealtad a la familia y a las responsabilidades hereditarias conferidas por Dios. Si no pudo lidiar con facilidad con la tarea de ser un autócrata eficiente, ello se explica por varias razones prácticas, comenzando por la inmensa dificultad de gobernar un imperio. Pero el joven que ascendió al trono de Rusia se identificaba, por cierto, con su papel, creía

en la dignidad y necesidad de su misión y demostró con tenacidad estar decidido a no deshacerse de las responsabilidades que, a su entender, Dios mismo le había encomendado.



## El zar y el hombre de familia

El 1º de enero de 1894, el zarevich Nicolás escribió en su diario: “Quiera Dios que el año que comienza sea tan feliz y tranquilo como el que acaba de transcurrir”. En efecto, en 1894 la existencia de Nicolás cambiaría de manera radical. A principios de ese año el heredero era, ante todo, un joven oficial de la Guardia, cuya vida estaba dedicada, en su mayor parte, a leer, bailar, esquiar, la ópera y a su amante, Matilde Ksheshinskaya. Doce meses más tarde, se convertía en el Emperador de todas las Rusias, en teoría el portador del poder absoluto sobre un vasto imperio, y también en un hombre casado.

Su novia era la princesa Alejandra de Hesse, la hija menor del gran duque Luis IV de Hesse y de su esposa Alicia, la segunda hija de la reina Victoria. En 1884, Isabel, la hermana mayor de Alejandra, se había casado con el gran duque Sergio, hermano menor de Alejandro III. Alejandra –la futura emperatriz Alejandra Fiodórovna– visitó Rusia por primera vez a los doce años, cuando concurrió a la boda de su hermana. Allí conoció al zarevich Nicolás, de dieciséis años, con quien se encontró luego en Rusia y en el extranjero. En diciembre de 1891, Nicolás escribió en su diario: “Mi sueño... es casarme algún día con Alejandra de Hesse”.

La elección del heredero resultaba muy conveniente. En el cuarto de siglo previo a la revolución de 1917, muchos de los Romanov emparentados con Nicolás habían contraído matrimonio con una desconcertante colección de bailarinas, plebeyas y divorciadas. En cambio, el heredero había puesto el ojo en una joven muy bella, estrechamente relacionada con las más importantes familias reales de Europa. No hay

prueba alguna de que Alejandro III o la emperatriz María se opusieran a la elección de la novia. Por el contrario, lo primero que pensó Nicolás, luego de su compromiso, fue en el deleite que la noticia causaría a sus padres. El problema de Alejandra era de otra índole: una emperatriz rusa debía pertenecer a la fe ortodoxa. En consecuencia, cualquier princesa extranjera que se casara con el heredero del trono tenía que convertirse a la ortodoxia. Pero la joven princesa de Hesse no estaba preparada para dar ese paso.

Alejandra no cambió de idea hasta abril de 1894. Nicolás, acompañado por un gran contingente de Romanov, concurre el 2 de abril a la boda del hermano de Alejandra, el gran duque Ernesto Luis de Hesse, y de otra nieta de la reina Victoria, la princesa Victoria (“Ducky”) de Edimburgo y Saxo Coburgo-Gotha. Gran parte de la realeza protestante europea llegó a Darmstadt para esa ocasión, incluida la reina Victoria misma y el emperador Guillermo II de Alemania. El 5 de abril, Nicolás estuvo un rato a solas con Alejandra. “Ella se ha vuelto aún más bella”, escribió el zarevich en su diario, “aunque se la ve muy triste. Nos dejaron solos y entonces iniciamos la conversación que yo ansiaba desde hacía tanto tiempo y que, sin embargo, me atemorizaba. Hablamos hasta las doce, pero sin éxito alguno. Ella se niega a cambiar de religión”.

Tres días más tarde, la joven princesa cedió.

“El día que me comprometí con mi adorada Alejandra –escribió Nicolás– fue el más maravilloso e inolvidable de mi vida. Pasadas las 10 de la mañana, Alejandra fue a ver a tía Miechen y, luego de conversar con ella, resolvimos las cosas juntos. ¡Dios, la montaña que pesaba sobre mis hombros cayó en pedazos! ¡Y cuánto alegrará esta dicha a papá y mamá! ¡Todo el día anduve como en sueños, sin comprender del todo lo que me había ocurrido! Guillermo [el káiser] se sentó en un cuarto contiguo y esperó hasta que terminamos de conversar con los tíos y tías.”

Nadie sabe a ciencia cierta lo que indujo a Alejandra a cambiar de parecer. Por cierto, no fue la desembozada presión de sus parientes ni el simple deseo de usar una corona, pues poco tiempo antes se había

negado rotundamente a casarse con el hijo menor del príncipe de Gales, "Eddie", el duque de Clarence. Tal vez influyeron en Alejandra la atmósfera que rodeó la boda de su hermano y las esperanzas aún no perdidas de algunos de sus parientes. Quizá no le gustó la idea de que su cuñada la suplantara como dama principal en Hesse-Darmstadt. Los consejos de su hermana Isabel, que se convirtió voluntaria y apasionadamente a la ortodoxia en 1891, pueden haber pesado en su decisión. Cuando estuvo en la propiedad de Isabel en Ilinskoye, cerca de Moscú, Alejandra parece haber concebido ese amor romántico por el campesinado ruso y la vida aldeana que marcaría a fuego su pensamiento como emperatriz. Pero la respuesta más simple suele ser la mejor. Ni siquiera los peores enemigos de Alejandra negaron jamás que ella amara con devoción a su esposo. Y si al amor por un hombre apuesto, sensible y con altos ideales se le sumaba el entusiasmo romántico ante la perspectiva de vivir en Rusia y el desafío de un trono, nadie podía culparla por haber tomado una decisión semejante.

El padre de Alejandra, el gran duque Luis IV, había muerto en 1892. Aunque ella amaba a su padre y la afectó su muerte, no parecía haber heredado su personalidad. El gran duque, un hombre agradable, tolerante y refractario a los asuntos intelectuales, había sido un auténtico militar. Más tarde, Alejandra se enorgullecería de llamarse a sí misma la hija de un soldado. Compartía el gusto de su esposo por la pompa militar y por el código de valores que regía la conducta de los oficiales. Quizás el amor a las flores lo heredó de su padre, un jardinero entusiasta; pero en términos generales, fue Darmstadt lo que influyó en la princesa de un modo que incidiría posteriormente en Rusia. El gran ducado y su familia real distaban de ser ricos, sobre todo después de las guerras de 1866 y 1870-1871. El hecho de manejar primero la casa de su padre y luego la de su hermano le permitió a la joven princesa adquirir el hábito de la frugalidad y del ahorro y convertirse en una eximia ecónoma, lo cual contribuyó a su impopularidad entre la extravagante, dispendiosa y a menudo imprudente aristocracia de Petersburgo.

En algunos aspectos, Alejandra se parecía a su madre inglesa, la princesa Alicia, una mujer inteligente que compartía los intereses intelectuales y los serios objetivos de su padre, el príncipe consorte, y de su

hermana mayor, Victoria, la madre de Guillermo II de Alemania. Al igual que Victoria, fue muy criticada por los cortesanos alemanes, por sus modales y amistades ingleses. Pero Alicia tenía más tacto que su hermana y Darmstadt no era un lugar tan difícil para una princesa inglesa como la arrogante capital prusiana, caracterizada por las intrigas.

Alicia era una cristiana profundamente seria y reflexiva:

“La religiosidad de la princesa comenzó a ahondarse en un período de agotamiento nervioso, luego de la muerte de su padre. La lectura de los *Essays and Reviews* del profesor Jowett y de los *Sermons* de F.W. Robertson la iniciaron en el camino de la libertad espiritual. Conversó con los principales clérigos, que se encontraban entre los pocos visitantes recibidos por la reina durante el período de duelo, y antes de cumplir los veinte años ya había participado en una seria discusión con Dean Stanley sobre el Apocalipsis y los Salmos.”

En Darmstadt, la princesa Alicia fue amiga íntima y admiradora de David Strauss, autor de *La vida de Jesús* y un estudioso de la Biblia de renombre mundial e ideas radicales. Los dos solían discutir no sólo acerca de cuestiones religiosas, sino también de Voltaire. Strauss le leía sus ensayos sobre temas religiosos, y cuando estos se publicaban, se los dedicaba a la princesa. Desde luego, lo hacía de mala gana, sabiendo que en la Darmstadt parroquial y temerosa de Dios, el hecho de asociar a la princesa Alicia con ideas religiosas no ortodoxas causaría un gran revuelo. Pero en lo tocante a sus amistades y convicciones religiosas, Alicia estaba preparada para desdeñar la opinión pública. Más adelante, en el contexto mucho más vasto, más cruel y más importante de Rusia, su hija Alejandra haría lo mismo.

Una amiga inteligente y que conocía bien a la princesa Alicia escribió que “el cristianismo no era para ella una profesión de fe que pudiera hacerse a la ligera. Si no podía aceptar sus doctrinas fundamentales con toda el alma y sin reservas, entonces se transformaban en algo superficial y sin sentido, en cuyo caso era su deber abandonarlas”. Alejandra era una ferviente cristiana. Dejó el protestantismo sólo después de una gran lucha. En su cuarto de Sarskoie Selo “había una puertita en



la pared que comunicaba a una diminuta y oscura capilla iluminada por lámparas colgantes, donde la emperatriz acostumbraba rezar". Cuando estaba en San Petersburgo, solía ir a la catedral de Kazan, se arrodillaba al amparo de una columna para no ser reconocida por nadie, acompañada sólo por una dama de honor. Para Alejandra, la vida en la Tierra, en el sentido más literal del término, no era sino un juicio mediante el cual se sometía a prueba a los seres humanos para comprobar si eran dignos de la bendición divina. Los sufrimientos infligidos por Dios servían, o bien para evaluar la propia fe, o bien como castigo por los pecados cometidos. Le encantaba analizar cuestiones abstractas, en especial las religiosas, y su posterior amistad con las grandes duquesas Militza y Anastasia se debió, en parte, a sus conocimientos sobre religión y sobre la cultura persa, india y china. Alejandra "estudiaba con gran celo los intrincados libros de los padres de la Iglesia. Por lo demás, leía muchos libros filosóficos ingleses y franceses".

Como emperatriz, adhirió a una fe ortodoxa profundamente emocional y mística. El soberbio ritual y los cantos de la liturgia ortodoxa la conmovían, así como también el sentir que a través de la ortodoxia se hallaba en comunión con sus hermanos, los súbditos más humildes del zar. Pero además de ser una exaltada creyente, Alejandra era también una organizadora nata, una eficiente administradora y una cristiana apasionada por la filantropía. Aunque sus intereses incluían el alivio del hambre y del desempleo y la capacitación de las jóvenes, sus obras de caridad se dirigían, ante todo, a los enfermos y al mundo de la medicina. En Crimea, incluso los días de fiesta, visitaba los hospitales y sanatorios de la vecindad, llevando a sus hijas consigo, por cuanto "debían conocer y comprender el infortunio que se oculta tras toda esta belleza". La fundación de centros asistenciales de rehabilitación, el entrenamiento de las jóvenes y la organización de hospitales y servicios médicos en tiempos de guerra constituían actividades muy similares a las de su madre. Al igual que su hija, Alicia era una eficiente, práctica y realista administradora a quien le encantaba organizar todo tipo de obras de caridad. Pero como Alejandra, lo más próximo a su corazón era el cuidado de los enfermos. La princesa Victoria de Hesse recordaba, en sus memorias, la guerra franco-prusiana, cuando "mi madre trabajaba pa-

ra la Cruz Roja y visitaba con regularidad a los heridos, fueran franceses o alemanes; yo solía acompañarla”.

Tanto en la madre como en la hija el espíritu era mucho más fuerte que la carne. Ambas estaban agotadas por los numerosos embarazos. Cansada y enferma a sus treinta y cinco años, Alejandra escribió en una ocasión que “mi querida mamá también perdió la salud a una edad temprana”. Madres devotas, ambas mujeres insistían en cuidar a sus hijos toda vez que estos se enfermaban. En 1900, Nicolás contrajo fiebre tifoidea, y Alejandra lo cuidó de día y de noche. “Me negué a contratar a una enfermera y nos las arreglamos perfectamente.” Por desgracia, agregó, “ahora me duele la cabeza y el corazón debido a los nervios y a las muchas noches sin dormir”. Los hijos de la princesa Alicia enfermaron de difteria en 1878 y ella los cuidó hasta caer exhausta. Pero cuando a su vez se contagió de la enfermedad, ya no tenía defensas y murió el 14 de diciembre de 1878, a los treinta y cinco años.

Alejandra y su madre eran parecidas no sólo en la fragilidad física, sino también en el temperamento, nervioso y apasionado. La princesa Alejandra, una mujer orgullosa, decidida y muy emotiva, se esforzó por controlar su carácter irascible y nervioso. En una ocasión, su madre se quejó ante la reina Victoria en los siguientes términos: “Las personas con fuertes sentimientos y temperamento nervioso, de lo cual no son más responsables que del color de sus ojos, se ven obligadas, además de soportarlas, a luchar contra muchas cosas desconocidas por quienes gozan de una disposición calma y uniforme y que, por lo tanto, están exentos de emociones violentas y no sufren de los nervios... Uno puede superar cualquier cosa, pero no puede *modificarse* a sí mismo”.

Cuando murió su madre, Alejandra tenía sólo seis años. Al mismo tiempo, perdió a May, su hermana y compañera de juegos, también víctima de la difteria. Uno sólo puede conjeturar el efecto que estas muertes causaron en la niñita, aunque la baronesa Buxhoeveden tal vez esté en lo cierto al sugerir que “probablemente sentaron los cimientos de la profundidad seriedad que signó su carácter”. El vacío que dejó la muerte de la madre en la vida de sus hijos fue ocupado, en cierta medida, por la reina Victoria. La reina visitaba Darmstadt con frecuencia y la familia Hesse pasaba las vacaciones anuales en Inglaterra. Por ser la más jo-

ven y vulnerable de los niños Hesse, Alejandra era la favorita de la soberana. La abuela y la nieta siempre se adoraron. Como emperatriz, la única vez que Alejandra lloró en público fue durante el oficio conmemorativo de la reina Victoria, realizado en la iglesia inglesa de Petersburgo. Lili Dehn, que conocía muy bien a Alejandra, pensaba que esta le debía mucho a la influencia de Victoria.

“La emperatriz heredó la tenacidad de su ilustre abuela, y rechazaba toda imposición... sus costumbres, como las de Victoria, eran sumamente estrictas... en muchos sentidos, no dejaba de ser una típica victoriana. Compartía con su abuela el amor por la ley y el orden, la fiel adhesión a los deberes familiares, su disgusto por la modernidad, y también poseía esa ‘sencillez’ de los Coburgo que tanto molestaba a la sociedad aristocrática. La reina Victoria le había inculcado a su nieta la necesidad de desempeñar todas las tareas de una *Hausfrau*. En su persistente afán por cumplir con sus obligaciones hogareñas, lo cual la emparentaba con la Martha bíblica, la emperatriz era enteramente inglesa y enteramente alemana... pero nada rusa.”

En los primeros días de la revolución de 1917, cuando todos los niños imperiales habían contraído el sarampión, Lili Dehn descubrió, para su sorpresa, que la emperatriz no sólo sabía hacer una cama, sino que era “especialmente experta en cambiar las sábanas y los camisones en pocos minutos, sin perturbar a los pacientes”. Alejandra comentó al respecto: “Lili... tus damas rusas no saben cómo ser útiles. De niña, mi abuela, la reina Victoria, me enseñó a hacer una cama... Aprendí muchas cosas buenas en Inglaterra”.

Tal vez sea parcialmente cierto que “su punto de vista inglés en muchas cuestiones... se debió a las asiduas visitas de Alejandra a Inglaterra en una edad harto impresionable”, en otras palabras, durante la infancia y la adolescencia. En todo caso su madre, la princesa Alicia, fue siempre “profundamente inglesa” y “la vida en palacio se organizaba de acuerdo con las costumbres británicas, incluso después de su muerte”. El cuarto de los niños, a cargo de la señora Orchard, funcionaba según el sistema inglés de aire fresco, alimentos simples y horarios estrictos.

De ahí que Alejandra eligiese a una gobernanta inglesa, la señorita Jackson, una mujer inteligente bajo cuya dirección “las princesas aprendieron a hablar de temas abstractos”. Así pues, no es sorprendente que “el inglés fuese la lengua natural de Alejandra” e Inglaterra, uno de los centros de su lealtad. Durante la Primera Guerra Mundial, Alejandra sería repudiada en Rusia como una “alemana” cuyas simpatías se inclinaban ostensiblemente por los enemigos del país. Nada más injusto, por cuanto Alejandra jamás mostró la menor lealtad al Reich alemán, dominado por los prusianos, ni a su emperador, Guillermo II. Si hubiera estallado la guerra entre Rusia y Gran Bretaña, lo cual podría haber ocurrido en cualquier momento entre 1894 y 1906, Alejandra habría sido acusada, con razones más válidas, de ser inglesa. Tal era el inevitable destino de una consorte foránea en medio de las pasiones nacionalistas de la Europa victoriana tardía. Hacia el final de su vida, la reina Victoria puso en duda la sensatez de los matrimonios dinásticos que exponían a sus hijas y nietas a las mismas presiones y peligros enfrentados por las reinas extranjeras en las cortes de Europa. La dicha que le producía a Victoria el amor de su nieta por Nicolás y su espléndido matrimonio se vio atemperada por el temor a su posible destino en un trono tan importante y, al mismo tiempo, tan peligroso.

Por otra parte, Alejandra había recibido una herencia trágica de su madre y de su abuela: la hemofilia. Esta enfermedad hereditaria, cuyo efecto consiste en impedir la coagulación de la sangre, se transmite en general por las mujeres, pero ataca sólo a los varones. En la época previa a las transfusiones de sangre, la hemofilia implicaba un prolongado sufrimiento y la probabilidad de una muerte temprana. Leopoldo, el hijo de la reina Victoria, y probablemente el hijo menor de la princesa Alicia, murieron a causa de este mal. A primera vista no se entiende, pues, cómo los Romanov permitieron al heredero del trono casarse con Alejandra, habida cuenta de los riesgos que ello implicaba.

De hecho, Alejandro III y su esposa nada sabían acerca de la enfermedad ni de sus consecuencias. Si bien la hermana mayor de Alejandra se había casado con el gran duque Sergio, la pareja no tuvo hijos, de modo que la familia imperial rusa no tenía motivo alguno para pensar en la hemofilia. En cambio, la reina Victoria conocía el tema, pues uno



de sus hijos había muerto de esa dolencia. Pero la soberana de Inglaterra no era, por cierto, culpable de engañar a los Romanov o de exponerlos deliberadamente al peligro, ya que había hecho lo imposible por persuadir a Alejandra de casarse con el duque de Clarence, que se encontraba en la línea directa de sucesión al trono. La hemofilia “constituía un tema delicado, pocas veces discutido en los círculos de la realeza... y fue, hasta cierto punto, una cuestión tabú mientras vivió la reina Victoria”, que se complicaba por la naturaleza aleatoria de la enfermedad. De los cuatro hijos de la reina Victoria, sólo dos se vieron afectados. Tampoco su hija mayor, Victoria, transmitió el mal al káiser Guillermo II. En cambio, fueron los descendientes de su segunda y cuarta hijas, Alicia y Beatriz, quienes padecieron esta dolencia.

Aun en el caso de haber comprendido mejor los riesgos, no se sabe cómo habrían reaccionado Nicolás o sus padres. La revelación de que la novia del príncipe heredero Hirohito provenía de una familia donde el daltonismo constituía una afección común, desencadenó en Japón una verdadera tormenta política en 1920. La idea de que cualquier patología hereditaria se introdujese en la familia real mediante el matrimonio causaba una justificada consternación. La realeza europea, por el contrario, se mostró extraordinariamente desaprensiva en ese aspecto. A fin de preservar su estatuto regio, los primos no vacilaban en casarse entre sí, sin tomar en cuenta la eugenesia. La hemofilia no era tratada de modo diferente. En 1914, por ejemplo, se analizó la posibilidad de casar a la hija mayor de Nicolás con el príncipe heredero rumano, sin que nadie plantease la cuestión de la hemofilia. A diferencia de lo ocurrido con Nicolás II, cuando en 1905 el rey Alfonso XIII de España le propuso matrimonio a la princesa Victoria Eugenia de Battenburg, otra de las nietas de la reina Victoria, la corte española lo previno, aparentemente, contra los peligros que ello significaba. Alfonso se encogió de hombros ante estas advertencias, pero jamás le perdonó a su mujer que dos de sus cuatro hijos fueran hemofílicos. El caso de Nicolás era más trágico, pues su único hijo, nacido casi al final del período de fertilidad de su esposa, fue golpeado por la enfermedad. Que Nicolás nunca culpara a Alejandra por “el hecho de que”, según palabras de Alfonso, “mi heredero ha contraído una enfermedad cuyo origen se encuentra

en la familia de mi esposa, no en la mía”, nos da la medida de su naturaleza sensible y caballeresca, además de su profundo amor por Alejandra. La hemofilia contribuyó a destruir el matrimonio de Alfonso, que se separó de su mujer con amargura e incluso con repulsión. Contra todo lo previsible, la enfermedad de su hijo parecía haber unido aún más a Alejandra y a Nicolás II.

En el verano de 1894, Nicolás se hallaba, sin embargo, muy lejos de pensar en tragedias o enfermedades. El zarevich y su novia estaban profundamente enamorados. En junio, sus padres le dieron permiso para visitar a Alejandra en Inglaterra. Al día siguiente de su llegada, escribió en su diario: “Qué felicidad me embargó al despertarme esta mañana y recordar que estamos viviendo bajo el mismo techo con mi querida Alejandra”. Las pocas semanas que pasaron juntos fueron maravillosas, pero ni siquiera los reclamos de su novia le impidieron a Nicolás visitar los cuarteles de la Guardia británica y deleitarse con los ejercicios de adiestramiento y equitación de las tropas. Desde el momento de su partida, cada día que pasaba sin una carta de Alejandra constituía una verdadera tortura. Para evitarle sufrimientos, ella había insertado de antemano, en el diario de Nicolás, una buena provisión de mensajes amorosos que cubrían varias semanas. Cuando el zarevich le contó su amorío con Matilde Ksheshinskaya, Alejandra escribió: “Dios nos perdona. Si confesamos nuestros pecados, Él, que es justo y fiel para con sus hijos, nos perdonará... tu confianza me conmovió, oh, tan profundo y ruego a Dios que pueda mostrarme siempre digna de ella”.

Pero la enfermedad de su padre, a comienzos del otoño de 1894, puso fin al idílico estado de ánimo de Nicolás. Alejandro no se había sentido muy bien en enero de ese año y los médicos adjudicaron el problema a la gripe. La alarma cundió en la corte y en los círculos gubernamentales, donde se reconocía –de acuerdo con las palabras del general Kireev– que, pese a sus veintiséis años, el heredero era todavía un niño, poco entrenado para tomar las riendas del gobierno. A principios de marzo, los temores respecto de la vida de Alejandro se habían disipado, pero según Lambsdorff “la delgadez de nuestro monarca es llamativa, sobre todo la del semblante; sus carnes se han vuelto fofas y ha envejecido notablemente”. Hacia fines del verano, el continuo can-

sancio del zar causaba preocupación, aunque no alarma. El profesor Zajarin, que acudió desde Moscú en calidad de médico de consulta, tranquilizó a la familia imperial y le aseguró que la vida de Alejandro no corría peligro. Sin embargo, él y el doctor Leyden coincidieron en el diagnóstico: una nefritis complicada por "el agotamiento, producto de un enorme e incesante trabajo mental". El zar se mantuvo fiel a la rutina de visitar sus pabellones de caza en Spala, Polonia, pero el 30 de septiembre se vio obligado a trasladarse a Crimea, cuyo clima cálido, se esperaba, podría ayudarlo a recuperarse. Aunque a principios de octubre Alejandro aún viajaba por Crimea, a mediados de mes solía quedarse todo el día en cama, y el zarevich había empezado a leer los documentos estatales en representación de su padre. El 20 de octubre, los hermanos del zar, Sergio y Pablo, llegaron al lecho de Alejandro desde Moscú. Dos días más tarde arribó Alejandra. "Qué alegría encontrarla en mi propio país y tenerla tan cerca; la mitad de mis penas y preocupaciones parecen haberse disipado", comentó Nicolás. El zarevich iba a necesitar todo el apoyo que pudiera obtener, pues el 1º de noviembre murió Alejandro III. El aterrorizado heredero escribió en su diario: "¡Mi Dios, mi Dios, qué día! El Señor ha llamado a su seno a nuestro adorado, querido, profundamente amado papá... fue la muerte de un santo. ¡Dios tenga misericordia de nosotros en estos tristísimos días! Pobre querida mamá".

Las semanas que siguieron a la muerte de su padre fueron una pesadilla para el joven emperador. A la perplejidad producida por la pérdida, se le sumó la conciencia de las nuevas y enormes responsabilidades que debía asumir, para las cuales no estaba preparado. Los asuntos cotidianos de gobierno, incluidas las audiencias con ministros y las recepciones destinadas a otros funcionarios, lo agobiaban. Los interminables servicios religiosos por la muerte de un monarca ortodoxo ocupaban casi todo su tiempo. Aún peores eran los encuentros con las delegaciones rusas y extranjeras que llegaban al funeral de Alejandro a fin de darle el pésame al nuevo monarca. Nicolás tenía que hablar con frecuencia en esas recepciones, algo a lo cual estaba poco habituado y que le producía una intensa angustia. Pero en cierto sentido, lo peor de todo eran los innumerables miembros de las familias reales extranje-

ras que venían a Petersburgo para el funeral y a quienes tenía que recibir en las estaciones ferroviarias, ubicarlos en los palacios imperiales, amén de tratarlos con el debido respeto y atención. El 18 de noviembre, la víspera del funeral, recibió a tantas delegaciones que “la cabeza me da vueltas”. Dos días más tarde, luego de cenar con doscientos huéspedes, “estuve a punto de aullar”. El 26 de noviembre se levantó el duelo de la corte durante veinticuatro horas y Nicolás y Alejandra se casaron. Dos días después, las ocupaciones del zar eran tantas que sólo pudo dedicarle a Alejandra una hora. No es sorprendente que la angustia se apoderara de él. Alejandra, que, por matrimonio, era la tía de su esposo, escribió en el diario de Nicolás: “No es bueno que tus dientes rechinen por las noches, tu tía no puede dormir”.

El nuevo monarca parecía bastante perdido en el papel que le había tocado desempeñar. El 13 de noviembre, Lambsdorff comentó que “el joven emperador es, evidentemente, demasiado tímido para ocupar el lugar que le corresponde; se lo ve perdido en medio de la multitud de testas coronadas y grandes duques que lo rodean”. El 27 de enero de 1895, señaló de nuevo que “Su Majestad no tiene siquiera la apariencia ni los modales de un emperador”. En febrero de 1896, se refirió al incidente acontecido en una fiesta, donde Nicolás aguardaba su turno para bailar con la princesa Yusupov detrás de otros jóvenes que lo precedían en la cola. Lambsdorff observó “que la modestia de Su Majestad resulta excesiva”. No todos los miembros de la alta sociedad eran tan benévolos en sus comentarios. Comparando la apariencia de Nicolás II el día de su coronación con la de su padre, treinta años atrás, la princesa Radzivil señaló: “Allí donde otrora un poderoso e imponente monarca se presentó ante sus súbditos, que lo vivaron y aclamaron, uno veía ahora a un joven frágil, pequeño y casi insignificante, cuya corona literalmente lo aplastaba y cuyo desamparo confería a toda la escena una apariencia de irrealidad”. El ministro de Guerra, general Vannovsky, se quejó de que Nicolás “se dejara aconsejar por todos: los abuelos, la tía, la mamita y quienquiera que fuese; es joven y acepta la opinión de la última persona con la que habla”.

La alta sociedad de Petersburgo era incapaz de mantener la boca cerrada. El emperador y la emperatriz estaban, por el contrario, rodea-



dos por personas demasiado felices para humillar a un rival repitiendo un comentario negativo o imprudente. Las opiniones de Petersburgo sobre la falta de voluntad o de estatura del monarca no tardaron en llegar a oídos de la pareja imperial. El principal problema residía en que Nicolás, como Alejandra, era en extremo consciente de su inexperiencia y de la poca confianza que se tenía como Zar de todas las Rusias. Desde los primeros días en ese país, Alejandra había procurado por todos los medios que su marido confiara en sí mismo. Tras recordarle que ella y Dios lo amaban, le pidió que demostrara quién estaba en realidad a cargo del gobierno. Cuando Alejandro III agonizaba, Alejandra le aconsejó a su novio que no se dejara desplazar por nadie.

“Sé firme y haz que los médicos sólo se comuniquen contigo, te digan cómo lo encuentran y lo que desean que tu padre haga, de modo que seas tú el primero en saber las cosas... No dejes que otros se te adelanten y te hagan a un lado: recuerda que eres el hijo querido de tu padre. Expresa, pues, tus opiniones y no permitas que los demás olviden quién eres. Perdóname, amorcito.”

Al tiempo que trataba de apoyar a su marido en su desacostumbrado rol de autócrata de Rusia, Alejandra tenía que adaptarse a los enormes cambios acaecidos en su propia vida. La ayudaba el hecho de que su matrimonio fuera –y continuaría siendo– enormemente feliz. Para cualquier joven, sin embargo, los primeros meses de convivencia matrimonial pueden ser difíciles, y pocas hubieran disfrutado de una boda celebrada una semana después del funeral de su suegro. Alejandra no conocía a nadie en Petersburgo. Incluso su hermana Isabel, cuyo marido era el gobernador general de Moscú, rara vez visitaba la capital imperial. Nicolás mismo estaba sobrecargado de trabajo y veía muy poco a su esposa durante el día. Alejandra podía hablar en inglés dentro del círculo familiar, pero fuera de él, en la sociedad petersburguesa, se imponían el ruso o el francés. La emperatriz había comenzado a aprender ruso, y en cuanto al francés, no sólo no lo hablaba fluido, sino que tendía a olvidarlo en los momentos de angustia, los cuales abundaban en los primeros meses de su matrimonio, pues co-

mo emperatriz se veía forzada, por así decirlo, a estar perpetuamente en la vidriera.

Los problemas con su suegra no tardaron en aparecer. Debido a la rapidez con que se había concertado el matrimonio de Nicolás, hasta mediados de 1895 no hubo apartamentos disponibles ni en el Palacio de Invierno ni en Sarskoie Selo. Ínterin, la joven pareja tuvo que vivir en cuatro habitaciones del palacio de la emperatriz María. A semejanza de la reina Alejandra tras la muerte de Eduardo VII, la emperatriz viuda no dejó de subrayar su precedencia sobre la esposa de su hijo, tanto en las ceremonias de la corte como en la posesión de muchas de las joyas de la corona, cuya gran mayoría le hubiera correspondido a la nuera. Aunque las dos emperatrices siempre mantuvieron relaciones relativamente corteses, no podían haber sido más diferentes. Alejandra era mucho más seria e inteligente, pero por desgracia le faltaban la vivacidad y las aptitudes sociales de su suegra. Viviendo ambas bajo el mismo techo, Alejandra se percató muy pronto de las desfavorables comparaciones que la sociedad de Petersburgo hacía entre ella y María.

Hacia 1914, los aristócratas de San Petersburgo, que nunca quisieron a la joven emperatriz, llegaron a sentir por ella un odio inaudito. Ni Darmstadt ni la reina Victoria estaban preparados para frecuentar la alta sociedad petersburguesa, cuyo lujo extravagante y costumbres licenciosas chocaban a Alejandra. Se trataba de un mundo donde era posible escuchar, casualmente, la siguiente conversación entre dos jóvenes ultraaristocráticos: "Baryatinsky le dijo a Dolgorukov que él es el hijo de Pedro Shuvalov, a lo cual Dolgorukov respondió tranquilamente que, según sus cálculos, él es hijo de Werder [el ex ministro de Prusia]". Si Alejandra hubiera estado expuesta al mundo de su tío, la casa de Marlborough del príncipe de Gales, y no al de su madre, la reina Victoria, todo ello la habría afectado mucho menos. Pero ni siquiera el círculo del príncipe de Gales podría haberla preparado para el torrente de chismes, celos y malevolencia que constituían el sello de la alta sociedad rusa con la que ahora lidiaba.

A los extranjeros les resultaba difícil comprender o aceptar a la alta aristocracia rusa. Al igual que sus pares europeos, los grandes de Petersburgo eran en extremo orgullosos. En el mejor de los casos, ese or-

gullo significaba eludir la servil adulación común en la burocracia y, sobre todo, en los círculos cortesanos; en el peor, implicaba una ilimitada arrogancia y una tendencia proclive a incurrir en todo tipo de excesos francamente inhumana. A algunos aristócratas rusos les gustaba recordar que sus familias eran más antiguas que la de los Romanov, además de haber participado con éxito en golpes de palacio en la “edad de oro” de la nobleza del siglo XVIII. La alta sociedad rusa siempre elegante y sofisticada y, en ocasiones, perspicaz e ingeniosa. De todas las aristocracias europeas decimonónicas, fue la que contó con las más renombradas figuras de la literatura y la música. Aun el presidente de la cancillería personal de Nicolás II, A.S. Taniev, era un conocido compositor. Muchos aristócratas, como ya vimos, consideraban que las dos últimas generaciones de Romanov eran bastante groseras. Siendo casi el único país europeo que carecía del equivalente de la Cámara de los Lores, los aristócratas no podían desempeñar un cargo político ni gozar del entretenimiento, el estatuto y la gloria que proporcionaba dicha cámara. Tampoco se respetaban sus derechos civiles, por cuanto el Estado ruso abría la correspondencia privada y hasta maltrataba a los miembros de la clase alta por sus opiniones y actividades religiosas. Para la aristocracia europea de fines del siglo XIX y principios del XX, todo esto no era sino un resabio vergonzoso y humillante de la barbarie. Por lo demás, hacia fines del siglo XIX, la depresión de la agricultura y el crecimiento de una poderosa burocracia estatal empezaban a empujar a la aristocracia a los márgenes de la economía, del gobierno y de la sociedad rusos. El proceso se aceleró con la rápida industrialización de la década de 1890, e incrementó el resentimiento y las críticas de los nobles. El conde Moy, un diplomático bávaro, recuerda que el término “burócrata” constituía el supremo insulto en la alta sociedad de Petersburgo de los 90. “Las damas fácilmente irritables de la sociedad de San Petersburgo” se enfurecían a tal punto ante los informes de la represión policial “que muchas de ellas tomaban partido por los revolucionarios”. María Fiodórovna había vivido en esa sociedad durante décadas y no sólo comprendía su comportamiento, sino que adoraba esa continua ronda de entretenimientos lujosos y extravagantes. Pero la aristocracia de Petersburgo de ningún modo se hallaba dispuesta arrojar a los pies

de la timorata, distante y, en ciertos aspectos, bastante *gauche* recién llegada, cuyo marido había heredado el trono en 1894.

Por temperamento, la joven emperatriz no estaba preparada para ganarse la lealtad o el favor de la sociedad; bailaba mal, era en extremo tímida y detestaba las grandes reuniones con extranjeros, en las cuales se mostraba fría, rígida y callada. El príncipe Sergio Volkonsky, que, como director de los Teatros Imperiales, veía con frecuencia a Alejandra en los 90, comentó que ella

“no era en absoluto afable; la sociabilidad no formaba parte de su naturaleza. Además, era terriblemente tímida, no le salían las palabras y cuando lograba decir una, su rostro se cubría de manchas rojas. Estas características, sumadas a su natural aversión a la raza humana y a su enorme desconfianza hacia la gente, la privaban de toda popularidad. No era más que un nombre, un cuadro caminando. Nunca transmitió la menor chispa de afinidad”.

A diferencia de su suegra, una experta en suavizar los momentos embarazosos por su calidez y tacto, la mezcla de timidez y obstinación de Alejandra la hacía sumamente rígida. Hasta en los asuntos más triviales parecía desinteresada o era incapaz de adaptarse a esa sociedad y a sus costumbres. Según Volkonsky, cuando Nicolás concurría solo al teatro o al ballet, charlaba hasta por los codos, de modo amable. “Pero debo aclarar que ello ocurría cuando estaba solo, sin la Emperatriz. La influencia de Alejandra Fiodórovna inhibía, ciertamente, a su marido. Era fría y compuesta. Sus entradas y salidas eran pura pantomima. Nunca hizo una observación, expresó una opinión o formuló una pregunta”.

Alejandra era orgullosa. Tenía un alto sentido de la majestad que implicaba la posición de su esposo y de la necesidad de apoyarla y mantenerla. Conociendo la natural modestia y timidez de Nicolás, sabía que toda la sociedad de Petersburgo juzgaba estos atributos “nada imperiales” como un signo de debilidad, lo cual fortalecía su decisión de elevar la dignidad del monarca. Por otra parte, la emperatriz no era sino una inglesa en un país extranjero.



Alejandra tenía un carácter muy distinto del de su más flexible prima, Victoria Eugenia de Battenburg, casada con el rey Alfonso XIII de España. Sin embargo, en su calidad de consortes inglesas en países no británicos, las dos mujeres tenían algo en común. En temperamento, religión y hábitos, Victoria Eugenia no concordaba en absoluto con la aristocracia española, para la que ella nunca dejó ser una extranjera, una inglesa. La reina había herido los sentimientos de muchos españoles. A Victoria Eugenia, en definitiva una princesa de la época victoriana, le gustaba organizar eventos de caridad y participar en actividades que, en España, siempre habían correspondido a la Iglesia. La estricta disciplina de la reina –la máspreciada de las cualidades reales victorianas– le permitió afrontar la hemofilia de sus dos hijos, la ostensible infidelidad de su marido y las duras críticas de la alta sociedad madrileña, pero le granjeó “una reputación de frigidez. Ella representaba todo aquello que la mayoría de los españoles menos admiraba: la frialdad, la reserva, la insensibilidad y la sangre anglosajona”. La igualmente victoriana emperatriz Alejandra, “nunca pudo comprender las complejidades del carácter ruso con su docilidad, su encanto eslavo y su lánguida indiferencia ante lo que pudiera deparar el mañana”. C.S. Gibbs, un inglés que llegó a conocer a fondo tanto a la emperatriz como a Rusia, concluyó que su impopularidad se debía en gran parte a “su falta ‘de sentido teatral’”. El instinto teatral se halla tan arraigado en la naturaleza rusa, que uno siente que los rusos, en lugar de vivir su vida hacen de ella una representación. Para la mentalidad de la Emperatriz, formada bajo la tutela de la reina Victoria, todo esto le resultaba del todo extraño”.

Una serie de escándalos menores se suscitaron entre la emperatriz y la sociedad de Petersburgo. En 1895, por ejemplo, Alejandra auspició un bazar de caridad que se llevaría a cabo en el Ermitage, un gesto sin precedentes de la buena voluntad imperial. El descontento resultante fue universal: las otras instituciones benéficas se sintieron celosas; los tenderos se quejaron de la injusta competencia, pues las mercaderías del bazar estaban libres de impuestos; el director del Ermitage y el jefe de seguridad de la familia imperial protestaron amargamente; y la sociedad disfrutó de una cuota extra de maledicencia. Parte de esa hosti-

lidad llegó a oídos de Alejandra, y la emperatriz se comportó en el bazar de un modo aún más rígido y timorato que de costumbre. Tampoco se granjeó amistades cuando trató de inculcar la seriedad victoriana a la sociedad de Petersburgo, creando círculos de costura con el propósito de confeccionar ropa para los pobres. La camarilla inteligente se burló, las orgullosas se mantuvieron a distancia para que nadie pensara que procuraban ganarse el favor imperial, y otras alegaron que las costumbres de una vicaría inglesa eran inapropiadas en Rusia. Dado que las grandes damas que no concurrían a los círculos de costura de la emperatriz incentivaban y comercializaban la producción de artesanías por parte de los campesinos que vivían en sus tierras, sus críticas no siempre eran egoístas o irrazonables.

Cierto es que en los 90 el abismo de amargura y resentimiento mutuos entre la emperatriz y la corte no era tan grande como el de los años posteriores a 1905, cuando la brecha se ahondó debido a la mala salud de Alejandra y a la entrada en escena de Rasputin. VI. Mamantov, que formaba parte del séquito personal de Nicolás II y, por lo tanto, tenía un trato íntimo con la familia imperial, recordó que en la década de 1890

“Su Majestad ya no era la misma de los primeros tiempos, pues la edad, la enfermedad y los sufrimientos morales habían causado estragos en su persona... En aquella época la Emperatriz aún disfrutaba de la vida... Extremadamente tímida con los extraños, y agravada su natural timidez por el imperfecto conocimiento del ruso, una lengua que más tarde dominó por completo, la Emperatriz se acostumbró muy pronto a nosotros, que formábamos parte de su vida cotidiana, y nos encantaba por su amabilidad, simplicidad, así como por la atención que nos prodigaba. Siendo muy observadora y advirtiéndome al instante cada una de nuestras flaquezas, la Emperatriz jamás perdía la oportunidad de sacarlas a relucir, pero lo hacía de un modo muy delicado, sin el menor deseo de ofendernos”.

Alejandra también tenía sus defensores en la alta sociedad. Vladimir Lambsdorff, él mismo un recluso, respondió a las quejas de que la zarina se mostraba aburrida e incómoda en sociedad, diciendo que ella

era, evidentemente, una mujer seria que no malgastaba el tiempo en tonterías. El general Alejandro Kireev comentó en su diario que meses antes del arribo de Alejandra a Rusia, la sociedad ya la calumniaba, "afirmando que la futura zarina tenía un carácter difícil". En enero de 1896, agregó que la joven emperatriz era dulce y encantadora, pero se avergonzaba con facilidad y había que alentarla para que hablase. A pesar de todo lo que decían los idiotas del *beau monde* de San Petersburgo, su rostro no expresaba aburrimiento, sino timidez. Pero las opiniones de Lambsdorff y Kireev constituían, incluso en 1900, una excepción a la regla. A Alejandra siempre le resultó más fácil llevarse bien con los niños y los ancianos que con las personas de su edad. A la vuelta del siglo, Kireev señaló lo siguiente con respecto a la posición de Alejandra: "¡Pobre, infortunada Zarina! Según Narychkin, la joven emperatriz comentó que ella y el zar veían a pocas personas. 'Entonces lo que ustedes necesitan es frecuentar a más gente' [replicó Narychkin]. Alejandra respondió: '¿Por qué razón? ¿Para escuchar aún más mentiras?'".

Hasta qué punto el alejamiento de Alejandra de la sociedad de Petersburgo tuvo en realidad importancia es un tema que se presta al debate. En parte, debido a este alejamiento la pareja imperial llevó una vida muy aislada en los palacios suburbanos de Sarskoie Selo o de Peterhof. La sociedad de San Petersburgo era la fuente de muchas de las calumnias que tanto perjudicaron el prestigio de la dinastía en los años previos a la revolución, y la mayoría de esas difamaciones se enraizaban en el odio a la emperatriz. Además, al distanciarse de esa sociedad, Nicolás redujo su círculo de amistades y la oportunidad de contar con hombres y opiniones diferentes de los que solía encontrar a través de los canales oficiales. Nada de ello habría importado si el emperador y la emperatriz hubieran reemplazado los lazos tradicionales con la sociedad petersburguesa, forjando vínculos con las nuevas élites rusas. Hacia 1900, la alta sociedad de San Petersburgo no era, en modo alguno, tan importante como se pensaba. Los monarcas tenían todo el derecho de preguntarse si era justo dedicar su tiempo y sus energías a liderar el mundillo aristocrático de la capital en un momento tan crucial de la historia rusa. El régimen de los Romanov estaba demasiado vinculado a la aristocracia terrateniente, lo cual la beneficiaba. El acerca-

miento de Nicolás y su esposa a las nuevas elites industriales y financieras de Petersburgo y Moscú, algunos de cuyos miembros no sólo eran poderosos, sino también excepcionalmente cultos e interesantes, hubiera sido una táctica positiva sin lugar a dudas. Tampoco todas las elites intelectuales y culturales de Rusia eran tan radicales en sus simpatías como para ser inmunes a los avances de la corona.

Incluso Guillermo II tuvo varios amigos entre los magnates industriales de su país. Eduardo VII era famoso por llevarse bien con algunos de los nuevos millonarios de Inglaterra, y desempeñó un papel preponderante en la creación de una nueva clase social compuesta por la aristocracia y la plutocracia. El príncipe regente Luitpold de Bavaria frecuentó los círculos intelectuales y artísticos de Munich. Por casualidad, el hermano menor de Nicolás, el gran duque Miguel, también participó en esos círculos gracias a su casamiento con la hija divorciada de un abogado de Moscú, uno de cuyos amigos era el compositor Rachmaninov. Nicolás y su madre se horrorizaron ante la noticia del casamiento de Miguel, descrito por su María Fiodórovna como “otro terrible golpe... tan devastador en todo sentido que casi me mata”. Ningún monarca europeo anterior a 1914 hubiera juzgado de otro modo la *mésalliance* de su hijo. No obstante, deberían haber existido métodos menos dramáticos que permitieran al monarca y a su familia ponerse en contacto con la nueva Rusia que las propias políticas del gobierno estaban ayudando a crear.

Nicolás visitaba, en ocasiones, un astillero. La pareja imperial hizo una gira con la Exposición del Comercio y la Industria Rusas en 1896. Pero la vieja Rusia, el mundo del oficial de la Guardia, del campesino y del sacerdote eran mucho más afines al emperador y a la emperatriz que el *milieu* de los industriales, financistas o intelectuales. La etiqueta de la corte, la tradición y la falta de imaginación también obstaculizaban el camino. Era imposible tener reuniones agradables y sensatas con los representantes de la clase media rusa, a menos que se flexibilizaran las normas de la corte y se pudieran intercambiar con libertad las opiniones. Era preciso dejar de lado las convenciones y jerarquías de la realeza y la aristocracia victorianas. Sin embargo, Nicolás y su esposa eran demasiado convencionales, demasiado temerosos de herir los sen-



timientos de su entorno como para hacerlo. Durante su estadía en Sandringham, en 1894, el zarevich Nicolás se sintió desconcertado y se mantuvo en silencio frente a los huéspedes de su tío, el príncipe de Gales, entre los que se encontraba el barón Hirsch, un famoso financista judío. Consciente de que los Romanov debían encarnar la causa de la nacionalidad rusa, Alejandra procuró que el *Almanach de Gotha* omitiera los apellidos Holstein-Gottorp de los nombres de la familia imperial. Quizás, inevitablemente, y pese a su idealización del campesinado ruso, el mundo del *Ghota* seguía formando parte del estilo de vida de Nicolás y Alejandra, al igual que las arcaicas e intrincadas reglas y convenciones que guiaban la casa de los Romanov y la corte imperial. El hijo de Eugenio Botkin, el médico de la familia, comentó que aunque “los soberanos mismos insistían en que nada valoraban tanto en la gente como la simplicidad y la sinceridad... al mismo tiempo, sin ser conscientes de ello, evaluaban a las personas por la atención que le prestaban a una etiqueta superficial y a menudo absurda”. Una visión del mundo configurada, en parte, por el ceremonial de la corte y por las páginas del *Gotha* no se concedía, al menos en muchos aspectos, con la Rusia contemporánea.

Nicolás y Alejandra pasaron casi toda su vida matrimonial en un pequeño pueblo llamado Sarskoie Selo, situado a veinticuatro kilómetros al sur de Petersburgo. El nombre significa “el pueblo del zar”, y Sarskoie era, en efecto, un mundo aparte del resto de Rusia. Había allí dos palacios imperiales adyacentes: el enorme y soberbio Palacio de Catalina se utilizaba para los desfiles y otras ocasiones ceremoniales, y en el más pequeño pero elegante Palacio de Alejandro vivía la pareja imperial con sus hijos. La decoración de los apartamentos de la familia, de estilo inglés victoriano, respondía a los gustos de la emperatriz. Según el primo de Nicolás, el príncipe Gabriel Romanov, “su estilo no se adecua en absoluto al Palacio de Alejandro, construido en *estilo imperio*”, en otras palabras, de acuerdo con una línea estrictamente clásica.

Al propio Nicolás le encantaba la residencia de la familia. En septiembre de 1895, al ver por primera vez los apartamentos recién decorados, le escribió a su madre:

“Nuestro ánimo... se transformó en una total delicia cuando nos instalamos en estas maravillosas habitaciones: a veces nos sentamos en silencio en cualquiera de ellas y admiramos las paredes, las chimeneas, el mobiliario... el cuarto color malva es delicioso... el dormitorio es alegre y acogedor. El recibidor de Alejandra, estilo Chippendale, resulta muy atractivo, todo en verde pálido... Dos veces subimos al futuro cuarto de los niños: aquí también todo es aireado, luminoso y confortable.”

El cuarto más famoso de los apartamentos privados era el *boudoir* de Alejandra, donde, años más tarde y ya enferma, pasaba la mayor parte del día. La leal amiga de la emperatriz, Lili Dehn, escribió al respecto: “El *boudoir* era un cuarto encantador, donde se hacía evidente la afición de la Emperatriz por todos los matices del malva. Grandes ramos de lilas y de lirios del valle, enviados diariamente desde Riviera, perfumaban el aire en primavera e invierno... el mobiliario era malva y blanco, estilo Heppelwaite [sic], y había varios ‘rincones muy cálidos y acogedores’. Sobre una gran mesa, se había dispuesto un gran número de fotografías de la familia; la de la reina Victoria ocupaba, desde luego, el lugar de honor”. La baronesa Buxhoeveden, una amiga no menos leal pero con mejor gusto, comentó que a Alejandra le gustaban las cosas más por sus reminiscencias afectivas que por su belleza, y, como consecuencia de ello, el cuarto se veía bastante atestado: “la suya era una naturaleza sentimental, no estética”.

Nicolás vivía en estos apartamentos la mayor parte del otoño, del invierno y de la primavera. Su rutina diaria rara vez variaba.

“La jornada del Emperador comenzaba temprano. Alrededor de las 8 salía de su cuarto, que compartía con la Emperatriz, y se iba a nadar en la piscina. Se vestía, tomaba el desayuno y daba una caminata por el jardín. Desde las 9.30 hasta las 10.30 recibía a los grandes duques y funcionarios de la corte, así como al mariscal de la Corte, al comandante de Palacio y al jefe del Regimiento Combinado. Desde las 10.30 hasta la 1.00 recibía los informes de los ministros; cada uno de ellos tenía asignado un día y una hora determinados. A la 1.00 o 1.30 se le servía el almuerzo en una u otra sala de estar, según las instrucciones de

Su Majestad, en mesas traídas especialmente a tal efecto. El almuerzo duraba cuarenta y cinco minutos, luego de lo cual el emperador tomaba el café en el *boudoir* de la emperatriz. Después del almuerzo y hasta las 17.00, recibía a los embajadores, a los huéspedes extranjeros y luego abandonaba el palacio para pasar revista en varios regimientos. A las 17.00 tomaba el té con su familia, y desde las 18.00 a las 20.00 se ocupaba de los informes de los ministros. A las 20.00 cenaba y luego, hasta las 22.00, el emperador permanecía generalmente en el *boudoir* de su esposa, acompañado por los niños. Después se dirigía a su estudio, donde trabajaba solo, a veces hasta altas horas de la noche.”

Desde el punto de vista de Nicolás, vivir en Sarskoie Selo y no en Petersburgo tenía la ventaja de permitirle dar rienda suelta a su pasión por el ejercicio y el aire fresco en el enorme Parque Alejandro. De vez en cuando iba a cazar, aunque en ese aspecto los grandes bosques del coto de caza de los alrededores de Gatchina, situados a cuarenta y ocho kilómetros al oeste, ofrecían más posibilidades que las inmediaciones de Sarskoie. Asimismo, los asuntos de gobierno lo obligaban a abandonar el palacio, aunque sólo por poco tiempo. El motivo más frecuente de esos viajes eran las revistas militares, sobre todo los festivales anuales de los regimientos de la Guardia. Y puesto que había tres divisiones enteras de infantería de la Guardia y dos de caballería, dichos festivales se sucedían con regularidad. Los deberes protocolares, al igual que los de cualquier monarca, se ceñían a pautas inmutables. El emperador saludaba a las tropas conforme a un conjunto de fórmulas preestablecidas, tras lo cual seguían las inspecciones, el desfile, los servicios religiosos, la procesión de los estandartes y un excelente almuerzo, en presencia del monarca, en honor de los oficiales y ex oficiales del regimiento. Para Nicolás, el tedio de esas ocasiones se desvanecía, pues, a diferencia de su padre, adoraba el despliegue militar y disfrutaba de la compañía de sus oficiales. Las atenciones prodigadas a los regimientos de la Guardia obedecían también a razones políticas ya que le proporcionaría buenos dividendos entre 1905 y 1907, cuando el régimen pendiera de un hilo y la lealtad de la Guardia se transformara en un factor decisivo para la supervivencia de la monarquía.

En los nueve primeros años de su reinado, Nicolás se atuvo a la tradición y organizó grandes fiestas en el Palacio de Invierno durante la temporada. Todos los 6 de enero el emperador participaba en “la bendición de las aguas”, que se llevaba a cabo en el río Neva y era una combinación de una ceremonia religiosa al aire libre y de un espectáculo cortesano en el Palacio de Invierno. A mediados de enero, se ofrecía un gran baile y cena para tres mil invitados en el Salón Nicolás del Palacio de Invierno. Luego se sucedían los bailes, en general para ochocientos invitados por vez, para los cuales el Salón Nicolás se convertía en una mezcla entre un fantástico jardín de invierno y un comedor. La temporada terminaba con la llegada de la Cuaresma. En 1903, el último año en que Nicolás y su esposa dieron estas fiestas, la temporada fue coronada por la representación de *Boris Godunov* en el Ermitage, seguida dos días más tarde por un baile de disfraces. En ambas ocasiones, los invitados se vistieron con los uniformes de la corte moscovita del siglo XVII. Incluso para los rigurosos criterios de Petersburgo, los trajes y las joyas eran soberbios.

La guerra ruso-japonesa, la revolución de 1905 y el posterior colapso de la salud de la zarina pusieron fin a las grandes fiestas y espectáculos después de 1903. Ello privó a la corte de su diversión favorita, pues los bailes, bellos y extravagantes, constituían tanto el punto culminante de la temporada de invierno como el orgullo de los aristócratas rusos. Asimismo, se vieron afectados los comerciantes de artículos suntuosos, que perdieron una buena oportunidad para hacer lucrativos negocios debido a la desaparición de la corte de la capital. Las disgustadas viudas de las testas coronadas vinculaban la decadencia de la conducta en los círculos aristocráticos a la ausencia de la corte, afirmando que antaño los monarcas habían sido el paradigma de la alta sociedad y habían disciplinado a quienes se comportaban de manera incorrecta, omitiéndolos de su lista de invitados o mostrándoles su desaprobación de otra manera.

El fin del dominio de la sociedad aristocrática por parte de la corte no era, de hecho, sino un aspecto de un proceso mucho más amplio: la creciente liberación de todos los estamentos que componían la sociedad rusa de la supervisión y el control del Estado. Profundas



razones económicas, culturales y políticas sustentaban este proceso que, incluso en lo tocante a la aristocracia, transcendía la cuestión de si los monarcas debían participar o no en la temporada de invierno en Petersburgo. No obstante, al alejarse de la vida de la alta sociedad, el emperador y la emperatriz contribuyeron, directa aunque involuntariamente, a debilitar el poder de la corona sobre la vida y la lealtad de la elite rusa.

En verano, la familia imperial se trasladaba desde Sarskoie Selo a Peterhof, situado a orillas del mar Báltico, a veintinueve kilómetros al oeste de Petersburgo. Como en Sarskoie, no vivían en el palacio principal de Peterhof, habilitado sólo para las grandes ceremonias, sino en una gran *villa* llamada Alejandría, escondida en el inmenso y espléndido parque del palacio, muy cerca de la costa. Alejandría contaba, en efecto, con más de un edificio. Incluía la llamada casa de campo, una laberíntica *villa* que Nicolás I hizo construir para su esposa en 1831. Alejandro III adoraba esa casa de campo, que siguió perteneciendo a su esposa después de su muerte.

El edificio donde vivían Nicolás II y su familia no dejaba de ser insólito. La parte central era una gran atalaya construida por Nicolás I durante la guerra de Crimea con el objeto de observar los movimientos de la flota anglo-francesa en el Báltico. Alejandro III reconstruyó la torre original de madera y le agregó un pabellón de piedra, y Nicolás II le añadió luego un edificio de dos pisos, conectado a la torre por una galería cubierta. El estudio del emperador se encontraba en el segundo piso de la torre y estaba rodeado por una veranda cubierta de paneles de vidrio. Desde la veranda y las ventanas del estudio se gozaba de un espléndido panorama: el mar Báltico, con Kronstadt visible a la izquierda y Petersburgo, más lejos, a la derecha. El estudio y la veranda eran lugares mágicos, en especial durante los magníficos atardeceres septentrionales. En el interior, “había un pequeño escritorio de nogal junto a la ventana. Sillones de estilo inglés, elegantes, confortables y tapizados en cuero verde oscuro, amueblaban el cuarto. Las paredes estaban cubiertas por paneles de nogal”. Aunque el llamado Palacio Nuevo era simple y cómodo en conjunto, el zar y la zarina preferían, sobre todo, el estudio y la veranda. Era allí donde Nicolás recibía a los ministros.

Sarskoie Selo y Peterhof fueron las principales residencias de Nicolás II. En ellas pasaba la mayor parte del año. Por lo demás, en otoño visitaba sus pabellones de caza en Polonia y habitualmente pasaba algún tiempo en Livadia, en Crimea, cuyo escenario natural la convertía en la más bella y espectacular de todas sus residencias. Crimea era la Riviera de Rusia todavía virgen, con un clima y una vegetación acordes. Alejandra adoraba las flores de Crimea y Nicolás disfrutaba de las largas caminatas. El aire marino, el buen tiempo y las soberbias vistas contribuían a crear una atmósfera de dichosa satisfacción. Livadia era el verdadero lugar de vacaciones de la familia imperial, lejos de las intrigas y del bullicio de Petersburgo. Por esa misma razón, las largas estadias del zar en Livadia causaban problemas a los ministros, sin mencionar a los gobiernos extranjeros que intentaban negociar con Rusia. En 1903, uno de sus asesores le señaló a Nicolás “cuán difícil le resultaba al gobierno el estar situado tan lejos de la administración”; el emperador lo interrumpió, diciendo: “Donde yo estoy... está el centro de la administración”. Kireev consideró que esa réplica demostraba “que el Emperador comenzaba a independizarse”. Pero esta era una época en la que Guillermo II de Alemania desesperaba a sus ministros por sus constantes viajes en busca de un escape y de diversiones, e incluso el monarca constitucional británico no vacilaba en enviar a un ocupado primer ministro al sur de Francia para concurrir a una audiencia, a fin de no interrumpir sus regias vacaciones. Por fortuna para los ministros rusos, hasta que no se terminó el nuevo palacio de Livadia en 1911, la residencia de la familia imperial en Crimea resultaba bastante incómoda, lo cual los disuadía de permanecer allí demasiado tiempo. Es más, el viejo palacio era oscuro y carecía de agua corriente en el primer piso.

Sólo en el yate imperial, el *Standart*, Nicolás lograba escapar del mundo de la política y del gobierno, tan fácil como en Crimea. El *Standart*, un hermoso barco de 4334 toneladas, se construyó en Dinamarca y estuvo listo en 1896. Navegando a máxima velocidad, podía alcanzar los veintidós nudos. El zar lo utilizaba a veces para hacer visitas oficiales a otros países: por ejemplo, Gran Bretaña y Francia, en 1896. En otras ocasiones, tales como en Bjorkoye en 1905 y en Reval en 1908, Nicolás mantenía “reuniones cumbres” con monarcas extranjeros que lle-

gaban al *Standart* en sus propios yates. Pero por lo general navegaba por placer y para distenderse, y solía variar el derrotero haciendo excursiones a las costas de Finlandia. La *suite* del emperador constaba de un dormitorio, un estudio y un baño. Las de la familia eran igualmente luminosas y lujosas, y el barco contaba con espacio suficiente para albergar a su numeroso entorno. En el comedor imperial podían sentarse cómodamente ochenta comensales y había, también, una gran sala de recepción. Los oficiales del *Standart* eran quienes mantenían relaciones más estrechas con la familia imperial. Nicolás y Alejandra, “que amaban el barco como a un hijo”, se llevaban maravillosamente bien con ellos, ninguno de los cuales fue designado ni transferido sin su permiso. Más que en cualquiera de sus palacios, los soberanos se sentían *en famille* y fuera de la mirada pública cuando estaban a bordo.

Día tras día, semana tras semana y año tras año, la vida del emperador discurrió de acuerdo con una rutina tan firmemente establecida que Nicolás podía saber, casi sin margen de error, dónde estaría, a quién recibiría en audiencia e incluso qué ropa se pondría en cualquier momento del futuro. Sólo la revolución, la guerra o la muerte eran lo bastante poderosas para cambiar ese régimen inmutable. Ciertamente es que el emperador introdujo muy pocas modificaciones por propia voluntad. Desde 1900 en adelante, por ejemplo, la familia imperial pasó Semana Santa en el Kremlin, en Moscú. Esta decisión se debió al deseo de los soberanos de participar en los servicios religiosos de la capital ortodoxa en el momento culminante del año cristiano, lo cual los conmovía profundamente. Además, desde el punto de vista político, resultaba conveniente que los monarcas se mostrasen en la segunda capital de Rusia y se los vinculase a la herencia espiritual de su país.

Las visitas oficiales a otros países y la llegada de soberanos extranjeros a Rusia constituyeron otros momentos significativos de los 90. En general, estas visitas tenían un carácter simbólico y no práctico. La ceremonia en la corte era, en el mejor de los casos, grandiosa, el protocolo, a lo sumo, correcto, y, tras la constante repetición se instalaba, rápida e irremediabilmente, el tedio. Algunas visitas estatales fueron, sin embargo, memorables e importantes. Desde el comienzo mismo del reinado de Nicolás, su primo, Guillermo II, procuró valerse de los lazos

familiares y de la inexperiencia del zar para promover las iniciativas alemanas durante las reuniones privadas que mantuvo con él. Por esta razón los ministros, tanto los extranjeros como los rusos, aguardaban las reuniones entre los dos monarcas con cierta ansiedad. Tampoco el lado puramente simbólico de esas visitas oficiales carecía de importancia, por ejemplo, cuando Nicolás II visitó París en 1896, no se firmaron nuevos tratados ni se habló de política exterior. No obstante, el caluroso, extático y casi histérico recibimiento que se le brindó al zar proclamaba ante el mundo la existencia de la alianza franco-rusa, así como el alivio de una Francia ya no aislada en la arena internacional.

Pero para Nicolás, la ceremonia más importante en la que participó durante la década de los 90 fue su propia coronación. A su juicio, estaba lejos de ser un acto meramente simbólico mediante el cual se comunicaba al mundo que había asumido las responsabilidades inherentes al gobierno. La coronación era un servicio religioso de comunión que unía en un solo haz a Dios, al zar y al pueblo ortodoxo. Según palabras del general A.A. Mosolov, el principal auxiliar del ministro de la corte, “el Zar aceptó su rol de representante de Dios con extrema seriedad”. En su coronación, rogó a Dios que “lo dirigiera, aconsejara y guiara en su misión suprema como zar y juez del imperio ruso, que mantuviera su corazón acorde con Su voluntad, que lo ayudara a gobernar para bien de su pueblo y para la gloria de Dios, de modo que el día del Juicio pudiera responder ante Él sin vergüenza alguna”. Nicolás pensaba que en virtud de su coronación había asumido ante Dios la responsabilidad del destino de su imperio, una responsabilidad de la que ningún ser humano podría eximirlo jamás. Creía con sinceridad que el corazón del zar estaba en manos de Dios, y que a través de la coronación él no sería sino un vehículo de los propósitos divinos. En su fuero interno, el cálculo político racional coexistiría siempre con la convicción de que la sabiduría emanada de los instintos y del corazón de un zar era superior a cualquier razonamiento puramente secular. Resultaba imposible comparar la propia posición y responsabilidad, conferidas por Dios, con la de los políticos o estadistas, por muy sabios que fuesen. Ser un zar implicaba escuchar a todos los consejeros, dejar de lado todo interés o motivación egoísta, pero



decidir, en definitiva, de acuerdo con la propia conciencia y razón. Después de esto, la responsabilidad le incumbía a Dios, pues Él, además de conducir al emperador al trono, le había dado los defectos y virtudes que poseía. En el auge de la revolución de 1905, cuando el destino del régimen pendía de un hilo, el barón R.R. Rosen se extrañó ante la calma del zar. Nicolás respondió a la incredulidad del embajador, recordándole que “si usted me ve tan tranquilo es porque tengo una fe absoluta en que el destino de Rusia, el mío y el de mi familia se encuentran en manos de Dios Todopoderoso, que me ha colocado donde estoy. Pase lo que pase, me inclinaré ante Su voluntad, consciente de que nunca tuve otro pensamiento que no fuese el de servir al país que Él me encomendó”.

Cuando el 21 de mayo de 1896 Nicolás hizo su entrada ceremonial en Moscú para los preparativos de la coronación, lo hizo de un modo grave –por no decir solemne–, acorde con todo cuanto significaban para él la coronación y el ungimiento de un zar. Este sentimiento sólo podía intensificarse por la reacción emocional ante la belleza del servicio mismo de la coronación. El príncipe Gabriel Romanov, primo del emperador, presenció la ceremonia, y recordó que el servicio

“se llevó a cabo con una solemnidad excepcional. Todo era tan bello que eclipsaba cualquier cosa que yo hubiera visto antes. La catedral de Uspensky fue testigo de muchos siglos de historia rusa, y todos los zares de la casa de Romanov habían sido coronados allí. Los miembros del clero, ataviados con magníficas vestimentas, permanecían juntos, con el metropolitano a la cabeza; la música era encantadora... y todo ello confería a la ceremonia un carácter profundamente místico”.

En el momento de la coronación, el zar colocó primero la corona en su cabeza y después en la de la zarina. Leyó las plegarias y recibió las felicitaciones del clan Romanov, cuyos miembros subieron las escaleras del trono y, uno tras otro, besaron su mano. Siguieron la liturgia y la Sagrada Eucaristía, que el monarca recibió, por única vez en su vida, bajo la forma reservada sólo a los sacerdotes. Luego el emperador y la emperatriz encabezaron una procesión en torno a las catedrales y a los

palacios del Kremlin, para mostrarse ante el pueblo. Después se sirvió el banquete ceremonial, se encendieron las luces y llegó a su fin una jornada agotadora.

Cuatro días más tarde se produjo la catástrofe. Como parte de las festividades, se organizó una gran celebración para el público en el campo de Khodynka, situado en las afueras de Moscú. A las diez de la mañana se repartirían comida y regalos conmemorativos. A mediodía llegaría el Emperador para presenciar los juegos y entretenimientos. Si bien el campo de Khodynka se había utilizado siempre para las festividades de la coronación, en esta oportunidad los puestos donde se encontraban los regalos que serían distribuidos estaban mal ubicados. En el terreno que rodeaba los puestos abundaban los desniveles, las zanjas e incluso los pozos. Se congregó una multitud de más de medio millón de personas, pero no había un número suficiente de policías ni tampoco se tomaron medidas para controlar sus movimientos. La creciente aglomeración desencadenó el pánico, que se exacerbó cuando, al comenzar el reparto de los obsequios, quienes estaban en el fondo de la multitud trataron de abrirse paso hacia los puestos. Según la cifra oficial, hubo 1350 muertos, aunque probablemente murieron muchos más en esta tragedia. Cientos de personas fueron pisoteadas, cayeron en los pozos o perecieron por asfixia. Para esa noche, el embajador francés había organizado un gran baile en honor de la pareja imperial. Tomando en cuenta sus costosos y extravagantes preparativos –que se debían, en parte, al júbilo de Francia por la recién firmada alianza con Rusia–, la ausencia de Nicolás y Alejandra hubiera significado un grave desaire. La hermana del emperador escribió al respecto:

“Sé que ninguno de los dos quería ir, pero cedieron ante la presión de los consejeros. El gobierno francés no había escatimado dinero ni esfuerzos en la organización del baile. Se trajeron tapices, vajilla y platería de Versalles y Fontainebleau, así como cien mil rosas del sur de Francia. Los ministros de Nicky insistieron en que debía ir como un gesto de amistad hacia ese país. Sé que tanto Nicky como Alejandra pasaron todo ese día visitando un hospital tras otro.”

Cualesquiera que fuesen los sentimientos privados del emperador, el desastre de Khodynka originó imágenes e impresiones que teñirían desde entonces todo cuanto se pensaba de Nicolás, de su gobierno y de su reinado. La primera de esas imágenes era la de un joven monarca danzando en un fabuloso baile, la noche misma de la catástrofe donde cientos de sus súbditos habían perdido la vida como resultado de la incompetencia de su propio gobierno. La imagen era injusta, pues incluso Witte, enemigo del zar, comentó que Nicolás “parecía enfermo” y se hallaba “evidentemente deprimido”. No sería, por cierto, la última vez que sus temperamentales compatriotas confundirían el autodomínio del emperador con la crueldad y la indiferencia.

Las causas de la tragedia de Khodynka residen, en parte, en la batalla jurisdiccional entre el Ministerio de la Corte Imperial, a cargo del conde I.I. Vorontsov-Dashkov y el gobernador general de Moscú, el gran duque Sergio. Mucho antes de comenzar las festividades de la coronación, las disputas interdepartamentales se habían exacerbado por la indiscreción, el temperamento explosivo y la arrogancia de muchas de las personalidades involucradas. Después de la catástrofe, todos trataron de culpar a los demás, y tanto los partidarios de Vorontsov-Dashkov como los de Sergio se alinearon detrás de sus jefes con el propósito de enlodar a sus oponentes. El general Kireev, que no sentía simpatía alguna por Vorontsov-Dashkov, afirmó que en esa oportunidad el Ministerio de la Corte había organizado la coronación con menos eficacia que cuando lo hizo bajo la dirección del conde Adlerberg, en 1883. La falta de tacto con que Vorontsov-Dashkov trató a Sergio y la insistencia del Ministerio en soslayar la administración de Moscú y monopolizar el control de los preparativos fue una de las principales causas del desastre de Khodynka. Por otra parte, algunos de los Romanov más jóvenes, encabezados por el gran duque Alejandro Mijáilovich, primo y cuñado de Nicolás, alegaron que Sergio era culpable de la catástrofe y, por tanto, debía renunciar. Los hermanos de Sergio salieron de inmediato en su defensa, y María Fiodórovna, la Emperatriz madre, apoyó en cambio a Vorontsov-Dashkov, un viejo amigo de ella y de Alejandro III. El conde Constantino von der Pahlen, ex ministro de Justicia, concluyó la inves-

tigación de la catástrofe señalando que “cuando se le da un puesto de responsabilidad a un gran duque, siempre hay problemas”, una observación que contenía un alto grado de verdad. Witte comentó que “el informe del conde Pahlen lo enemistaría con los grandes duques” y que “de ahí en adelante, no volvería a ocupar ningún cargo de importancia”. Inmediatamente después del desastre, el general Kireev escribió en su diario que si de algo estaba seguro, era de lo siguiente: la culpa recaería en los funcionarios de menor jerarquía y sus jefes quedarían impunes, pues “en nuestro país rige el principio de escapar sin castigo”. Y así fue. Se destituyó al coronel A.A. Vlasovsky, al mando de la policía de Moscú (que sin duda se lo merecía), y no se tocó a Sergio ni a Vorontsov-Dashkov. La impresión que causó todo esto fue la de un gobierno —e incluso una familia Romanov— desunido y negligente con respecto al destino del pueblo del que era responsable. Tamaño desorden estaba presidido, además, por un monarca incapaz de controlar o disciplinar siquiera a sus propios parientes, y menos aún a sus principales consejeros. Como siempre es el caso, las primeras impresiones, sobre todo cuando se producen de una manera tan dramática como en el desastre de Khodynka, nunca se borran con facilidad. Ciertamente, ni el zar ni su gobierno pudieron disipar la imagen que Khodynka marcó a fuego en el corazón del pueblo.



## El gobierno de Rusia (1894-1904)

En la década de 1880, antes de heredar la corona alemana, al príncipe Guillermo de Prusia le gustaba enviar fotografías suyas a sus amigos y conocidos. Todas llevaban la misma inscripción: "Espero mi oportunidad". Fue durante ese período cuando Guillermo entabló relaciones con algunos de los individuos que desempeñarían papeles clave en su reinado. En 1882, apenas con veintitrés años, lo visitaba regularmente el conde Alfred von Waldersee, general del ejército, que sería nombrado jefe del Estado Mayor poco después de su ascenso al trono. En 1883, el joven príncipe conoció al conde Philipp zu Eulenberg, por entonces un oscuro secretario en una delegación diplomática menor, pero que se convertiría más tarde en un amigo íntimo del káiser y en el principal aliado en el proceso de afirmar su control personal sobre el gobierno alemán. A mediados de los 80, sin embargo, el mejor amigo del príncipe era el capitán Adolf von Bulow, por medio del cual Guillermo conoció a su hermano, Bernhard, un joven diplomático en Petersburgo que posteriormente pasaría a ser el canciller y el brazo derecho del káiser, en una época en que el gobierno imperial personal estaba a punto de alcanzar su cometido. Cuando ascendió al trono en 1888, el joven káiser se hallaba rodeado por un pequeño grupo de amigos íntimos y de aliados, cuyas ambiciones apoyaban la decisión de Guillermo de gobernar su imperio de hecho, así como también de nombre. Algunos de ellos eran detestables, pero su capacidad estaba fuera de toda duda.

Guillermo creó el partido del heredero, pero también un perfil político distintivo para sí mismo. Rompió del todo con el liberalismo de

sus padres, subrayando en cambio su lealtad a las tradiciones prusianas, conservadoras y militaristas. Esto lo introdujo en la órbita de Otto von Bismarck, el canciller de su abuelo, primer ministro de Prusia desde 1862 y el gobernante efectivo de Alemania. A los dos años de su ascenso al trono, empero, había derrocado a Bismarck. Los dos hombres tenían diferencias políticas tanto en el plano nacional como en el de las relaciones internacionales. Tras la caída de Bismarck, caducó el tratado de seguridad germano-ruso, que a su vez condujo a la firma de la alianza franco-rusa y a la división de Europa en dos bloques. Pero la razón básica de la destitución de Bismarck por parte de Guillermo se relaciona con la ambición y no con el desacuerdo político. Bismarck era el principal estadista de Europa, el legendario unificador de Alemania y un hombre de un temperamento sumamente autocrático. Guillermo estaba resuelto a afirmarse a sí mismo y a mostrar que en Alemania sólo mandaba el káiser.

El contraste entre Guillermo y su primo ruso era tremendo. En su condición de zarevich, Nicolás resultaba demasiado modesto, demasiado leal y demasiado opacado por la figura de su padre para crear algo semejante a un partido que lo apoyara en su calidad de príncipe heredero. Cuando ascendió al trono en 1894, no tenía un perfil ni un programa políticos; tampoco, nadie sabía lo que realmente pensaba sobre cuestiones políticas. Por lo demás, Nicolás era un hombre a quien le costaba mucho hacerse de amigos. Aunque se mostraba siempre cortés y, a menudo, encantador y conversador, en el fondo era elusivo. Su amabilidad misma constituía una barrera que impedía toda intimidad. Por lo general muy sensible y cuidadoso respecto de los sentimientos de quienes trabajaban con él, dejaba entrever, no obstante, una reticencia, una distancia, el temor de que si alguien se le acercaba demasiado podía menoscabar su dignidad o amenazar su independencia. Estas características, evidentes durante su reinado, existían ya en 1894. En la época del ascenso al trono de Nicolás, A.A. Polovtsov registró en su diario: "De acuerdo con el Conde S.D. Sheremetev, el actual Emperador carece de calidez y es incapaz de entusiasmo. Los hijos del conde jugaron con el heredero desde la infancia, pero ninguno de ellos puede decir cuáles son sus opiniones".

Ninguna de las principales figuras políticas o militares de su reinado había sido amigo suyo antes de ascender al trono, a menos que consideremos amistades a los miembros de la familia imperial. Aun entre los Romanov, los grandes duques que ejercieron cierta influencia política fueron casi siempre hombres de la vieja generación. El único Romanov que sí desempeñó un rol político y fue contemporáneo de Nicolás era el gran duque Alejandro Mijáilovich. "Sandro" era primo del emperador por nacimiento y se casó con su hermana Xenia. Pero incluso el gran duque sólo lo influyó de un modo intermitente y, desde el punto de vista político, su influencia fue menos significativa que la de muchos ministros. En lo tocante a estos últimos, ninguno de ellos pudo considerarse amigo personal del emperador. El almirante Fedia Dubasov, que aplastó la sublevación de Moscú en el invierno de 1905, era un viejo conocido de Nicolás a quien había acompañado en su viaje alrededor del mundo, en 1891. Pero el único amigo personal digno de nota durante la juventud del emperador fue el general A.A. Orlov, con quien había servido en el regimiento de húsares de la Guardia. Uno de los ayudantes de campo de Nicolás se refirió a Orlov como "el único amigo verdadero" del zar, con quien Su Majestad hablaba a menudo en privado, "expresando sus pensamientos e ideas". Tanto Nicolás como Alejandra confiaban en Orlov, y su muerte, acaecida en 1908 a una edad relativamente temprana, les provocó un enorme pesar. Según la emperatriz, Orlov fue "el único amigo" de su esposo. Su costumbre de llevar flores a diario a la tumba de Orlov dio pábulo a un torrente de murmuraciones en la sociedad de Petersburgo, tan aficionada al cotilleo. Pero Orlov, aunque desempeñó un papel importante en cuanto a poner fin a la revolución desatada en las provincias bálticas en 1905-1906, nunca fue más allá del grado de mayor general o comandante del regimiento de caballería de la Guardia.

La falta de amigos íntimos o incluso de conocidos de su misma edad o un poco mayores le ocasionó al emperador muchos problemas durante su reinado. Nunca fue capaz de atraer a un grupo de personas lo bastante jóvenes como para aportar energía y nuevas ideas y con quienes pudiera mantener estrechos lazos de amistad. En cambio, en los primeros años de su gobierno dependió por completo de los estadistas heredados de la época de su padre. Aunque más tarde fue famoso por la

facilidad con que se deshacía de sus ministros, ello sólo se aplica a los años de confusión y crisis, hacia el final de su reinado. En la década de los 90, por el contrario, se mantenía leal a los ministros de su padre, reteniéndolos en el cargo o volviéndolos a nombrar cuando ya eran demasiado viejos para cumplir adecuadamente con sus funciones.

La figura dominante de la política rusa en los 90 fue Sergio Witte, el ministro de Finanzas. Nicolás lo heredó de su padre y lo mantuvo en el cargo hasta 1903, pese al disgusto que le producía su personalidad despótica y mordaz y pese a las enormes críticas que suscitaban las políticas de Witte en todas partes. Los ministerios de Justicia y de Comunicaciones estaban en manos de Nicolás Muravyov y del príncipe Miguel Khilkov, respectivamente, y el de Marina, a cargo del tío del zar, el gran duque Alexéi, en la medida en que su estilo de vida sibarítico y dado a los excesos le permitía dirigir cualquier asunto serio. En 1898, el ministro de Guerra, general PS. Vannovsky, se retiró a los setenta y seis años, tras haber pasado diecisiete en el cargo, y luego fue llamado nuevamente para imponer orden en el Ministerio de Educación, que atravesaba en ese entonces una situación crítica.

Sólo en dos departamentos los ministros cambiaron con frecuencia en la primera década del gobierno de Nicolás. Y se trataba nada menos que de los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores. Incluso allí, los cambios rara vez se debieron a la voluntad del emperador. Los tres primeros ministros de Relaciones Exteriores murieron todos en pleno ejercicio de sus funciones. Si bien los dos primeros rondaban los setenta, el tercero, Miguel Muravyov, falleció súbitamente a los cincuenta y cinco años. De los primeros cuatro ministros del Interior, Dimitri Sipyagin y Viacheslav Plehve fueron asesinados. Iván Durnovo fue el candidato obvio a la presidencia del Comité de Ministros cuando falleció Nicolás Bunge en 1895. De todos los principales asesores de Nicolás, el único destituido por razones políticas en el siglo XIX fue Iván Goremykin, que perdió el cargo de ministro del Interior en octubre de 1899, luego de una infructuosa disputa con Witte, que confirmó su posición preponderante en la política rusa.

La continuidad de los funcionarios se correspondía con la fidelidad a las políticas perseguidas por Alejandro III. La primera declaración po-



lítica de importancia la hizo Nicolás en su discurso de enero de 1895, cuando el emperador respondió al tímido y cortés pedido de un puñado de consejos de gobierno locales (*zemstvos*) de tener una mayor participación pública en las cuestiones de gobierno. El joven monarca, “que se sentía muy nervioso antes de entrar en el Salón Nicolás” para pronunciar su discurso, les respondió lo siguiente: “Sé que en las asambleas de los *zemstvos* últimamente se han escuchado voces, exaltadas por sueños insensatos, respecto de la participación de sus representantes en los asuntos de gobierno. Sepa cada uno de ustedes que, dedicando toda mi fuerza al bienestar de mi pueblo, preservaré los principios de la autocracia tan firme e indeclinablemente como lo hizo mi inolvidable padre”. El compromiso de Nicolás con la autocracia y su sensación de que las ambiciones de los *zemstvos* la traicionaban permanecieron inalterables en la década de 1890. La destitución de Iván Goremykin en 1899 se debió, en gran medida, a su proyecto de difundir los *zemstvos* electos en las provincias fronterizas del oeste de Rusia, donde los gobiernos locales todavía estaban en manos de funcionarios designados por el Estado. Witte, enemigo de Goremykin, no perdió la oportunidad de criticar la iniciativa y la utilizó para persuadir a Nicolás de que el ministro del Interior estaba expandiendo el poder de los *zemstvos* a expensas de las prerrogativas monárquicas. En efecto, Witte escribió un breve libro para la ocasión, donde argumentaba que los principios en los que se basaban la autocracia y los *zemstvos* eran incompatibles.

La continuidad significaba preservar los poderes autocráticos heredados de su padre y, al mismo tiempo, utilizarlos para perseguir objetivos similares. En los primeros seis años de su reinado, Nicolás no hizo cambios básicos en las políticas nacionales de su progenitor. En cuanto a las relaciones exteriores, se mantuvo la alianza con Francia, e incluso el creciente interés en los asuntos del Lejano Oriente ya habían sido previstos por Alejandro III cuando decidió construir el ferrocarril transiberiano, a pesar de los enormes costos que ello significaba. Nicolás mismo comentó que “cuando murió mi padre, yo era un simple comandante del Escuadrón Escolta de los Húsares, de suerte que el primer año de mi reinado lo dediqué a averiguar cómo se gobernaba el país”. De hecho, le llevó a Nicolás mucho más que un año

poner su sello en el gobierno ruso. Sólo al final del siglo su influencia se hizo palpable, al menos con respecto a los asuntos internos. La expansión de su rol como emperador revelaba, en parte, una mayor experiencia y confianza en sí mismo, y en parte, su impaciencia tanto ante los funcionarios que lo asesoraban como ante la máquina burocrática manejada por ellos. También incidió el sentimiento latente, alimentado por las críticas de todos los sectores, de que Rusia se encontraba en medio de una crisis y que, por consiguiente, ya no bastaba la continuidad en política. Sin embargo, la creciente intervención personal del emperador sería tanto el resultado como la causa de esta crisis, pues no sólo no condujo a políticas nuevas y coherentes para mejorar la situación del imperio, sino que agravó aún más la desorganización gubernamental.

En cuanto a la década de los 90, no es difícil descubrir las causas de la continuidad en la política del gobierno, esto es, la inexperiencia de Nicolás, su falta de un programa político claro o de un círculo de “jóvenes turcos” que podrían haber utilizado su amistad para impulsar nuevos principios y para promoverse a un cargo. La piedad filial, reforzada por el desconcierto personal y la sensación de estar a la deriva lo incitaron a escuchar a quienes le decían que su padre le había legado un imperio que marchaba bien. Nicolás le confesó a su tío Vladimir cuán difíciles eran las cosas para él, dado que siempre lo habían mantenido alejado de los asuntos de gobierno. El gran duque replicó

“que recordaba el ascenso al trono tanto de su padre como de su hermano. En ambas ocasiones, Rusia se encontraba en una situación difícil y problemática, muy diferente de la de ahora, cuando, por el contrario, Rusia había disfrutado de trece años de paz. Sin duda, la vida del Estado y de la gente precisaba de algunos cambios, pero no era necesario apresurarse en lo referente al pueblo. Uno no debe dar motivos para pensar que el hijo condena el orden instaurado por su padre ni la elección de las personas que este ha convocado para trabajar con él. Al principio, conviene suspender los cambios y ceñirse a la línea política trazada por su extinto padre”.

A.A. Polovtsov recordaba que el “joven emperador acogió las palabras de su tío con gran simpatía”. Para ello había buenas razones. No sólo el consejo de Vladimir era tranquilizador, sino que parecía ser cierto, al menos en la superficie. Nicolás II fue el quinto Romanov en ascender al trono en el siglo XIX, pero el primero en no ser coronado en medio del tumulto y la crisis. Tanto Alejandro I como Alejandro II habían sucedido a sus padres luego de ser asesinados. En el primer caso, la conspiración que derrocó a Pablo I apuntaba a revertir la política exterior del Estado y a restaurar, en el plano nacional, las políticas y costumbres de Catalina II, la abuela de Alejandro I. Cuando murió Alejandro I en 1825, su sucesor, Nicolás I, debió hacerse cargo de inmediato de importantes asuntos relativos a la política. En los primeros días de su reinado tuvo que enfrentar un conato de *coup d'état* militar, cuyo propósito consistía en abolir la monarquía absoluta. Alejandro II ascendió al trono pacíficamente, pero lo hizo cuando Rusia sufrió una derrota en la guerra de Crimea, lo cual debilitó la legitimidad del sistema de gobierno de su padre y puso en la agenda política la necesidad de una urgente y drástica reforma. Veintiséis años más tarde lo sucedió Alejandro III en medio de una crisis aún peor, causada en parte por la campaña terrorista que culminó en el asesinato de su padre. Días antes de morir, Alejandro II había ratificado un plan que permitía a los representantes de los *zemstvos* y de la nobleza participar en los debates sobre la legislación y la política de gobierno. Confirmado pero no publicado, el proyecto –un tímido primer paso hacia un gobierno constitucional– se encontraba en el escritorio del nuevo monarca cuando ascendió al trono y lo obligó a tomar una decisión fundamental apenas comenzó su reinado. Comparado con esto, los dilemas que afrontaba el joven Nicolás II no parecían graves, ni irrazonable el deseo de continuar las políticas de su padre.

De los ministros que Alejandro III legó a su hijo, el más interesante e insólito fue Sergio Witte. Los antecedentes de Witte eran típicos de los altos burócratas rusos en las últimas décadas del antiguo régimen. Su familia, originaria de Europa occidental aunque rusificada a lo largo de generaciones por la cultura y la religión, había contado con un gran número de funcionarios públicos y oficiales del ejército, y sus miembros se habían casado dentro del círculo de la antigua aristocra-

cia. Pero Witte se destacaba, sobre todo, por su educación, su carrera y sus modales. Muchos dignatarios se habían educado en el Liceo Alejandro o en la Escuela de Leyes, los dos principales internados del imperio, reservados sólo para los hijos de la aristocracia y la alta burguesía, y cuya misión consistía en proveer de jóvenes leales, bien educados y “trepadores” a la administración pública. El resto de los funcionarios había concurrido, por lo general, a las universidades de Petersburgo o Moscú, aunque en los altos niveles del Ministerio de Relaciones Exteriores siempre abundaban los ex oficiales del ejército, muchos de los cuales fueron educados en el más aristocrático cuerpo de cadetes, y prestaron servicio en la Guardia. Excepto en el caso de estos militares, casi todos los funcionarios de la elite compartían una educación jurídica, aunque en la Europa continental anterior a 1914 ello implicaba estudios más amplios y más exigentes en el plano intelectual que los que se dictaban en cualquier universidad británica.

Por otro lado, Sergio Witte formaba parte de la pequeña minoría de funcionarios de primer nivel que había aprobado el difícilísimo curso universitario de física y matemática. Asimismo, era el único entre sus pares en haberse graduado en la Universidad “Nueva Rusia” de Odesa, y uno de los pocos funcionarios del Ministerio de Finanzas que se dedicó durante muchos años a una empresa privada, en su caso, los ferrocarriles. Por sus modales, Witte siempre se distinguió de los demás tanto en el gobierno como en los círculos de la corte. El funcionario medio que había pasado su vida en los cargos clave de la burocracia tendía a ser no sólo un administrador eficiente, sino también un político un tanto precavido, e incluso un moderador. Sabía cuándo debía quedarse callado, cómo adular al poderoso y en qué dirección soplaban el viento en la corte y entre los ministros. De notable inteligencia, a menudo se mostraba cínico y hastiado de la vida como consecuencia de frecuentar durante muchos años el mundo político de Petersburgo. En general, era refinado y amable, al menos en la superficie: desde luego, estas eran cualidades que tanto el Liceo Alejandro como la Escuela de Leyes se enorgullecían de inculcar a sus estudiantes.

Cuando Sergio Witte apareció por vez primera en el firmamento de Petersburgo, madame Bogdanovich comentó: “Parece más un comer-



ciente que un funcionario". Witte era un hombre corpulento, práctico y rebosante de energía. Podía carecer de tacto y mostrarse despótico. Tenía opiniones bien definidas y le faltaba la larga experiencia del funcionario público de someterse a los criterios de sus superiores en la cadena jerárquica de mando. En la década del 90, pocos observadores honestos e informados del gobierno ruso ponían en duda que Witte fuese el servidor más destacado del zar. Como ministro de Guerra desde 1898 a 1904, el general Alexéi Kuropatkin se involucró en muchas feroces batallas con el ministro de Finanzas. Sin embargo, escribió en su diario que no podía dejar de admirar a "este hombre fuerte y sumamente talentoso", pese a los problemas causados por Witte al ejército. "Le he dicho más de una vez que nos supera a nosotros, sus colegas, por varias cabezas, y es verdad". No obstante, se preguntaba con temor hacia dónde conduciría a Rusia la política de Witte, basada en una rápida industrialización. Aunque no un genio militar, Kuropatkin era un hombre inteligente y un honorable patriota. Y muchos compartían con él tanto la admiración por Witte como el temor por sus políticas.

El impacto de Sergio Witte en el gobierno ruso durante la década de 1890 no era sólo el producto de su propia personalidad, también reflejaba el enorme poder del ministerio que presidía. Según comentó Alejandro Polotsov en 1894, "sin el Ministerio de Finanzas resultaba virtualmente imposible decidir cualquier asunto serio". El calibre intelectual de su elite burocrática era un factor que incidía, sin duda, en el poder detentado por el ministerio. Incluso Vladimir Gurko, del ministerio rival del Interior, admitió que Witte "se había rodeado de un grupo brillante de auxiliares y consejeros en el Ministerio de Finanzas". El poder de su ministerio era, sobre todo, producto de la enorme variedad de sus actividades, pues, controlaba los ingresos y gastos del Estado, y de ese modo ejercía una poderosa influencia en los restantes departamentos gubernamentales. El Banco del Estado no era sino un mero retoño del Ministerio, que monopolizaba el control de la política monetaria y fiscal. Por otra parte, hasta la creación del Ministerio de Industria y Comercio luego de la revolución de 1905, la política comercial e industrial estaba en manos del Ministerio de Finanzas, cuyo poder era aún más formidable por cuanto el gobierno ruso —según los criterios occiden-

les— se ceñía a una política en extremo intervencionista, concebida para proteger, subsidiar y canalizar el rápido desarrollo de la industria rusa. Para entender el poderío del ministerio de Witte, habría que remitirse al Japón de las décadas de 1950 y 1960, e imaginar incluso cuál hubiera sido la situación de haber operado el Ministerio de Finanzas y el de Industria y Comercio bajo el mismo techo.

Bajo la dirección de Witte, este poderoso departamento se convirtió en algo parecido a un “ministerio de desarrollo nacional”, cuyos tentáculos se extendían a todos los ámbitos de la vida rusa. Sería ingenuo pensar que Witte llegó al Ministerio sabiendo de antemano cuál era el plan para el desarrollo de Rusia, pues es evidente que en muchas áreas importantes —la agricultura, por ejemplo— sus ideas cambiaron considerablemente durante su mandato. Sin embargo, en su calidad de ministro abogó desde el primer momento por la rápida industrialización de Rusia, se valió de todo tipo de políticas para promover este programa y pudo justificar sus objetivos en función de un exhaustivo análisis donde explicaba por qué Rusia no tenía otra alternativa que convertirse lo antes posible en una nación industrial, si deseaba seguir siendo independiente y conservar el estatuto de gran potencia en el mundo harto competitivo y despiadado de la era imperialista. En su opinión, a Rusia le quedaban dos opciones: o pasaba a ser una colonia económica de las principales potencias industriales del mundo, contentándose con proporcionarles alimentos y materia prima al precio estipulado por ellas, que en la era imperialista significaba caer en la sujeción y el desmembramiento político por parte de dichas potencias; o podía utilizar los ingresos, los derechos arancelarios, las políticas monetarias y el control de los ferrocarriles para proteger y subsidiar la industria nacional e incentivar la inversión en Rusia del capital, el talento empresarial y la tecnología extranjeros. Aunque este camino implicaba privaciones para la población e impopularidad para el gobierno en el corto plazo, era el único que prometía a Rusia un porvenir seguro en cuanto a su prosperidad y condición de gran potencia.

Las políticas de Witte le granjearon muchos enemigos. En la Rusia imperial, cualquiera que promoviese el capitalismo y antepusiera los intereses de la industria a los de la agricultura era víctima infalible del

odio. Los terratenientes nobles, en su mayoría intelectuales liberales y socialistas, y los restantes departamentos del Estado podían unirse, denunciando al todopoderoso Ministerio de Finanzas y a su arrogante jefe. Algunas de estas críticas encontraron eco en los historiadores de las siguientes épocas, que señalaron el alto costo en términos de política monetaria y crediticia de la adopción, por parte de Witte, de una moneda vinculada al oro, una táctica concebida para estimular la inversión extranjera en Rusia. La habilidad del ministro de Finanzas para doblegar a sus críticos dependía del apoyo de Nicolás II. Aunque el emperador podía desautorizar al ministro en cuestiones de detalle, no vaciló en apoyar la política de Witte en los 90, el menos en sus aspectos esenciales. En 1896, por ejemplo, usó sus poderes autocráticos para imponer el patrón oro, a pesar de las objeciones de casi toda la alta burocracia.

Sólo después de 1900 el apoyo del monarca comenzó a flaquear. Ello se debió, en cierta medida, a la oposición de Witte a algunos aspectos de la política del emperador en lo referente al Lejano Oeste, y también a la depresión industrial que se instaló luego de 1900 y que puso en tela de juicio muchos de los logros de Witte. Las industrias que él había contribuido a crear se vieron obligadas a acudir al presupuesto del Estado o a formar cárteles para mantener los precios artificialmente altos. Sin embargo, el creciente descontento de la sociedad rusa, atribuible hasta cierto punto a las políticas de Witte, era demasiado amenazador para pasarlo por alto, y parecía exigir una mano dura por parte del ministro del Interior, responsable de defender la estabilidad política nacional y la existencia del régimen. La preeminencia de Witte se debió, entre otras cosas, a que ninguno de los ministros del Interior de esa década pudo igualarlo en inteligencia, energía y capacidad política. Cuando el afable, valeroso pero no demasiado inteligente Dimitri Sipyagin fue asesinado en abril de 1902, Nicolás lo reemplazó por el mucho más temible Viacheslav Plehve, que, a diferencia de Sipyagin, era un acérrimo enemigo de Witte. Dieciséis meses más tarde, Witte mismo fue removido del Ministerio de Finanzas en virtud de su "promoción" a la presidencia del Comité de Ministros, un cargo insignificante desde todo punto de vista. Lo sucedió Eduardo Pleske, un funcionario eficiente, esforzado y bastante timorato, carente de la personalidad arrollado-

ra y de la amplitud de miras de su predecesor. Así pues, el balance del poder entre el Ministerio del Interior y el de Finanzas se inclinó sin ninguna duda hacia el primero.

Después de 1907, el Ministerio de Agricultura, al mando del astuto Alejandro Krivoshein, emergió como una fuerza mayor en la política interna de Rusia. Hasta entonces, el único departamento de Estado susceptible de competir con el Ministerio de Finanzas era el del Interior. Más que cualquier otro departamento, ese ministerio era el responsable de supervisar las aldeas donde vivía la abrumadora mayoría de la población. Si bien los campesinos elegían a sus pares aldeanos para dirigir los asuntos locales, los funcionarios procedentes del campesinado se hallaban vigilados y controlados por la policía y por los jefes territoriales. Estos, a su vez, dependían del gobernador provincial, que, en definitiva, formaba parte del Ministerio del Interior. El gobernador nunca controló todas las ramas de la burocracia estatal en las provincias por la sencilla razón de que los otros departamentos de Estado luchaban ferozmente por impedir que sus subordinados cayeran en las garras del Ministerio del Interior. No obstante, el gobernador era, con mucho, la figura más importante en el plano provincial y podía hacerles la vida imposible a los funcionarios de otros departamentos que lo fastidiaban. Presidía los comités interdepartamentales clave a nivel provincial y contaba con el suficiente poder para intervenir en los asuntos de los consejos de gobierno locales (*zemstvos*), dedicados a las cuestiones relativas a la salud pública, a la educación y al progreso rural. En cuanto al gobierno central, el Ministerio del Interior era extremadamente poderoso, pues de él dependían la censura de prensa, los servicios de correos y telégrafos y el importantísimo Departamento de Policía. Asimismo, desempeñaba un papel decisivo en los asuntos tocantes al campesinado, la nobleza terrateniente, los *zemstvos*, la prensa, la migración a Siberia o a otras tierras fronterizas, o el amplio campo del orden público y la seguridad del Estado.

Los conflictos entre los departamentos de finanzas y del interior eran, pues, inevitables. Al Ministerio del Interior, como a los restantes departamentos, le molestaba que el de Finanzas controlara el presupuesto de todos los demás y que sus funcionarios tuvieran mejores



suelos que sus colegas en otros organismos de gobierno. La extracción social de los funcionarios de los dos ministerios era muy distinta. En el de Finanzas había muy pocos terratenientes y casi todo el personal provenía de lo que en Occidente se hubiera descrito como la clase media profesional. En el Ministerio del Interior abundaban, por el contrario, los aristócratas, muchos de ellos grandes propietarios o ex oficiales de la Guardia. Esos hombres por lo general no simpatizaban con el capitalismo industrial o financiero y pensaban, naturalmente, en términos de orden, de paternalismo y de la necesidad de controlar a un campesinado que se juzgaba rebelde y casi infantil. Tanto la tradición zarista como los instrumentos a su disposición predisponían a dicho ministerio a tratar de gobernar a Rusia mediante el control administrativo y policial. Por otro lado, el Ministerio de Finanzas se adaptaba mejor a las reglas del mercado y al uso de resortes económicos para lograr sus objetivos. Pero, por encima de todo, los dos departamentos diferían en sus principales funciones. El Ministerio de Finanzas era el encargado de equilibrar los presupuestos y promover el desarrollo económico. La misión del Ministerio del Interior consistía en preservar la estabilidad política.

Uno de los conflictos más interesantes que se suscitaron entre ambos ministerios en los 90 se relacionaba con la política laboral. La rápida industrialización implicaba el crecimiento de un proletariado que, como suele suceder en esa etapa de desarrollo industrial, tendía a ser tanto el explotado como el militante. El Ministerio de Finanzas era consciente de la dificultad de promover un rápido desarrollo capitalista en Rusia. De hecho, una buena parte de la *intelligentsia* rusa opinaba que sería imposible hacerlo, pues el país carecía de un próspero mercado interno de bienes industriales, y tampoco podía ganar mercados de exportación, pues sus productos le impedían competir con los artefactos de mejor calidad y a menudo más baratos, fabricados en Occidente. Witte y sus lugartenientes no ignoraban que en Rusia ni la propiedad ni los contratos gozaban del mismo grado de protección legal que existía en Europa. Si por estas razones la actitud hacia la expansión de la industria capitalista en Rusia tendía a ser protectora, aunque no exenta de nerviosismo, muchos altos dignatarios del Ministerio de

Finanzas, incluido el propio Witte, terminaron por aceptar que las huelgas, los sindicatos y las libres negociaciones colectivas constituían aspectos peligrosos pero inevitables del desarrollo económico capitalista. Por lo tanto, convenía legalizarlos en lugar de reprimirlos valiéndose de métodos policiales.

El Ministerio del Interior no estaba de acuerdo. El régimen zarista miraba con recelo a cualquier grupo social que se organizara con autonomía del Estado. No sólo las organizaciones profesionales sino incluso la nobleza terrateniente se hallaban estrechamente controladas en este aspecto. Era muy improbable que el gobierno, consciente de la adhesión del proletariado al socialismo —una oportunidad que sin duda aprovecharían los partidos revolucionarios para controlar los sindicatos—, flexibilizara sus principios en lo tocante a los obreros fabriles. Sin embargo, el Ministerio del Interior sabía muy bien que las pésimas condiciones laborales, los mezquinos salarios y el maltrato a que sometían a los obreros los administradores y capataces aumentaban el descontento entre las crecientes masas de trabajadores congregadas en las principales ciudades del imperio, las cuales constituían los centros clave del gobierno y las comunicaciones. El informe de más peso acerca de las huelgas de fines del siglo XIX fue escrito por el general A.I. Panteliev en 1898, un coronel retirado del regimiento Semionovski de la Guardia y un importante funcionario del Ministerio del Interior. Según el informe, “la causa de la agitación y de las huelgas, cada vez más frecuentes, se encontraba, sobre todo, en la explotación de los obreros por parte de los industriales, que, pese a obtener enormes beneficios, pagaban sueldos de hambre y, salvo raras excepciones, no hacían nada para mejorar la forma de vida de los trabajadores y de sus familias”.

El Ministerio del Interior respondió al malestar de la fuerza laboral con un proyecto interesante y drástico: crear sus propios sindicatos, a cargo de Sergio Zubatov, y liderar él mismo el movimiento obrero. Zubatov, un intelectual y a la vez jefe de la policía de seguridad en Moscú durante gran parte de los 90, era un hombre inteligente y fascinante que consideraba la monarquía absoluta como una fuerza capaz de elevarse por encima de las diversas clases, controlar sus inevitables conflictos y guiar la sociedad con generosa sensatez a fin de satisfacer los intereses

de todos en el largo plazo. Aunque quizás un poco ingenuo, Zubatov era, por cierto, sincero. Tras su dimisión en 1903, pudo haberle dado la espalda al régimen, tal como muchos lo hicieron por razones menos justificables. En lugar de ello, cuando se enteró de la abdicación de Nicolás II, Zubatov se retiró de inmediato a su estudio y se suicidó en un acto de lealtad casi sin precedentes en esa época.

Zubatov creía, como el general Panteliev, que la explotación era la clave del descontento obrero. Estaba convencido de que si el Estado protegía la dignidad y los intereses materiales de los trabajadores, los partidos revolucionarios no tendrían esperanza alguna de contar con la lealtad del proletariado. Pensaba, con razón, que muchas huelgas y paros eran el resultado de transgresiones menores a la dignidad y los derechos obreros por parte de sus patrones. Lamentablemente, la policía se enteraba de ello cuando ya se había desencadenado el conflicto. Por consiguiente, Zubatov se dispuso a crear un sistema preventivo de alarma. A diferencia de algunos funcionarios superiores del Ministerio del Interior, comprendía que los trabajadores no eran sólo campesinos que vivían en las ciudades por pura casualidad. La fábrica y la ciudad estaban cambiando la mentalidad de la clase obrera, por lo tanto, era necesario permitirles organizarse a sí mismos, elegir a los propios líderes y defender sus intereses. Para que este proceso discurriera en paz y no atentara contra la seguridad del Estado, la policía debía supervisar de cerca los sindicatos y a sus dirigentes, intervenir a tiempo en las disputas, obligar a los patrones a cumplir la ley y, en general, actuar como un árbitro justo y amigable. Si el objetivo inmediato de Zubatov fue mantener la lealtad de la clase trabajadora al régimen y moverles el piso a los partidos revolucionarios, también abrigaba objetivos estratégicos más amplios. Un movimiento obrero leal sería, sin duda, un arma importante en manos del Estado, una fuerza susceptible de equilibrar el poder de las elites financieras e industriales y, en consecuencia, un medio para que la monarquía pudiera continuar manteniendo la autonomía respecto de los otros sectores de la sociedad, así como la capacidad de administrar los intereses de todos los estratos del país en el largo plazo.

Los sindicatos de Zubatov, lanzados entre 1900 y 1901, tuvieron, en principio, un gran éxito tanto en Moscú como en el numeroso proleta-

riado judío de Bielorrusia y Ucrania. Sin embargo, sus planes despertaron desde el comienzo profundos temores entre los altos dignatarios del Ministerio del Interior. El general Víctor von Wahl, director adjunto de Plehve, pensaba que todos los sindicatos eran “en extremo nocivos y corruptores”, consideraba a Zubatov como “el primer revolucionario” y juzgaba sus proyectos “ilusorios en su concepción y dañinos en sus resultados”. No todos los opositores de Zubatov tenían una visión tan estrecha y eran tan poco imaginativos o refractarios a sus ideas como el brutal Víctor von Wahl. No obstante, sí temían que Zubatov organizase a los obreros y alentase sus esperanzas de justicia y de una vida mejor, estimulando su profundo disgusto por los capitalistas y la anti-gua convicción de que el zar estaba del lado del pueblo y que no vacilaría en intervenir para rectificar los errores de los ricos. En suma, despertando en el pueblo aspiraciones que la corona no podía satisfacer, les hacía el juego a los revolucionarios. La huelga general de Odesa, en 1903, y la captura de los sindicatos dirigidos por el gobierno a manos de los revolucionarios de Petersburgo, en enero de 1905, demostraron que esos temores no eran del todo infundados.

Tomando en cuenta las dudas suscitadas en el Ministerio del Interior por las actividades de Zubatov y la furia que estas causaron en el Ministerio de Finanzas, es evidente que si sus proyectos no fueron desechados desde el comienzo, ello se debió a que Zubatov contaba con la protección de los círculos más altos del poder, en este caso, la del gran duque Sergio, gobernador general de Moscú. El gobernador general era el virrey y el representante personal del zar y, como tal, se hallaba fuera del control directo del ministro del Interior. Ya a principios del siglo XIX existía el cargo de gobernador general en el corazón de la Gran Rusia imperial, pero a partir de 1900 casi siempre se los confinó en las tierras fronterizas no rusas de Finlandia, Polonia, el Cáucaso y Asia central. En ese sentido, el nombramiento de Sergio en Moscú constituía una excepción a la regla. Un gobernador general, que era, además, el tío y cuñado del zar, estaba más allá de cualquier control, excepto el del monarca mismo. El gran duque, un reaccionario paternalista de carácter muy autoritario, simpatizaba con los proyectos de Zubatov de mantener la lealtad de la clase obrera, y protegía a su jefe de policía de los



ataques de los enemigos. A.A. Polovtsov se quejó de que “en las conversaciones íntimas con su sobrino”, Sergio había logrado persuadir a Nicolás II de las bondades del enfoque de Zubatov. No era sorprendente que al emperador le agradaran sus ideas, por cuanto se asemejaban, en gran medida, a sus propias convicciones acerca de la monarquía y de su relación con las masas. Por lo demás, Nicolás era muy apegado a su tío y lo consideraba un útil y fiel contrapeso familiar para el despótico Witte y los otros funcionarios que, por fuerza, componían la mayor parte de los asesores del monarca. El darle su apoyo a Sergio le permitía al emperador una cierta autonomía con respecto al control burocrático, una cierta libertad de maniobra, así como implementar una política potencialmente útil, esto es, someter a prueba los proyectos de Zubatov en un área limitada del imperio, pese a la oposición ministerial. Nicolás reconocía, sin duda, que el nombramiento de personas tan tozudas como Witte y Sergio tenía un precio: concederles un alto grado de libertad para llevar a cabo sus proyectos. Si el resultado de ello comprendía que se desdibujaran las metas políticas globales y la existencia de conflictos entre las instituciones y los individuos, que así fuera. De todos modos, la posición del emperador como único mediador en esos conflictos se fortalecería.

Hacia fines de 1903, la política laboral del gobierno era caótica. Acusado de fomentar el radicalismo de la clase obrera, Zubatov fue finalmente destituido tras la huelga general de Odesa, y el “socialismo policial” se vio parcialmente desacreditado. Pero en Petersburgo continuaría una versión lavada del programa de Zubatov bajo el liderazgo de un sacerdote, el padre Gapon. Mientras tanto, el Ministerio de Finanzas también auspiciaba la alternativa política de legalizar los sindicatos y las huelgas. La oposición a liberalizar las leyes laborales, tanto por parte de los empleadores y la policía como dentro del ministerio, fue tan fuerte que en junio de 1903 la ley que permitía la elección de los representantes de los obreros fue sometida a controles y restricciones de tal magnitud que perdió todo significado. Como resultado de ello, en vez de procurar que los dirigentes sindicales estuvieran habilitados para negociar los salarios, buena parte de la clase trabajadora se volvió hacia los partidos revolucionarios.

A principio de siglo, sin embargo, el gobierno estaba menos preocupado por la militancia de la clase obrera que por el creciente descontento del campesinado. En junio de 1901, A.A. Polovtsov escribió: “A los desórdenes estudiantiles han seguido las huelgas y las batallas entre los obreros de las fábricas y la policía. Muy pronto el campesinado se alzará en demanda de tierras. La milicia de hoy [los conscriptos del ejército], arrancada de esta misma tierra durante un corto período, no utilizará sus armas para poner freno a los apetitos que ella también comparte. Eso será el fin de la Rusia que conocemos”. Nueve meses más tarde, cuando una ola de incendios y motines asoló los campos de las provincias de Poltava y Jarkov, el pronóstico de Polovtsov parecía plenamente justificado. Luego de estos disturbios agrarios, el secretario del Comité de Ministros, Anatol Kulomzin, intentó tranquilizar a su esposa. Este tipo de sublevaciones, le escribió, fue siempre muy común en Rusia: es la forma como los campesinos ajustan viejas cuentas con los administradores y capataces por haber sido víctimas de injusticias menores. Las tropas se negaron a disparar sólo en una ocasión, pero ello se debió a que les disgustaba el oficial que dio la orden. Alejandro Kireev tenía menos motivos para ocultar sus temores, por cuanto se limitaba a consignar sus comentarios en su diario privado: “Pienso que podemos lidiar con los estudiantes y compañía sin mayores dificultades, pero con millones de campesinos... ese es un asunto por completo diferente”.

Durante la primera década del reinado de Nicolás II, tres preguntas encabezaron la agenda con respecto a la política del gobierno en agricultura y, en especial, a la cuestión del campesinado. ¿Se estaban empobreciendo los labriegos? Si era así, ¿quién o qué era el culpable? ¿Qué podía hacer el gobierno para enmendar la situación? En el banquillo de los acusados estaban Witte y el Ministerio de Finanzas, a los cuales se culpaba, en el mejor de los casos, de no tener en cuenta a los campesinos y, con mayor frecuencia, de llevarlos a la ruina, aplastándolos con impuestos y con los altos precios de los bienes industriales creados artificialmente para proteger los aranceles.

La respuesta de Witte a esta imputación consistió en afirmar, por cierto correctamente, que “se exagera la condición miserable de los campesinos”, en especial por parte de los opositores a la política econó-

mica del gobierno, que procuraban ocultar sus intereses egoístas o preferencias ideológicas, alegando que el Ministerio de Finanzas arruinaba al campesinado. A lo largo de los años 90, Witte se opuso a los subsidios directos o al crédito barato a la agricultura por considerarlos un derroche, dada la escasez de recursos. A su entender, la inversión en la industria resultaba más útil incluso para la población rural, pues el trabajo en las ciudades reduciría el deseo de poseer tierras en las aldeas y, sobre todo, proporcionaría a la agricultura mercados para sus productos y, por lo tanto, un incentivo para modernizarse. Witte dudaba de si las inversiones de gran capital en las tierras de los nobles podrían justificarse, tomando en cuenta los bajos costos de producción en las Américas y Australasia, cuyos productos agrícolas inundaban ahora el mercado mundial. Aunque se mostraba más dispuesto a otorgar créditos baratos a los granjeros, aducía, no obstante, que este tipo de préstamos en gran escala era peligroso, dada la estructura de la tenencia de tierras en el campesinado. La mayoría de las granjas de los *mujiks* no pertenecían ni a los individuos ni a las familias, sino a la comunidad de la aldea. Asimismo, les estaba prohibido vender o hipotecar la tierra. Como resultado de ello, no había manera de asegurar los préstamos o de recuperar las deudas contraídas por los *mujiks*, como éstos sabían muy bien.

Hacia principios del siglo xx, a Witte ya no le resultaba posible restarles importancia a los ataques contra su indiferencia frente a las necesidades del campesinado. Aumentaban las presiones políticas para “hacer algo en lo tocante a la agricultura”, así como los temores ante el descontento de la población rural. Luego de viajar por las provincias a comienzos de la nueva centuria, hasta el bastante obtuso ministro del Interior, Dimitri Sipyagin, comentó que “estamos parados sobre un volcán”. Por lo demás, las finanzas del Estado eran caóticas y la necesidad de incrementar los ingresos, apremiante.

Nicolás II se mantuvo bien informado acerca de los problemas tanto de los campesinos como de la Tesorería. Sus ministros le enviaban, con regularidad, informes sobre estos temas, y en ocasiones recibía memorandos especiales de otros altos dignatarios. En la primavera de 1903, por ejemplo, Pedro Saburov le envió un análisis de la crisis presupuestaria del país. Saburov, un funcionario que había servido como em-

bajador y como experto en finanzas, una combinación bastante insólita en la Europa victoriana, le advirtió a Nicolás que los enormes y siempre crecientes costos de la carrera armamentista “junto con la triste posición de la masa de contribuyentes, despertaba temores respecto de la estabilidad y las finanzas estatales... Sólo es posible restaurar el poder fiscal del Estado si se mejora la condición económica de los campesinos... Pero a estas alturas, es evidente que para cumplir con esta necesaria aunque complicada tarea se requerirán enormes sacrificios por parte del Tesoro”.

Tanto Witte como Vladimir Kokovstov, que sucedió a Eduardo Pleske –aquejado de una grave dolencia– como ministro de Finanzas en 1904, compartían la preocupación de Saburov por el precario estado de las finanzas rusas. Kokovstov, en efecto, comentó que “observaba con alarma nuestra posición económica y financiera” y condenó lo que describía como “las fantasías” subyacentes en los gastos del gobierno. “Estas fantasías las veo por todas partes”, agregó: “en el exorbitante e irrazonable fortalecimiento de la flota, en nuestra activa política exterior solventada a expensas del hambre del *mujik*... [en] el intento automático de conseguir dinero para cualquier cosa, en lugar de detener esta bacanal de gastos y comenzar a reducir los impuestos de una manera compatible con el aumento de los ingresos”. Pero en tanto que Witte y Kokovstov pensaban, como Saburov, que el exceso de armamentos era la clave de los problemas financieros de Rusia, no compartían su idea de que era posible un acuerdo internacional sobre la reducción de armas, ni su convicción de que un trato entre Nicolás II y el káiser alemán sería el primer paso hacia ese objetivo. Tampoco el zar se hacía ilusiones al respecto, pues el fracaso de su apelación a reducir las armas en 1898 le había demostrado la imposibilidad de detener la carrera armamentista. Pero como Sergio Witte le señaló a Nicolás en enero de 1902, si era imposible detener la escalada de gastos destinados a la defensa, resultaría entonces muy difícil reducir la carga impositiva de los campesinos u otorgar grandes sumas de dinero para modernizar la vida y la agricultura en la aldea. Según las conclusiones de Witte, las mejoras en este aspecto dependían menos de la generosidad del Tesoro que de los cambios en el sistema de tenencia de tierras.



Los granjeros, le dijo a Nicolás, debían gozar de libertad y de derechos individuales, incluidos los derechos irrestrictos de propiedad para su tierra. En otras palabras, Witte estaba pidiendo la abolición de la comuna campesina, la piedra angular de la economía y la sociedad rural de Rusia.

Incluso antes de la abolición de la servidumbre en 1861, la comuna había sido la institución más importante de la vida rural rusa. La comunidad de los *mujiks*, en general, aunque no siempre, compuesta por los habitantes de una sola aldea, administraba y juzgaba a sus propios miembros por medio de funcionarios electos por dicha comunidad; y era responsable de pagar los impuestos del Estado. Aunque en principio las instituciones administrativa, judicial y fiscal de la aldea se diferenciaban de la propiedad colectiva de la comunidad, en la práctica, el poder de esta se veía reforzado por el hecho de que controlaba y, en muchos casos, redistribuía a diario las tierras de los aldeanos.

Los defensores de la comuna la consideraban como una forma de asistencia social que garantizaba a los campesinos los medios indispensables para su supervivencia. Creían que a menos que la economía capitalista se desarrollara hasta el punto de asegurar millones de puestos de trabajo en las ciudades, la única manera de evitar la pauperización era garantizar a cada campesino, aun si este residía temporalmente en una ciudad, una parcela de tierra adonde pudiese volver. Puesto que las masas no padecerían necesidades y gozarían del derecho de propiedad, serían, por lo tanto, más inmunes a la propaganda radical y socialista que los trabajadores urbanos y los agricultores sin tierra de Occidente. Ni siquiera los más fervientes defensores de la comuna hubieran argumentado que, desde la estrecha perspectiva de la modernización agrícola, era la mejor forma de hacerse propietario de la tierra; pero sí negaban, probablemente con razón, que constituyera un obstáculo tan serio para el progreso técnico como lo sugerían sus enemigos. El hecho de considerar la comuna como una antigua institución rusa que preservaba al país de los peligros que acompañaron a la modernización en Occidente también se sumaba a su atractivo. Anatol Kulomzin, por ejemplo, que pertenecía al ala liberal y de tendencias occidentales de la dirigencia, escribió, sin embargo, que incluso él “se tragó” la visión

nacionalista rusa de la comuna, tan halagadora para el orgullo patriótico, y “sólo recuperé el juicio cuando los disturbios de 1905-1906 pusieron de manifiesto que la comuna había insuflado el espíritu socialista en la vida de los campesinos”.

Para algunos enemigos de la comuna, el mayor peligro residía en los principios semisocialistas en los que se basaba. Según Alejandro Polovtsov, el progreso económico del campo dependía de la firmeza con que se inculcaran los principios de la propiedad privada en la sociedad campesina y en la mentalidad de la aldea. Pero temía, sobre todo, que los principios igualitarios y colectivistas de la comuna pudieran unir a los campesinos contra la clase terrateniente y la propiedad privada. “Debemos detener la unificación de esta oscura, crédula e inestable masa en un único grupo”, le dijo a Nicolás II en junio de 1901; “es preciso, en cambio, dividirla y diferenciarla, procurando que los industriales, ahorrativos y pacíficos apoyen el progreso en la dirección deseada por el gobierno y se opongan a los grupos rebeldes y nada fiables de la población, ávidos de provocar el caos en el agro”.

En los 90, los enemigos de la comuna ganaron terreno dentro del gobierno. En 1894, por ejemplo, Witte se negó a participar en el debate sobre la comuna, alegando que “ese no era un tema de su incumbencia, pero si lo llegaba a tocar, comenzarían a insultarlo aun más de lo que ahora lo hacían por interferir en los asuntos ajenos”. Ocho años más tarde, sin embargo, el ministro de Finanzas argumentaba lo siguiente: “Para que la economía de mercado tenga éxito es necesario elevar el estándar económico de vida en general, y ello sólo es posible si la vida del campesino se reorganiza sobre la base de la propiedad individual y de la abolición de la posesión comunal”. La cúpula del Ministerio del Interior se oponía con fuerza a la abolición, pero incluso en este departamento algunos jóvenes funcionarios, tales como Vladimir Gurko, se habían vuelto contra la comuna. A fin de lograr la transformación del régimen de propiedad que imperaba en el campesinado, Witte apeló directamente a Nicolás II, en enero de 1902. “Estas cuestiones sólo pueden resolverse adecuadamente si usted toma la iniciativa, rodeado de las personas idóneas escogidas para la tarea. Si su abuelo no hubiera actuado así con respecto a la emancipación de los siervos, la

servidumbre habría perdurado hasta el día de hoy. La burocracia no puede resolver por sí misma esta cuestión”.

La analogía de Witte era falsa. Alejandro II se había comprometido a fondo con la emancipación y sabía con claridad cuáles eran los principios clave que correspondía aplicar en esas circunstancias. Su nieto se mostraba, en cambio, dubitativo ante el destino de la comuna y temía las consecuencias de la abolición. Las dudas del emperador eran, hasta cierto punto, comprensibles. Los méritos y desventajas de la tenencia de tierras por parte de la comunidad todavía son motivo de calurosas discusiones de los estudiosos, además de ser una cuestión harto complicada. Eliminar la comuna era una tarea hercúlea y peligrosa, tanto desde el punto de vista técnico como político. La creación de millones de granjas independientes implicaba una enorme cantidad de supervisión y de demarcaciones territoriales en una campaña donde los supervisores eran escasos y donde las disputas sobre los límites, los derechos de propiedad y el acceso a la madera y al agua ya eran endémicos y acerbos. El hecho de transferir la tenencia de la tierra de la comunidad de la aldea a los granjeros individuales transformaba los derechos de propiedad básicos de la abrumadora mayoría de la población. Ningún gobierno hace esto a la ligera ni espera que el proceso discurra sin turbulencias o sin suscitar oposiciones.

Nicolás, por consiguiente, actuó de acuerdo con su típica cautela. Designó a Witte como presidente de una comisión especial cuyo propósito era investigar las condiciones agrícolas en enero de 1902, y le dio libertad de maniobra para llevar a cabo su propuesta de modificar el régimen de tenencia de tierras en el campesinado. Simultáneamente, se alentó al Ministerio del Interior a dirigir las comisiones rivales, y en 1905 Iván Goremykin, el viejo enemigo de Witte, fue designado para presidir un programa de reformas que se aplicarían a las zonas rurales. Para muchos observadores –Witte, entre ellos– la conducta del emperador parecía el epítome de la indecisión y de la mala fe. Al fomentar el disenso entre los ministros, los frustraba, les hacía perder el tiempo y paralizaba la política del gobierno. Por otro lado, ello significaba que Nicolás seguía siendo independiente de cualquier ministro o grupo de asesores, y que recibía información y consejos desde más

de un punto de vista. Los diarios del general Kireev, por ejemplo, abundan en críticas a la duplicidad e indecisión de Nicolás; empero, en cierto modo el zar no estaba sino ateniéndose al consejo que Kireev mismo le había dado al gran duque Miguel, en la época en que todavía era el heredero del trono. Advirtiéndole que los asesores y ministros no siempre eran confiables, le dijo al gran duque que procurase recibir información y consejo de más de un lado sobre cualquier asunto. Un monarca, le explicó, debe aprender “a controlar a un grupo de gente con otro”.

Mientras lidiaba con el descontento de obreros y campesinos, el gobierno estaba generando una creciente oposición entre los sectores no rusos de la población. En parte, las causas era una y la misma. Los trabajadores no rusos vivían bajo las mismas condiciones, y tenían incluso menos protección gubernamental que sus pares rusos. Los campesinos bielorrusos y ucranianos, al igual que los rusos, pensaban que la tierra debía pertenecer a quienes la trabajaban y, por consiguiente, miraban con hostilidad las grandes propiedades rurales, sobre todo si se las explotaba a la manera capitalista. Por lo demás, los intentos del gobierno por imponer la uniformidad administrativa e incluso, en algunas regiones, la lengua y la cultura rusas despertaron una fuerte oposición, en especial entre las clases ilustradas.

La política gubernamental difería de una minoría a otra. Los peor tratados eran los judíos; confinados casi en su totalidad en una región específica, la llamada Judería de la Empalizada, y a los que se privaba de muchos derechos civiles. Aun en la Judería, ningún judío podía poseer legalmente una parcela de tierra. En cuanto a los cristianos no rusos, el gobierno consideraba a los polacos con más recelo y hostilidad que a los pueblos del Báltico, de las provincias transcaucásicas o a los rumanos. Con respecto a los pueblos musulmanes, el gobierno se limitaba, en general, a preservar el orden y a recaudar impuestos. Si bien muchos altos funcionarios pensaban que era posible “rusificar” a los campesinos cristianos y, sobre todo, eslavos –que no tenían una “cultura superior” histórica–, muy pocos creían que la conversión y “rusificación” de los musulmanes pudiera tener éxito. Pero por encima de estas generalizaciones, la política de una región específica, así como la habi-



lidad y el tacto con que se la implementaba, dependían enormemente de la personalidad del gobernador general del área.

Finlandia es un buen ejemplo de ello. Conquistado en 1809, el gran ducado de Finlandia gozó de un alto grado de autonomía a lo largo del siglo XIX. Según los parámetros rusos, su estatuto era anómalo no sólo porque no estaba controlado por Petersburgo, sino también porque tenía instituciones representativas y un régimen legal propio. En las dos últimas décadas del siglo XIX, aumentaron las presiones de Petersburgo para que una parte de la legislación y la administración finlandesa se ajustara a las normas rusas. Era inadmisibile que los rusos residentes en Finlandia tuvieran menos derechos que los nativos, algo que no ocurría con los fineses en Rusia. Tomando en cuenta el creciente antagonismo ruso-germano y la posibilidad de una alianza entre Suecia y Alemania en una guerra futura, la independencia de Helsinki con respecto a la supervisión de Petersburgo causaba una honda preocupación. Mientras Finlandia estuvo gobernada por el conde N.V. Adlerberg (1866-1881) y luego por el conde E.L. Heiden (1881-1898), prevaleció la regla —muy sensata— de que las violaciones a la autonomía finlandesa debían limitarse estrictamente al mínimo necesario. No obstante, cuando el general N.I. Bobrikov fue nombrado gobernador general en 1898, no sólo llegó con amplios planes para incrementar el control de Petersburgo, sino que también puso en práctica esa política con una brutalidad y una falta de tacto que convirtieron a Finlandia en un semillero de la oposición.

El verdadero problema con Finlandia comenzó cuando Petersburgo impuso a los fineses el propio sistema de conscripción militar y trató de unificar ambos ejércitos. Aunque se había estudiado el proyecto durante varios años, quien lo sacó a la palestra fue el ministro de Guerra, Alexéi Kuropatkin, designado en 1898. La mayoría de los altos dignatarios rusos se opuso a la ley de conscripción de Kuropatkin, pensando que no tenía sentido hostilizar a los fineses, y esta fue rechazada en el Consejo de Estado, el organismo donde los principales estadistas aconsejaban al zar sobre la legislación. Sin embargo, haciendo uso de su legítimo derecho, Nicolás desautorizó al Consejo y la ley de conscripción de Kuropatkin entró en vigencia. Cabe decir, en defensa del empe-

rador, que de no haber apoyado a su nuevo ministro de Guerra, la autoridad de este último se hubiera visto fatalmente dañada. Es más, el caso *vis-à-vis* del gobierno frente a Finlandia no era del todo injustificado, pues la seguridad de Petersburgo, muy próxima a la frontera con Finlandia, era motivo suficiente para causar alarma. En términos de sensatez y tacto políticos, sin embargo, la ley de Kuropatkin, por no mencionar las ocurrencias de Bobrikov, era un desastre. El gobierno unificó con rapidez a todo el país en su contra, pese a su intención de enemistar a la mayoría nativa con la elite sueca de Finlandia. Entre quienes se quejaron a Nicolás por la política de Bobrikov se encontraba su madre, ella misma una princesa escandinava. En una carta en extremo airada, sobre todo proviniendo de María Fiodórovna, acusó a su hijo de no cumplir con lo que le había prometido, es decir, refrenar a Bobrikov, y comentó que “todo cuanto se le ha hecho y se le sigue haciendo a Finlandia se basa en mentiras y engaños y conduce directamente a la revolución”. Aparte de afirmar que los fineses aceptarían las condiciones si el gobierno se mostraba resuelto, la réplica de Nicolás a su madre eludió el tema en juego. Vista desde la perspectiva rusa, la cuestión radicaba, según palabras de Kireev, en que “gracias a Bobrikov y a su sistema se había creado una nueva Polonia ia las puertas de San Petersburgo! Y hubiera sido tan fácil evitarlo”.

En su abordaje a la cuestión finlandesa, Petersburgo cometió los errores típicos del gobierno ruso de esa época. La política hacia Finlandia se decidió en un contexto restringido, sin tomar en consideración una estrategia global para alcanzar los objetivos del gobierno y para evitar poner en peligro todo el espectro de los asuntos del imperio. No tenía sentido desafiar el nacionalismo finlandés en un momento en que el régimen contaba ya con una hueste de enemigos internos. Tampoco el gobierno definió con claridad sus intereses fundamentales en Finlandia a la luz de sus compromisos globales, ni empleó luego los medios necesarios para alcanzar estos objetivos limitados. Cuando el gobernador general Bobrikov fue asesinado en junio de 1904, Finlandia se encaminaba hacia una abierta insurrección. En ese entonces, gran parte de la Rusia urbana se desplazaba en la misma dirección, con la amenaza de un funesto levantamiento del campesinado cerniéndose en el horizonte.

La oposición al gobierno en las ciudades provenía de los obreros y de los miembros de las clases media y alta. Entre los rusos cultos, el único grupo más radical eran los estudiantes, y sus amotinamientos en 1899 significaron, para Nicolás II, la primera crisis política interna. El descontento de los estudiantes se originaba, en parte, por motivos de queja comunes al grueso de la Rusia educada: la falta de derechos civiles y políticos y la pobreza del país, mensurada según los parámetros europeos, de las cuales el gobierno era responsable. Pero el mundo estudiantil tenía una cultura radical propia y había sido víctima de injusticias diferentes de las del resto de la población. A fines del siglo XIX y a principios del XX, los estudiantes rusos eran, en términos generales, más pobres y de origen mucho más humilde que la mayoría de sus pares en las universidades alemanas o inglesas. Tanto por la extracción social como por el compromiso político, tenían más en común con los estudiantes occidentales de la década de 1860. Por lo general, el estudiante ruso llegaba a la universidad lleno de resentimiento por la educación impartida en las escuelas secundarias estatales (*gymnasium*), cuyas entrometidas autoridades y cuyo árido currículo clásico eran odiados por los alumnos. Una vez en la universidad, los estudiantes se veían aún más hostigados por los rígidos controles a los que se sometían sus clubes y asociaciones sociales, considerados por la policía, a menudo con razón, como células revolucionarias en estado embrionario.

Los disturbios estudiantiles de principios de 1899 significaron para Nicolás II un difícil dilema. Algunos de sus consejeros, entre ellos su tío Sergio y el ministro del Interior, I.I. Goremykin, adujeron que los disturbios obedecían a razones políticas y, por lo tanto, debían reprimirse con firmeza. Otros alegaron que las causas de los problemas estudiantiles residían en la falta del derecho de asociación en la universidad, en el odio al currículo clásico en la escuela secundaria y en otras injusticias puramente educacionales que no se relacionaban con la política. El antiguo tutor del emperador, profesor N.N. Beketov, fue recibido en audiencia y persuadió a Nicolás de adoptar su punto de vista. El zar no tenía opiniones personales firmes ni fuentes de información independientes acerca del tema. La respuesta del régimen a la continua violencia estudiantil fue, por consiguiente, ambigua. Algunos estudiantes fue-

ron expulsados de las universidades y reclutados en el ejército, lo cual era, después de todo, el destino habitual de los varones de esa edad que no concurrían a los establecimientos de enseñanza superior. Por otro lado, se rectificaron algunas injusticias específicas.

Los estudiantes estaban lejos de sentirse satisfechos con esas medidas y los disturbios recomenzaron en el invierno de 1900-1901. En febrero de 1901, el ministro de Educación fue asesinado por un ex estudiante, expulsado en dos ocasiones de la universidad por sus actividades revolucionarias. En su lugar, Nicolás nombró a un veterano de guerra, el general P.S. Vannovsky, que había encabezado una comisión para investigar los disturbios estudiantiles. La designación de Vannovsky, primero como presidente de la comisión y luego como ministro, no era sino una elección conciliatoria que reflejaba tanto la propia incertidumbre de Nicolás como los consejos contrapuestos que recibía. Vannovsky era un general ultraconservador con gran respeto por la disciplina y el orden, pero también se mostraba sorprendentemente comprensivo ante muchas de las demandas del estudiantado y se oponía con firmeza al currículo clásico con el que se atosigaba a los alumnos de la secundaria. Su nombramiento intensificó aún más el apasionado debate sobre lo que se debería enseñar en la secundaria y en qué medida los estudiantes podían organizar los propios asuntos en la universidad.

Nicolás hizo cuanto pudo por influir en la educación en la dirección deseada por él. Según G.E. Saenger, que fue ministro de Educación desde 1902 hasta 1904, el emperador no era un gran abogado en lo referente a los clásicos y no comprendía las cuestiones envueltas en la defensa de ese tipo de currículo. Sea como fuere, el zar no puso obstáculos a su abolición. Además del natural deseo de restaurar la paz y el orden en las escuelas secundarias y en las universidades, el mayor anhelo de Nicolás era que la educación rusa cultivase el espíritu patriótico, tal como lo hacían las escuelas británicas, alemanas y francesas de la época, en lugar de permitir que una subcultura radical y socialista dominase la vida del estudiantado. Las posibilidades del emperador en cuanto a influir en las escuelas y universidades rusas en esta dirección eran, sin embargo, escasas. Nicolás conocía muy poco el sistema educativo ruso y contaba con un número muy reducido de relaciones o po-



sibles aliados en este ámbito. El profesor Alejandro Schwartz, ministro de Educación desde 1908 hasta 1910, escribió lo siguiente acerca de Nicolás: "Se mantenía totalmente apartado del Ministerio... le interesaban sobre todo los desórdenes o los individuos que, por alguna razón, conocía o recordaba. Rara vez me encomendó una misión o me dio instrucciones especiales". Cuando Schwartz asumió el cargo de ministro, el zar tenía muy pocas ilusiones en cuanto a la posibilidad de imponer su voluntad a través del Ministerio. Entre 1901 y 1902, había recurrido a un viejo amigo y compinche de su padre, el príncipe V.P. Meshchersky, para que lo ayudara a inculcar un espíritu más patriótico y elevado en las escuelas rusas, pero de poco le sirvió. Casi todos los funcionarios del Ministerio de Educación, pertenecientes en su mayoría a familias burguesas y pequeño burguesas, simpatizaban con las ideas liberales e incluso radicales, y lo mismo ocurría con gran parte de los docentes. Es más, dada la tónica radical y revolucionaria predominante en la sociedad rusa a principios del siglo xx, no era el momento más propicio para inculcar sentimientos patrióticos a los estudiantes o convertirlos al conservadurismo.

Hacia 1902-1903, los rumores de revolución, o al menos de un cambio constitucional de envergadura, estaban en el aire. Sin embargo, no todos los escucharon. Incluso en abril de 1904, tres meses antes de su asesinato, el ministro del Interior, Viacheslav Plehve, no creía en la "inminencia del peligro" que acechaba al régimen. El optimismo de Plehve se basaba en la convicción de que, "en caso de llegar las cosas al extremo, el gobierno encontrará apoyo en el campesinado y en la clase baja urbana". Además, recordaba haber sobrevivido a otros tiempos de crisis y pánico. "En más de una ocasión he debido atravesar momentos tan difíciles como los que estamos viviendo hoy en día", comentó. "Luego del 1º de marzo de 1881 [cuando asesinaron a Alejandro II], el conde Loris Melikov le dijo a Plehve que si Alejandro III rechazaba la constitución de Alejandro II, al día siguiente 'el Zar será asesinado y a nosotros dos nos colgarán en el patíbulo'. Pero nada de eso sucedió."

Otros altos dignatarios se mostraban menos optimistas, pues comprendían mejor que Plehve que la oposición al gobierno era en ese momento mucho más amplia y más profunda de lo que había sido un

cuarto de siglo antes. Ya en octubre de 1900, el propio Kireev comentaba: “He visto últimamente a un montón de personas inteligentes y todas opinan... algunas con alegría, otras con horror, que el actual sistema de gobierno ha sobrevivido a su época y nos encaminamos hacia un régimen constitucional”. Hasta Constantino Pobedonostsev, un conservador recalcitrante, estuvo de acuerdo. Un año más tarde, Kireev declaró que en los círculos aristocráticos y de la alta burocracia “casi todos opinan que el orden constitucional es la única salvación”. Sin embargo, él mismo pensaba que “es precisamente este [orden constitucional] el que, de hecho, nos destruirá”. Como Alejandro Polovtsov, sus ojos se habían vuelto hacia las masas campesinas, tan numerosas y proclives a la anarquía y al socialismo. “*Por el momento*, los campesinos se mantienen firmes e incólumes. Todavía siguen siendo monárquicos. Pero cualquiera puede soliviantarlos.”

Quienes tenían más interés en “soliviantar” a las masas eran, desde luego, los partidos socialistas revolucionarios. A principios del siglo xx, el socialismo revolucionario ruso se dividió en dos corrientes: una marxista y la otra no. La primera estaba representada por los socialdemócratas, que en 1903 se separaron en dos facciones, mencheviques y bolcheviques. La franja no marxista correspondía al Partido Socialista Revolucionario, constituido formalmente sólo a partir de 1901, pero cuyas ideas, tradiciones y cuadros derivaban del movimiento socialista ruso decimonónico. En cuanto a las ideas, los marxistas pensaban que los obreros urbanos encabezarían la revolución socialista, la cual sólo se produciría una vez que el capitalismo se hubiera desarrollado en su totalidad. Por su parte, el Partido Socialista Revolucionario afirmaba que una coalición de campesinos, obreros y miembros pobres de la clase media baja y de la *intelligentsia* podría imponer la revolución de inmediato, en tanto y en cuanto esos partidos revolucionarios utilizaran las tácticas apropiadas y aprovecharan sus oportunidades.

A diferencia de los socialdemócratas, los socialistas revolucionarios emprendieron, como parte de su estrategia, una campaña terrorista contra los principales funcionarios, matando a tres ministros entre 1901 y 1904 y sembrando la alarma y la confusión en el gobierno. Por esta razón, la policía de seguridad tendía a considerar a los socialistas revolu-

cionarios como una amenaza más inmediata y peligrosa que los socialdemócratas. La evaluación no era producto del pánico ni de la miopía. Dados el dogmatismo y la obsesión de los marxistas en lo tocante a la clase obrera, no parecía probable que se convirtiesen en los líderes de una revolución exitosa, en un país todavía abrumadoramente rural donde el capitalismo recién comenzaba a echar raíces. Por lo demás, el hecho de que la mayoría de sus dirigentes no fueran rusos y contaran con un gran número de judíos disminuía la probabilidad de competir con los socialistas revolucionarios en cuanto a obtener el apoyo de las masas rusas. Los acontecimientos demostrarían luego que la policía estaba en lo cierto. Cuando cayó la monarquía en 1917, fueron los socialistas revolucionarios los que gozaron de mayor popularidad entre las masas, y no sólo en las zonas rurales, sino también en las ciudades. El futuro socialista de Rusia debería haber estado en sus manos. Pero la propia ineptitud, sumada a la inteligencia y crueldad de Lenin y a la situación específica de Rusia durante la guerra, privaría a los socialistas revolucionarios del botín de la victoria.

En Rusia, los partidos socialistas existieron mucho antes que los liberales. La *intelligentsia* rusa tomó en préstamo las ideas de las sociedades más desarrolladas de Europa central y occidental, y ya en la década del 60 había creado grupos socialistas revolucionarios. Los orígenes de los partidos liberales rusos apenas si se remontan a la fundación del llamado Movimiento de Liberación, en 1901. Desde el comienzo mismo, el movimiento se dividió en dos corrientes principales, las que a su vez se separaron entre 1905 y 1906 en las dos franjas del liberalismo ruso: los constitucional-democráticos (kadetes), más radicales, y los octubristas, más conservadores. En términos sociológicos, esta separación coincidía, aproximadamente, con la división entre los miembros profesionales e intelectuales de la clase media, por un lado, y los terratenientes liberales, por el otro; y en términos ideológicos, entre quienes abogaban por un gobierno parlamentario en gran escala y quienes proponían combinar representantes populares con elementos del régimen existente. Pero todos los sectores del Movimiento de Liberación luchaban unánimemente por los derechos civiles y por el fin de la monarquía. Hacia 1904-1905, el gobierno demostró su capacidad

de movilizar una amplia coalición de partidarios procedentes de las clases media y alta de Rusia y, asimismo, de forjar lazos con sectores del movimiento obrero. Aunque no era probable que pudiese competir con los socialistas por el apoyo de las masas, el Movimiento de Liberación significó, no obstante, un gran desafío para el régimen. Sus activistas ricos, que a menudo dominaban los *zemstvos*, protegían y apadrinaban a una gran diversidad de personas opuestas al régimen, algunas de ellas muy radicales. Muchas figuras del Movimiento de Liberación provenían del mundo de la alta burocracia, e incluso mantenían con ella estrechas relaciones. No era fácil acallar a esas personas valiéndose de la mera represión, y sus argumentos solían convencer a los miembros liberales de la clase dirigente y, por ende, debilitaban la unidad del gobierno frente a la revolución.

A principios de 1904, el gobierno se encontraba en una situación muy difícil. La oposición, real o potencial, existía en casi todos los sectores de la sociedad rusa, y los partidos liberales y socialistas estaban listos para aprovecharla, organizarla y canalizarla. En la Rusia zarista, en particular a comienzos del siglo xx, la riqueza y el estatuto de muchos miembros del Movimiento de Liberación, así como la posición que ocupaban en los *zemstvos*, les conferían un espacio legal para operar y para movilizar el apoyo. Los partidos socialistas, por el contrario, se mantenían en la clandestinidad y sus cuadros eran eliminados por la policía con regularidad, aunque los nuevos reclutas llenaban con rapidez las brechas recién abiertas. Si el régimen se debilitaba o procuraba liberalizarse frente a los opositores, aumentaría inevitablemente la libertad de acción de los partidos socialistas, que aprovecharían cualquier oportunidad para convertir el resentimiento incipiente y la rebelión en una revolución socialista organizada. Como si esto fuera poco, en febrero de 1904 Rusia se vio envuelta en una guerra con Japón, que no sólo menguó sus ya escasos recursos, sino que también socavó el prestigio y la confianza en sí mismo del gobierno.

Los asuntos internos y externos siempre estuvieron estrechamente vinculados en Rusia. En cierto sentido, la política nacional del Estado respondía a la necesidad de mantener la posición de Rusia como gran potencia, lo cual significaba sobrevivir a las tensiones que ello imponía



a la sociedad imperial. La política exterior rusa, por otra parte, se hallaba inevitablemente influida por la situación interna del país y, en particular, por sus finanzas, lo que, *inter alia*, incidía de manera relevante en la capacidad del imperio de seguir una determinada línea diplomática, con todos los riesgos bélicos que eso implicaba en la era imperialista. Tampoco la política exterior se desentendía de la opinión pública. Incluso Alejandro III, decidido a preservar sus prerrogativas de monarca absoluto, le dijo a su ministro de Relaciones Exteriores que no se podía pasar por alto el sentimiento nacionalista ruso, “pues si perdemos la confianza de la opinión pública en nuestra política exterior, entonces todo está perdido”. Si bien el Emperador estaba exagerando para descolocar a su cauteloso ministro, N.K. Giers, no por ello el comentario es menos sorprendente.

Aunque los asuntos internos y externos estaban íntimamente relacionados, la elaboración de la política exterior dentro del gobierno ocurría en el vacío, sin casi ninguna participación de los ministerios ni de sus jefes. Hasta cierto punto, esto respondía a la norma general prevaleciente en Rusia, según la cual cada imperio ministerial perseguía su propia política en completo aislamiento. Empero, el grado de aislamiento de los ministerios en lo tocante a la elaboración de la política exterior transcendía, con mucho, la norma. No sólo los diplomáticos rusos constituían una raza aparte del resto de los funcionarios públicos, sino que en la mayoría de los casos pasaban toda su carrera en el exterior, sin haber servido siquiera en la Cancillería de Petersburgo. Obligados a pasar la vida en el mundo de la diplomacia y a mantener su condición de representantes de una gran potencia, a menudo les resultaba difícil comprender los intereses globales de Rusia, fuesen nacionales o internacionales. Entre 1892 y 1894, Rusia pactó una alianza política y militar con Francia, concebida para controlar cualquier intento de Alemania por dominar Europa. Ello significó un paso trascendental, pues toda medida para enfrentar a Alemania incidía enormemente en las finanzas rusas, en la seguridad de las áreas fronterizas occidentales y, de hecho, en la supervivencia del régimen mismo. Pero habida cuenta de la situación rusa, era impensable consultar a los ministros de Finanzas y Relaciones Exteriores antes de fir-

mar el tratado de alianza, y se hubiera juzgado impropio informarles de sus términos a posteriori.

La alianza con Francia concluyó en los últimos meses del reinado de Alejandro III y fue la piedra angular de la política exterior rusa hasta el fin del imperio. La alianza respondía a una lógica bastante sencilla: dos países que ocupaban un segundo puesto en Europa continental se unían para no ser agredidos en tiempos de paz ni derrotados en situación de guerra por Alemania, el país más poderoso de Europa. Según los términos del convenio militar –el verdadero soporte de la alianza–, cualquier movilización alemana sería respondida de inmediato con la plena movilización de las fuerzas rusas y francesas, y en el caso de un ataque alemán, Francia o Rusia lucharían codo a codo como aliados con todas las tropas que tuvieran a su disposición.

Aunque es posible juzgar que la alianza con Francia fue, a la larga, un paso nefasto hacia la división de Europa en dos campos armados, en los 90 afianzó la posición de Rusia e incluso mejoró, en cierto sentido, sus relaciones con Alemania. Guillermo II llegó a lamentar el haber abandonado el tratado de Bismarck con Rusia, pues ello significó arrojarla a los brazos de Francia. Durante gran parte de la década de 1890, Alemania cortejó a Rusia. Otro tanto hizo Francia, jubilosa de haber escapado al aislamiento internacional, sufrido desde su derrota en la guerra con Prusia de 1870-1871. Petersburgo era capaz de utilizar su atractivo para una buena causa, tal como lo hizo en 1895, por ejemplo, al persuadir tanto a Berlín como a París de unirse a Rusia para obligar a los japoneses a abandonar la posición dominante que habían alcanzado en el sur de Manchuria, como resultado de la derrota de China. El pensamiento rector de la política del Ministerio de Relaciones Exteriores puede resumirse en una conversación que mantuvieron el ministro Alexéi Lobanov Rostovsky y su viceministro, Vladimir Lambsdorff, en octubre de 1895. Según ambos dignatarios, la alianza con Francia constituía un paso esencial para preservar la posición de ese país como gran potencia independiente. Con Francia fuera de la escena, Rusia pasaba a depender totalmente de la más poderosa Alemania, un hecho fatal para los intereses, la independencia y el prestigio de Petersburgo. No obstante, la alianza con Francia debía llegar hasta allí, no más lejos. Rusia

tenía que garantizar la independencia de Francia, pero sin dejar de controlar sus ambiciones y sentimientos antigermánicos.

El optimismo del Ministerio del Exterior en cuanto a poder preservar este ventajoso equilibrio se incrementó con el éxito del acuerdo con Austria sobre las cuestiones relativas a los Balcanes, en 1897. Austria y Rusia siempre habían sido rivales en esa región, y fueron los conflictos relacionados con los Balcanes los que rompieron las alianzas de las tres grandes monarquías conservadoras (los Romanov, los Habsburgo y los Hohenzollern), en las décadas de 1870 y 1880. El acuerdo de 1897 con Viena para mantener el *statu quo* en los Balcanes significó, por tanto, no sólo una gran ventaja en lo referente a la estabilidad internacional, sino también una gran ayuda para mejorar las relaciones con Berlín, el aliado de Austria. Cuando en 1903 Rusia y Austria respondieron a la rebelión en Macedonia actuando con el propósito de realizar reformas en esa provincia, las perspectivas de entablar buenas relaciones con las denominadas "Potencias Centrales", es decir, con Alemania y Austria, parecían más favorables que nunca.

Las apariencias, sin embargo, podían ser engañosas. Por debajo del protocolo diplomático y del trato cortés, la realidad de las relaciones internacionales se asemejaba mucho a la guerra "de todos contra todos" que vaticinaba Thomas Hobbes. En un sentido, era correcto insistir en que la seguridad de un país residía sólo en su propio poder y en su reputación para utilizar sus fuerzas, cuando fuera necesario, con una fuerte determinación.

Pero el poder de un país implicaba la inseguridad de otro. En lo concerniente a las relaciones ruso-austríacas, se incrementaron las sospechas no sólo a causa de su tradicional rivalidad, sino por el conocimiento, compartido por ambos gobiernos, de la dificultad de detener la difusión del nacionalismo revolucionario en los Balcanes o de evitar la competencia entre Petersburgo y Viena en caso de que colapsara el reinado otomano en esta región, lo cual parecía inevitable en el futuro inmediato. Los diplomáticos rusos tampoco podían ignorar que el poderío alemán —económico y político— crecía a paso firme y, en consecuencia, sus intereses se estaban expandiendo a zonas que, hasta el momento, se hallaban fuera de su influencia. En mayo de 1906, por

ejemplo, el embajador ruso en Berlín le advirtió al Ministerio de Relaciones Exteriores que las ambiciones alemanas en Asia y en el mundo musulmán aumentaban con rapidez y que “por primera vez” ello convertía a Berlín en un “posible adversario” de Rusia en esas regiones. En 1899, Nicolás II había hecho la misma observación al canciller alemán, Bernhard von Bulow, señalándole que

“en rigor, los intereses de Alemania y Rusia no se hallan en conflicto. Sólo hay una región donde usted debe tomar en cuenta las tradiciones rusas y respetarlas, y esa región es el Cercano Oriente. En ningún caso debe usted dar la impresión de que intenta quitarle a Rusia el dominio político y económico del Oriente, al cual hemos estado vinculados desde siglos por numerosos lazos nacionales y religiosos. Incluso si yo mismo manejase estas cuestiones con cierto escepticismo e indiferencia, aun así me vería obligado a apoyar los tradicionales intereses de Rusia en Oriente. En este aspecto, soy incapaz de actuar en contra de la herencia y de las aspiraciones de mi pueblo”.

Antes de 1904, las prioridades de Nicolás con respecto a la política exterior eran claras. A diferencia de los rusos paneslavistas, no creía que el destino del país se encontrara en los Balcanes, ni pensaba que Petersburgo debería apoyar, necesariamente, a los Estados eslavos de los Balcanes sólo porque su pueblo era de la misma raza y religión. Si caía el imperio otomano, el zar estaba resuelto a impedir que otra potencia se apoderara de Constantinopla, obstaculizando la ruta entre Rusia y el Mar Negro y asumiendo una posición dominante en Asia menor. Para evitar que eso sucediera, en 1896-1897 Nicolás II estaba incluso dispuesto a contemplar la posibilidad de una acción militar, hartamente peligrosa. Pero, sobre todo, el zar quería afianzar la posición de Rusia tanto en Siberia como en el Lejano Oriente. En especial después de 1900, su impronta en la política de esta última región fue sin duda muy importante.

Muchos de los asesores del emperador se sentían consternados frente al desvío de los fondos de Rusia y la atención concedida al Lejano Oriente. El Ministerio de Finanzas se quejó de los costos que había insumido la construcción de la flota del Pacífico. El Ministerio de Rela-



ciones Exteriores temía no ser ya lo bastante fuerte como para equilibrar las relaciones entre Francia y Alemania. Pero fue, en particular, el ministro de Guerra, obsesionado por los peligros de un conflicto con Alemania y Austria en el frente occidental, quien más se alarmó ante la política rusa hacia el Lejano Oriente. Lamentando el dinero y las tropas despilfarrados en Manchuria, Kuropatkin comentó, en 1900, que “nunca, en toda la historia de Rusia, nuestra frontera occidental corrió tanto peligro como ahora, en caso de producirse una guerra en Europa”. En enero de 1902, Kuropatkin volvió a repetir: “Debemos retornar de nuevo a Occidente partiendo del Oriente”, dados los potenciales y graves peligros que entrañaba la situación europea.

Tales argumentos parecían no hacer mella en la pareja imperial. En agosto de 1903, por ejemplo, la emperatriz le dijo a Kuropatkin que no se justificaba su preocupación por Europa. El “peligro amarillo” constituía una amenaza real, en tanto que en la actualidad no existía peligro alguno en Occidente. Según Nicolás, el futuro de Rusia se encontraba en Siberia y en Asia. En esa época, los europeos más inteligentes tendían a considerar que la futura grandeza de su país dependía de la posesión y el desarrollo de grandes colonias. En esta competencia, Rusia contaba con grandes ventajas. Su imperio, al que sólo superaba en tamaño el británico, era inmensamente rico y poderoso. Asimismo, contaba con un territorio único y, por lo tanto, más defendible que un imperio marítimo disperso a lo largo y a lo ancho del globo. La población rusa, mucho mayor que la de los demás Estados europeos, crecía a gran velocidad. En marcado contraste con las últimas décadas del régimen soviético, las tendencias demográficas la favorecían. Ciertamente, el imperio de los Romanov era multinacional, pero durante el reinado de Nicolás II los eslavos se multiplicaron con más rapidez que sus súbditos asiáticos y musulmanes. El desarrollo económico fue también muy veloz. La iniciativa y la energía creadora del pueblo no se hallaban sofocadas ni coartadas por el sistema económico, a diferencia del período soviético tardío; por el contrario, habían empezado a florecer. Fue durante el reinado de Nicolás II cuando el geógrafo inglés Halford Mackinder comenzó a exponer la teoría de que el dominio del corazón de Eurasia era la clave de la economía mundial. Al mismo

tiempo, los famosos estudiosos rusos Dimitri Mendeleiev y V.P. Semionov Tian Shanski alegaron que el centro de gravedad de Rusia debía desplazarse –y se desplazaría– al Asia. El geógrafo A.I. Voeikov destacó la importancia futura de la economía del Pacífico y de sus rutas comerciales. Pero esas voces no eran sino una minoría dentro del eurocentrismo, psicológicamente poco seguro de sí, que predominaba en la *intelligentsia* rusa. Fue, sin embargo, un mérito de Nicolás II el compartir esta perspectiva eurasiática y creer que el tiempo actuaba en favor tanto de este enfoque como de Rusia. Sólo tomando en cuenta la certera percepción de Nicolás II con respecto a esta tendencia geopolítica, podemos comprender su optimismo acerca del futuro de Rusia en el largo plazo. Comparados con esta visión majestuosa del extraordinario destino eurasiático de Rusia, muchas de las quejas de la sociedad culta y no pocos problemas del país parecían ser dificultades relativamente pequeñas y transitorias, a los ojos del emperador.

Sin embargo, sería ingenuo pensar que si entre 1894 y 1904 la atención de Rusia se desplazó al Lejano Oriente, ello se debió, ante todo, a las opiniones de Nicolás II sobre las prioridades del país. Esta política se originó cuando las grandes potencias comenzaron a competir por el control de territorios, mercados y materias primas en todo el globo. China, la ciruela más apetitosa, todavía colgaba del árbol, y dada la creciente decrepitud del gobierno manchú, parecía lo bastante madura para caer. Había, pues, un fuerte incentivo para reservarse un lugar bajo el sol del Lejano Oriente: apoderarse de las ricas provincias chinas antes que los países rivales se le adelantaran. El primer paso de este proceso consistió en asegurarse la concesión de ferrocarriles en las regiones más convenientes. En esta competencia, Rusia tenía tanto ventajas como dificultades. Por un lado, lindaba con China, estaba terminando la construcción del transiberiano y, por consiguiente, se encontraba geográficamente mejor situada que cualquiera de sus rivales europeos. Por el otro, la población de Siberia era escasa (menos de un quinto que la del Japón), la flota rusa del Pacífico, débil, y su único puerto, Vladivostok, se congelaba en invierno y era fácil de bloquear. Más aún, los productos industriales rusos rara vez podían competir en el mercado abierto con los de Europa o los de Estados Unidos. Para monopolizar parte del

mercado chino, Rusia se vería obligada a desembarazarse de la competencia valiéndose de medios políticos, lo cual la condenaba a suscitar la ira de los otros países.

En 1895, la confrontación con Japón era inminente. En el tratado de paz que siguió a su victoria sobre China, Tokio se aseguró, entre otras posesiones, la base naval de Puerto Arturo y el control del sur de Manchuria. Rusia organizó una coalición con Alemania y Francia para forzar a Japón a ceder estos territorios y también ayudó a China a pagar la indemnización de guerra. Como recompensa, en el otoño de 1896 China le concedió a Petersburgo el derecho de unir Vladivostok al ferrocarril transiberiano que se estaba construyendo, mediante un atajo, en el norte de Manchuria.

El proyecto era de Witte y contaba con claras ventajas: la ruta manchuriana resultaba más barata y más fácil de construir que una línea a lo largo del territorio ruso. También implicaba la posible dominación de Manchuria —una provincia potencialmente muy rica— por parte de Rusia. Evitando la competencia extranjera y dominando los mercados de la China septentrional, Witte esperaba recuperar casi todo el dinero invertido en la construcción del ferrocarril transiberiano. Gracias al apoyo de Nicolás II, pudo imponer su política pese a las dudas de algunos ministros, por cierto, justificadas. Resultaba en extremo peligroso colocar cientos de kilómetros de vías férreas de la principal línea de comunicación rusa con el Oriente en una provincia foránea y turbulenta. Las esperanzas de Witte de hacerse de rápidas ganancias en Manchuria fueron siempre desmedidas, en tanto que los costos económicos y políticos de defender su ferrocarril resultaron exorbitantes, como quedó demostrado al cabo de poco tiempo. Es más, al desplazarse por territorio extranjero, el ferrocarril sacrificaba, parcialmente, uno de sus principales objetivos: promover la colonización de las provincias rusas situadas en el Lejano Oriente. La siguiente etapa del avance de Rusia en esta región no se debió a la iniciativa de Petersburgo, al menos al comienzo. En noviembre de 1897 los alemanes ocuparon el puerto chino de Kiaochow. Según el ministro de Relaciones Exteriores, M.N. Muravyov, era probable que los británicos tomaran Puerto Arturo como revancha y, por consiguiente, era preciso que Rusia fuese la pri-

mera en ocupar ese puerto. En la reunión del 26 de noviembre, presidida por el emperador, los ministros de Finanzas y de Marina se opusieron a la ocupación de Puerto Arturo, alegando este último que un puerto coreano sería mucho más adecuado para las necesidades de la armada. Tal vez por esta razón Nicolás se plegó a la opinión de la mayoría, pese a su creencia de que era fundamental para Rusia contar con un puerto de aguas calientes en el Asia oriental. Dos semanas más tarde, sin embargo, luego de conversar en privado con Muravyov, Nicolás cambió de idea, un patrón de conducta que desesperaba a sus ministros. En marzo de 1898 China aceptó, bajo presión, entregar Puerto Arturo y las áreas continentales adyacentes a Rusia. Para compensar los beneficios obtenidos por alemanes y rusos, los británicos se apoderaron del puerto de Weihaiwei. En consecuencia, los japoneses se sintieron ofendidos al ver a Rusia cómodamente instalada en un puerto del que habían sido expulsados tres años antes, en medio de los piadosos reclamos de que las potencias europeas actuaban así sólo para proteger la integridad territorial de China.

En 1900, una revuelta contra los extranjeros –la denominada Rebelión de los Boxers– se difundió en gran parte del norte de China, incluida Manchuria. Las tropas rusas se precipitaron a proteger el precioso ferrocarril de Witte. Una vez en posesión de Manchuria, Petersburgo se mostró reacia a retirarse, al menos hasta que se garantizara la absoluta seguridad del ferrocarril transiberiano y que China concediese el dominio económico de la provincia a Rusia. Pero Pekín no estaba dispuesta a acatar estas condiciones. Su posición fue respaldada por Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón, que exigían el libre acceso del comercio a Manchuria. La firma de la alianza anglo-japonesa en enero de 1902, claramente dirigida contra Rusia, endureció aún más la posición de China.

La cuestión de Manchuria se complicó, sin embargo, debido a la existencia simultánea de una disputa entre Rusia y Japón por el control de Corea. Lo que más le interesaba –y preocupaba– a Rusia era la proximidad de la frontera septentrional de Corea con Vladivostok, lo cual facilitaba la dominación de todo el país por otra gran potencia. Además, la armada rusa codiciaba el puerto coreano y temía que si los japone-



ses controlaban ambos lados del estrecho de Tsushima, podrían cortar con facilidad las comunicaciones entre Vladivostok y Puerto Arturo. Los coreanos mismos recurrieron a Rusia a fin de protegerse de Japón, que constituía la mayor amenaza para su independencia, y ofrecieron a Rusia muchos incentivos para que se ocupara de sus asuntos. Pero el único factor de peso que complicó las relaciones entre ambos países fue la enorme concesión de bosques que varios aristócratas allegados a Nicolás habían obtenido en el río Yalu, con el propósito de construir una cabeza de puente en el norte de Corea.

Los dirigentes de la empresa Yalu eran A.M. Bezobrazov y V.M. Vonlyarlyarski. Ambos provenían de familias prominentes de la aristocracia rusa y habían sido oficiales en la Guardia de Caballeros, el regimiento más exclusivo del ejército ruso. Bezobrazov se puso en contacto con Nicolás II a través del ex ministro de la Corte Imperial, el conde I.I. Vrontsov-Dashkov. Ni Bezobrazov ni Vonlyarlyarski estaban interesados en la empresa Yalu por el mero afán de lucro. Consideraban a su compañía un medio por el cual los patriotas que no ocupaban cargos públicos podían soslayar las maniobras de la cautelosa burocracia y promocionar la causa rusa en Oriente. La suya sería la versión moderna de la East India Company británica, pero sin prioridades comerciales, al menos en el comienzo. En su conjunto, el proyecto llevaba la impronta de la arrogancia y el amateurismo aristocráticos. Sus líderes estaban convencidos de su innata superioridad con respecto a los simples burocratas. Sin siquiera conocer Asia, persuadieron a Nicolás de que los orientales se echarían atrás frente al despliegue del poderío ruso. Había más que un toque operístico en el Bezobrazov *affaire*. Incluso en un momento dado, la correspondencia epistolar entre Bezobrazov y el zar fue enviada por medio de sus respectivos servidores personales –distinguidos oficiales del ejército– para evitar que los ministros se enteraran del asunto. Pero si el comportamiento de Bezobrazov podía mover a risa, los efectos de su influencia distaban de ser divertidos, pues no sólo incrementaron la desconfianza del zar en sus asesores oficiales, sino que lo indujeron a tomar medidas más duras e intransigentes con los gobiernos de China y Japón. En octubre de 1901, por ejemplo, el emperador le dijo al príncipe Enrique de Prusia: “No quiero apoderarme de

Corea, pero bajo ninguna circunstancia permitiré que los japoneses se establezcan allí. Eso sería un *casus belli*". Aquí la que se escucha es la voz de Bezobrazov y no la de los asesores ministeriales, cuya posición acerca de Corea era mucho menos beligerante.

Bezobrazov, Vonlyarlyarski y sus seguidores le sugirieron a Nicolás dos ideas que se sintió inclinado a escuchar: Rusia era un país orgulloso y poderoso que debía hablar con voz firme y no tolerar la insolencia de los extranjeros, y menos todavía la de los orientales. El patriotismo de los oficiales de la Guardia era música para sus oídos. Sus consejeros aristocráticos, que odiaban la burocracia y, sobre todo, a Witte, también le dijeron a Nicolás que era cautivo de sus ministros, que le retaceaban información, imponiendo sus puntos de vista y sabotear las instrucciones del zar cuando estas se oponían a los propios intereses. Hacia 1900, Nicolás pensaba que ello era cierto y se aplicaba no sólo a la política rusa en Asia, sino a todos los asuntos de gobierno. Frustrado por su aparente impotencia y consciente de las críticas de que era objeto su reinado, recurrió cada vez más a los consejeros no oficiales, en busca de fuentes de información alternativas y mayor libertad con respecto al control ministerial. Bezobrazov constituía el paradigma de este tipo de consejeros, tanto por su origen aristocrático como por la continua apelación a los sentimientos patrióticos y antiburocráticos del zar. En julio de 1901, Alejandro Polovtsov comentó que

"en ningún área de la política existe una línea de acción basada en principios, sometida a un exhaustivo análisis y dirigida con firmeza. Todo se hace a los apurones, de cualquier manera, sin pensarlo dos veces, según las demandas de esta o aquella persona y las mediaciones que surgen por doquier. El joven Zar siente cada vez más desprecio por los órganos del propio poder y comienza a creer en la fuerza benéfica de su autocracia, que manifiesta esporádicamente, sin debates preliminares y sin vincularla al curso global de la política".

Al igual que en los asuntos internos, Nicolás trató de establecer un equilibrio entre los grupos de asesores, extrayendo información de ambas partes y buscando, de ese modo, una base que le permitiera deter-

minar el curso a seguir por sí mismo. Ello tuvo un efecto desastroso en la política hacia el Lejano Oriente, entre 1902 y 1903, y en la manera como la percibieron los extranjeros, en especial los japoneses. No es posible imputarle toda la culpa al asesoramiento peligroso y erróneo de Bezobrazov. Quienes no pertenecían al gobierno ignoraban cuál era, en rigor, la política de Petersburgo. Frente a las críticas de que las divisiones entre ministros y asesores no oficiales eran la causa de la línea gubernamental incoherente y desorganizada con respecto al Asia oriental, en agosto de 1903 Nicolás designó virrey del Lejano Oriente al almirante Alexiev Viceroy, que sería responsable no sólo de los asuntos civiles y militares, sino también de las relaciones diplomáticas con Tokio y Pekín. Esto empeoró las cosas. Alexiev era un marino, no un diplomático o un estadista. Por definición, ni él ni otros funcionarios en Oriente podían tener una comprensión general y equilibrada de los muchos intereses del imperio, pues se los había designado para implementar una política progresista en su área de competencia.

Los japoneses tenían, pues, que tratar con Alexiev en Puerto Arturo, pero no ignoraban, desde luego, que las decisiones del virrey debían ser ratificadas por el zar y, en consecuencia, por aquellos dignatarios a quienes él optaba por escuchar en Petersburgo. La confusión se complicó aún más porque, durante el período crítico entre agosto y noviembre de 1903, Nicolás II pocas veces estuvo en la capital, pues dedicó la mayor parte del tiempo a las visitas a Europa, fuesen oficiales o privadas. Aunque los consejeros japoneses estaban divididos, si Rusia hubiera insistido en mantener su libertad de acción en Manchuria a cambio del control japonés en Corea, Tokio finalmente habría aceptado. Se podría haber conseguido la desmilitarización de Corea del norte mediante la firma de un tratado de esas características, en tanto y en cuanto Petersburgo ofreciera algunas concesiones en el sur de Manchuria. Pero los rusos sobrestimaron la solidez de su posición, y la demora e incoherencia de sus respuestas a Tokio convencieron a los japoneses de que Petersburgo simplemente estaba mintiendo. Las propias declaraciones de Nicolás ponían de manifiesto sus errores de cálculo, además de su incertidumbre. En octubre de 1903, el zar telegrafió a Alexiev: "No quiero ninguna guerra entre Rusia y Japón y no voy a permitirla. Tome

todas las medidas para evitar esa guerra". A fines de diciembre, sin embargo, comentó que la situación le recordaba la crisis de 1895, cuando Japón se doblegó bajo la firme presión de Rusia y entregó Puerto Arturo. Refiriéndose a Japón, Nicolás señaló: "De todos modos es un país bárbaro. ¿Qué es mejor? ¿Emprender una guerra, con los riesgos que ello implica, o continuar con las concesiones?". En febrero de 1904 los japoneses, hartos de las vacilaciones de Rusia, atacaron Puerto Arturo.

El único culpable de la innecesaria y desastrosa guerra con Japón fue sin duda Nicolás. Para empezar, subestimó tanto la resolución de Japón de desafiar a la aparentemente más poderosa Rusia, pese a los peligros que ello implicaba, como su capacidad bélica. En cuanto a este último punto, cabe decir, en defensa de Nicolás, que en 1903-1905 Japón asombró al mundo entero. Tal vez la culpa debería recaer en la fe del zar en el poderío ruso, en su incapacidad de distinguir entre el deslumbrante brillo de los desfiles y la eficacia militar, y en el hecho de no considerar su política hacia el Lejano Oriente en el contexto más amplio de los intereses, problemas y recursos globales de Rusia. Su visión del futuro de Rusia en Asia y en Oriente era grandiosa y respondía, como todo lo que hizo, a su gran patriotismo y a un sentido elevado del destino del país. Tampoco se equivocaba el emperador cuando veía en Siberia y el Pacífico zonas más convenientes que el Cercano Oriente o los Balcanes para enfocar la energía y las ambiciones de su país. Pero la enorme cantidad de recursos invertidos en Asia, incluso antes de la guerra, resultaba excesiva, habida cuenta de las necesidades de Rusia en el plano nacional. Asimismo, el país tenía intereses en Europa que no podía abandonar y que, no obstante, se vieron perjudicados por sus políticas hacia el Lejano Oriente. En 1902-1903, una política sensata podría haber conservado muchas de las ventajas obtenidas previamente en Asia sin necesidad de emprender una guerra. Una estrategia más equilibrada y realista hubiera sopesado los riesgos, beneficios y costos de la intransigencia hacia el Lejano Oriente de una forma bastante diferente.

Desde luego, Nicolás no fue el único culpable de haber conducido a Rusia al desastre. Muchos de sus asesores deberían también compartir la culpa. Sergio Witte, por ejemplo, pese a haber tomado una posición relativamente pacífica luego de 1900, fue el responsable de haber



endilgado a Rusia el problema de defender su arteria estratégica clave al Oriente a lo largo de cientos de kilómetros de territorio extranjero y hostil. Pero Witte pudo construir su ferrocarril en Manchuria porque se permitió que el punto de vista departamental del Ministerio de Finanzas se impusiera a una evaluación más equilibrada, no sólo de las consecuencias financieras, sino también de las implicaciones estratégicas, diplomáticas y económicas de esta decisión. En el sistema ruso de gobierno, sólo el monarca o un lugarteniente a quien este delegara el poder podía abrigar alguna esperanza de imponer una visión equilibrada y coordinada de los intereses del país a los diversos departamentos encargados de elaborar la política gubernamental. Nicolás demostró ser incapaz de hacerlo, aun cuando ello era posible; fue demasiado celoso de sus poderes autocráticos y demasiado desconfiado con respecto a sus asesores para permitir que otro hiciera el trabajo por él.



## El gobierno autocrático

**E**n los primeros años del siglo xx, el gobierno ruso se hallaba, evidentemente, en un completo desorden. Los problemas se acumulaban a gran velocidad, sin soluciones a la vista. Una creciente sensación de crisis se había apoderado de los altos funcionarios, convencidos de que el gobierno estaba confundido, dividido y carecía de políticas firmes. Los ministros se culpaban unos a otros de la caótica situación, y casi unánimemente, culpaban al zar. Incluso su manejo de las cuestiones nacionales suscitaba la impaciencia y la ira de los dignatarios, acrecentada cuando se conocieron los desaciertos que habían conducido a la guerra con Japón. Hacia 1905, muchos altos funcionarios pensaban que a menos que se produjeran cambios fundamentales en la manera de formular y coordinar la política del gobierno, el régimen estaba condenado al fracaso.

Todos los ministros, uno tras otro, hicieron las mismas críticas respecto de Nicolás. Se decía que era muy impresionable y, por tanto, propenso a cambiar de opinión de acuerdo con el punto de vista de la última persona con quien hablara. Tal como Vladimir Lambsdorff comentó en el invierno de 1896, “nuestro joven monarca cambia de parecer a una velocidad aterradora”. En consecuencia, los ministros eran presa del nerviosismo cuando dejaban solo a Nicolás con sus rivales durante un espacio considerable de tiempo, y en ocasiones le seguían los pasos mientras estaba de vacaciones en Livadia, como si fueran sabuesos. Los ministros sabían que aun cuando habían conseguido la aprobación del emperador para una política en particular, no podían dar por sentado su continuo apoyo, en especial si esa política era objeto de

una severa crítica. Alejandro Schwartz recordaba una conversación con S.N. Rujlov, el ministro de Comunicaciones, “que, en un momento de sinceridad, me dijo: ‘Dios te guarde de confiar en el Emperador ni siquiera por un segundo, pues es incapaz de apoyar a nadie en nada’”.

Dadas las enormes presiones a las que estuvieron sometidos los ministros en las últimas décadas del antiguo régimen, la sensación de no poder contar con el apoyo del monarca era una cruz demasiado pesada para llevar auestas. Si bien ningún ministro pudo considerarse jamás un amigo personal del monarca, era obvio que a Nicolás le gustaban unos más que otros. No es sorprendente entonces que, dado su origen y personalidad, prefiriese a los aristócratas con raíces rurales y no al producto más normal de la alta burocracia de Petersburgo. Esta última, compuesta en parte por políticos veteranos y en parte por burocratas, rara vez le inspiró mucho entusiasmo.

Entre los favoritos durante la primera década de su reinado, se encontraba el príncipe Alexéi Lobanov Rostovsky, un historiador aficionado y divertido cuentista, cuya vida en el servicio diplomático lo había llevado a las principales cortes de Europa. De origen igualmente elevado, pero incluso más pintoresco, era el príncipe Miguel Jilkov, ministro de Comunicaciones, quien en su juventud había abandonado el servicio en la Guardia para trabajar durante varios años como maquinista en Sudamérica y como carpintero en el astillero de Liverpool. Alexéi Ermolov, también de una familia de terratenientes, se llevaba bien con Nicolás y se lo tenía por un notable estudioso y especialista en su campo, la agricultura. Los tres hombres compartían, además de su origen aristocrático, carreras fuera de lo común y una personalidad agradable y encantadora. Tenían, por cierto, un aire de amateurismo los tres, y carecían de esa excesiva ambición política y ese anhelo de prestigio social que la continua inmersión en el mundo oficial de Petersburgo solía alentar entre los funcionarios veteranos de la capital. Ninguno de ellos podía ser descrito, ni remotamente, como un burócrata: aunque Lobanov Rostovsky era muy inteligente y demostró ser el mejor ministro de Relaciones Exteriores de Nicolás, su forma distendida de trabajar horrorizaba a muchos administradores profesionales, y tanto Ermolov como Jilkov eran famosos por combinar un gran cono-



cimiento técnico con la incapacidad de manejar sus ministerios con eficacia.

Los ministros más típicos tenían relaciones menos satisfactorias con el emperador. Este dedicaba casi toda su atención a la defensa, a la política exterior y al Ministerio del Interior. Su intervención en otros departamentos tendía a ser espasmódica. Así pues, la mayoría de los ministros sentía que Nicolás no se interesaba en ellos ni en los asuntos de sus departamentos. Alejandro Schwartz, por ejemplo, recordaba que el emperador siempre se mostraba amistoso, cortés y benevolente, pero que un ministro no tardaba en percatarse de que esa calidez era sólo superficial. La amabilidad y el deseo de no herir los sentimientos de quienes trabajaban con él no podían disimular el hecho de que, en el fondo, a Nicolás no le gustaban demasiado sus consejeros y era indiferente a lo que pudiera depararles el destino. Por lo demás, según palabras de Schwartz, el emperador “no era sincero con casi nadie”. Rara vez el zar discrepaba abiertamente con las opiniones de los ministros, pero su aparente consentimiento no le impedía buscar consejos alternativos o albergar muchas dudas acerca de un ministro y sus políticas.

Esta oculta desconfianza los amargaba, pues sentían que ellos eran, por derecho, los principales consejeros del monarca en la esfera política específica cubierta por su ministerio. En la práctica, procuraban monopolizar el flujo de información y de consejos al emperador en el área de su incumbencia, pues a menudo pensaban que si no lo hacían de este modo, las dificultades para dirigir sus ministerios serían insuperables. Los ministros padecían muchas frustraciones al tratar de imponer su voluntad en una extensa administración, cuyos funcionarios de menor nivel distaban mucho de ser eficientes. Hasta 1917, en la Rusia rural los funcionarios del gobierno no estaban controlados por la opinión pública, dado que la mayoría de la población era analfabeta y la prensa local, muy débil. Asimismo, se hallaban, hasta cierto punto, más allá del control de la ley, en especial cuando se decretaba el estado de emergencia en las provincias. Incluso en circunstancias normales, su procesamiento requería del consentimiento de los superiores administrativos del funcionario. Tampoco la burocracia era responsable ante una legis-

latura electa, aunque después de 1906 los diputados del nuevo parlamento, la Duma, podían avergonzar a quienes cometían delitos formulándoles en público preguntas embarazosas acerca de los ministros. En tales circunstancias, a estos últimos les resultaba muy difícil controlar a sus subordinados provinciales. El régimen soviético afrontaría problemas similares en las décadas de 1920 y 1930, pero habiendo destruido la legalidad y la libre opinión pública que existían en la Rusia imperial, recurrieron a sangrientas purgas en gran escala para conseguir la obediencia de los burócratas locales a las órdenes emanadas del centro. Esos métodos eran impensables en la Rusia de Nicolás II. Pero a los ministros les preocupaban los problemas de disciplina y control en sus propios departamentos y, en parte por esa razón, les molestaba cualquier interferencia imperial pasible de debilitar su prestigio y autoridad.

En los niveles superiores de la burocracia, el personal era, en términos generales, instruido y eficiente, aunque los problemas relativos al control podían ser igualmente serios. Los altos dignatarios rusos no siempre se caracterizaban por la estricta obediencia a las órdenes de sus superiores. No se había establecido ninguna línea divisoria entre la administración y la política en Rusia, y, en la mayoría de los casos, los ministros no eran sino simples funcionarios públicos situados casi en la cima de la cadena de mandos. Las batallas políticas en el gobierno o en la corte repercutían en la jerarquía burocrática. Los altos dignatarios tendían a ser políticos y observaban, no sin recelo, las corrientes de opinión que circulaban en la corte y en los círculos ministeriales. En cierta medida, estaban obligados a hacerlo si pretendían proteger sus cargos y promover sus carreras. En esta burocracia altamente politizada, las promociones y los nombramientos dependían con frecuencia del patrocinio; para un hombre ambicioso, conseguir patrocinadores podía ser tan importante como sus dotes administrativas, en particular en algunos ministerios. Los patronos y sus clientes formaban pequeños grupos, a veces bajo un determinado color político. Dadas estas circunstancias, si un ministro no contaba con el inequívoco apoyo del monarca, podía resultarle muy difícil imponer su voluntad a algunos de sus subordinados, sobre todo cuando estos tenían poderosos protectores en otras áreas del gobierno o, peor aún, cuando estaban en contacto directo con

el zar. La peor de las pesadillas residía en trabajar con los grandes duques en el propio departamento, pues, por definición, estos tenían fácil acceso a Nicolás y, por consiguiente, resultaba imposible controlarlos. Por otra parte, un ministro sin el suficiente apoyo del emperador rara vez lograba imponerse en los conflictos con otros departamentos que constituían la realidad cotidiana de cualquier gobierno.

En 1903, el ministro de Guerra, general Alexéi Kuropatkin, pensó que su prestigio estaba siendo gravemente socavado por las relaciones de Nicolás con consejeros no oficiales, tales como A.M. Bezobrazov. Todavía peores eran los lazos directos entre el emperador y los propios subordinados de Kuropatkin. La gota que derramó el vaso fue la decisión de Nicolás de crear un virreinato en el Lejano Oriente, despojando de algunas de las responsabilidades a Kuropatkin, sin siquiera pedirle consejo de antemano. Kuropatkin escribió en su diario:

“Le dije a Nicolás II que ninguno de sus súbditos tenía derecho incluso a pensar en descubrir los designios del Emperador con respecto a cualquiera de sus actos. Sólo ante Dios y la historia son los soberanos responsables de los caminos que eligen tomar con vistas al bienestar de su pueblo. En consecuencia, aunque me opongo a subordinar la región de Amur [es decir, el Lejano Oriente] a Alexiev, no pretendo que mi opinión sea, necesariamente, correcta. Por lo tanto, no vacilaría en inclinarme ante cada una de las decisiones del Soberano y en consagrar todas mis fuerzas a satisfacerlas de la mejor manera posible. Pero habiéndome colocado el Soberano a la cabeza de un importante ministerio, soy responsable, por ley, de la correcta ejecución de los asuntos en este departamento. Con la confianza del Soberano, puedo lidiar con las pesadas cargas que se me han impuesto, pero si esa confianza se pierde y es evidente para todos que ya no existe, entonces los parientes del Soberano, los comandantes de las tropas y los otros ministros comenzarán a murmurar y a desairarme, y me será imposible cumplir de manera fructífera con mis deberes como ministro.”

En su condición de ministro de Guerra, Kuropatkin estaba más expuesto a las intervenciones de Nicolás que la mayoría de los jefes de

departamento. Por otra parte, el ejército era prácticamente la única carrera permitida para un gran duque y, por ende, los altos mandos estaban casi siempre ocupados por parientes del zar. Pero pocos ministros escaparon a las frustraciones que Kuropatkin describió tan vívidamente en su conversación con Nicolás. Es más, todos ellos experimentaron la falta de coordinación entre los ministros y, por consiguiente, la ausencia de políticas coherentes y equilibradas que tomaran en consideración todos los aspectos de los intereses del Estado. Este fue el único y mayor fracaso del gobierno ruso antes de 1905, y dado que la coordinación le competía al zar, también fue el responsable de su ausencia.

Constantino Pobedonostsev, el procurador civil de la Iglesia ortodoxa, tenía mucho que decir sobre este punto en los años previos a 1905. Puesto que era un hombre inteligente y había conocido a Nicolás mucho antes que los otros ministros, sus comentarios revisten un interés especial. Pobedonostsev se enfurecía cuando Nicolás consultaba a consejeros no oficiales –en su opinión, sinvergüenzas y charlatanes–, permitiéndoles influir en la política del gobierno. Advirtió que el emperador tendía a aceptar las ideas de un asesor, y luego cambiaba de parecer cuando hablaba con otra persona. Las instituciones colegiadas, concebidas para coordinar la política gubernamental, no se estaban utilizando de manera adecuada. Abrumado por el fracaso de unificar el gobierno, Nicolás presidió durante un tiempo las reuniones semanales de sus ministros, en 1901, pero el experimento no tuvo éxito. Pobedonostsev describió esas reuniones en los siguientes términos: “Empiezan las discusiones. Algunos, Ermolov, por ejemplo, charlan sin cesar. El Emperador comienza a aburrirse. Se acerca la hora del almuerzo. El Emperador mira el reloj una y otra vez, y al cabo de diez o quince minutos anuncia que la sesión se interrumpe y que el tema en cuestión será tratado el próximo viernes. Los ministros hacen una reverencia y se dispersan. A Nicolás le falta fuerza, energía y pasión”.

El hecho de que los ministros ejercieran el poder de manera individual se debía, según Pobedonostsev, al fracaso del emperador en usar correctamente instituciones colegiadas tales como el Comité de Ministros. Se decidía la política en las audiencias privadas entre el monarca y cada uno de los jefes de departamento, de modo que resultaba im-



posible tomar decisiones coordinadas. "Puesto que el representante de la autoridad [es decir, el zar] ha renunciado, de hecho, al uso de su poder, este ha quedado en manos de los ministros y, en consecuencia, no hay ni unidad ni un pensamiento rector". Empero, de acuerdo con Pobedonostsev, el fracaso del emperador en unificar la política del gobierno era la consecuencia lógica no sólo de su incapacidad para dirigir instituciones colegiadas y coordinadoras, sino también de su personalidad y educación.

"Tiene un buen cerebro, aptitudes analíticas y comprende todo cuanto se le dice. Pero sólo capta la importancia de un hecho cuando se lo aísla, esto es, sin relacionarlo con otros hechos, acontecimientos, corrientes y fenómenos. No va más allá de este hecho u opinión aislada e insignificante... Le faltan ideas generales, que son el producto del intercambio de opiniones, de las polémicas y los debates. La prueba de ello es lo que le dije, no hace mucho, a una persona de su entorno: '¿Por qué no dejan de pelearse? Yo siempre coincidí con todos sobre cualquier asunto, y luego hago las cosas a mi manera.'"

Sería un error, empero, tomar las críticas de los ministros a Nicolás al pie de la letra e imaginar que constituyen la única y última palabra en la cuestión. Si los altos dignatarios culpaban al emperador por el fracaso del gobierno, este no vacilaba en devolverles las acusaciones. En efecto, hacia 1900 su desprecio y desconfianza hacia la burocracia eran advertidos por todos. El desagrado que los ministros le producían a la familia imperial fue formulado del modo más sucinto por la emperatriz María, que, en febrero de 1904, comentó: "Son ellos los que interfieren en todo". La frustración, el aislamiento y el desconcierto de Nicolás se tornan evidentes en una carta que la zarina le escribió a su hermana en febrero de 1905.

"Mi pobre Nicky lleva una cruz muy pesada, sobre todo porque no hay nadie en quien pueda confiar por completo, nadie que sea una verdadera ayuda para él. Se esfuerza tanto, trabaja con tanta perseverancia, pero le falta lo que yo llamo hombres 'de verdad'. Por cierto, deben

existir en alguna parte, aunque es difícil dar con ellos... Trataremos de ver a más gente, pero no es fácil... Pobre Nicky, tiene una vida dura y amarga por delante. Si su padre hubiera sido más sociable, si hubiera reunido a un grupo numeroso de personas a su alrededor, contaríamos con muchos candidatos para ocupar los puestos. Ahora sólo quedan los muy viejos o los muy jóvenes, en suma, nadie a quien recurrir. Con los tíos no se puede contar y el querido Misha [el hermano de Nicolás] es todavía un niño..."

El aislamiento, la frustración y la incapacidad de conducir el gobierno con eficacia se debían, en parte, a la personalidad de Nicolás. La soledad es el destino inevitable de cualquier monarca, en especial si asciende al trono a una edad temprana. La reticencia y el autodomínio de Nicolás, el hecho de que no abriera su corazón a casi nadie, contribuyeron sin duda a su aislamiento. A cualquiera que hubiera caído por azar en el mundo de la alta política rusa le habría disgustado profundamente la mayoría de los hombres que frecuentaban los círculos áulicos, así como las costumbres que imperaban allí. En el caso de Nicolás, la inocencia y los altos ideales de su crianza contribuyeron a que el contacto con ese mundo resultara aún más chocante. La ética del zar era la de un honorable aunque ingenuo oficial de la Guardia, y tenía una concepción muy elevada del patriotismo y del deber. La intriga, la ambición, los celos y la frecuente mezquindad del mundo político le repugnaban. Los muchos años de exposición a este ámbito terminaron por endurecerlo, e hicieron de él un hombre frío e indiferente hacia su pueblo. Según Pedro Bark, " pese a su gran encanto personal, ello le impidió rodearse de un grupo de amigos devotos y leales". Incapaz de confiar en nadie excepto en su familia, durante la primera década de su reinado Nicolás solía recurrir a sus parientes en busca de consejo acerca de las personas e incluso de la política. Sin embargo, muchos de los otros Romanov no sólo frecuentaban un estrecho círculo de amigos y relaciones, sino que llevaban una vida superficial, proclive a los excesos, lo cual los convertía en fáciles blancos de toda suerte de aduladores y de imbéciles. En general, los *protégés* de sus parientes no le sirvieron de mucho, para no hablar

de las relaciones de su cuñado, el gran duque Alejandro. Ni la propia inocencia del emperador ni su crianza, aislada de otros niños, lo habían preparado para juzgar a la gente.

Nicolás tenía una naturaleza delicada y sensible. Le desagradaban la grosería, la prepotencia y los enfrentamientos personales. A Alejandro III le encantaba jugar a las cartas con los miembros de su séquito, que, excitados por las ganancias y pérdidas, y “no inhibidos por la presencia del Soberano, se permitían proferir toda suerte de vulgaridades y palabrotas, lo cual dejó una marca indeleble en Nicolás y le quitó todo deseo de familiarizarse con los juegos de naipes”. En diciembre de 1896, Madame Bogdanovich recordó que durante una discusión entre dos ministros, “Witte se encolerizó a tal punto con Jilkov que el Zar abandonó el cuarto y los dejó solos... Es evidente que los ministros no le prestan atención y que él no puede lidiar con ellos”.

Una vez que hubo ganado alguna experiencia en el gobierno, la timidez y aversión del zar a las disputas no significaban que podía ser fácilmente avasallado por sus ministros. Miguel Akimov, presidente del Consejo de Estado desde 1907 hasta 1914, conocía bien a Nicolás y comentó que “pese a la aparente flexibilidad y gentileza, Su Majestad solía mostrar una inesperada independencia que, en algunas circunstancias, daba la impresión de terquedad”. Cortés y rara vez enfadado, indulgente para con los errores ajenos, impresionable aunque en ocasiones testarudo, siempre suspicaz y elusivo, la personalidad de Nicolás le impedía, en suma, imponer su voluntad y sus propósitos a los ministros de una manera consistente. Tal como suele suceder en muchos casos, las virtudes del emperador a veces se volvían contra él. Nicolás nunca se permitió los estallidos de cólera –característicos del temperamento explosivo de su pueblo– que calmaban los nervios y satisfacían los egos de tantas figuras prominentes de la vida política rusa de la época, aunque ello le costara interminables batallas personales, innecesarias y extenuantes, que en nada contribuyeron a la eficacia del sistema político. Pero su calma, moderación y autodominio de sí mismo fueron a menudo interpretados como indiferencia y debilidad. Su esposa se quejaba con razón de que “al Emperador le cuesta un tremendo esfuerzo dominar los ataques de ira a los cuales son tan proclives los Romanov.

Aprendió la dura lección del autodomínio sólo para que lo llamen débil; la gente se olvida que el más grande conquistador es aquel que se conquista a sí mismo". El terror fue siempre el método utilizado por los dictadores para someter a sus subordinados. Pero en la Rusia victoriana y eduardiana era impensable que el emperador aterrizase a sus lugartenientes, en el sentido literal de la palabra, a la manera de un despota o de un José Stalin. Aunque tampoco ayudaba su incapacidad de amedrentar ni siquiera a los ministros.

Si bien la personalidad de Nicolás fue un factor de peso en su tratamiento del gobierno, sería un error pensar que fue el único. Durante el reinado del último emperador de Rusia, algunos ministros recordaban los tiempos de Alejandro III como una suerte de edad de oro. A despecho de la poderosa e imponente personalidad de Alejandro, muchas de las dificultades afrontadas por su hijo en lo tocante a la dirección y coordinación de la maquinaria gubernamental ya eran del todo evidentes en los 80.

En 1889, A.A. Polovtsov observó que Alejandro III "despreciaba profundamente la alta burocracia" y que, junto con el gran duque Vladimir, se lamentaba de su aislamiento y de la falta de buenos candidatos para los cargos. Polovtsov respondió a la queja de Vladimir alegando que "tanto el Emperador como usted viven en condiciones que dificultan, si no imposibilitan, conocer gente... Ambos viven, por así decirlo, bajo siete llaves, ven gente en las recepciones oficiales, hablan con dos o tres personas a quienes el destino o la intriga les ha permitido acercarse y que encuentran en ustedes un medio para alcanzar sus objetivos". Aunque él mismo era un alto dignatario, Polovtsov, como la mayoría de los rusos, despreciaba la burocracia. Sus comentarios a Alejandro III sobre los males de la burocracia alimentaron sin duda los prejuicios imperiales en ese aspecto.

"Antaño el trono se hallaba rodeado por una aristocracia hereditaria capaz de decirle la verdad al monarca, si no en el transcurso de los deberes oficiales, al menos en las relaciones cotidianas y en los momentos dedicados al esparcimiento. Hoy en día se ha destruido la aristocracia y la alta sociedad apenas si existe. El Emperador es, pues, la única



persona accesible a los serviles burócratas que ven en él un medio para lograr sus propias, egoístas metas.”

Igualmente reveladores son los diarios de Alejandro Kireev, a partir de los 80. Kireev se quejó de que nadie coordinaba las actividades de los diversos departamentos, los cuales se limitaban a perseguir políticas independientes. “En nuestro país, cada ministerio constituye un estado separado sin relación alguna con los demás”. Alejandro III, en lugar de presidir el Consejo de Estado o el Comité de Ministros, dirigía el país por medio de las audiencias privadas con los ministros individuales. Como consecuencia de ello, sólo contaba con una visión unilateral de los problemas. El zar vivía más aislado y veía a mucha menos gente que su padre, Alejandro III. Dadas la censura de la prensa y la decadencia de la aristocracia, el emperador conocía de Rusia sólo aquello que sus funcionarios elegían comunicarle. Según Kireev, el zar se hallaba por completo en manos de la burocracia, y aunque lo sabía y se sentía resentido por ello, le resultaba imposible hacer algo al respecto. “El Emperador le dijo a Zhukovsky que despreciaba la burocracia e hizo un brindis por su erradicación”. Kireev concluyó que “el pobre Emperador vive en un círculo vicioso del cual no hay salida. Pone su confianza en los ministros, vigila estrictamente a cada uno de ellos para que se ocupen sólo de la esfera de su incumbencia y no les permite intervenir en los asuntos de sus pares, lo cual deja a los ministros completamente fuera del control monárquico”.

En agosto de 1903 Alexéi Kuropatkin se quejó amargamente a Viacheslav Plehve, ministro del Interior, de la falta de confianza del emperador en sus consejeros oficiales, siempre víctimas de sus suspicacias. Plehve le respondió:

“La desconfianza hacia los ministros y publicar leyes importantes sin su participación eran comunes a todos los soberanos, comenzando por Alejandro I. Esta característica se relacionaba con el principio básico de la autocracia. El autócrata parecía escuchar a los ministros y en la superficie coincidía con ellos, pero casi siempre personas no pertenecientes al gobierno encontraban fácil acceso a su corazón o incita-

ban al monarca a desconfiar de sus ministros, a quienes describían como usurpadores de los derechos del autócrata. De ahí la bifurcación de las acciones del Estado. Incluso una personalidad tan fuerte como la de Alejandro III no se mostró adversa a ese tipo de actividades.”

Plehve tenía razón al subrayar que los conflictos y suspicacias entre el autócrata y sus ministros se hallaban insertos en el sistema de gobierno y habían existido a lo largo del siglo *xx*. Sin embargo, las relaciones entre el monarca y la alta burocracia habían cambiado fundamentalmente durante este período, y la causa más palmaria de ese cambio no era sino el enorme crecimiento de la burocracia. Aun si se excluye a la hueste de oficinistas, secretarios, conserjes y mensajeros que servían en las categorías inferiores de la burocracia, el número de funcionarios públicos de Petersburgo pasó de 23.000 en 1880 a 52.000 en 1914. Es más, la administración no sólo creció en tamaño, sino también en el alcance y la complejidad de las tareas con las que procuraba cumplir. Junto con la defensa, la diplomacia, la ley y el orden –las esferas tradicionales de la actividad gubernamental–, habían surgido nuevas áreas donde el gobierno ruso a menudo desempeñaba un papel mucho más importante que el de sus homólogos europeos. En un extremo del espectro, estaban las crecientes operaciones a gran escala de la policía de seguridad, difíciles de supervisar o controlar debido al secreto con que actuaban; en el otro, se encontraba la vasta y diversificada actividad del Ministerio del Interior y, especialmente en el siglo *xx*, del de Agricultura. Una serie de cuestiones, muchas de ellas muy técnicas, se decidían en los estratos superiores del gobierno y, por tanto, a un aficionado sin conocimientos especializados le resultaba muy difícil entender los asuntos relativos a varias áreas o tomar decisiones inteligentes.

La administración pública estaba cambiando no sólo en tamaño y en funciones, sino también en mentalidad. En los 90, hubo ministros que se consideraban, ante todo, servidores y auxiliares del zar, de manera que su deber consistía en ejecutar las decisiones del monarca, cualesquiera que fuesen. Esa visión de las cosas parecía, en 1905, cada vez más anacrónica. El centro de las lealtades de casi todos los funcionarios públicos se había desplazado desde la dinastía hasta el Estado y la na-

ción. La alta burocracia, poseedora ya de una educación superior y de un formidable *esprit de corps*, pensó que sus conocimientos y aptitudes le otorgaban el derecho a una considerable autonomía frente al zar. Este cambio se produjo, asimismo, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el departamento donde, tradicionalmente, el monarca ejercía la más estricta supervisión. Cuando sucedió al conde Lambsdorff como canciller en 1906, A. P. Izvolsky aclaró que se había producido un cambio fundamental en el modo de ver las cosas. Por consiguiente, no seguiría los pasos de su predecesor, que “propuso la asombrosa teoría de que en Rusia el ministro de Relaciones Exteriores no podía abandonar el cargo a menos que lo destituyera el soberano, y que su única función consistía en estudiar las cuestiones tocantes a las relaciones exteriores del imperio y en presentar sus conclusiones al emperador que, en su condición de autócrata, se expediría a favor o en contra, y su decisión sería acatada de inmediato por el ministro”.

Hacia principios del siglo xx, si un monarca pretendía dominar la maquinaria del gobierno y dirigirla de acuerdo con sus propias políticas, se enfrentaba a obstáculos más formidables que aquellos con los que habían tropezado sus ancestros en 1800 o en 1850. Una manera interesante de ilustrar el punto es reparar en la fatiga de algunos grandes aristócratas que ocuparon posiciones destacadas durante el gobierno de Nicolás II. Estos magnates terratenientes constituían una pequeña minoría entre los ministros del zar, que, en su mayor parte, eran funcionarios públicos profesionales. Al igual que el zar, no dejaban de ser meros aficionados en cuanto a los asuntos de gobierno, pues no contaban con años de experiencia en el manejo de vastos organismos administrativos. Por su mentalidad, valores y estilo de vida —similares a los del monarca— se distinguían no sólo como miembros de la clase ociosa, sino también de una clase social educada en la convicción de que tenía derecho a gobernar y a hacerlo de un modo paternalista. A diferencia del emperador, los ministros aristócratas eran únicamente responsables de los asuntos de su departamento y no estaban encadenados al cargo de por vida.

Dos de los funcionarios aristócratas de Nicolás II fueron sus cuñados, el príncipe Alejandro Obolensky y el conde Alexéi Bobrinsky. Am-

bos eran grandes latifundistas, además de industriales y, por cierto, gozaban de una enorme fortuna. Obolensky sirvió primero como senador y luego como miembro del Consejo de Estado, los cuerpos judicial y legislativo más importantes del imperio. Bobrinsky, también miembro del Consejo de Estado, ocupó posteriormente un cargo ministerial. A poco de haber asumido posiciones ejecutivas en la burocracia, ambos descubrieron que sus antecedentes no los habían preparado ni para la rutina ni para la excesiva cantidad de horas diarias que implicaba el cargo. Alejandro Obolensky le escribió a su esposa: "Sencillamente, no estoy acostumbrado a trabajar de un modo chapucero, y me niego a ello. Pero no hay tiempo suficiente para hacerlo como se debería". Poco después Bobrinsky, ya ministro, le escribió a su hija: "El papel que desempeño es extenuante y exige una dura labor. Trabajo de la mañana a la noche... en realidad, me había imaginado otra cosa. Bajo la apariencia del poder hay, de hecho, miles de conspiraciones, reuniones, consultas y polémicas".

Bobrinsky era al menos políticamente más ambicioso que la mayor parte de los magnates aristocráticos y le encantaba el mundo de la alta sociedad de Petersburgo y de sus salones. Alejandro Obolensky, en cambio, se parecía mucho a Nicolás, pues odiaba Petersburgo y sus intrigas políticas y prefería llevar la vida de un caballero rural. En el otoño de 1904, cuando Rusia se encaminaba con paso vacilante a la revolución, Obolensky escribió desde Petersburgo: "Aquí no hay sino futilidad, tristeza, maledicencia y frío... en suma, un espanto". Por el contrario, sus tierras eran un oasis de serenidad donde la vida cotidiana de la gente se concentraba en tareas prácticas y donde "a nadie le falta el pan, de modo que todos se sienten satisfechos. Cuando uno está aquí y se sumerge en la atmósfera y en los intereses locales, se olvida de las cuestiones relativas a la guerra y a la política nacional... Petersburgo, que atraviesa un período tan ajetreado, desasosegado y trágico, parece, sin embargo, algo sumamente lejano. Uno piensa en lo que está pasando allí, pero en rigor no lo siente". El emperador hubiera dado cualquier cosa por huir con Obolensky a la serenidad de sus tierras en la provincia de Penza. En comparación, sus casi suburbanos palacios de Sarskoie Selo y Peterhof, aunque significaban un escape de Petersburgo, no eran sino pobres sustitutos.



Al igual que Alejandro Obolensky, el príncipe Boris Vasil'chikov era un poderoso aristócrata terrateniente que prefería, con mucho, la vida rural a la política de Petersburgo y que en 1906 fue designado ministro de Agricultura, pese a su renuencia. Manejar una gran propiedad, tratar con el campesinado y trabajar como gobernador provincial en estrecha colaboración con los notables locales constituían tareas de las que Vasil'chikov disfrutaba y pensaba que las hacía bien. En cambio, escribió que "no era un buen ministro". Comentó que para tener éxito en los círculos áulicos de Petersburgo se precisaba amar el poder y ser muy ambicioso. Dado que la política en ese plano implicaba una constante batalla, a aquel que fuera ministro tenía que gustarle la lucha, así como dominar e imponer las propias opiniones a otras personas y departamentos. Por lo demás, escribió Vasilchikov, él no estaba capacitado para manejar una institución tan grande como un ministerio y tenía muy poca experiencia de la burocracia y de sus costumbres. Los burócratas profesionales de Petersburgo coincidían con Vasilchikov en cuanto a su incapacidad para desempeñar ese cargo. Sergio Witte lo consideraba "un hombre sin aptitudes para la actividad económica". Vladimir Gurko lo llamaba "el típico caballero ruso... Un hombre honorable e inteligente, pero no un buen trabajador ni un estadista. Representaba el tipo de ministro que predominó durante el reinado de Nicolás I [1825-1855]: era recto, honesto y podía hablar con franqueza incluso al monarca. No obstante, carecía de todo conocimiento en lo tocante a los problemas; confiaba simplemente en su sentido común y era incapaz de manejar con habilidad cualquier asunto complicado". Los comentarios de Gurko reflejaban la difundida creencia de la burocracia petersburguesa de que el gobierno y la política eran ocupaciones de tiempo completo y, por lo tanto, les correspondían a los profesionales. La impaciencia y el desdén ante las tentativas de los aficionados aristocráticos de participar en este mundo aparecen a menudo en las memorias y en la correspondencia de los funcionarios. Estas opiniones incidirían en la actitud de la alta burocracia hacia Nicolás II, que era, por cierto, el aristócrata más importante comprometido con la política y el gobierno de su país.

De acuerdo con Pedro Bark, Nicolás tenía "ideas pasadas de moda" con respecto a Rusia y a los funcionarios a través de quienes goberna-

ba. "Se consideraba el jefe del pueblo o un terrateniente en gran escala, aunque ningún sacrificio le parecía demasiado grande si era para el bien de sus súbditos. El inmenso imperio ruso constituía para él una propiedad privada, una suerte de latifundio familiar heredado de sus ancestros. Los ministros actuaban en su nombre en calidad de servidores atados a su persona, y es probable que se sintieran obligados a cumplir con los deseos del monarca."

De muchas declaraciones del emperador se desprende que no establecía una clara distinción entre lo público y lo privado, entre el ámbito del Estado y el de la casa imperial. Su defensa de los poderes autocráticos se vinculaba en parte a la idea de que estos constituían una reliquia de familia de los cuales él era el guardián, no el dueño indiscutible. La actitud hacia el gobierno estaba teñida de concepciones similares; se consideraba a sí mismo como el protector, el padre y el amigo del pueblo y no como el jefe de una institución impersonal denominada Estado. Recordaba con nostalgia el período previo a la creación del moderno aparato burocrático por parte de Pedro el Grande, y creía inocentemente que en aquellos lejanos tiempos el zar y su pueblo estaban unidos por lazos patriarcales, casi familiares. Lejos de confiar en la burocracia y su plétora de normas y reglamentos, Nicolás pensaba que su deber consistía, parcialmente, en proteger a sus súbditos de los propios funcionarios. Para encontrar una versión moderna de la visión del zar en lo referente al ejercicio de una autoridad personal, paternal y accesible, tendríamos que remitirnos a las monarquías árabes de Oriente Medio. Pero Nicolás II no era el jeque tribal de un reino minúsculo, sino el gobernante de un imperio de 150 millones de personas.

Se hicieron grandes esfuerzos para preservar el aspecto patriarcal y no burocrático de la monarquía. Los pedidos y súplicas de los súbditos sobre una amplia gama de asuntos personales inundaban la Cancillería de las Peticiones. La posición del emperador como patriarca de la tribu rusa significó que hasta 1913, cuando las disputas matrimoniales pasaban a los tribunales, se requiriese la sanción del monarca para que la esposa pudiera vivir separada del marido. Por increíble que parezca, hasta 1917 ningún súbdito ruso podía cambiar de apellido sin el consentimiento del emperador, lo cual produjo una avalancha de peti-

ciones en la Cancillería por parte de los recién instruidos y respetables campesinos, cuyas familias habían llevado ese nombre durante aproximadamente una generación, antes que sus pares aldeanos les endilgaran apodos groseros e incluso ridículos. En la época de Nicolás II, trabajaban más de cien funcionarios administrativos en la Cancillería, manejando no sólo asuntos triviales, sino también apelaciones de clemencia o pedidos de subsidios, pensiones u otras formas de protección. Según V.I. Mamantov, el último jefe de la Cancillería de Peticiones, el servicio brindado por este organismo se parecía más al trabajo propio de una casa de familia que al de un departamento gubernamental. Los funcionarios tomaban su trabajo muy en serio y consideraban su deber escuchar a los peticionarios de manera bondadosa y personal, así como reparar los daños de los “ofendidos y humillados” en la medida de lo posible. Una vez por semana, el jefe de la Cancillería le informaba a Nicolás sobre los casos más graves y difíciles en una audiencia que podía durar hasta noventa minutos; el emperador, que gozaba de una memoria prodigiosa y comprendía con rapidez los asuntos complicados, impartía instrucciones a los ministros en caso de que se otorgasen las peticiones o requiriesen de una mayor investigación.

En cierto sentido, la Cancillería de las Peticiones era una mezcla de, por un lado, la concepción más antigua de la monarquía, según la cual el rey se sentaba al pie de un árbol y dispensaba justicia a sus súbditos y, por el otro, un moderno ombudsman, encargado de recibir las quejas de los ciudadanos contra la burocracia. Pese a los intentos de los funcionarios de la Cancillería de ser lo menos burocráticos posible, para muchos rusos –sobre todo los campesinos–, Mamantov y sus subordinados no eran sino otra clase de funcionario público. De acuerdo con la opinión de esta gente, sólo entregando la petición al monarca en persona y evitando así toda interferencia burocrática, cabía tener alguna esperanza de éxito. Los labriegos en particular trataban de abordar al zar en sus viajes o acudían a palacio para entregarle sus peticiones en persona. “Todos los días el ayuda de campo en el ejercicio de sus funciones estaba obligado a recibir y escuchar a cada peticionario; luego redactaba un breve resumen de cada pedido ateniéndose a un formato especial, numeraba todas las peticiones, las ponía en un sobre y a las

ocho de la noche se lo entregaba al valet del Emperador, que lo colocaba sobre el escritorio de Su Majestad.”

Le gustase o no, Nicolás II no era sólo el padre de la tribu rusa, sino también el primer funcionario ejecutivo del gobierno imperial. En este contexto, un solo hecho extraordinario cobra gran importancia. Durante el siglo XIX, la maquinaria del gobierno ruso había progresado enormemente, los ministerios pasaron a ser poderosas instituciones con voluntad propia y la administración imperial fue capaz de preservar el orden y recaudar impuestos, además de implementar una política en pro del rápido desarrollo industrial y de dar comienzo, asimismo, a la transformación de la sociedad campesina. Pero en tanto que la maquinaria del gobierno se desarrollaba de un modo espectacular, las instituciones que rodeaban al hombre que, según se suponía, era el primer ejecutivo de Rusia no cambiaron en absoluto. Una máquina gubernamental del siglo XX estaba presidida por un hombre cuyo trono recibía la colaboración de las oficinas de una casa real del siglo XVIII.

En efecto, no sólo la secretaría imperial no se hallaba a la altura de las instituciones gubernamentales, sino que las oficinas que antaño habían colaborado con el monarca tendían a atrofiarse o incluso a desaparecer, en tanto que sus funciones pasaban a manos de los ministros. Bajo Nicolás I, por ejemplo, la Cancillería Personal del Emperador había sido una institución notable. Su Tercera Sección comandaba la gendarmería, concebida por Nicolás I no meramente como una policía de seguridad, sino como los ojos y oídos del monarca; en suma, una superburocracia de elite a través de la que podía supervisar todas las demás instituciones de gobierno. Hacia las décadas de 1860 y 1870, la Tercera Sección había dejado de desempeñar ese papel y se había convertido en un simple departamento de seguridad del Estado. Aun así, su abolición en 1880 y la transferencia de sus funciones al Departamento de Policía del Ministerio del Interior fue un hito clave en el cambio del régimen autocrático al burocrático.

Alrededor de los 80, la Cancillería Personal del monarca no era sino la sombra de lo que había sido. Todo cuanto quedaba de ella era la vetusta Primera Sección, cuya principal función, durante el reinado de Nicolás I, fue actuar como inspección de la administración pública,



controlando los ascensos y nombramientos de la burocracia en nombre del monarca. En 1885, sin embargo, se abolió la inspección y los ministros fueron, en la práctica, los administradores casi autónomos de su propio personal. En una tentativa de reimponer un mayor grado de supervisión monárquica a la burocracia, Alejandro III restableció este organismo en su Cancillería Personal, en 1894, pero el intento demostró ser harto ineficaz. Como resultado de ello, el zar ruso tuvo, de hecho, menos control sobre las promociones y los nombramientos de la administración pública que su primo prusiano, que contaba con el llamado Gabinete Civil como parte de la secretaría privada del monarca.

En los gobiernos occidentales contemporáneos, los principales funcionarios ejecutivos podían tener carácter ministerial o presidencial. Los primeros ministros tendían a presidir las sesiones regulares del gabinete, procurando de ese modo coordinar mejor la política entre los departamentos. A la vuelta del siglo, muchos de los asesores de Nicolás pensaban que el zar debería desempeñar un papel similar. A su juicio, el sistema existente, donde la mayoría de los asuntos entre el monarca y sus ministros se resolvía en audiencias individuales, agravaba la confusión. La autoridad del monarca solía permitir a los ministros imponer políticas de las que sus colegas podían no estar enterados. Esto implicaba la posibilidad de que los intereses o perspectivas de un departamento se vieran avasallados por los de otros ministerios. Tampoco se llevaban registros de estas audiencias. El resultado de todo ello fue la confusión, la desunión y, lo que es peor, los conflictos interdepartamentales. Aparentemente, Nicolás había escuchado estas quejas. Como vimos, en 1901 presidió durante un tiempo el Comité de Ministros y, en raras ocasiones –en particular sobre temas relacionados con la política exterior–, encabezó pequeños subcomités ministeriales *ad hoc*. Pero en 1905-1906, presidió en efecto varias reuniones cruciales de ministros y otros altos dignatarios, concebidas para definir cómo deberían funcionar las nuevas instituciones legislativa y ejecutiva establecidas en 1905. No obstante, Nicolás se cansó muy pronto de estar al frente del Comité de Ministros en 1901, en el que nunca se desempeñó verdaderamente como primer ministro.

De acuerdo con los precedentes rusos, el monarca no podía actuar de esa manera. Ningún zar del siglo XIX había presidido reuniones mi-

nisteriales, salvo en contadas ocasiones. Tampoco lo hacían los emperadores austríacos ni los reyes de Prusia. Por lo demás, gran parte de los asuntos tratados en el Comité de Ministros eran muy técnicos y detallados. Nicolás leía las actas tanto del Comité como del Consejo de Estado –el cuerpo legislativo supremo– con gran minuciosidad. Sin duda pensaba que eso era preferible a presidir las a menudo largas y aburridas sesiones de estos organismos. El zar era, después de todo, un miembro excepcionalmente trabajador de la clase ociosa, no un administrador profesional. En ocasiones, se alejaba de San Petersburgo y de sus barrios opulentos durante largos períodos. También pesaban las consideraciones políticas. Si el monarca presidía los cuerpos colegiados, estos podrían dominarlo, obligándolo a aceptar las decisiones tomadas por ellos. Nicolás era impresionable. Además, cabía la posibilidad de que no estuviera tan bien informado como sus ministros sobre la mayoría de los temas en discusión, o que lo intimidaran con sus argumentos, comprometiéndolo, casi en público, a tomar decisiones que más tarde lamentaría. La dignidad y autonomía del monarca se hallaban más a resguardo cuando reflexionaba por sí mismo en las actas de estas sesiones y luego cotejaba sus conclusiones con cada uno de los ministros.

En comparación con el más famoso de los sistemas presidenciales contemporáneos, el de Estados Unidos, la debilidad más palmaria de un zar ruso era la falta de una secretaría privada eficaz. Ningún presidente norteamericano podría controlar o coordinar la rama ejecutiva del gobierno sin el personal de la Casa Blanca y su jefatura, el Consejo de Seguridad Nacional, y sin otros organismos similares. En el mundo moderno, un primer funcionario ejecutivo que sea a la vez jefe de Estado carga con una variedad tan apabullante de obligaciones que es preciso controlar y racionalizar su tiempo. Las trivialidades deben desaparecer de su escritorio. Por otro lado, su personal tiene la obligación de garantizarle que solo él tomará las decisiones realmente vitales y que recibirá información suficiente, en cantidad y forma, para que ello sea posible. Esto implica la presentación de informes breves y concisos donde se expliciten las opciones políticas, así como las diferentes perspectivas y opiniones, a fin de que el jefe del poder ejecutivo no que-

de en manos de sus ministros ni de sus asesores burocráticos, expertos en la materia. También implica examinar con más detalle las directivas del líder para asegurar su correcta implementación y evitar que la máquina burocrática las pierda o las distorsione. Un jefe ejecutivo que desee controlar su gobierno debe rodearse de consejeros enérgicos y capaces, cuya lealtad hacia él surja tanto de las creencias compartidas como del conocimiento de que el poder de este influirá positivamente en sus ambiciones personales y en el futuro de sus carreras. En las décadas de 1920 y 1930, José Stalin afrontó la tarea de controlar la vasta maquinaria gubernamental de Rusia e imponer su voluntad en el mismo país donde Nicolás II había reinado unos pocos años antes. Una de las claves de su "éxito" fue la creación de una secretaría personal inmensamente poderosa a cargo de hombres ambiciosos, idóneos y despiadados, a través de los cuales él imponía sus decisiones al gobierno.

Nicolás II no tenía ninguna secretaría personal y, lo que es más sorprendente, ni siquiera un secretario privado. El zar era muy prolijo y meticuloso, se jactaba de poder encontrar cualquier documento en sus archivos, incluso en la oscuridad, y detestaba que alguien más tocara sus papeles. Sin embargo, el hecho de que el autócrata supuestamente responsable del destino de 150 millones de habitantes pegara él mismo las estampillas en los sobres o escribiera breves notas pidiendo, por ejemplo, un carruaje a determinada hora, no deja, por cierto, de ser extraño. Las trivialidades atestaban, pues, el escritorio del monarca. Si, por un lado, la Cancillería de las Peticiones estaba inundada por las súplicas personales de sus súbditos; los ministros, por el otro, se veían obligados a transmitir al monarca cuestiones de ínfima importancia, a veces rayanas en el absurdo. En teoría, esto contribuía al control de la administración por parte del emperador, pero la realidad era otra: sumido en un mar de trivialidades, la capacidad de Nicolás para decidir la política del gobierno se redujo considerablemente. En el verano de 1912, el barón Román Rosen, ex embajador y en ese momento miembro del Consejo de Estado, dedicó varias semanas a escribir un memorando para Nicolás sobre la posición geopolítica de Rusia, sus opciones respecto de la política exterior y el peligro de una guerra inminente con Alemania. El zar, sin embargo, estaba "demasiado ocupado" para

leer un memorando tan voluminoso. Se trataba, sin duda, de una excusa: al emperador le desagradaba que los “de afuera” metiesen sus narices en la elaboración de la política exterior, que consideraba su prerrogativa personal. Aun así el incidente es instructivo. En primer término, aunque demasiado ocupado para leer un memorando políticamente importante, el monarca dedicaba varias horas semanales a asuntos en extremo baladíes. En segundo término, si el Emperador iba a desempeñarse realmente como primer funcionario ejecutivo, necesitaba escuchar a personas como Rosen, bien informadas y con estrategias diferentes de las de sus consejeros oficiales. En tercer término, un secretariado personal eficaz al frente de un jefe digno de confianza no sólo lo hubiera alentado a leer el memorando, sino que se lo habría presentado de una manera más resumida y digerible y no, como en el caso de Rosen, en forma de libro.

Una secretaría personal eficaz podría haber disminuido las frustraciones del monarca y de sus ministros. Nicolás, además de leer montones de documentos con gran cuidado y atención, a menudo escribía en ellos copiosas e inteligentes notas y luego se los pasaba a sus subordinados, que de ese modo recibían consejos e instrucciones. Pero, por lo general, los documentos desaparecían de inmediato en una suerte de vacío burocrático y, por lo tanto, no tenían efecto alguno ni en la formulación ni en la ejecución de la política. El zar se sentía engañado e irritado frente al sabotaje ministerial de sus deseos. Si hubiera contado con funcionarios enérgicos y políticamente maduros en su Cancillería personal, cuya tarea consistiese en lograr que los documentos llegasen a destino y que se implementasen sus instrucciones, algunas de las frustraciones del zar se habrían reducido. De hecho, no sólo no tenía una oficina privada, sino que ni siquiera hablaba de política con su entorno, compuesto en su mayor parte por honorables pero políticamente analfabetos oficiales que servían en el regimiento de caballería de la Guardia.

La ausencia de una oficina privada se sentía aún más cuando llegaban los ministros para las audiencias semanales con el monarca. Los documentos jamás se presentaban de antemano y no había ninguna persona o fuente independiente que le informara al emperador sobre los temas a los que se referiría el ministro, que, de haber existido, de seguro lo hubiera presionado para discutir o debatir esos tópicos con el



ministro en cuestión; aunque, quizá luego, analizara esas cuestiones con alguien más, e incluso cambiara de parecer al respecto. Un enfoque más sistemático de los asuntos de gobierno, respaldado por una secretaría eficaz, le hubiera evitado correr esos riesgos y disminuido, en parte, su reputación de escurridizo y cambiante.

En el otoño de 1898, hablando con V.J. Mamantov, Nicolás “se lamentó de que, durante sus estadias en Petersburgo y Sarskoie Selo, los informes comenzaban a llegar muy temprano. En consecuencia, no siempre podía enterarse de los contenidos de los dos periódicos que, desde largo tiempo atrás, acostumbraba leer todas las mañanas”. La respuesta de Mamantov, por entonces funcionario de la minúscula Cancillería de Campaña del emperador, consistió en organizar de inmediato un servicio de recortes de prensa para que el zar pudiese leer un compendio de las noticias todas las mañanas, antes de las 9. Luego del entusiasmo inicial, Nicolás abandonó el proyecto, supuestamente porque no quería pedirle al Ministerio de Finanzas la pequeña suma extra que requería ese servicio. Según Mamantov, la razón residía en los maliciosos chismes de la corte, muchos de cuyos miembros envidiaban a cualquiera que, en apariencias, estuviese más cerca del monarca que ellos, y eran capaces de aprovecharse de la natural desconfianza de Nicolás, insinuándole que las selecciones de Mamantov de los artículos de la prensa podían estar destinadas a apoyar causas con las cuales este se había comprometido. De ser así, ello ilustra las características a menudo percibidas en Nicolás, esto es, su temor a caer en manos de cualquier consejero, su falta de amigos personales y su susceptibilidad ante la maledicencia. El jefe ejecutivo de un gobierno necesita enterarse de todo cuanto dice la prensa, pues de ese modo puede calibrar la opinión pública y conocer ideas diferentes de las proporcionadas por sus asesores oficiales. Al abandonar el servicio ofrecido por Mamantov, Nicolás le daba la espalda a lo que había demostrado ser una ayuda muy útil para quien aspirase a desempeñar el papel de un auténtico jefe de gobierno.

Sólo durante un breve período, el reinado de Nicolás contó con los rudimentos de una genuina secretaría personal. En octubre de 1905, tras dimitir como gobernador general de Petersburgo, el general Dimi-

tri Trepov fue designado comandante de los Palacios Imperiales, un cargo que mantuvo hasta su muerte, un año después. Aunque el funcionario estaba en estrecho contacto con el emperador, se limitaba, no obstante, a cuidar de la seguridad física del monarca. Pero Trepov hizo mucho más que eso. En febrero de 1906, Nicolás le comentó a su madre que “Trepov me es absolutamente indispensable; actúa como una suerte de secretario, es un hombre experimentado, inteligente y, sobre todo, cauto en sus consejos. Le di los pesados memorandos de Witte para que los leyera y luego me informó sobre ellos rápida y concisamente. Desde luego, esto es un secreto para todos, excepto para nosotros”.

Trepov tenía todas las cualidades requeridas para el cargo. Y, lo más significativo, gozaba de la confianza de Nicolás en un grado casi insólito, si se toma en cuenta la personalidad del zar. En octubre de 1905, el emperador le había escrito: “Usted es el único de mis servidores en quien puedo confiar completamente. Le agradezco de todo corazón su devoción por mí, el celo con que sirve a la madre patria y su honestidad y rectitud”. Trepov era un ex oficial de la caballería de la Guardia, cuyo antiguo coronel, Vladimir Frederycksz, había sido ministro de la Corte Imperial. Asimismo, era cuñado del subjefe de Frederycksz, el general A.A. Mosolov, otro oficial del mismo regimiento. Trepov era honorable, recto, franco y veneraba a Nicolás y a su dinastía. Esas cualidades no eran poco frecuentes entre los oficiales de la Guardia Imperial. Llamaban más la atención en ese medio la experiencia política y la relativa sofisticación de Trepov. Como gobernador de Moscú, Trepov había sido el jefe inmediato de Sergio Zubatov, y ambos estaban apadrinados por el gran duque Sergio.

La extraordinaria posición ocupada por Trepov en la casa de Nicolás no fue simplemente el resultado de sus cualidades personales o de la confianza que el emperador sentía por él. Ante la eventualidad de una revolución que pusiera en peligro la supervivencia de la monarquía, Nicolás se vio forzado a crear, en octubre de 1905, un nuevo Consejo de Ministros cuyo presidente se suponía iba a desempeñar el papel directivo y coordinador de un primer ministro. Esta nueva estructura institucional amenazaba con privar al monarca de gran parte de su poder. Es más, Nicolás no tuvo más remedio que nombrar a Sergio Witte co-

mo presidente, pese a la desconfianza y al profundo disgusto que ahora experimentaba por él, dado que no había otro candidato que diera con la talla necesaria para afrontar tiempos tan críticos. Con Witte como primer ministro, el emperador tenía más razones que nunca para tratar de fortalecer su posición y su capacidad de mantener una vigilancia eficaz sobre su gobierno.

Trepov actuó tal como debería haberlo hecho el jefe de la Cancillería Personal del monarca. De acuerdo con Andrew Verner, que estudió exhaustivamente la respuesta de Nicolás II a la revolución de 1905,

“en lugar de imponer sus propias opiniones, el nuevo comandante de la corte procuró presentar a la consideración del Zar las recomendaciones de otros a quienes consideraba más entendidos y experimentados que él, fueran burócratas tradicionalistas o miembros del partido kadete (constitucional-democrático). Como resultado de ello, tanto los asesores de Trepov como sus consejos parecían haber cambiado repetidas veces. Las únicas constantes eran su lealtad al Emperador, su entusiasmo por transmitirle a Nicolás las diversas opiniones con respecto a la autocracia y, a la vez, proteger al autócrata de caer bajo el dominio de cualquier persona o grupo... Es probable que Nicolás confiara en Trepov precisamente porque no era ni un miembro de la odiada burocracia ni un exponente de un punto de vista específico”.

Los comentarios de Sergio Witte sobre Trepov son interesantes y significativos. Poco después de la dimisión de Trepov como gobernador general de Petersburgo, Witte escribió lo siguiente:

“saltaba a la vista que, lejos de haber perdido poder al abandonar sus puestos previos por el cargo comparativamente inferior de comandante del palacio, Trepov se había vuelto más poderoso, no respondía ante nadie y era una suerte de eunuco asiático en una corte europea. Su poder se había incrementado porque este hombre, decidido e imponente, ocupaba ahora una posición que le permitía influir en un emperador carente de voluntad a quien veía a diario... Nótese, además, que estaba enterado de todos los consejos que le llegaban al Empera-

dor. Y deberíamos recordar que los documentos confidenciales destinados al monarca pasaban por sus manos, un hecho de particular importancia dada la pasión del Zar por los documentos y las reuniones secretas. Él decidía ahora qué asuntos eran dignos de la atención del soberano y cuáles no. Después de todo, ¿no contaba acaso Su Majestad con un material de lectura hartamente suficiente? Y si uno de los documentos proporcionaba motivos para librarse de algún ministro indeseable, Trepov lo retocaba valiéndose de un estilo florido y humilde para que el punto en cuestión resultase evidente. Además, podía influir ahora en las opiniones políticas del Emperador”.

Dimitri Trepov trajo a sus asistentes para que lo ayudaran.

“Fue al poco tiempo de renunciar a su cargo como director del Departamento de Policía cuando Garin se unió a Trepov. El Emperador le informó a Manujin, el ministro de Justicia, que nombraría a Garin en el Senado... Una vez que Trepov y Garin se instalaron cómodamente en Peterhof, advertí que en los documentos que me eran devueltos, los comentarios del Emperador estaban escritos en un estilo minucioso y abogadil, por ejemplo: ‘Esta opinión no se compadece con las decisiones casacionales del Senado de tal y tal fecha, concernientes a tal y tal caso, donde se explica el verdadero sentido del artículo tal y tal, volumen tal y tal...’. La letra era la del Emperador, pero las palabras y el estilo no eran los suyos... Conociendo la ignorancia del Emperador en lo relativo a las minucias legales, me sentí asombrado ante su nuevo estilo, hasta que caí en la cuenta de que, virtualmente, todos los informes de los ministros y de otros funcionarios, salvo los que trataban de las relaciones exteriores o de la defensa, irían a parar a Trepov, que, con la ayuda del senador Garin, redactaba los comentarios y anotaciones del Emperador... Como consecuencia de todo esto, Trepov tuvo más influencia sobre el Zar que yo, y fue prácticamente el jefe del gobierno del que yo era responsable.”

Por primera vez en su reinado Nicolás II contaba con una incipiente Secretaría Personal que incrementó, en gran medida, su capacidad de



actuar con eficiencia en su condición de jefe de gobierno. La reacción airada de Witte ilustra la creencia de los ministros de que eran los únicos habilitados para transmitir información y aconsejar al emperador. Desde el momento en que Witte se convirtió en primer ministro, pensó que su esfera de acción era ahora universal y estaba dispuesto a despojar al zar de la mayor parte de su poder. Empero, tomando en cuenta que ni Witte ni los otros altos dignatarios estaban preparados para conceder el principio de soberanía popular o hacer responsable al gobierno de una legislatura electa, no tenían ninguna alternativa, salvo aceptar el concepto de soberanía monárquica como la fuente de la legitimidad ministerial. Ello significaba que el emperador tenía el derecho de designar y destituir a sus ministros. Pero una vez que los ministros ocupaban el cargo, el monarca, según Witte, debía confiar en ellos y abstenerse de intervenir. No es difícil entender por qué Nicolás se rebeló contra estas medidas que lo convertían, en definitiva, en un cero a la izquierda, y tampoco es difícil comprender por qué Witte y los otros ministros deseaban tal cosa.

Como soberano y única fuente de legitimidad política, Nicolás poseía un poder potencial enorme. A menos que ese poder respaldara a los ministros, la tarea de estos sería muy difícil aun en circunstancias normales. Pero para un presidente del Consejo de Ministros en la última y crítica década del antiguo régimen, ello hubiera sido imposible. La mínima sospecha de que el monarca desaprobaba sus políticas, preveía su caída; o si estaba adoptando una instancia independiente, bastaba para que el *premier* no pudiera imponer su voluntad a la Legislatura, a sus subordinados burocráticos o, sobre todo, a sus colegas ministeriales. Sencillamente, en el sistema ruso de gobierno no había espacio para dos jefes ejecutivos simultáneos, vale decir, para un emperador y un primer ministro. Por cierto, es posible imaginar circunstancias en las que las personalidades de los involucrados permitiesen una asociación confiable y estable entre ambos jefes del ejecutivo. En este sentido, la Constitución gaullista, con un presidente y un *premier* poderosos, resulta paradigmática. Pero este modelo nunca prosperó en la Rusia de Nicolás II. Y, para hacer justicia al emperador, tampoco se implantó en la Alemania imperial, en el Japón im-

perial o en el Irán de los Pahlavi, cuyos sistemas políticos eran más afines al de la Rusia imperial tardía.

Para entender por completo los dilemas enfrentados por Nicolás y las presiones bajo las que actuaba, conviene alejarse un poco de las batallas políticas de la época y considerar el régimen desde un punto de vista comparativo. Tradicionalmente, se esperaba que un monarca europeo condujera tanto los ejércitos en la batalla como la política exterior, pero su papel en los asuntos nacionales era limitado. Se consideraba la sociedad básicamente en términos estáticos, y su orden reflejaba la ley natural y divina. El gobernante podía aumentar los impuestos para apoyar al ejército, pero aparte del deber de arbitrar entre los grupos o individuos en conflicto sobre la base de la ley divina, no perseguía una política intervencionista con vistas a transformar su reino. El historiador de la monarquía imperial romana comenta que “la pasividad esencial del papel del emperador, que tanto él mismo como sus súbditos daban por sentada, explica por qué sólo necesitó de un ‘aparato’ gubernamental tan simple y limitado”. Incluso en el auge de la monarquía imperial española, se consideraba al rey “como un árbitro judicial entre los grupos de intereses de la sociedad y no como un interventor activo”. La idea de que el papel del Estado consistía en mejorar la sociedad movilizando sus recursos humanos y materiales se introdujo en el siglo xvii y, especialmente, en el xviii. Con el crecimiento decimonónico de las ciudades, la industria y la educación, la tarea implicó asimismo la creación de una extensa y complicada maquinaria administrativa. En Rusia, como en otros países relativamente atrasados, ese Estado burocrático era todavía más numeroso e imponente que en otras partes, por cuanto combinaba muchas de las instituciones políticas de la antigua monarquía absoluta con nuevos ministerios destinados a fomentar el desarrollo económico en una sociedad donde el gobierno tenía que darle a la empresa privada un considerable empujón, si el capitalismo realmente iba a consolidarse. A menos que estuviera en campaña, un emperador romano podía matizar sus deberes gubernamentales internos con el estilo de vida ocioso propio de la clase alta de Italia. En el siglo xx, las exigencias de un soberano que quisiera controlar los asuntos de gobierno eran mucho mayores.

Entre las potencias europeas, la Prusia de los Hohenzollern se hallaba tradicionalmente más cerca de Rusia tanto por sus afinidades cuanto por su sistema de gobierno. Es verdad que después de la revolución de 1848 Prusia contó con una Constitución, un Parlamento y un primer ministro, mientras que Rusia sólo los tuvo tras la revolución de 1905. Dado que el rey prusiano necesitaba ministros que pudiesen controlar la legislación y el presupuesto a través del Parlamento, a veces estos actuaban como mediadores entre la corona y la Legislatura, y de ese modo lograban un cierto grado de autonomía. La situación se tornó más confusa en 1871, cuando Prusia pasó a ser el corazón del nuevo imperio germano, un Estado que poseía su propio Parlamento, el Reichstag, así como varias instituciones federales que constreñían el poder del emperador alemán, el rey de Prusia. Hacia 1900, Alemania era una sociedad mucho más moderna que Rusia, con una sólida opinión pública y una prensa libre susceptible de poner en aprietos al monarca que se permitiera gestos y políticas abiertamente autocráticos. No obstante, el hecho fundamental de las políticas alemanas y prusianas consistía en que los ministros sólo eran responsables ante el monarca, que gozaba de impresionantes poderes.

Entre 1862 y 1890, el verdadero jefe ejecutivo del Estado fue Otto von Bismarck, primer ministro de Prusia y, desde 1871, canceller del nuevo Reich alemán. Bismarck se había ganado la confianza de su amo, Guillermo I, por su hábil manejo de la Legislatura y, lo que es más significativo, a los cuatro años de asumir el poder había derrotado a la oposición liberal, puesto fin a la aparentemente insoluble crisis constitucional –según los términos de la corona– y logrado que Prusia dominara Europa central. De haber obtenido cualquier estadista ruso victorias tan rápidas y espectaculares, es muy probable que Nicolás II se hubiera mantenido en el cargo mucho más tiempo. Pero nadie lo hizo, y dadas las circunstancias rusas, era inconcebible pensar que alguien hubiera podido. Por lo demás, la tradición rusa no se mostraba benévola con los zares que delegaban sus poderes autocráticos en otros. El jefe de la casa Romanov era el heredero de Pedro el Grande, de Catalina II y de Nicolás I. Los monárquicos más devotos le pedían no sólo que reinara, sino que gobernara. Durante la Primera Guerra Mundial, la em-

peratriz Alejandra conminó a su marido a “ser Pedro el Grande, Iván el Terrible, el Emperador Pablo... oblígalos a doblegarse ante ti”. A fines de 1904, el menos irritable general Kireev comentó, refiriéndose al proyecto de crear el cargo de primer ministro, que la idea era tanto buena como mala: buena porque podía incrementar la coordinación interministerial, y mala porque un primer ministro “eclipsaría por completo” al zar, cuando la respuesta a los problemas de Rusia consistía en lograr que el monarca fuese el verdadero y efectivo jefe de gobierno. El comentario resulta particularmente llamativo, pues proviene de un hombre que conocía a fondo a Nicolás II y no se hacía ilusiones en lo tocante a su personalidad.

En 1888 ascendió al trono de Prusia un joven monarca decidido a reinar y a gobernar. Poco tiempo después, varios dignatarios clave llegaron a la conclusión de que a menos que los ministros controlaran a Guillermo II y lo privaran de su auténtico poder, Alemania se encaminaría al desastre. Una de las figuras clave de este grupo fue Friedrich von Holstein, que escribió en 1895 “que el Káiser sea su propio canciller imperial es cuestionable en cualesquiera circunstancias, pero especialmente ahora, bajo la férula de este impulsivo y por desgracia tan superficial gobernante”. Durante la década del 90, se desencadenó una lucha permanente entre Guillermo y muchos de sus ministros más capaces. El blanco específico de la rabia de estos últimos eran los jefes de los gabinetes civil y militar del emperador, a quienes consideraban a menudo como ministros en la sombra que se valían de su acceso al monarca para sabotear las políticas del gobierno oficial. La única forma de controlar al emperador era amenazarlo con la renuncia simultánea de todos los ministros. Pero las concepciones tradicionales de lealtad a la corona, junto con la ambición individual y el hecho de que los ministros no estuvieran unidos por lazos partidarios o por opiniones políticas comunes impedían mantener este tipo de acción concertada. Guillermo II se exasperaba ante la menor sospecha de “huelgas” ministeriales. Incluso si estas tenían un éxito transitorio, incitaban al monarca a destituir a los “servidores desleales” y a los líderes huelguistas. Según las propias palabras del káiser, “tengo el derecho y el deber... de ser el líder de mi pueblo. Asimismo, continuaré siendo fiel a mis conviccio-



nes y poniendo en práctica los derechos que Dios me ha conferido, y no permitiré que me lo impidan los eternos criticones ni las intrigas con las que me encuentro". Una lección que aprendió Alemania en los 90, que fue relevante para Rusia, fue que los ministros que negaban los principios de soberanía popular y de gobierno parlamentario resultaban, a la larga, incapaces de controlar a su reconocido soberano y señor, el emperador. Pero aunque Guillermo II pudiera socavar la autoridad de su canciller interviniendo él mismo en la política y en la administración, carecía de la capacidad necesaria para dirigir y coordinar realmente la política gubernamental. Al igual que en Rusia, el resultado fue una tremenda confusión.

En 1900, la designación de Bernhard von Bulow como canciller prometía una mejora en este aspecto. Bulow era un viejo amigo de Guillermo y gozó durante varios años de su ilimitada confianza. Como consecuencia de ello, la intervención del monarca en la política menguó transitoriamente. Contando con el apoyo imperial, Bulow pudo imponer la unidad a los ministros prusianos, y le resultó fácil engatusar al monarca para que hiciera ocasionales concesiones estratégicas a la Legislatura. Tanto Bulow como Alemania pagaron un alto precio por la absoluta dependencia del canciller de su relación personal con el monarca. Adhiriendo a las opiniones de Guillermo, se vetaron, por ejemplo, la reforma constitucional y la restricción de armamentos navales. Dada su dependencia respecto de Guillermo, a Bulow lo obsesionaba la idea de que otra persona se adueñara, por así decirlo, de la oreja del Emperador, o se interpusiera en la relación del káiser con su canciller. En un intento por eliminar al káiser de la política, Maximiliano Harden —dueño de uno de los periódicos más importantes de Alemania— destruyó al íntimo amigo de Guillermo, el príncipe Philipp zu Eulenberg, acusándolo de homosexual. Aunque Bulow y Eulenberg eran no sólo viejos amigos, sino aliados en la defensa del reinado de Guillermo, el canciller parecía haberse confabulado con Harden con el propósito de librarse de un peligroso rival. El completo fracaso de la política exterior de Bulow, entre 1905 y 1906, debilitó la previa e ilimitada confianza del emperador en su canciller. Entretanto, Bulow estaba cansado de manejar la insoportable perso-

nalidad del emperador y de ocultar sus irresponsables estallidos de cólera. Cuando una imprudente entrevista sobre el emperador, publicada en el *Daily Telegraph*, unió a un amplio sector de la opinión parlamentaria y periodística alemana en un intento por humillar a Guillermo y obligarlo a actuar con discreción, Bulow defendió a su señor en el Reichstag con argumentos tan endebles que perdió la confianza de Guillermo y la posibilidad de continuar como canceller.

La Rusia de Nicolás II no tenía un equivalente exacto de Bernhard von Bulow. Ni siquiera Pedro Stolypin, primer ministro desde 1906 hasta 1911, estuvo tan cerca del zar como Bulow lo estuvo de Guillermo. Tratar de manejar simultáneamente al monarca y a la Legislatura constituía, sin embargo, una experiencia agobiante, que sería compartida por los estadistas rusos y alemanes luego de 1906. A los ministros les interesaba contar, públicamente, con el apoyo imperial y les preocupaba la idea de que otros murmuraran en secreto al oído del monarca. Es más, la publicidad por parte de la prensa y del Parlamento de los escándalos personales y sexuales del entorno al emperador ocurrió tanto en Rusia (después de 1905) como en Alemania, y en ambos casos se vinculó, en buena medida, a la tentativa de debilitar al monarca y expulsarlo de la política. La manera como se utilizó el Rasputin *affaire* en Rusia guarda cierta semejanza con la campaña de Harden contra Eulenberg. Ambos escándalos significaban, por cierto, la desdichada exposición de las cortes reales al escrutinio de la prensa y al cuestionamiento de los diputados parlamentarios.

En 1889, los japoneses redactaron su Constitución siguiendo el modelo prusiano. Se creó un Parlamento y también el cargo de primer ministro para coordinar las políticas gubernamentales. Como en Prusia, se mantuvo a las fuerzas armadas totalmente separadas tanto de la Legislatura cuanto del gobierno civil y se las subordinó directa y exclusivamente al monarca, al menos en teoría. Los ministros civiles eran responsables ante el emperador pero no ante el Parlamento. La soberanía residía en la corona, de la que derivaba la legitimidad de los funcionarios y, de hecho, de todo el sistema político.

En algunos aspectos, las similitudes entre los sistemas políticos japonés y alemán no eran sólo teóricas sino también prácticas. En am-

bos países, las fuerzas armadas dictaban sus propias leyes y no estaban controladas por nadie. Tanto en Berlín como en Tokio, resultaba imposible integrar la estrategia militar, diplomática y política, un hecho que condujo a tomar decisiones racionales, desde el punto de vista militar, pero políticamente desatinadas, tales como atacar Francia a través de Bélgica en 1914 y bombardear Pearl Harbor en 1941. En la Rusia anterior a 1905, el control de las fuerzas armadas no constituía un problema, aunque los generales coloniales eran propensos a reaccionar con violencia ante las órdenes de Petersburgo. Hasta la creación de un Parlamento y del Consejo de Ministros en 1905, a los generales rusos les preocupaba mucho menos que a sus pares prusianos y japoneses el total divorcio de las fuerzas armadas con respecto a los ministros civiles. Con todo, luego de 1905 el control de las fuerzas armadas pasó a ser un problema político, y en 1914-1917 la brecha entre las autoridades civiles y militares era tan profunda como en la Alemania de la Primera Guerra Mundial o como en el Japón de la Segunda. Fue, en parte, para salvar esta brecha que Nicolás II asumió el mando personal de las fuerzas armadas en 1915.

La mayor diferencia entre Japón, por un lado, y Rusia y Alemania, por el otro, residía en que en Japón el monarca reinaba pero nunca trató de gobernar en persona. La tradición japonesa se oponía a que el emperador actuara como el jefe ejecutivo de su gobierno. Durante centurias, el papel del emperador había sido puramente ceremonial y sacerdotal, en tanto que el auténtico poder estaba en manos del shogun. En las últimas décadas de la era de los Tokugawa, incluso el shogun no gobernaba en persona, sino que eran sus subordinados los que ejercían el poder en su nombre. Si bien en teoría la restauración de los Meiji devolvió el poder al monarca, los estadistas clave de la restauración jamás pensaron que el monarca debía dirigir, literalmente, su propio gobierno, tal como lo hacían los emperadores rusos o alemanes. Por el contrario, el papel del monarca consistía en legitimar la oligarquía reformista de la era Meiji y actuar como un símbolo en torno al que pudiera unirse la nación japonesa. Como en Europa, la razón clave que explica la decisión de la oligarquía en cuanto a colocar la soberanía en la persona del emperador era su oposición a aceptar el

único principio alternativo: la soberanía del pueblo ejercida a través de las instituciones electas.

A diferencia de Prusia y, sobre todo, de Rusia, la corte y el gobierno se hallaban completamente separados en el Japón de los Meiji. La corte constituía el mundo de los ritos sacerdotales y de las virtudes morales confucianas, nunca el del gobierno político. Aunque en teoría el emperador elegía al primer ministro, este era seleccionado, en rigor, por el *genro*, vale decir, un pequeño grupo de ancianos estadistas que conformaban una suerte de consejo supremo privado encargado de presentarle al monarca un candidato, a quien nunca rechazaba. Las recomendaciones políticas eran sometidas a la corona en nombre del gobierno en su conjunto. Jamás se le pedía al emperador que arbitrara entre los grupos o las opciones en conflicto y menos aún que elaborara sus propias políticas y buscara ministros dispuestos a apoyarlas. Las tradiciones de la casa imperial implicaban que el monarca no se rebelaba contra la pasividad de su rol. Se dice que el emperador Meiji, por ejemplo, rechazó un plan para involucrarlo más directamente en los asuntos de gobierno, comentando que “cuando observamos [nuestra] larga historia, comprobamos cuán errado es permitir que los allegados al trono conduzcan la política”. Sea como fuere, dado que ningún emperador moderno había tenido verdadero poder político, nunca se cuestionó la necesidad de transferir ese poder a la oligarquía. Cuando Hirohito pensó en intervenir personalmente para evitar que la balanza de inclinara hacia los extremistas militares, en 1937, el príncipe Saionji, el único *genro* que quedaba, le advirtió que un compromiso político activo de su parte podía poner en peligro la monarquía. Sólo en las apocalípticas circunstancias de 1945 el monarca entró decididamente en la arena política, y aun entonces lo hizo porque el gobierno, dividido en dos mitades por la cuestión de la paz o la guerra, requería su intervención.

En el siglo xx, la mayoría de los altos dignatarios rusos y prusianos hubiera dado todo cuanto tenía por gozar de un sistema como el japonés, capaz de preservar la legitimidad conferida al gobierno oligárquico por la monarquía, al tiempo que garantizaba la inactividad política y que el monarca no interfiriera. En 1912, el veterano presidente del Consejo de Estado, Miguel Akimov, hubiera sido ciertamente definido



en Japón como un anciano estadista o *genro*. Ese mismo año, Akimov comentó que “nuestro soberano es la personificación de la más completa incertidumbre. Es imposible saber, y ni siquiera conjeturar, con qué pie se levantará mañana”. A.N. Naumov, un miembro del Consejo de Estado, recordó que “Akimov juzgaba la personalidad del monarca y a su entorno de un modo muy pesimista... Según él, los estadistas de Petersburgo se habían planteado más de una vez la cuestión de cómo proteger al trono de las influencias clandestinas y de formar en torno a este un Consejo Supremo especial (basándose en el modelo japonés)”.

Sin embargo, a diferencia del emperador Meiji, Nicolás II ejercía un auténtico poder, pensaba que era su obligación continuar haciéndolo y que no abandonaría la arena política sin dar batalla. Lo soliviantaba aún más la sola idea de entregar el poder a una oligarquía de viejos burocratas, tal como el *genro* japonés. Conviene recordar que en Rusia la burocracia estatal tenía mucho menos prestigio que en Japón o en Alemania. De hecho, el único punto en el que coincidían casi todos los rusos era el odio a la burocracia, a la que culpaban de la mayor parte de los males del país. Ese odio se manifestaba, sobre todo, en los círculos aristocráticos y nacionalistas conservadores que tenían fácil acceso a Nicolás y que gozaban a menudo de sus simpatías. Por ejemplo, en diciembre de 1904, el general Kireev, un aristócrata y nacionalista, le escribió al zar: “Todos saben, Su Majestad, que usted no siente una gran confianza en la burocracia, y cada uno de nosotros se ha regocijado y se regocija por ello... La sociedad ve en la burocracia la causa de todos sus males y discordias”. Frente a semejantes ataques a las burocratas y a las constantes apelaciones para proteger a los individuos de la injusticia o inacción de sus funcionarios, era difícil esperar que el emperador abdicara sus poderes en favor de los representantes más antiguos del gobierno.

El ideal de la monarquía rusa sustentado por Nicolás le impedía limitarse al papel de mero símbolo y fuente de legitimidad en pos del dominio de alguna coalición de elites. Creía profundamente en la unión del zar y del pueblo y, según Pedro Bark, “consideraba que la cuestión del campesinado era la más importante de todas”. Nicolás siempre se sintió exaltado en los momentos de comunión con su pueblo;

por ejemplo, en los servicios de Pascua en Moscú, en la celebración de los aniversarios de las batallas de Poltava y Borodino, o bien durante sus viajes por las provincias rusas para festejar el tricentenario de la dinastía. Aunque sin duda su autorretrato como el zar del campesinado no dejaba de ser una buena propaganda –no hay que olvidar que la mayoría de los habitantes de Rusia eran labriegos–, también provenía de su corazón. Nicolás ciertamente hubiera coincidido con la opinión de su hermana Olga en el sentido de que el campesino ruso era, por lo general, más honesto y más cristiano que los miembros de las clases altas y de la *intelligentsia*. Como ella, creía que “el auténtico y profundo afecto” del campesino por el zar “reflejaba el amor a Dios y a su patria” y que “constituía el verdadero sostén de los soberanos Romanov en su jamás recompensada tarea de ejercer el poder absoluto”. Si los campesinos se oponían a veces a las políticas gubernamentales del zar y tenían que ser tratados con mano dura, ello se debía a su inmadurez y a la facilidad con que los engañaban los agitadores foráneos en lo concerniente a sus propios intereses. Además, eran maltratados, alternativamente, por los capitalistas, los burócratas o los judíos. Tales racionalizaciones parecen inevitablemente ingenuas y egoístas a los ojos de casi todos los estudiosos modernos, y tal vez lo sean, pero nadie puede dudar de la sinceridad de Nicolás al respecto. Se consideraba a sí mismo el padre del pueblo, y ningún padre renuncia a velar por el bienestar de sus hijos, por muy ingratos que estos sean o poco gratificante la responsabilidad asumida.

Los autócratas rara vez abdicar voluntariamente al poder para convertirse en meros símbolos de soberanía y legitimidad. Tampoco implica una existencia placentera o segura el ser el tótem de esta o aquella oligarquía que actúa en calidad de apoderada del monarca. En la década de 1930, el emperador Hirohito se sintió frustrado al ver que se promovían en su nombre las políticas militares expansionistas desaprobadas por él. Y las cosas empeoraron cuando quienes habían proclamado con más fervor su lealtad al emperador fueron los primeros en ignorar sus deseos. En 1936 sufrió la peor de las humillaciones: los oficiales de la guardia imperial se rebelaron y asesinaron, o intentaron asesinar, a muchos de sus principales servidores en nombre de su devoción a la

casa imperial. Cabría alegar que el destino último de Hirohito, al igual que el de la monarquía japonesa, era preferible al de los Romanov, los Hohenzollern o los Pahlavi. Pero decir algo semejante equivale a leer la historia al revés. En la edad moderna, el emperador Hirohito es la excepción a la regla de que las dinastías y sus jefes rara vez sobreviven a las derrotas bélicas. Durante los tiempos de guerra, los países aliados discutieron tanto el destino del emperador como el de la monarquía, y si bien los debates fueron feroces, sus resultados distaron de ser contundentes. Al haber entregado su destino al fascismo, la casa de Saboya fue derrocada cuando Mussolini perdió la guerra, y lo mismo podría haber ocurrido en Japón.

En el primer período de su reinado, el último sha de Irán comprendió cuán humillante podía ser la vida de un monarca que no ejerce el poder. Ello explica la posterior insistencia de Mohammed Reza en la necesidad de contar con un régimen autocrático radical y grandioso. En el caso de Irán, el mundo fue testigo, casi por última vez, del intento de instaurar el despotismo monárquico ilustrado, aunque por parte del emperador de una dinastía muy reciente. Los problemas que encontró el sha constituyen una advertencia para quienes piensan que, de haber contado los Romanov en 1894 con un emperador como Pedro el Grande, el futuro de la dinastía habría estado asegurado. Como ya vimos, hay algunas similitudes bastante sorprendentes entre las personalidades de Mohammed Reza y Nicolás II. Sin embargo, el primero no sólo tenía un aspecto físico más imponente sino que, a diferencia de Nicolás, amaba la política y el poder. Además, la infancia del sha, las constantes humillaciones de Irán a manos de las grandes potencias y la propia posición de los Pahlavi como advenedizos engendraron a un monarca impulsado por la inseguridad y el resentimiento, lo cual no fue el caso de Nicolás II.

Existen, no obstante, interesantes paralelismos entre el gobierno autocrático y los problemas que afrontaron tanto Rusia como Irán. Por muy trivial que parezca, se espera que un hombre que hereda el trono cuando es muy joven lleve el peso del liderazgo político durante toda la vida. Dadas las presiones sufridas en el mundo moderno, incluso para un líder político relativamente consciente, dirigir un país por

tiempo indeterminado supera lo que el cuerpo y la mente humana pueden soportar. En efecto, en la democracia occidental contemporánea, son muy pocos los políticos que ocuparon el máximo cargo del país durante más de diez años consecutivos. Es más, los políticos eligen su carrera y demuestran poseer el temperamento adecuado para llevar a cabo el trabajo; pero no ocurre lo mismo con los monarcas. Nicolás II tenía casi una obsesiva necesidad de aire libre y ejercicio físico. Mohammed Reza estaba igualmente obsesionado por las mujeres jóvenes y los aviones. Nada de esto constituía un antídoto apropiado para un trabajo de por vida en calidad de jefe del ejecutivo y cabeza del Estado. Así pues, no sorprende que en los últimos años de su reinado tanto Nicolás II como Mohammed Reza mostraran signos de agotamiento físico y mental. Luego de una vida aislada tras el ofuscamiento producido por la adulación de los cortesanos, tampoco eran inmunes a las muchas versiones ilusorias que circulaban en lo tocante a la estabilidad y popularidad de su régimen.

En su condición de autócratas, Nicolás II y Mohammed Reza se hallaban sobrecargados de nimiedades, pero a menudo juzgaban las tentativas de los subordinados dispuestos a ayudarlos como una forma sutil de invadir el poder imperial.

En 1971, el ministro de la Corte Imperial del sha, Asadollah Alam, le señaló a su agobiado soberano que “ese trabajo no era en absoluto esencial y que podía reducirse fácilmente... Pero cuando le hago alguna sugerencia usted me acusa de influir en los asuntos del imperio. ¿Qué puedo hacer entonces si usted no confía en mí?”.

Aunque en menor medida que Nicolás II, las tendencias autocráticas de Mohammed Reza debilitaban la autoridad de los primeros ministros y les impedían controlar, equilibrar y coordinar la política del gobierno. Sin embargo, el monarca fue incapaz de imponer por sí solo unidad al régimen, pese a que tenía un programa, una personalidad impresionante y trabajaba con denuedo. Según Alam, ello se debió en parte a la debilidad de la secretaría personal del sha. En enero de 1971, Alam le dijo a Mohammed Reza que “el mundo moderno exige un pensamiento profundo y un análisis penetrante; cada problema debe ser examinado por expertos de primera calidad antes de presentarlo ante



usted". Admitiendo que el jefe de la secretaría personal era "honesto y leal", Alam agregó, no obstante, que "no tiene habilitación académica alguna, jamás concurrió a la universidad, no habla ninguna lengua salvo el persa y no comprende nada de los problemas inherentes al mundo moderno". Esa noche Alam escribió en su diario:

"Tengo cada vez más la impresión de que los asuntos nacionales están desorganizados, sin ninguna mano firme en el timón, y todo porque el capitán está sobrecargado de trabajo. Cada ministro y cada funcionario recibe, directamente de Su Alteza Imperial, una serie de instrucciones separadas y, como consecuencia de ello, los detalles individuales a menudo no se adecuan al esquema global. Gracias a Dios, el Sha es un hombre fuerte, pero no una computadora; por lo tanto, no es dable esperar que recuerde las mil instrucciones que imparte cada semana. Y, lamentablemente, suele ocurrir que una serie de instrucciones contradiga a la otra."

Un año más tarde, Alam retomó el tema en una conversación con el sha, y la transcribió en su diario:

"En la actualidad, cada ministro recibe órdenes directas de Su Alteza Imperial. Una vez que se han impartido dichas órdenes, el ministro en cuestión tiende, naturalmente, a dejar de lado los aspectos más amplios de la política gubernamental. En ocasiones, esto ha conducido a una suerte de caos y ha interrumpido gravemente la coordinación de cualquier política global. Hay, pues, una urgente necesidad de contar con una autoridad regulatoria, y lo más sensato sería que esa autoridad recayera en la secretaría personal de Su Alteza Imperial. Pero Su Alteza Imperial no estuvo de acuerdo y me preguntó franca y directamente: '¿Alguna vez alguien «me aconsejó» cómo lograr las muchas y grandes cosas que hice por este país?'. Desde luego que no, Su Majestad', le contesté, 'pero las cuestiones que hoy enfrenta usted son, técnicamente, muchísimo más complejas. Nadie podría lidiar con ellas sin ayuda...'. Él no respondió."

Más de sesenta años después de la caída de los Romanov, el gobierno de los Pahlavi colapsó debido a una revolución desatada en las calles de la capital. Los regímenes imperiales de Rusia e Irán diferían en muchos aspectos, como diferían las causas de su colapso, el pueblo al que gobernaban y las épocas en las cuales reinaron. Pero cuando uno lee el diario del ministro imperial de la corte del sha, se escuchan fuerte y claramente los ecos de la Rusia de Nicolás II.



El joven zarevich Nicolás junto a sus padres y sus hermanos. De izquierda a derecha: la zarina María Fiodórovna (1847-1928); Nicolás; la gran duquesa Xenia (1875-1960); el gran duque Miguel (1878-1918); el zar Alejandro III (1845-1894) en el centro, abrazando a la gran duquesa Olga (1882-1960); y el gran duque Jorge (1871-1899). *Fotografía de Levitsky, San Petersburgo.*



La zarina Alejandra en su juventud.



La princesa Alicia, madre de Alejandra, en 1861.



La princesa Alejandra (Alicky) de Hesse era la nieta favorita de la reina Victoria.

En esta foto tomada en 1879, dos meses después de la muerte de su madre, aparece sentada a los pies de su abuela, con sus hermanos Irene, Elisabeth, Ernst y Victoria.





Acuarela del artista francés Frédéric Théodore Lix (1830-1897) donde se retrata al zar con su esposa, su primera hija y su madre.



Zarevich Alexéi.



Las grandes duquesas Olga, Tatiana, María y Anastasia.



Zarevich Nicolás con  
la princesa Alejandra y  
el káiser Guillermo  
en 1894.

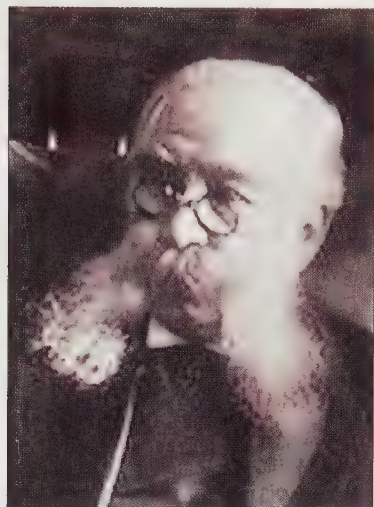


Retrato de Nicolás II,  
zar de todas las Rusias.





Sergio Witte, Ministro de Economía desde 1893 hasta 1903, cuando fue desplazado del cargo por acusaciones de Vyacheslav Plehve. Luego fue Primer Ministro entre 1905 y 1906.



Ivan Goremykin apoyó las tendencias autocráticas del zar. Fue Ministro del Interior desde 1895 hasta 1899 y luego sucedió a Sergio Witte como Primer Ministro durante unos meses de 1906.



Vyacheslav Plehve, Ministro del Interior entre 1902 y 1904, responsable de la persecución de judíos y armenios.



Pedro Stolypin, Ministro del Interior durante tres meses de 1906, y posteriormente Primer Ministro, cargo que ejerció hasta 1911, cuando fue asesinado por el partido Socialista Revolucionario.



El general Alexéi Kuropaktin lideró el ejército y la armada durante la guerra ruso-japonesa.



El zar Nicolás II a bordo del yate imperial *Standart*, en 1912.



El elegante yate imperial *Standart*.





Palacio Alejandro, último hogar de Nicolás II, en San Petersburgo. *Archivo del Museo Hermitage.*



Una caricatura de 1916  
satiriza la influencia  
del enigmático Rasputin  
sobre el zar y la zarina.



La familia imperial cautiva en Tobolsk: Olga, Anastasia, Nicolás II, Alexéi, Tatiana y María.



Una manifestación, el 18 de junio de 1917, preanuncia la revolución que derrocaría al último zar. En la pancarta se lee la famosa consigna “Todo el poder a los soviets”.

## Los años de la revolución (1904-1907)

**E**l 28 de julio de 1904, Viacheslav Plehve, el ministro del Interior, atravesaba Petersburgo *en route* a una audiencia con el zar. No lejos de la estación ferroviaria de Varsovia, un joven del partido socialista revolucionario, Yegor Sazonov, arrojó una bomba que hizo volar el carruaje en pedazos y mató al ministro. Esa noche, Nicolás escribió en su diario: “En la persona del bueno de Plehve he perdido a un amigo y a un irremplazable ministro del Interior”. Semejante declaración en el lacónico registro cotidiano del Emperador equivalía a páginas enteras de lacrimosos comentarios en el diario de otra persona. Nicolás había conocido a Plehve mucho antes de ascender al trono y, lo que es peor, el ministro había constituido el eje de la política nacional del monarca.

Pocos de los contemporáneos de Plehve, incluso entre los altos funcionarios, compartieron el dolor de Nicolás por su muerte. En el mejor de los casos, sus reacciones fueron similares a la del príncipe Alejandro Obolensky: “Probablemente no sean muchos los que sientan una pena sincera por él, pero el hecho en sí, acaecido poco después del asesinato de Bobrikov, tiene un efecto opresivo y no suscita pensamientos muy halagüeños”. Dos años antes, la alta burocracia había celebrado de un modo muy distinto el nombramiento de Plehve como ministro del Interior. Hasta el relativamente liberal Anatol Kulomzin había escrito a su esposa:

“Sólo logré tranquilizarme cuando leí en el periódico el nombramiento de V. K. Plehve como ministro del Interior... Esta fue la única desig-



nación sensata, aunque corrían rumores acerca de Bobrikov. Plehve conoce a los gobernadores, conoce todo lo relativo a la policía y pondrá las cosas en orden. Una sensación de calma general se ha apoderado de todo y de todos... Lo que se necesita es un hombre inteligente que no acose a los *zemstvos* y no esté dispuesto a aceptar todo cuanto dice Witte."

Durante los dos años que Plehve tuvo el cargo, pasaron muchas cosas que pusieron fin a la simpatía por el ministro. Para el público en general, en especial fuera de Rusia, el acontecimiento que causó más conmoción fue el pogromo que golpeó a la comunidad judía de Kishinev en abril de 1903, donde fueron asesinadas cuarenta y siete personas. Este constituyó el mayor estallido de violencia antisemita desde la década de 1880, y había ocurrido, parcialmente, a causa de la inacción y, en algunos casos, incluso de la connivencia de muchos funcionarios locales. El antisemitismo de Plehve era notorio, y muy pronto los rumores culpaban al ministro de incitar al pogromo con el objeto de distraer la atención de los problemas internos de Rusia. Así pues, se hizo circular una carta falsificada de Plehve a von Raaben, el gobernador de Besarabia, cuyo contenido nadie puso en duda. De hecho, Plehve era inocente de esta imputación, sobre todo porque, al igual que los otros altos dignatarios, estaba demasiado aterrorizado por la anarquía como para correr el riesgo de incitar la violencia del populacho. Pero el pogromo perjudicó considerablemente el prestigio del gobierno, y aun quienes sabían que Plehve no era el responsable directo de los acontecimientos de Kishinev, alegaron, con razón, que el evidente desagrado del ministro por los judíos llevó a algunos de sus subordinados a pensar que no corrían ningún riesgo si apartaban la vista de la violencia antisemita.

En los círculos conservadores y oficiales, sin embargo, el principal motivo de las quejas contra Plehve no fue el pogromo. Mientras muchos funcionarios deploraban el salvajismo y la pérdida de vidas, otros lamentaban más el impacto del pogromo sobre el prestigio ruso en Europa. Pero en estos círculos, los judíos tenían pocos amigos. Se culpaba a Plehve, sobre todo, de seguir una política interna puramente represiva, lo cual separaba del régimen a los miembros leales de la clase ilustra-



da. A.A. Kireev sentía gran admiración por Plehve. Sin embargo, en el verano de 1903, comenzó a exasperarse por lo que consideraba un enfoque exclusivamente burocrático del ministro para resolver los problemas de Rusia. En agosto de 1903, Kireev comentó que Plehve era el culpable de que su posición se estuviera debilitando, pues resultaba imposible gobernar un país moderno por métodos policiales y sin el respaldo de un elemento sustancial de la clase educada. Pocas noblezas de provincia eran menos liberales que la de Kursk. Pero incluso el extremadamente conservador conde V.F. Dorrer, mariscal de la nobleza del distrito de Belgorod, provincia de Kursk, había protestado cuando Plehve obligó a retirarse a un mariscal colega por razones políticas, infringiendo, en el proceso, la autonomía que Catalina II había garantizado a las corporaciones nobles provinciales en 1785.

La estrategia de Plehve se basaba en la creencia de que las masas eran más leales al régimen que las elites; a su juicio, el campesinado y el ejército seguían siendo confiables. Las reformas inteligentes y significativas debían provenir de arriba, en otras palabras, desde el gobierno. Las concesiones a los miembros liberales de las clases media y alta resultaban tanto inútiles cuanto peligrosas, pues estos grupos eran débiles y proclives a someterse a la izquierda radical. Para utilizar la metáfora de Plehve, la sociedad rusa era un furioso torrente que sólo un gobierno poderoso y seguro de sí mismo podía embalsar y canalizar. Los liberales abrirían tantos agujeros en el dique y concederían tanta libertad e incentivos a los revolucionarios, que toda la estructura acabaría por derrumbarse. La maquinaria del gobierno requería de una revisión radical, uno de cuyos aspectos debía ser la descentralización y una relación más coordinada y eficaz entre la burocracia y los *zemstvos*. Pero Plehve se mostraba inflexible en cuanto a minimizar las oportunidades de los rusos ilustrados, así como las organizaciones creadas por ellos para lograr una mayor autonomía respecto del régimen. A su entender, dar más libertad y espacio de maniobra a los posibles líderes de la oposición sería suicida, pues utilizarían esa libertad para destruir el régimen autoritario sobre el que descansaba la estabilidad política rusa.

La súbita muerte de Plehve obligó a Nicolás a elegir un nuevo ministro del Interior. Había tres potenciales candidatos para ocupar el pues-

to: el general Víctor von Wahl, viceministro de Plehve, un hombre bastante brutal y de poca imaginación, pero un policía eficiente, capaz de poner en práctica una firme política de represión, si se le ordenaba hacerlo; otra alternativa era Boris Sturmer, que se había granjeado una buena reputación como gobernador provincial, y se desempeñaba en ese momento como jefe de uno de los departamentos clave del Ministerio del Interior. Las opiniones políticas de Sturmer no diferían demasiado de las de Wahl y Plehve, pero se lo conocía por su habilidad para suavizar los conflictos y lograr un *modus vivendi* con la nobleza provincial de tendencias liberales. A diferencia de Wahl, Plehve y Sturmer, el tercer candidato, el príncipe Sviatopolk Mirsky –gobernador general de Lituania y parte de Bielorrusia– era un gran terrateniente aristocrático y un miembro de la alta sociedad de Petersburgo. Como muchos de sus pares, sus ideas eran antiburocráticas y parlamentaristas, y gozaba de las simpatías de la emperatriz madre, María Fiodórovna. Antes de la muerte de Plehve, Nicolás parecía sentirse satisfecho con su ministro, de modo que era dable esperar que lo sucediese Wahl o Sturmer, ya que compartían la política y las opiniones de su extinto jefe.

Lo que sucedió se explica –probablemente con exactitud– en una carta enviada por el gran mariscal de la corte (*Oberhofmarschal*), el conde Pablo Benckendorff, a su hermano, el embajador ruso en Londres. “Wahl iba a ser designado ministro del Interior. Una *scène de famille*, durante la cual uno de los miembros [la emperatriz María] se arrojó prácticamente a sus pies [los de Nicolás], y detuvo esta nominación.” En cambio, cuando se nombró a Sviatopolk Mirsky, no se le prestó atención a la gran diferencia existente entre las opiniones políticas del príncipe y las de su predecesor. Benckendorff comentó que “uno no puede cambiar de color político sólo para complacer a su madre”. De acuerdo con el gran mariscal, el nombramiento se parecía a otras decisiones tomadas por el zar en esa época. “Todo se interpretó de manera equivocada y sólo se prestó atención a las trivialidades.” Los temas no fueron pensados de manera apropiada. El nombramiento de Sviatopolk Mirsky habría tenido sentido si se hubiese tomado la decisión de reorientar la política global del Estado. Pero incluso en ese caso, Sviatopolk Mirsky era el hombre equivocado para desempeñar la

tarea. "El pobre muchacho no tiene ni la salud ni la personalidad para ocupar esa posición." En efecto, aunque el nuevo ministro sin duda había hecho su "profesión de fe" ante Nicolás, este último no se había comprometido a llevar a cabo una política coherente de liberalización. Una vez que Sviatopolk Mirsky se embarcara en una política semejante, suscitaría la "apasionada oposición" de los funcionarios conservadores, que, hasta el momento de la muerte de Plehve, habían seguido una estrategia de represión con el apoyo explícito del emperador. El resultado inevitable sería la confusión.

La designación de Sviatopolk Mirsky fue un clásico ejemplo de la "firma de la familia" Romanov en funcionamiento. La emperatriz María intervino, sin duda, por razones políticas y no personales. Mucho más *au fait* con las opiniones de la alta sociedad, compartía su disgusto por los métodos de Plehve y su convicción de que la política del ministro sólo podía conducir a la revolución. Las súplicas de la emperatriz madre convencieron parcialmente a Nicolás de la conveniencia de hacer ciertas concesiones a la sociedad. No obstante, fue una manera poco sensata de designar a un ministro clave en un momento crucial para el futuro tanto del régimen imperial como de Rusia.

El propio Sviatopolk Mirsky trató de disuadir a Nicolás de que lo nombrara. El 7 de septiembre, le dijo al emperador: "Usted apenas me conoce y tal vez piense que comparto las mismas opiniones de los dos ministros anteriores; por el contrario, mis ideas se oponen radicalmente a las suyas... La situación es tal que cabe considerar al gobierno en hostilidades con Rusia; la reconciliación es necesaria; de otro modo, el país se dividirá en dos sectores: quienes se hallan bajo vigilancia policial y aquellos que la ejercen. ¿Qué pasará entonces?". El nuevo ministro presentó luego su "programa" al zar, que incluía la tolerancia religiosa, la autonomía y expansión de los *zemstvos*, los derechos civiles y la necesidad de consultar a los representantes electos de la sociedad local acerca de la política y la legislación del gobierno central. Aparentemente, Nicolás se mostró de acuerdo, encantado, como siempre, de encontrar un alto funcionario que prefería eludir un cargo ministerial a aferrarse a él con uñas y dientes, movido por la ambición y el ansia de poder.

Pero la desilusión pronto se instaló en ambas partes. Sviatopolk Mirsky habló a la prensa, en términos elocuentes aunque bastante nebulosos, de una era de confianza y reconciliación entre el gobierno y la sociedad, desencadenando, en el proceso, un torrente de esperanzas en lo relativo a un cambio político fundamental. A principios de octubre, el gran duque Constantino, primo del emperador y un hombre honesto e inteligente, escribió en su diario que el nuevo ministro había cenado con él. “El príncipe causa una buena impresión por la amplitud de sus ideas, pero me asusta que todos –la sociedad y la prensa– estén tan entusiasmados con su persona. El desencanto será inevitable, pues es natural que le resulte imposible poner en práctica todo cuanto desea hacer.” Muy pronto Sviatopolk Mirsky sufrió la presión de un creciente movimiento liberal que pretendía ir más allá del deseo del ministro o de la voluntad del zar. Pablo Benckendorff comentó que Sviatopolk Mirsky “se siente perplejo por lo que está sucediendo”. En rigor, el príncipe era presa del desconcierto ante las fuerzas que había desencadenado. La opinión pública se exaltaba cada vez más, pero el ministro, carente de ideas firmes, no sabía cómo encauzarla. Los conservadores, dirigidos por el gran duque Sergio, procuraron persuadir a Nicolás II de que detuviera las reformas de Sviatopolk Mirsky, advirtiéndole que, de no hacerlo, el régimen colapsaría. El ministro del Interior, por el contrario, le dijo al zar que “si Su Majestad no lleva a cabo las reformas liberales y no satisface los deseos completamente naturales de todos, entonces llegará el cambio bajo la forma de una revolución”.

El desenlace se produjo en diciembre de 1904, cuando el emperador presidió una conferencia de ministros, grandes duques y otros altos dignatarios para discutir el programa de reformas de diez puntos, confeccionado por Sviatopolk Mirsky. El programa incluía no sólo la promesa de conceder derechos civiles, sino también una propuesta para que los representantes electos de la sociedad participaran en el análisis de la legislación y de la política del gobierno central. Bajo la fuerte presión del gran duque Sergio y la advertencia de Witte de que las reformas de Sviatopolk Mirsky significaban un paso decisivo hacia la Constitución, Nicolás rechazó el punto clave de la propuesta del ministro. Según el comentario del emperador, “nunca aceptaré una forma re-



presentativa de gobierno porque la considero nociva para el pueblo que Dios me ha encomendado". Cuanto quedó del programa de Sviatopolk Mirsky luego de la conferencia (algunas vagas promesas de derechos civiles) no satisfaría a la sociedad. Leyendo el decreto que siguió a la conferencia, el leal y conservador príncipe Alejandro Obolensky le escribió a su esposa: "Debo confesarte que me causó una triste impresión. Todo esto trasunta la falsedad de una ley que les fue impuesta por la necesidad de prometer algo en cuya gracia salvadora ni siquiera creen".

El profundo recelo que signaba la relación entre Nicolás y Sviatopolk Mirsky en diciembre de 1904 se pone de manifiesto en las palabras de ambas esposas. Para la princesa Sviatopolk Mirsky, el zar era "el hombre más falso del mundo", pues a un ministro le decía una cosa y apenas este le daba la espalda, cambiaba de parecer. Además, era "indiferente y ciego" a lo que sucedía en Rusia, incapaz de entender que el sistema existente de "arbitrariedad y corrupción burocrática" estaba convirtiendo en enemigos del gobierno incluso a los naturalmente conservadores propietarios de la tierra. De acuerdo con la princesa, la autocracia significaba, para Nicolás, una suerte de absurdo "fetichismo". El emperador representaba la perfecta "encarnación de la degeneración patológica, en cuya cabeza habían metido la idea de que debía ser fuerte. Y no hay nada peor que un hombre débil que quiere ser firme". Bajo la capa del zar, la burocracia reinaba suprema. Su marido había fracasado en la tentativa de traer a Rusia los parámetros europeos porque, "dado su carácter e ideas, se oponía a las tradiciones burocráticas y deseaba dar acceso a los *goys* al *sancta sanctorum*", en otras palabras, permitir a los representantes de la sociedad alguna influencia en los asuntos políticos. Los burócratas eran demasiado poderosos para aprobar una reforma semejante. El diario de la princesa Sviatopolk Mirsky brinda una aguda reflexión sobre los valores y opiniones del liberalismo aristocrático de Petersburgo. A principios de septiembre de 1904, por ejemplo, citó con aparente aprobación el comentario que su marido le hizo a Nicolás, según el cual no había razón alguna para reprimir las reuniones obreras, por cuanto "en Inglaterra no se restringen los movimientos sociales, cualesquiera que sean, pero los derechos de propiedad están incomparablemente mejor pro-

tegidos que en nuestro país". Más tarde, en enero de 1905, cuando una enorme multitud de trabajadores intentó presentar una petición a Nicolás II y fue baleada por la guarnición de Petersburgo, la princesa cambió de parecer. "Basta con empezar cualquier asalto o robo, para que en una multitud de ciento cincuenta mil personas pueda pasar cualquier cosa... No es posible permitir que una multitud semejante se reúna en la plaza del palacio".

Ciertamente, la interpretación de los acontecimientos políticos por parte de la emperatriz Alejandra era muy distinta de la interpretación de la princesa Sviatopolk Mirsky. A comienzos de 1905, le escribió a su hermana mayor, la princesa de Battenberg:

"El ministro del Interior está haciendo un gravísimo daño. Proclama grandes cosas sin siquiera haberlas preparado. Es como un caballo acostumbrado a tascar el freno al que de pronto se le sueltan las riendas: se desboca, se cae y es muy difícil volver a ponerlo de pie antes de que haya arrastrado a otros a la catástrofe. Las reformas sólo pueden llevarse a cabo con suavidad, con el mayor cuidado y previsión. Ahora nos han lanzado hacia adelante y ya no podemos desandar lo andado."

En la misma carta, la emperatriz expresaba una opinión que era tan esencial para sus instintos políticos como lo era el odio a la burocracia para la sociedad aristocrática: "Petersburgo es una ciudad despreciable y no es rusa en lo más mínimo. El pueblo ruso siente una sincera y profunda devoción por su soberano".

Las mutuas recriminaciones de Nicolás II y Sviatopolk Mirsky encubrían un problema más hondo. En su clásico estudio sobre los orígenes de la Revolución Francesa, Alexis de Tocqueville señaló que el momento más peligroso para un régimen represivo se producía cuando este comenzaba a reformarse. Bajo un gobierno autoritario, resuelto y unificado, la oposición no ignoraba que sería reprimida sin vacilación o piedad y, en consecuencia, se abstenía de actuar. Una vez que el gobierno empezaba a conceder mayores libertades a la sociedad, las dificultades se incrementaban. Los espíritus temerarios se sentían tentados

de comprobar hasta dónde podía llegar esa libertad. Para el gobierno, encontrar la mezcla justa de represión y concesión requería de mayor habilidad y juicio que adherir simplemente a una rígida política de coerción. A medida que se introdujeron reformas y la sociedad comenzó a emanciparse del control del régimen, se produjeron inevitables divisiones dentro del gobierno entre quienes alegaban que el cambio era demasiado rápido y quienes afirmaban, por el contrario, que era demasiado lento. Ambos lados tendían a pensar que la línea de sus oponentes amenazaba la estabilidad política y la supervivencia del régimen. Las divisiones dentro del gobierno condujeron a acciones tentativas y sin coordinación que alentaron a los opositores. El príncipe V.P. Meshchersky, un conservador recalcitrante y editor del periódico *Grazhdanin*, se refirió al tema en un editorial que apareció poco después de que Sviatopolk Mirsky anunciara el comienzo de una era de confianza entre el gobierno y la sociedad. Meshchersky agregó que en la actualidad resultaría particularmente difícil implementar una reforma ordenada por cuanto el gobierno había perdido prestigio, muchos de sus enemigos eran irreconciliables y las reformas podían interpretarse como concesiones surgidas del miedo y la debilidad. Meshchersky era un reaccionario, un homosexual, un experto en las intrigas petersburguesas y un conocido asesor no oficial tanto de Alejandro III como de Nicolás II. Fue odiado por sus contemporáneos y tuvo mala prensa entre los historiadores. Pero el príncipe no era tonto, y en esa ocasión, como en muchas otras, su análisis político fue muy astuto.

Ya en diciembre de 1904, era evidente que Sviatopolk Mirsky había perdido la confianza de Nicolás II y, por consiguiente, no duraría mucho más tiempo en el cargo. Incluso en octubre le había dicho al emperador: "No... no soy un ministro". Seis semanas más tarde, el zar comentó, refiriéndose al príncipe, que "no está en su carácter el batallar constantemente". La princesa agregó que su marido era un operador político mucho menos eficaz y despiadado que aquellos contra quienes debía luchar en la jungla política de Petersburgo. El conde Pablo Benckendorff y Vladimir Gurko, un alto funcionario del Ministerio del Interior, coincidieron en que a Sviatopolk Mirsky le faltaba energía, ímpetu y fuerza. Para Gurko, el príncipe era otro ejemplo del aficionado aris-

tócrata, que procura hacer un trabajo que, en rigor, sólo les compete a profesionales rudos y experimentados.

“Se caracterizaba, en particular, por el deseo de estar en paz con todos y de vivir en una atmósfera de amistad. No buscaba con ello popularidad, sino que estaba en su naturaleza el no poder enojarse con nadie... Su matrimonio con la condesa Bobrinsky le aportó dinero y bienes y le abrió el camino a una carrera siempre en ascenso... Cuando el príncipe fue nombrado ministro del Interior, tenía, desde luego, opiniones políticas, pero estas se parecían a las del hombre de la calle. Nunca comprendió que era el responsable de la paz del Estado... Asumió el cargo de ministro del Interior con frivolidad, y con la misma frivolidad lo abandonó para convertir el elegante Yacht Club en el centro de su existencia.”

Durante el mandato de Sviatopolk Mirsky, el Ministerio del Interior perdió todo control sobre el movimiento obrero en la ciudad capital. Pese a los recelos de Plehve con respecto a Zubatov, el ministro del Interior había permitido la existencia de una versión moderada de sus sindicatos en Petersburgo, al mando de un sacerdote, el padre Gapon. Se suponía que esos sindicatos ofrecerían conciertos, excursiones y otras formas inocuas de entretenimiento a los trabajadores. Zubatov, un jefe de policía inteligente y muy profesional, comprendió que era preciso supervisar con cuidado los sindicatos policiales, pues de lo contrario podían convertirse en un movimiento laboral organizado por el gobierno, pero capturado por sus opositores, escapando así al control del régimen. En 1904, la dirigencia policial de Petersburgo era mucho menos prudente y profesional que en la época de Zubatov. Incluso cuando Plehve estaba vivo, Gapon había comenzado a adherir al socialismo, influido por sus lugartenientes, a quienes utilizaba, supuestamente, en nombre del gobierno para crear un movimiento obrero leal. “En marzo de 1904, le reveló a su grupo el ‘plan’ que había concebido para obtener libertades civiles, un ministerio responsable, una jornada laboral de ocho horas, sindicatos, educación universitaria y una reforma agraria drástica, un plan que, en definitiva, ellos [sus presuntos lugartenien-



tes] le habían metido en la cabeza." En el transcurso de 1904, la policía creyó en la lealtad de Gapon y no se molestó en supervisarlos, aunque hacia el otoño la amenaza representada por su movimiento ya era palmaria. En enero de 1905, el gobierno se enfrentó de pronto con el proyecto de Gapon de encabezar una enorme demostración al Palacio de Invierno con el propósito de exigir una serie de reformas políticas y económicas muy radicales, incluida la convocatoria a una asamblea constituyente.

Era inconcebible que Nicolás II aceptase en persona semejantes demandas, presentadas por una enorme manifestación poco menos que como un ultimátum. ¿Qué cabía hacer en ese caso? Al haber prohibido las demostraciones, el gobierno zarista, al igual que los regímenes comunistas de la década de 1980, no tenía experiencia alguna en tratar con ellas ni tampoco policías entrenados para manejarlas. En todo caso, el gobierno era demasiado pobre para emplear el número de policías requeridos para controlar una muchedumbre de semejante magnitud. La única opción que quedaba era recurrir al ejército, aunque traer las tropas a la capital resultara peligroso. Los soldados no contaban con la capacitación ni con el equipo necesarios para controlar a grandes multitudes o actuar como policía antimotines. Aun tomando en cuenta el estrecho margen de opciones, la respuesta del gobierno a la demostración de Gapon fue, sin embargo, torpe y despiadada. Cuando dispersaban a las multitudes, la caballería y los cosacos eran brutales y aterradoros, pero al menos sus látigos y las hojas de sus sables rara vez mataban a alguien. La infantería, en cambio, resultaba por lo general o bien ineficiente, o bien mortífera. Siempre excedida en número y munida solamente con rifles, su única manera de detener o dispersar a las muchedumbres era usar armas de fuego. Y eso es lo que sucedió el 22 de enero de 1905, el Domingo Sangriento, cuando la demostración de Gapon trató de abrirse paso hasta el Palacio de Invierno, situado en el corazón oficial de Petersburgo.

Murieron asesinados más de cien manifestantes y muchos más resultaron heridos. Es difícil rebatir el juicio posterior de Pedro Durnovo, el inteligente y antiguo jefe del departamento de policía: "Es posible evitar, en muchas circunstancias, los enfrentamientos con las tropas... El

error consistió en recurrir a las unidades de infantería, cuando hubiera sido más apropiado limitarse a los cosacos y a la caballería, los cuales podían dispersar a la multitud con látigos, sobre todo porque los manifestantes no estaban armados”.

La masacre de trabajadores inermes en el centro de la capital del imperio fue un golpe desastroso para el prestigio del régimen, tanto en el país como en el exterior. Esa noche, Nicolás escribió en su diario: “Un día triste. En Petersburgo se produjeron graves desórdenes como consecuencia del deseo de los obreros de llegar al Palacio de Invierno. Las tropas abrieron fuego en diversas partes de la ciudad y hubo muchos muertos y heridos. ¡Dios, cuán penoso y triste!”.

El hecho de que la mayoría de los manifestantes estuviese sinceramente convencida de que el emperador respondería a su petición, y que algunos de ellos llevaran incluso su retrato, no hizo sino empeorar las cosas. En una época en que las nuevas ideas se difundían en un campesinado cada vez más instruido, un hecho como el Domingo Sangriento constituía una peligrosísima afrenta para la tradicional fe del pueblo en la benevolencia de su soberano.

Sin embargo, sería ingenuo afirmar, como Lenin, que el Domingo Sangriento puso fin a la fe del pueblo en el zar. Lealtades tan arraigadas como el monarquismo del campesino ruso no desaparecen de la noche a la mañana, en especial si quienes abrigan esas creencias son, en su mayoría, aldeanos analfabetos que viven en lugares remotos. Hay pruebas fehacientes de que la fe de los labriegos en el zar sobrevivió no sólo al Domingo Sangriento, sino también a otros golpes recibidos entre 1905 y 1907. El historiador soviético A. Avrej señaló que ni siquiera “los *trudoviki*, que constituían la expresión consciente de los intereses y sueños del campesinado revolucionario y cuyas propuestas programáticas incluían, además de una amplia gama de libertades y reformas, la convocatoria a una asamblea constituyente y la confiscación de todas las propiedades de los terratenientes, esgrimieron jamás la consigna de una república”. Tampoco fueron estos rusos radicales los únicos en frenar un ataque directo a la monarquía o en comprender que el campesinado establecía una clara distinción entre el emperador, por un lado, y las elites y las instituciones políticas

opresoras, por el otro. Durante la Segunda Guerra Mundial, el comunista japonés Nosaka Sanzo dijo en una conferencia del Partido Comunista Chino:

“el pueblo japonés puede sentir... una admiración religiosa por el emperador, pero no por el sistema despótico de gobierno. Debemos abolir de inmediato el sistema del emperador e instaurar un régimen democrático. Empero, es preciso ser muy cuidadosos al definir nuestra actitud hacia... la influencia semirreligiosa [del emperador]... Muchos de los soldados capturados por el Ejército [comunista] de la Octava Ruta estaban dispuestos a aceptar la ideología [comunista], pero dijeron que se opondrían a ella si lo que se buscaba era destruir al emperador. Tal era el pensamiento de casi todo el pueblo japonés”.

Si bien el Domingo Sangriento elevó la temperatura política, no modificó la estrategia básica del gobierno. Al igual que antes, el régimen procuró restaurar la estabilidad en virtud de una combinación de concesiones y represión. Como suele suceder en esas circunstancias, las concesiones no bastaron para pacificar a la oposición, pero persuadieron a los enemigos del régimen de la vigencia del zarismo. Mientras tanto, el grado de represión fue suficiente para provocar la ira del pueblo, pero no para sojuzgarlo. Algunos ministros liderados por A.S. Ermolov urgieron a Nicolás a convocar una asamblea compuesta por todos los estratos de la población y a escuchar sus consejos “antes de que sea demasiado tarde”. En efecto, a principios de marzo, un manifiesto anunció la convocatoria a una asamblea de representantes electos. Por otro lado, para citar sólo un ejemplo, el general D.F. Trepov, recién designado gobernador general de Petersburgo, advirtió que otorgar nuevas concesiones “destruirá por completo el poder y no satisfará a nadie”. Las viejas quejas acerca de la desunión del gobierno se escuchaban cada vez más y se presionaba a Nicolás para aceptar la creación del puesto de primer ministro, cuya misión consistiría en coordinar la política. Al mismo tiempo, la ambición de Sergio Witte de retornar al cargo bajo el disfraz de salvador del zarismo causó temor y alarma no sólo en Nicolás, sino en otros miembros de la elite política.

Como de costumbre, el emperador se mostraba reacio a renunciar al poder autocrático. En octubre de 1904, le dijo a Sviatopolk Mirsky: "Como usted bien lo sabe, no me aferro a la autocracia por mi propio placer. Actúo así porque estoy convencido de que ello es necesario para Rusia. Si por mí fuera, me desentendería alegremente de todo esto". Algunos de los factores que incidieron en su tenaz defensa de la autocracia son bien conocidos y ya se han analizado. Entre ellos, se hallaba el convencimiento de que el poder supremo era una obligación encomendada por Dios en su coronación y, por lo tanto, no tenía derecho a delegar esa responsabilidad en nadie. Asimismo, consideraba de suma importancia el privilegio y el deber, heredados de su familia, de ejercer el poder sobre la tierra rusa. En 1905, estos sentimientos religiosos y dinásticos recibieron el firme apoyo de la emperatriz Alejandra, que comenzaba a desempeñar por primera vez un papel, si bien menor, en la política interna rusa y cuya oposición a cualquier mengua de la autocracia fue descripta como "feroz" por Pablo Benckendorff, en junio de 1905.

No obstante, sería erróneo atribuir la defensa de la autocracia por parte de Nicolás a la influencia de su mujer o a sus propios sentimientos religiosos y dinásticos, dado que también incidieron cálculos racionales más pedestres. Desde el momento en que Alejandro II había iniciado la política de "modernización desde arriba" a fines de la década de 1850, la corona había sufrido presiones periódicas para conceder parte de su poder a una asamblea representativa. La respuesta de Alejandro II a las presiones en 1861 se formuló en términos con los cuales hubieran coincidido tanto su hijo como su nieto.

Alejandro II le explicó a Otto von Bismarck, por entonces el ministro prusiano en Petersburgo, que

"la idea de recibir consejo de personas distintas de los funcionarios no era objetable en sí misma, por cuanto la mayor participación de personalidades notables en los asuntos oficiales sólo podía ser ventajosa. La dificultad, si no la imposibilidad, de poner en vigencia este principio residía sólo en la experiencia histórica, pues nunca se había podido detener el desarrollo liberal de un país en una etapa determinada,



más allá de la cual no era conveniente aventurarse. Ello sería particularmente difícil en Rusia, donde la cultura, la reflexión y la circunspección política sólo se encontraban en círculos relativamente pequeños. Rusia no debía juzgarse por Petersburgo, la menos rusa de todas las ciudades del imperio... Al partido revolucionario no le resultaría sencillo corromper las convicciones del pueblo ni convencer a las masas de que sus intereses estaban divorciados de los de la dinastía [...] En el interior del imperio, el pueblo aún considera al monarca como el Señor paternal y absoluto puesto por Dios en esta tierra; esa creencia, cuya fuerza equivale a la de un sentimiento religioso, es independiente de cualquier lealtad de la que yo pueda ser objeto. Me agrada pensar que no faltará tampoco en el futuro. Abdicar al poder absoluto que inviste mi corona sería socavar el aura de autoridad que ejerce el dominio sobre la nación. El profundo respeto, basado en un sentimiento innato, con que el pueblo ruso ha rodeado hasta ahora el trono de su emperador, no puede ser parcelado. Disminuiría yo la autoridad del gobierno sin ninguna compensación si permitiera a los representantes de la nobleza o de la nación participar en él. Ante todo, Dios sabe qué pasaría con la relación entre los campesinos y los señores si la autoridad del emperador no estuviera lo bastante intacta para ejercer una influencia dominante”.

Las ideas de Nicolás eran similares a las de su abuelo. En una ocasión, durante la Primera Guerra Mundial, habló en una cena con un general británico “acerca de los imperios y las repúblicas”. El emperador comentó que

“de joven pensaba, desde luego, que tenía una gran responsabilidad y que el pueblo a quien gobernaba, muy distinto de nuestros europeos occidentales, era tan numeroso y tan variado en cuanto a la sangre y al temperamento, que un emperador constituía una necesidad vital para ellos. Su primera visita al Cáucaso le había producido una gran impresión y confirmado sus opiniones. Los Estados Unidos de Norteamérica, dijo, eran un asunto aparte y no tenía sentido comparar ambos casos. En este país, aquejado de tantos problemas y dificultades, la ex-

cesiva imaginación, el intenso sentimiento religioso y los usos y costumbres del pueblo hacen imprescindible la existencia de una corona, y él pensaba que así debería ser durante mucho tiempo; si bien una cierta descentralización de la autoridad era, por cierto, necesaria, el verdadero poder de decisión le correspondía a la corona”.

La visión que el emperador tenía de su pueblo era, hasta cierto punto, anticuada. La alfabetización y las disciplinas impuestas por una economía capitalista estaban cambiando los hábitos y la mentalidad rusos. Esos cambios no ocurrían, sin embargo, de la noche a la mañana, ni tampoco el capitalismo podía convertir a los rusos en anglosajones. Es más, la transformación sufrida por la sociedad era penosa y exacerbaba el conflicto de clases al que se había referido Alejandro II medio siglo antes. Tras escuchar las palabras de Alejandro, Bismarck señaló que si las masas perdían la fe en el poder absoluto de la corona, entonces se incrementaría el peligro de una guerra mortífera por parte del campesinado. Y concluyó que “Su Majestad todavía puede confiar en el hombre común tanto del ejército como de las masas civiles, pero las ‘clases ilustradas’, a excepción de la generación mayor, están atizando el fuego de una revolución que, en caso de llegar al poder, se volverá inmediatamente contra ellas”. Los acontecimientos demostrarían que esta profecía era tan pertinente para la época de Nicolás II como lo había sido durante el reinado de su abuelo.

Vale la pena recordar los orígenes inmediatos de la Revolución Francesa a fin de comprender el dilema del zar. Por cierto, el destino de Luis XVI incidió de manera negativa en el ánimo de los monarcas del antiguo régimen decimonónico. A mediados de la década de 1780, la monarquía absoluta de Francia fue presionada por las elites del país para instaurar alguna forma de gobierno constitucional. El rey sucumbió a esta presión y convocó a los Estados Generales, un organismo ya desaparecido compuesto por todos los estamentos del reino, cuyo poder era, al menos en teoría, puramente consultivo. Lo mismo le ocurrió a Nicolás II en 1905, cuando se le pidió que llamase a algún tipo de asamblea consultiva, formada por “todas las propiedades pertenecientes al suelo ruso”. La convocatoria a los Estados Generales suscitó gran-

des expectativas entre las hasta el momento inertes masas francesas. La asamblea no tardó en exigir mucho más que un mero poder consultivo y, lo que es peor, la apertura del debate creó las condiciones para que explotara la tensión latente entre las distintas clases sociales. El ejército, comandado por nobles y compuesto por miembros de las clases más bajas, empezó a desintegrarse bajo la presión de estas tensiones, en especial tras haber desempeñado, durante dos o tres años, un rol policial y pacificador en el plano nacional. El resultado fue una revolución en gran escala, la caída de la monarquía y la guerra civil. Hubo bastantes similitudes entre la Francia de 1789 y la Rusia de 1905 como para dar pábulo a la reflexión. No en vano los altos dignatarios se estremecieron al ver el retrato de María Antonieta, un regalo poco acertado del gobierno francés, colgado en los apartamentos de la emperatriz Alejandra. Tampoco fue Pablo Benckendorff el único en creer, en junio de 1905, que cualquier Parlamento ruso crearía su propia ley electoral y se convertiría en una asamblea constituyente.

La guerra con Japón agravó la crisis política nacional. En el invierno de 1903-1904, el conde Benckendorff le escribió a su hermano, el embajador en Londres, acerca de esta “absurda pero probable guerra”, y señaló que nadie en Rusia quería ni comprendía la guerra con Japón, ni mostraba un real interés por las cuestiones en juego. Si la contienda duraba demasiado, su efecto sobre Rusia sería terrible. Pero reconoció que a menos que la Marina obtuviera rápidas victorias sobre la flota japonesa, el conflicto estaba destinado a prolongarse, pues llevaría meses concentrar las fuerzas terrestres rusas en el Lejano Oriente. Ni siquiera Benckendorff previó los continuos golpes que acarrearía la guerra con Japón al orgullo y al prestigio de Rusia. La humillación de la derrota a manos de los japoneses, sumada al conocimiento de que la guerra había sido innecesaria amargaron al gran mariscal de la corte. En mayo de 1905, escribió: “En el mejor de los casos, nos habremos convertido en una potencia de segunda categoría durante dos generaciones”, y Rusia podría incluso ser destruida completamente por el conflicto. La rabia contra la conducción incompetente e irresponsable de los asuntos públicos alcanzó al zar, que fue criticado con dureza. En marzo de 1905, Benckendorff escribió que Nicolás “era ridículo”, que “empezaba a fas-

tidiar a todos” y que “hay algo absurdo en toda monarquía”. Esos comentarios, de parte de un alto cortesano militar de origen aristocrático y de una lealtad impecable a la corona, mostraban hasta qué punto había caído el prestigio del monarca en los círculos conservadores y patrióticos como consecuencia de la humillación en el Lejano Oriente.

La derrota de Rusia por Japón fue, en parte, el producto de la geografía. Cuando la guerra comenzó, sólo dos de las veintinueve unidades del ejército se hallaban en el Lejano Oriente, y llevó dos meses trasladar suficientes tropas al campo de batalla. El suministro de víveres y pertrechos bélicos a lo largo del ferrocarril transiberiano, el único medio existente, constituía una difícil tarea. La marina rusa no podía desplegar toda su fuerza por cuanto a la escuadra del Mar Negro –un tercio de la flota– no se le permitía pasar por el Bósforo en virtud de un tratado internacional. La flota del Báltico debió dar la vuelta al mundo antes de entrar en combate; cuando arribó a las cercanías de la costa japonesa, la escuadra rusa del Lejano Oriente ya había sido destruida. Aunque en los papeles esto último significó un triunfo para la flota japonesa, la falta de bases y de servicios de reparación constituyó una gran desventaja. Tampoco la flota rusa gozaba de mucha suerte. En el ataque sorpresivo con que Japón dio comienzo a la contienda, los únicos barcos rusos torpedeados fueron, casualmente, los buques de guerra más modernos de la escuadra. Cuando el arribo de Makarov, el mejor almirante del país, levantó la moral de las fuerzas navales rusas, la mala suerte intervino otra vez. De todos los buques de la escuadra rusa, tuvo que ser el buque insignia el único destruido por una mina en un momento crucial de la guerra entre las flotas del Pacífico de ambos imperios.

Ante todo, Rusia perdió la guerra debido a los fallos de los comandantes militares y navales. Los generales y almirantes rusos resultaron ser, en su mayoría, administradores, veteranos de las operaciones de seguridad nacional o intelectuales, pero no auténticos estrategas en el campo de batalla. En cierta medida, este suele ser el destino de cualquier fuerza armada luego de un largo período de paz. En el caso de Rusia, sin embargo, las empobrecidas fuerzas armadas dedicaron tanto tiempo y energía a la administración y al abastecimiento, además de costear sus propios gastos, que los burócratas militares comenzaron a



destacarse durante el período de paz. Los generales y almirantes rusos también demostraron un extraordinario talento para pelearse entre ellos. El general ruso que en 1912 le dijo a un oficial británico visitante que “no habrá nunca una cooperación desinteresada entre los altos oficiales, como ocurre en el ejército alemán”, se estaba refiriendo, en rigor, a su amarga experiencia en la guerra. En la primera etapa de la contienda, el comandante de las fuerzas terrestres, general Kuropatkin, se llevaba muy mal con el virrey, el almirante Alexiev. Una vez destituido Alexiev, se desató la batalla entre los generales Kuropatkin y Grippenbergh. Hasta cierto punto, estas interminables desavenencias eran producto de la amargura provocada por la derrota; sin embargo, ya habían comenzado antes de la guerra. En febrero de 1904, Kuropatkin hizo referencia a una conversación que mantuvo con el ministro de Marina, el almirante Avelan, que

“expresó sus dudas acerca de la capacidad del almirante Stark de llevar a cabo una operación naval de semejante envergadura de manera independiente. Afirmó que Stark es meticuloso y conoce su trabajo, pero le falta iniciativa... Al preguntarle por qué, habiendo almirantes de la talla de Skridlov, Birilev, Rozhdestvensky, Makarov y Dubasov, se confiaba casi toda la flota al incompetente Stark, Avelan me respondió que Alexiev mismo había elegido a los oficiales de la flota. Birilev se encontraba entre los seleccionados, pero rechazó el ofrecimiento debido al mal carácter de Alexiev: ‘Le aseguro, por mi honor, que después de dos meses me hubiera visto obligado a marcharme’, dijo. Rozhdestvensky y Dubasov no aceptaron por las mismas razones”.

La paz llegó de una manera bastante inesperada en septiembre de 1905, tras la derrota del ejército ruso en Mukden, en la primavera, y la aniquilación de la escuadra del Báltico en Tsushima. Nicolás prefirió adoptar una postura rígida, negándose al principio a pagar una indemnización de guerra o a ceder una parte de la isla Sajalin. En el fondo de su corazón, al emperador le hubiera encantado interrumpir las negociaciones y posponer la paz hasta que el ejército ruso obtuviera algunas victorias. Sólo con mucha renuencia y bajo una gran presión aceptó, al

final, ceder el sur de Sajalin. En esta oportunidad, Nicolás demostró ser más sensato que sus consejeros. El gobierno japonés, agotado tanto financiera como militarmente, ansiaba la paz y hubiera estado dispuesto a aceptarla incluso renunciando al sur de Sajalin. Los comandantes rusos y japoneses creían que el rumbo de las cosas cambiaría y que la guerra se libraría en tierra. Mientras las fuerzas de las –ya casi exhaustas– tropas japonesas flaqueaban, los refuerzos rusos, incluidas las dos mejores unidades del ejército, ya habían ingresado en el campo de batalla. No es cierto, como a menudo posteriormente se dijo, que se necesitara al ejército del Lejano Oriente para aplastar la revolución en Rusia ni que se lo utilizara ampliamente con ese fin en el invierno de 1905-1906. Por el contrario, una paz tan repentina en una época en que la moral de las tropas era elevada y la perspectiva de la victoria estaba en el aire provocó una gran desilusión en el ejército del Lejano Oriente. La manera en que se produjo la desmovilización agravó el descontento. En lugar de reprimir la revolución en la Rusia europea, gran parte del ejército del Lejano Oriente permaneció aislado en el campo de batalla, mientras los desmovilizados y disgustados reservistas, que se demoraban en volver a Rusia, contribuían al caos que predominaba a lo largo del ferrocarril transiberiano.

En los dos meses que siguieron al fin de la guerra, se le había prometido a Rusia una Constitución. El 30 de octubre Nicolás II dio a conocer un manifiesto que ofrecía “los fundamentos incommovibles de una auténtica libertad civil, basada en los principios de la inviolabilidad de la persona, la libertad de conciencia, de expresión, de asamblea y de asociación”. La asamblea electa, prometida ya en ese mismo año, debía ahora “garantizar la oportunidad de una genuina participación en cuanto a controlar la legalidad de las acciones de las autoridades designadas por nosotros”. Además, sin el consentimiento de esta asamblea, que se llamaría la Duma del Estado, “ninguna ley puede ponerse en vigencia”. Por último, se declaraba en el manifiesto que la lista de votantes elaborada previamente para las elecciones a la asamblea consultiva se ampliaría para incluir a “aquellos estratos de la población que hasta el presente se han visto privados del derecho de voto”.

La entrega de Nicolás de sus poderes autocráticos se debió, en gran

parte, a una nueva ola de huelgas, demostraciones y violencia que asoló a Rusia en el otoño de 1905 y en la que participaron casi todos los sectores de la población urbana. Ello fue, en cierta medida, consecuencia de las desacertadas tácticas del propio gobierno. En el verano de 1905, la promesa de una asamblea consultiva y la perspectiva de la paz con Japón causaron divisiones dentro de la oposición, al tiempo que concedieron, aparentemente, un respiro durante el cual el gobierno podía recuperar la calma. Sin embargo, al reabrir las universidades a principios de septiembre y al permitirles un mayor grado de autonomía, el gobierno abrió, por así decirlo, las compuertas de la revolución. Los edificios universitarios, ahora fuera del control de la policía, se convirtieron en centros de organización y propaganda revolucionarios. Los obreros se volcaron en los *campus*, los partidos de extrema izquierda tuvieron plena libertad para ejercer sus actividades y todos los elementos disconformes de la sociedad urbana pudieron compartir sus quejas y coordinar sus protestas sin que nadie interfiriese. A principios de octubre, el general D.F. Trepov le advirtió a Nicolás: "Muy pronto, bajo la presión de los revolucionarios que ahora controlan las universidades, los desórdenes inundarán las calles".

La predicción de Trepov se cumplió a los pocos días. A partir del 2 de octubre, las huelgas empezaron a difundirse gradualmente en todos los sectores de la economía de Moscú. Petersburgo no tardó en solidarizarse con los huelguistas. El momento crucial se produjo, no obstante, cuando pararon los ferroviarios, pues su acción paralizó tanto al gobierno como a la economía, además de provocar una especie de huelga general en la Rusia urbana. "El gobierno estaba inmovilizado. Los funcionarios ni siquiera podían viajar de Petersburgo a Moscú, y viceversa. El 12 de octubre, en la reunión convocada por el Zar para reiniciar las operaciones ferroviarias, los ministros se limitaron a levantar las manos en señal de desesperación."

Nicolás describió la situación a su madre en los siguientes términos:

"Durnovo [el gobernador] permitió que se llevaran a cabo todo tipo de reuniones en Moscú. No sé por qué razón. Todo se estaba preparando para la huelga de los ferrocarriles. La primera comenzó en Moscú y en

sus alrededores y luego se extendió, casi simultáneamente, a toda Rusia. Petersburgo y Moscú se encontraban totalmente aisladas del interior. Hace una semana que el ferrocarril del Báltico no funciona. La única manera de llegar a la ciudad es por mar. ¡Muy conveniente en esta época del año! Tras la huelga ferroviaria, continuaron las de las fábricas y los talleres, luego les tocó el turno a los organismos y servicios municipales y, por último, al Departamento de Ferrocarriles del Ministerio de Vialidad y Comunicaciones. ¡Da vergüenza de solo pensarlo!... Y Dios sabe lo que ocurrió en las universidades. Gentes de la peor calaña se paseaban por las calles proclamando la sublevación a voz en cuello, y a nadie parecía importarle. Los cuerpos directivos de las universidades y de las escuelas técnicas gozan de autonomía, pero no saben usarla. Ni siquiera pudieron cerrar las puertas a tiempo para impedir la entrada de la multitud insolente, y luego, como era de prever, se quejaron de no haber recibido ayuda de la policía. ¿Recuerdas lo que solían decir en otros tiempos a ese respecto? ¡Me enferma leer las noticias! Nada, excepto nuevas huelgas en las fábricas y en las escuelas, policías, cosacos y soldados asesinados, disturbios, desórdenes, motines. Pero los ministros, en vez de actuar con decisión y prontitud, sólo se reúnen en el gabinete como un montón de gallinas asustadas y cacarean acerca de proporcionar una acción ministerial unificada.”

Pese al sarcasmo del emperador, la presión ejercida desde dentro del gobierno para coordinar la política de los ministros fue otro elemento clave en la concesión del manifiesto de octubre. Antes del estallido de la guerra ruso-japonesa, la manera confusa de elaborar tanto la política interna como la externa persuadió a los altos funcionarios de la necesidad de efectuar cambios radicales en la coordinación de la actividad ministerial. En la primavera de 1905, cuando nadie dudaba de que la creación de una asamblea electa resultaba imprescindible, la necesidad del gobierno de presentar un frente unido ante el mundo parecía más clara que nunca. Desde principios de septiembre, se había estado considerando el tema en una serie de reuniones especiales presididas por D.M. Solsky, el más antiguo y distinguido estadista del



imperio. Si se iba a crear el cargo de primer ministro, entonces Witte era el hombre indicado para esa función. Witte mismo anhelaba con fervor ocupar el puesto. Su reputación estaba por las nubes como consecuencia de la eficacia con que había liderado la delegación rusa en la conferencia de paz que siguió a la guerra con Japón. Pablo Benckendorff escribió, a comienzos de octubre: "Mi última esperanza es Witte, como siempre lo ha sido". La emperatriz María le señaló a su hijo: "Estoy segura de que el único que puede ayudarte hoy en día y serte útil es Witte... ciertamente, es un hombre de genio, enérgico y perspicaz". Los términos de Witte eran, sin embargo, muy exigentes: estaba convencido de que sólo concediendo una Constitución y plenos derechos civiles se podía pacificar a la sociedad y restaurar la autoridad del gobierno. Por lo demás, insistió en su derecho de elegir a los otros ministros y en determinar y coordinar las políticas de los diversos departamentos, en caso de ser nombrado. No sorprende que Nicolás vacilara antes de aceptar semejantes condiciones ni que, durante unos pocos días, considerara la alternativa de una represión militar. Pero el 30 de octubre el emperador cedió y Rusia tuvo, simultáneamente, su primera Constitución y su primer *premier*.

Dos días más tarde, Nicolás explicó las razones de su decisión en una carta a su madre:

"¡Uno tenía la misma sensación que se experimenta antes de una tormenta de verano! Todos estaban con los nervios de punta y, desde luego, ese tipo de tensiones no pueden durar demasiado. En estos horribles días me reuní constantemente con Witte. Nos encontrábamos muy a menudo temprano en la mañana y nos separábamos al caer la noche. Al parecer, sólo había dos alternativas: encontrar una soldadesca enérgica y aplastar la rebelión por la fuerza. Ello nos daría un respiro, pero, probablemente, tendríamos que valernos otra vez de la fuerza al cabo de unos pocos meses, lo que hubiera implicado volver al punto de partida. Quiero decir, se reivindicaría la autoridad del gobierno, pero no se lograrían resultados positivos y la probabilidad de progreso sería nula. La otra alternativa era darle al pueblo derechos civiles, libertad de expresión y de prensa, además de conceder a la Duma

la facultad de ratificar todas las leyes, lo cual sería, por cierto, una Constitución. Witte defiende esta alternativa con mucha energía. Según él, es la única salida para la situación actual, aunque no esté exenta de peligros. Casi todas las personas con quienes he consultado son de la misma opinión. Witte me dijo muy claramente que sólo aceptará la presidencia del Consejo de Ministros con la condición de que se apruebe su programa y de que nadie interfiera en sus acciones. Él y Alejandro Obolensky crearon el manifiesto. Lo analizamos durante dos días y, finalmente, invocando la ayuda de Dios, lo firmé. Mi querida mamá, no puedes imaginar lo que he sufrido hasta ahora; en el telegrama no pude explicarte todas las circunstancias que me llevaron a esta terrible decisión, que he tomado, sin embargo, con plena conciencia. Desde todas partes de Rusia la gente me pedía, me suplicaba que lo hiciera, y casi todos los que me rodeaban opinaban de igual modo. No tenía a nadie en quien confiar, salvo el honesto Trepov. No había, pues, otra salida que persignarse y darles cuanto pedían. Mi único consuelo es pensar que esa es la voluntad de Dios y que esta grave decisión liberará a mi querida Rusia del intolerable caos en que ha estado sumida durante casi un año.”

Esta última oración proporciona la clave para entender la posterior actitud de Nicolás hacia Witte y hacia la nueva Constitución. Sus concesiones tenían por objeto asegurar la paz y recuperar el apoyo del movimiento liberal. Ninguna de estas metas se logró, al menos en el corto plazo. En el invierno de 1905-1906, el régimen estuvo más cerca del colapso que en cualquier otro momento de su historia. Después de todo, fue necesario derramar mucha sangre para preservar el gobierno. El zar se sintió engañado. No hay duda de que las esperanzas de Witte de una fácil pacificación fueron siempre ingenuas. Tal como P. Benckendorff le escribió a su hermano, “la Constitución le fue impuesta al gobierno por los disturbios, lo cual lo deja en una mala posición. La capitulación es completa. ¿Cómo podremos devolverle al gobierno una apariencia de respetabilidad después de la guerra y de este acontecimiento?”. Los partidos revolucionarios consideraron el manifiesto de octubre como un signo de debilidad y redoblaron las tentativas de llevar al zarismo a la

tumba lo antes posible. Durante seis semanas hubo un “doble poder” en Petersburgo: junto con el gobierno imperial, había un soviet compuesto por los diputados de los obreros, cuya personalidad más destacada era León Trotsky, que procuraba liderar y coordinar el movimiento revolucionario. En diciembre, los bolcheviques organizaron una sublevación armada de los obreros de Moscú. El principal estrato de la oposición liberal proclamó que la revolución debía continuar hasta lograr un gobierno parlamentario y el sufragio universal. Polonia, el Cáucaso y las provincias del Báltico fueron testigos de una violencia masiva. Peor aún, el campesinado ruso y ucraniano, percibiendo el colapso de la autoridad, invadieron las propiedades de los terratenientes, quemaron las casas solariegas y destruyeron las cosechas y los animales. El ejército, desplegado en unidades cada vez más dispersas a lo largo y a lo ancho del país, empezaba a mostrar graves signos de desintegración. En 1906, incluso se amotinó el primer batallón de la Guardia Preobrazhensky, el regimiento más antiguo y elitista del ejército ruso, lo cual impulsó al horrorizado Kireev a escribir en su diario: “Se acabó”. En el invierno de 1905-1906 la vida del régimen pendía de un hilo.

La supervivencia del gobierno se debió, en parte, a la resolución con que enfrentó las renovadas huelgas, los asesinatos y disturbios. La represión y las concesiones previas se habían combinado de una manera torpe y contraproducente: ahora se restauraría la autoridad a cualquier precio. El nuevo ministro del Interior, Pedro Durnovo, era el hombre del momento. Inteligente, resuelto y con una gran confianza en sí mismo, fue uno de los estadistas más capaces que sirvieron al antiguo régimen en los últimos cincuenta años de su existencia. Cuando Durnovo se hizo cargo del Ministerio, reinaba el caos. La huelga de correos y telégrafos había cortado los lazos con las provincias, los funcionarios del importantísimo departamento de policía eran presa de un conflicto intestino y los informantes de la policía habían empezado a escabullirse, convencidos de que el régimen se derrumbaba. En Petersburgo, los funcionarios del Ministerio vagaban por las oficinas, repitiendo los rumores y sin saber qué hacer. El desconcierto era todavía mayor entre los gobernadores provinciales, que aún no estaban preparados para el manifiesto de octubre, privados de una orientación coherente imparti-

da desde la capital. Dimitri Lyubimov recordaba que, “en suma, uno sentía el completo colapso del ministerio, además del extremo nerviosismo de los funcionarios”. En una crisis revolucionaria, al igual que en el campo de batalla, el líder debe mantenerse calmo ante las presiones, mostrar una resolución inquebrantable y un agudo sentido de la oportunidad y de las tácticas. Durnovo poseía todas estas cualidades.

Según Vladimir Gurko, también un alto funcionario del Ministerio del Interior, “Durnovo impresionaba a la gente por su firmeza y la inflexibilidad de sus decisiones... era el único... que comprendía la situación y el único que había tomado medidas sistemáticas y hasta crueles para impedir la desintegración del aparato estatal”. Desde el gobernador provincial al soldado raso, todo individuo perteneciente al aparato represivo del Estado sabía que el gobierno estaba decidido a sobrevivir y que castigaría sin piedad a cualquiera que vacilase en reprimir el desorden. La revolución se aplastó primero en los centros clave de la administración y de las comunicaciones. El soviét fue arrestado, y la falta de resistencia alentó a Durnovo a iniciar una contraofensiva. Se reprimió el levantamiento de Moscú y se recuperó el control de los ferrocarriles y del telégrafo. Frente a una represión tan concertada y resuelta, los partidos revolucionarios no pudieron coordinar las protestas de los obreros, los campesinos y los miembros sublevados de las fuerzas armadas. A diferencia de lo ocurrido antes de octubre de 1905, las huelgas y manifestaciones no gozaron, en general, del apoyo de las clases ricas ni tampoco de la *intelligentsia* profesional y cultural, luego de un período de inequívoca simpatía.

El hecho de conceder una Constitución le permitió al gobierno, en cierta medida, contar con el respaldo de los elementos moderados de las clases media y alta. En tanto que el grueso del movimiento liberal se volcó al partido constitucional-democrático (kadete), la minoría conservadora se dividió, y casi todos sus miembros terminaron en el partido octubrista. Como su nombre lo indica, su plataforma básica consistía en apoyar las promesas hechas en el manifiesto de octubre y en la creencia de que dichas promesas hacían injustificable toda oposición ulterior, en especial de naturaleza violenta. Más importantes que estas maniobras políticas fueron el creciente horror y el resentimiento de las



élites sociales cuando la revolución de las masas se hizo más radical y violenta, volviéndose contra las posesiones de la Rusia de clase media y alta. A medida que los trabajadores exigían mayores salarios, menos horas laborales y un mejor trato, los industriales respondían con huelgas patronales y despidos. Cuando las casas solariegas fueron presa de las llamas, las clases terratenientes se desplazaron a la extrema derecha y arrastraron con ellas a los *zemstvos*. Se despidió a los funcionarios públicos de tendencias radicales que trabajaban para los *zemstvos* y se contrataron a los cosacos y a otros guardias para impedir la destrucción de los latifundios. Un signo relevante del cambio operado en la Rusia rica fueron los voluntarios que ofrecieron gratuitamente sus servicios para romper la huelga de correos y telégrafos.

Reflexionando sobre el cambio acaecido en la sociedad, P Benckendorff le escribió a su hermano, a fines de 1905, que la gente que antes aullaba de indignación por el maltrato de un solo estudiante ahora pedía a gritos que no se tomara ningún prisionero, sino que se ejecutara a todos los radicales. El 1º de diciembre, Nicolás le escribió a su madre: "Se escuchan cada vez más voces afirmando que ha llegado la hora de que el gobierno actúe con firmeza, lo cual es, en efecto, una muy buena señal". Una semana más tarde, agregó que

"Dios es mi fuerza y el Único que sosiega mi mente, y eso es lo más importante. ¡Tantos rusos han perdido el espíritu hoy en día! Y ello se debe a que son incapaces de resistir las amenazas e intimidaciones de los anarquistas. El coraje cívico, como tú sabes, es privilegio de unos pocos, incluso en los mejores momentos. Hoy apenas si existe. Empero, como te escribí la última vez, el ánimo de la gente ha cambiado por completo. Los viejos y alocados liberales, siempre tan críticos respecto de las medidas firmes tomadas por las autoridades, hoy claman a gritos por una acción decisiva".

Mientras la revolución se encendía y declinaba en el invierno de 1905-1906, Nicolás y su gobierno se dedicaron con denuedo a redactar la nueva Constitución y la ley electoral. La Constitución, publicada finalmente en abril de 1906, no contradecía las promesas del manifiesto

de octubre, sino que garantizaba explícitamente una amplia variedad de derechos civiles a los súbditos rusos. Se le concedía a la Duma el veto sobre toda la legislación, amén de un considerable control sobre el presupuesto. Sin embargo, el régimen no estaba preparado para aceptar nada semejante a una plena democracia. Se declaró que la soberanía quedaba en manos del emperador, cuyos derechos emanaban de Dios y de la historia. Como en cualquiera de los principales países europeos de esa época, se creó una cámara alta no democrática –el Consejo de Estado previamente reformado– para supervisar a la Duma. La mitad de los miembros del Consejo de Estado serían funcionarios nominados por la corona, y la otra mitad la elegirían las instituciones y los intereses conservadores clave, esto es, la nobleza terrateniente. Temeroso de la inestabilidad y la revolución permanentes, el gobierno dejó sentado, en el artículo 15, que el emperador seguía gozando del derecho irrestricto de declarar el estado de emergencia en las provincias, lo cual no era sino un medio para dejar de lado los derechos civiles que acababa de prometer a la población. En desmedro del nuevo orden constitucional, Nicolás declaró que era él, en última instancia, quien continuaba llevando sobre sus hombros la ilimitada responsabilidad del destino de Rusia. El 22 de abril, en una reunión de ministros y altos dignatarios, dijo lo siguiente: “Durante todo este tiempo, me ha atormentado una preocupación y me he preguntado si ante mis ancestros tengo el derecho de modificar los límites de ese poder que recibí de ellos... Les digo sinceramente que si estuviera convencido de que Rusia desea que renuncie a mis derechos autocráticos, entonces lo haría con alegría y por su bienestar”. Sin duda, si se aferraba a su título de ilimitado autócrata, se le reprocharía el no haber cumplido con las promesas hechas en el manifiesto de octubre. “Pero uno debe tomar en cuenta de dónde han de venir esos reproches. Por cierto, provendrán del elemento llamado ‘culto’, de los obreros y del Tercer Estado. No obstante, estoy convencido de que el 80% del pueblo ruso estará de mi parte”. Sólo con gran dificultad pudieron sus asesores persuadirlo de la necesidad de admitir las opiniones de los rusos educados y de que no era posible retratarse de un modo tan flagrante de las promesas contenidas en el manifiesto de octubre.

La convicción del emperador de contar con el apoyo del 80% de los rusos reflejaba su fe en la profunda adhesión de los campesinos a la monarquía y en su desinterés con respecto a la democracia política y a las constituciones. El tema de la fiabilidad política y las simpatías monárquicas de los campesinos fue, en rigor, la causa de airados desacuerdos dentro de la clase dirigente, cuando hubo que expedirse sobre la cuestión del sufragio para las elecciones a la Duma. Por fin, la ley electoral concedió un peso preponderante a las masas campesinas, pues el gobierno esperaba que la tradicional actitud monárquica, religiosa y agraria de los campesinos las llevaría a oponerse a los halagos de los políticos de la clase media liberal y radical, tal como había sucedido previamente en Europa central y occidental.

En las circunstancias de 1905-1906, sin embargo, cuando la casi totalidad de los campesinos estaba obsesionada por apoderarse de los grandes latifundios, una estrategia política concebida para ganarse la lealtad de las masas rurales sólo podía tener éxito si estaba acompañada por la promesa de reformas agrarias. No todos los miembros de la alta burocracia o de la nobleza terrateniente se opusieron a formular tales promesas. En medio del pánico causado por los incendios y disturbios de los campesinos en el invierno de 1905, Dimitri Trepov le dijo a Witte que “estaba dispuesto a ceder la mitad de sus tierras si podía conservar el resto”. Citando el apoyo a la expropiación parcial por parte del almirante Dubasov, que había comandado el destacamento que “pacificó” las provincias de Chernigov y Kursk, Witte afirmó que en noviembre y diciembre de 1905, “todo cuanto se decía era típico del ánimo prevaleciente en los círculos conservadores”. El 23 de enero de 1906, Witte le dijo a Nicolás II que si bien la revolución urbana podía considerarse derrotada, la rebelión de los campesinos aún estaba en marcha. Además, le informó al emperador que el proyecto de ley para expropiar parcialmente las tierras privadas, presentado ante el Consejo de Ministros por N.N. Kutler, el ministro de Agricultura, había “provocado, en el intercambio preliminar de opiniones, un desacuerdo completo y fundamental dentro del Consejo”. Para un monarca que juzgaba al campesinado como el aliado más leal de la corona, quizás ese era el momento de hacer un gesto radical y consolidar la unión del zar y del *mujik* a ex-

pensas del sector desleal de la clase ilustrada. En lugar de ello, Nicolás anuló el proyecto de Kutler y todo debate posterior sobre la expropiación de las tierras de la nobleza. En el margen del informe de Witte correspondiente a la propuesta de Kutler, el emperador escribió: “No lo apruebo”. Más adelante, en el mismo informe, hizo otro comentario marginal: “La propiedad privada debe permanecer inviolable”.

Para comprender la postura del emperador, es importante tomar en cuenta que la oposición a la expropiación, dentro de la clase terrateniente, comenzaba a intensificarse en enero de 1906. La confiscación arbitraria de extensas tierras privadas constituía una política demasiado drástica y, por tanto, a ningún gobierno europeo se le hubiera ocurrido implementarla antes de 1914, sobre todo si las tierras en cuestión pertenecían a la clase dirigente tradicional del país. En el caso de Nicolás, ello habría significado un ultraje para las familias más leales a la dinastía y cuyos miembros habían sido sus compañeros tanto en la casa de su padre, como durante el servicio en la Guardia. Puesto que la expropiación sin compensación alguna resultaba totalmente inconcebible en la Europa eduardiana, le sería harto problemático manejar la transferencia de propiedades a un tesoro al borde de la bancarrota. Tampoco la transferencia de la tierra del noble al campesino aportaría ventajas económicas, sino todo lo contrario. Aunque en teoría podría tener sentido dejarles a los nobles las tierras cultivadas por ellos y simplemente expropiar los campos ya arrendados a los *mujiks*, una política semejante no hubiera satisfecho al campesinado. Para este último, lo más objetable era, precisamente, que los grandes latifundios fueran cultivados por sus propios dueños de una manera eficaz, moderna y capitalista. El argumento fundamental contra el proyecto fue el siguiente: a menos que la expropiación fuera total, era probable que este tipo de transferencia despertara los apetitos e inflamara la ira de los campesinos en lugar de apaciguarla. El primer congreso de la Nobleza Unida declaró que “la expropiación obligatoria de las tierras privadas no calmará a la población, sino que sólo desatará sus pasiones”. Según sus comentarios en este y otros memorandos similares, era innegable que Nicolás compartía la visión de la Nobleza Unida y que consideraba la expropiación parcial como contraproducente. Sin embargo, no era di-



fácil pronosticar que si el gobierno no tomaba alguna medida al respecto, la probabilidad de llegar a un acuerdo con la Duma, elegida principalmente por los campesinos, sería muy remota.

Una de las primeras víctimas del cruel y conflictivo invierno de 1905-1906 fue la relación del emperador con su primer ministro. Nicolás nunca había confiado demasiado en Witte, en parte porque se había convencido, de alguna manera, de que este era francmasón. La decepción ante el hecho de que el manifiesto de octubre no había aportado ni paz ni orden pronto se hizo evidente. “Es extraño que un hombre tan inteligente se equivoque a tal punto al prever una fácil pacificación”, escribió Nicolás a principios de noviembre. Dos semanas más tarde, le dijo a su madre: “Me reúno con el Consejo de Ministros todas las semanas... ellos hablan mucho, pero hacen muy poco. Todos, Witte inclusive, tienen miedo de emprender una acción valerosa: trato de obligarlos a comportarse con más energía. Pero aquí nadie está acostumbrado a asumir responsabilidades: simplemente esperan recibir órdenes a las que, sin embargo, casi nunca obedecen... Debo confesar que me siento defraudado por él [Witte], en cierta manera”. Hacia fines de enero de 1906, Nicolás había perdido la fe en Witte como ministro o como autoridad suprema en los asuntos internos de Rusia.

“En cuanto a Witte, desde los acontecimientos de Moscú [la sublevación armada] sus opiniones han cambiado radicalmente; ahora quiere colgar o fusilar a todos. Jamás vi en mi vida un hombre tan parecido a un camaleón. Por ese motivo nadie cree más en él. Está totalmente desacreditado, excepto, quizá, para los judíos del exterior. Me gusta mucho Akimov, el nuevo ministro de Justicia... Ya no es joven, por cierto, pero tiene vigor, energía e ideas honestas... y ha hecho una buena limpieza en su ponzoñoso ministerio. Durnovo, el ministro del Interior, está realizando un trabajo espléndido. Estoy muy contento con él. El resto de los ministros son gente sin ninguna importancia.”

La opinión del emperador sobre Witte no sólo era justificada sino ampliamente compartida. Bajo la tensión de esas turbulentas y aterradoras semanas, el primer ministro parecía haber perdido la cabeza. Sus

opiniones pasaban de un extremo al otro de una manera alarmante y contradictoria. El 10 de diciembre, Pablo Benckendorff escribió que la gente que antes había juzgado necesario apoyar a Witte, incluido él mismo, ahora le daba la espalda. En ese momento, agregó, era una ilusión imaginar que el gobierno tenía alguna alternativa, salvo el uso en gran escala de la fuerza. Si, a despecho del creciente desengaño con Witte, Nicolás retuvo al primer ministro hasta abril de 1906, ello se debió, sobre todo, a su fama como genio financiero y a los fuertes lazos que mantenía con los banqueros del exterior. En el invierno de 1905-1906, Rusia se hallaba sumida en un desastre financiero. Witte mismo le escribió al ministro de Relaciones Exteriores, el conde Lambsdorff: “Estamos al borde de una crisis económica y, por consiguiente, de una crisis general. Tratamos de sobrevivir de una semana a otra, pero hay un límite para todo”. Rusia estaba a un paso de verse forzada a abandonar el patrón oro, con desastrosas consecuencias para su credibilidad. La salvación consistía en conseguir un generoso préstamo del exterior, y las aptitudes y contactos de Witte se consideraban esenciales a ese respecto. En abril de 1906 se obtuvo, al fin, el préstamo, y la carta de gratitud que Nicolás le envió a Witte mostraba tanto su creencia de que el papel del ministro había sido decisivo como su sensación de que el convenio “constituía un gran triunfo moral para el gobierno, y la promesa de un futuro tranquilo y un desarrollo pacífico de Rusia”.

Para entender las circunstancias en las que se negoció el préstamo y por qué resultó tan difícil conseguirlo, conviene retroceder en el tiempo a fin de ubicarse en el contexto europeo en que se producía la crisis interna de Rusia. En los años 1903-1906, se suscitaron cambios de enorme trascendencia en las relaciones internacionales de Europa. En la década de 1890, la Europa continental se había dividido en dos bloques de poder: la alianza franco-rusa, por un lado, y la unión entre Alemania y Austria, por el otro, de la que Italia era un aliado muy poco confiable. Gran Bretaña se mantenía separada de ambos bloques, aunque sus relaciones con Berlín y Viena eran, en términos generales, mejores que las que mantenía con Francia o Rusia. La rivalidad anglo-rusa en Asia se había ahondado, llevando a los dos imperios al borde de la guerra en más de una ocasión. Ya en 1898, el enfrentamiento anglo-

francés en África dio pie para pensar en la probabilidad de un conflicto armado entre ambos países. Dentro de la alianza franco-rusa, se consideraban y planificaban las posibilidades de una acción militar unida contra Gran Bretaña.

Hacia 1900, los dirigentes británicos percibían que si bien su país era aún el Estado más poderoso de Europa, su poder estaba declinando con respecto a sus competidores, en especial Alemania. Los recursos ya no estaban a la altura de sus compromisos. Desde largo tiempo atrás se había reconocido que la seguridad de las posesiones británicas en el hemisferio occidental no podía mantenerse por la fuerza y que dependía de las buenas relaciones con Estados Unidos. En 1902, la alianza anglo-japonesa fortaleció la posición de Gran Bretaña en el Lejano Oriente. En 1903, llegó a un acuerdo con Francia sobre una serie de cuestiones coloniales, de modo que las relaciones entre Londres y París mejoraron con rapidez, lo que planteó un gran interrogante acerca de la alianza franco-rusa. Durante los primeros años del siglo xx, Rusia mantuvo buenas relaciones con Berlín y Viena, la atención de Petersburgo se concentró en Asia y se consideró a Londres como el gran rival del imperio. La alianza anglo-japonesa estaba dirigida, principalmente, contra Rusia, y muchos rusos pensaban que, de no ser por esa alianza, Tokio no se habría atrevido nunca a ir a la guerra en 1904. Cuando la escuadra rusa del Báltico, *en route* al Pacífico, atacó la flota pesquera Hull, la guerra entre Rusia y Gran Bretaña parecía hartamente probable, ante el horror del gobierno francés. Mientras tanto, Alemania respaldaba a Rusia en la contienda, proporcionando carbón a los buques del almirante Rozhdestvensky, cuando emprendían el largo trayecto que separaba el Báltico del Lejano Oriente. En París, resultaba evidente que a menos que se lograra la reconciliación anglo-rusa, la política exterior francesa se vería en la desastrosa necesidad de elegir entre Petersburgo y Londres. En Berlín se percibía con igual claridad que el antagonismo anglo-ruso, junto con el colapso del poderío militar de Rusia como resultado de la derrota en el Lejano Oriente, proporcionaba una magnífica oportunidad para dividir la alianza franco-rusa y afirmar la preeminencia alemana en Europa. Una parte de esta política fue el proyecto de forjar una alianza con Petersburgo; la otra, fue la tentativa

de Berlín, en 1905, de recusar el derecho de Francia y Gran Bretaña a disponer del futuro de Marruecos sin consultar a Alemania.

En el otoño de 1904, Berlín procuró aprovecharse del resentimiento de Nicolás II por el apoyo británico a Japón, así como de su deseo de hacer frente a Londres mediante una alianza de las potencias continentales. Vladimir Lambsdorff, el ministro ruso de Relaciones Exteriores, le advirtió al emperador que convenía actuar con cautela, pues “me es imposible no percibir, en las propuestas del gobierno alemán, el esfuerzo continuo por romper las relaciones amistosas entre Rusia y Francia”. Sin embargo, cuando se reunió con el emperador alemán en Bjorkoye, en julio de 1905, Nicolás aceptó firmar una alianza secreta con Alemania. Según el Tratado de Bjorkoye, si uno de los imperios era atacado por otro país, su aliado acudiría en su ayuda con todas las fuerzas disponibles. El tratado entraría automáticamente en vigencia al finalizar la guerra ruso-japonesa, en cuyo momento el emperador ruso le comunicaría a los franceses los términos del acuerdo y los invitaría a unirse a la alianza. El interés de Nicolás en el tratado tal vez se debió a la seguridad adicional que este ofrecía a las ahora muy vulnerables fronteras de Rusia, tanto en Europa como en Asia. Sobre todo, Nicolás ya no consideraba la Triple Alianza de Alemania, Austria e Italia como una amenaza. Por el contrario, el verdadero peligro para él era Gran Bretaña, cuya alianza con Japón se renovó y fortaleció en 1905. Tal como le dijo a Lambsdorff, “en la actualidad, la Triple Alianza es, en esencia, sólo un recuerdo histórico, y Alemania, que entonces [cuando se firmó la alianza franco-rusa] parecía tan agresiva, nos propone aliarse con nosotros para formar, con fines exclusivamente *pacíficos*, una alianza común de las potencias continentales, capaz de poner coto a las aspiraciones inglesas, claramente confirmadas por el nuevo tratado anglo-japonés”. La reacción de Guillermo II luego de Bjorkoye demuestra que la confianza de su primo ruso era un poco ingenua. El emperador alemán le escribió a su canciller, Bernhard von Bulow: “la mañana del 25 de julio de 1905 en Bjorkoye, ha sido, por consiguiente, un punto de inflexión en la historia europea, gracias a la Divina Providencia. La situación de mi querida madre patria se ha aliviado enormemente, por cuanto ahora habrá de librarse del terrible yugo de la corrupción franco-rusa”.



El Tratado de Bjorkoye fue el último estertor de la diplomacia monárquica de viejo cuño. Los dos primos imperiales dispusieron del destino de sus imperios en ausencia tanto de Bulow como de Lambsdorff, los funcionarios responsables de la política exterior. Bulow se enfureció por la poca claridad del tratado y porque Guillermo había actuado sin su conocimiento. Amenazó de inmediato con renunciar, una amenaza que estuvo a punto de provocarle al káiser un colapso nervioso. Como era su costumbre, Vladimir Lambsdorff, un hombre mucho más amable que Bulow, simplemente se limitó a retorcerse las manos en un gesto de desesperación. El ministro de Relaciones Exteriores sabía demasiado bien que no había probabilidad alguna de persuadir a Francia de unirse a una alianza continental contra Gran Bretaña. Para París, el propósito global de la alianza franco-rusa era actuar como una garantía contra la agresión alemana. Con la profundización de la crisis marroquí, el temor de Francia y el resentimiento de Alemania habían llegado al pináculo. En 1905, la debilitada Rusia no estaba en condiciones de torcerles el brazo a los franceses y obligarlos a aceptar los proyectos antibritánicos de Petersburgo. La cuestión del préstamo también incidía, pues el mercado financiero francés era clave para el éxito de la negociación, y París ciertamente vetaría el empréstito ante la menor amenaza a la alianza franco-rusa. Pero el pensamiento básico de Lambsdorff descansaba en supuestos mucho más profundos y de mayor alcance que este. En octubre de 1905, le escribió a A.I. Nelidov, el embajador ruso en París: "A partir de mis muchos años de experiencia, he llegado a la conclusión de que, para estar en buenos términos con Alemania, se necesita una alianza con Francia. De otra manera, perderemos nuestra independencia y no conozco nada más penoso que el yugo alemán". El punto residía en que Rusia era más débil que Alemania y que esa debilidad nunca había sido tan grande como en 1905. En consecuencia, según la opinión de Lambsdorff, sólo era posible garantizar un trato respetuoso por parte de Berlín si Rusia contaba con el apoyo de París. De no ser así, pasaría a ser una dependencia alemana. Tal como le advirtió a Nicolás en septiembre de 1905: "Si los términos del tratado se llegan a conocer en París, entonces es muy probable que la política alemana logre su objetivo a largo plazo: romper la alianza franco-rusa de

una vez por todas y endurecer nuestras relaciones con Inglaterra hasta el punto de quedar aislados del todo y vinculados exclusivamente a Alemania”.

Luego de algunas maniobras astutas y de una cuota de humillación, Petersburgo pudo escapar del Tratado de Bjorkoye, aunque al precio inevitable de molestar a Guillermo II. En el invierno de 1905-1906, el principal objetivo de la diplomacia rusa era evitar la enemistad con París o con Berlín y zanjar la disputa marroquí lo más rápido posible, a fin de obtener el empréstito en el mercado financiero de París. Por último, se resolvió la disputa y se otorgó el préstamo, pero no sin antes forzar a Petersburgo a agriar aún más sus relaciones con Berlín, exigiéndole ponerse del lado francés en la cuestión de Marruecos. Simultáneamente, y para disgusto del general FF Palitsyn, el jefe del Estado Mayor ruso, fue preciso eliminar el aspecto antibritánico del acuerdo militar entre Petersburgo y París, ante la insistencia de los franceses. En 1905-1906, se dio un paso importantísimo, aunque no decisivo, hacia lo que sería la alineación de las grandes potencias europeas en 1914.

Durante gran parte de 1905 y 1906, sin embargo, los observadores extranjeros se preguntaban si Rusia volvería a ser una gran potencia. La crisis interna se intensificó en el período transcurrido entre la huelga general de octubre de 1905 y la disolución de la primera Duma por parte del gobierno, en julio de 1906. En esos meses, el colapso del régimen imperial parecía inminente. En caso de producirse, era probable que Alemania interviniera militarmente, aunque sólo fuese para proteger a la muy vulnerable comunidad alemana de las provincias rusas del Báltico. Si la política rusa se desplazaba hacia la anarquía y el socialismo, tal como aconteció en 1917, Europa intervendría para proteger las enormes inversiones extranjeras en el imperio. La idea de que el país sufriera el mismo destino que China o Irán horrorizaba a los patriotas, para no mencionar a los representantes diplomáticos de Rusia en el exterior, al tiempo que despertaba una gran inquietud en París y Londres. Con Rusia eliminada del club de las grandes potencias, la supremacía de Alemania en Europa sería inevitable, sobre todo si un régimen ruso tenía que ser apuntalado por las bayonetas alemanas. En julio de 1906, el conde Alejandro Benckendorff, embajador ruso en Londres, le confe-

só al nuevo ministro de Relaciones Exteriores, A.P. Izvolsky: "Me obsesionan dos pesadillas: la bancarrota y la inmediata interferencia [foránea] económica y luego, lo que es peor, la intervención. Parece alocado pensar así, pero no puedo evitarlo, y no me refiero al presente sino al futuro. La idea de la intervención alemana atormenta a la gente aquí [en Londres]".

En este caso, los temores de Benckendorff eran infundados. El régimen imperial sobrevivió, y en abril de 1906 se inauguró la primera Duma en una impresionante y fastuosa ceremonia realizada en el Palacio de Invierno. La escena fue descrita en el diario del gran duque Constantino.

"En el Salón [Nicolás], se encontraban muchos miembros de la Duma, algunos vestidos de etiqueta, otros en traje de calle o con el atuendo ruso... La familia debía llegar a la 1.30... Estábamos todos allí... sus Majestades arribaron poco después de las 2. El Emperador llevaba el uniforme del regimiento Preobrazhensky, la Emperatriz María Fiodórovna, un vestido de satén blanco con orlas de marta cebellina rusa, y la Emperatriz Alejandra..., en blanco y dorado, lucía una diadema hecha con las enormes perlas de Catalina II. La procesión se encaminó al Salón San Jorge... quienes la encabezaban portaban los emblemas imperiales: el sello, la espada, el estandarte, el cetro y el orbe... Después que sus Majestades hubieron besado la cruz, el metropolitano Antonio dio comienzo al servicio religioso ante el ícono del Salvador... A la izquierda, se encontraban los miembros del Consejo de estado, a la derecha, los miembros de la Duma... El servicio terminó... Cuando todos hubieron ocupado sus respectivos lugares, el Emperador se dirigió al trono, lenta y majestuosamente... A una señal del Emperador, el ministro de la Corte subió los escalones y, con una profunda reverencia, le entregó un papel; el Emperador lo tomó..., se puso de pie y comenzó a leer el discurso en voz alta, con claridad y lentitud. Cuanto más leía él, tanto más me sobrecogía la emoción. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Las palabras del discurso eran tan buenas, tan verdaderas y parecían tan sinceras que resultaba imposible añadir otras o quitar algunas... El Zar terminó su alocución, diciendo: '¡Quiera Dios venir en mi ayuda y en la vuestra!'."

No todos los diputados de la Duma se sintieron tan impresionados como el gran duque por esta muestra de dignidad y magnificencia imperial. Algunos críticos alegaron que ese tipo de ceremonias estaban pasadas de moda y ya no impresionaban a la gente común. Otros diputados aludieron al contraste entre la opulencia imperial y la pobreza del campesino. La ceremonia había sido planeada por la emperatriz Alejandra, que, como de costumbre, recibió su cuota de críticas. Nueve años después, cuando la zarina se quitó el ropaje de la realeza y vistió el uniforme de enfermera durante la Gran Guerra, también provocó acerbas críticas, aunque esta vez desde un punto de vista opuesto. Incluso Lili Dehn, su amiga íntima, comentó que

“tal vez la Emperatriz se equivocó en cuanto a su concepción de la mentalidad del campesino ruso. Y, como crítica imparcial, debo decir que eso fue, probablemente, lo que ocurrió. Cuando ella decidió usar la Cruz Roja, el signo de la fraternidad universal y de la compasión, el soldado promedio sólo veía en la Cruz Roja un emblema de la pérdida de su dignidad como Emperatriz de Rusia. Toda vez que ella curaba sus heridas o realizaba las tareas más serviles, se sentía escandalizado e incómodo. Nunca imaginó a la Emperatriz como una mujer, sino sólo como una imponente y resplandeciente Soberana”.

En la Rusia de principios del siglo xx era difícil saber cómo representar mejor el simbolismo de la monarquía. En Gran Bretaña o Alemania, el ciudadano burgués se enorgullecía del boato de la realeza y, al mismo tiempo, lo confortaba la sensación de que los valores patrióticos filiteos y la respetable vida familiar de Jorge V y Guillermo II reflejaban aquellos que existían, por así decirlo, en torno al calor del hogar de la clase media. Pero en Rusia el ciudadano promedio, y el electorado clave de la monarquía, no era el burgués hogareño sino el campesino. Por consiguiente, a los extranjeros ilustrados no les resultaba sencillo comprender sus valores y necesidades psicológicas y responder a ellas. De hecho, en una época en que los valores y la mentalidad del *mujik* estaban cambiando rápidamente, era probable que esas necesidades fue-



sen contradictorias y a menudo insondables, incluso para el campesino mismo.

Las relaciones del gobierno con la Duma habían tomado un curso predecible. La asamblea estaba dominada por los miembros del partido constitucional-democrático (kadete), que se había comprometido a mantener un gobierno parlamentario, a conceder la amnistía a los presos políticos y a expropiar parcialmente los grandes latifundios. Es más, era palmario que los kadetes dominaban la Duma sólo porque los partidos socialistas se habían negado a participar en las elecciones. Los inicialmente no afiliados radicales y campesinos que se unieron a la facción *trudovik* se situaron a la izquierda de los kadetes y pidieron, entre otras cosas, la total confiscación de las tierras privadas. La única cuestión no era *si* el gobierno disolvería la Duma, sino *cuándo* lo haría, y si estaba dispuesto a enfrentar la resistencia masiva que ello podía significar. En julio de 1906, se produjo la disolución de la Duma y la población no respondió al llamado del partido kadete a una huelga para reducir los impuestos. Los motines en las bases de Kronstadt y Sveaborg, de la flota del Báltico, fueron pronta y brutalmente reprimidos. Cuando la segunda Duma fue electa y demostró ser más recalcitrante que la primera, también se la disolvió sin dificultad. Esta vez, en el llamado *coup* del 16 de junio de 1907, el gobierno combinó la disolución con el cambio de la ley electoral a fin de garantizar que los futuros parlamentos estuviesen dominados por la elite terrateniente. La revolución había sido finalmente derrotada. La monarquía había sobrevivido, aunque con ciertas modificaciones y al precio del odio, de la amargura y de un gran derramamiento de sangre.



## ¿Monarquía constitucional? (1907-1914)

Los años transcurridos entre el estallido de la guerra ruso-japonesa, en enero de 1904, y la disolución de la segunda Duma, en junio de 1907, fueron una época difícil para Nicolás, pues a los ojos de un inocente y siempre optimista patriota como el zar, la derrota bélica y la revolución constituyeron duros e inesperados golpes. No obstante, Nicolás y Alejandra experimentaron una gran alegría durante ese aciago período. El 12 de agosto de 1904 nació el heredero del trono de Rusia. El emperador escribió en su diario: “Un día inolvidable para nosotros, en que la gracia de Dios nos visitó de modo tan manifiesto... Las palabras no bastan para agradecer a Dios este consuelo enviado por Él en un año de tantas tribulaciones”. El niño se llamó Alexéi en memoria del padre de Pedro el Grande, el ancestro favorito de Nicolás. El nombre del niño tenía resonancias simbólicas. Al igual que muchos rusos conservadores, el emperador rememoraba con nostalgia la época anterior a Pedro el Grande, cuando aún no se habían importado las ideas occidentales ni se había creado, en el proceso, la división de la sociedad entre las elites occidentalizadas y las masas rusas, una división que aún en ese momento seguía siendo crucial para la supervivencia del imperio. Nicolás esperaba que el reinado de un nuevo Alexéi permitiera a Rusia recuperar la armonía y el patriotismo de antaño, cuando “los pueblos antiguos y medievales se caracterizaban por un espíritu fuerte y no se dejaban confundir por las ideas de los socialdemócratas, los *trudoviki* y otras gentes de la misma calaña, sino que marchaban con paso firme hacia la creación de un reino y la consolidación de su poder”.

Entre 1895 y 1901, la emperatriz dio a luz a cuatro hijas: Olga, Tatiana, María y Anastasia. Las cuatro eran criaturas hermosas, saludables, vivaces y muy amadas por sus progenitores. Nicolás era un buen padre y el círculo familiar rebosaba de amor, calidez y seguridad. Si el emperador tuvo una favorita, esa fue probablemente Tatiana, cuya personalidad se asemejaba a la de su madre. Olga, la mayor, era la más reflexiva, sensible e inteligente de las cuatro. María, la tercera, de grandes ojos grises y maneras afectuosas, sencillas y amables, tenía el don de entablar buenas relaciones con la gente desde el primer encuentro, y en ese sentido superaba a sus hermanas. Anastasia, nacida en 1901, se destacaba como la humorista de la familia. Pero según la ley rusa, ninguna mujer podía heredar el trono. Si Nicolás hubiera muerto antes de 1904, el trono le habría correspondido a su bondadoso pero débil hermano menor, el gran duque Miguel. Dado que Miguel era soltero en 1904 y que contrajo, posteriormente, un matrimonio ilegal y morganático, la herencia de los Romanov hubiese pasado entonces al hermano menor de Alejandro III, el gran duque Vladimir, y a sus descendientes. La tensión y el mutuo disgusto entre “la rama de Vladimir” y la pareja imperial nunca estuvieron demasiado lejos de la superficie en el siglo XX. Así pues, era mucho lo que dependía de la vida del niño nacido en agosto de 1904. Lo más terrible de todo fue descubrir que el heredero padecía de hemofilia.

En la época eduardiana no había tratamiento alguno para la hemofilia ni una manera efectiva de aliviar los terribles sufrimientos periódicos que causaba esta dolencia. La probabilidad de que un hemofílico llegara a la madurez era prácticamente nula, y mucho menos que llevara una vida normal. Para los padres que amaban a sus hijos tan intensamente como lo hacía la pareja imperial, la tensión física y emocional producida por un hijo hemofílico debe haber sido muy grande. En el caso de Nicolás y Alejandra, las cosas se agravaron por cuanto se juzgaba inconcebible admitir que el futuro autócrata de todas las Rusias era un enfermo incurable, posiblemente condenado a una muerte temprana. Por consiguiente, se vieron forzados a renunciar a la compasión y comprensión que hubieran recibido por parte de quienes los amaban y respetaban. Es más, por muy terribles que fuesen los ataques periódicos



cos de Alexéi, un monarca –y mucho más un autócrata ruso– estaba obligado a mantener las apariencias. Aun adorando a Alexéi, Nicolás nunca dejó entrever sus verdaderos sentimientos, lo cual demuestra su extraordinario dominio de sí mismo. Tal como Alejandra le escribió en una oportunidad: “Siempre mantendrás una expresión animada en tu rostro y ocultarás las penas en tu interior”.

Inevitablemente, fue la madre quien se hizo cargo de los ataques periódicos de la enfermedad de su hijo, además de padecer una incesante inquietud incluso cuando el niño estaba relativamente saludable. Tampoco pudo escapar de la culpa, pues sabía que ella era la causa de los sufrimientos de Alexéi y de la preocupación adicional por el futuro de la dinastía, ahora en manos de su marido. Físicamente frágil y siempre muy angustiada, la emperatriz vertió la última gota de energía en cuidar a su hijo y en atenderlo durante sus ataques. Como madre, Alejandra superaba con mucho a su prima, la reina Eugenia de España, que no sólo se las arregló para alejar a su hijo mayor de Madrid, sino que lo veía muy de vez en cuando. Pero el esfuerzo le costó caro a la zarina. A menudo se hallaba demasiado enferma y exhausta para hacer el papel de consorte de un monarca, lo cual le granjeó la antipatía y el odio de muchos. Es más, la ansiedad provocada por la enfermedad de su hijo la empujó al borde del colapso nervioso, tal como observó correctamente la gran duquesa Olga: “El nacimiento de un hijo, que debió haber sido el acontecimiento más feliz en la vida de Nicky y Alicky, se convirtió en la cruz más pesada”.

La religión fue un gran consuelo para la emperatriz, que nunca dudó de que Dios intervenía en los asuntos del mundo, probando a los seres humanos, castigándolos por sus pecados pero, en definitiva, perdonándolos y rescatándolos si oraban y creían con suficiente pureza y compromiso. Durante la guerra ruso-japonesa, por ejemplo, Alejandra atribuyó las derrotas de Rusia al castigo de Dios por los pecados del país. En junio de 1904, Pablo Benckendorff le escribió a su hermano: “En la actualidad, ella es presa de una muy visible exaltación religiosa”. La religión de Alejandra era la del corazón, no la del intelecto. En una oportunidad, le escribió a Nicolás que “nuestra iglesia... necesita del alma, no del cerebro”. La razón y el dogma eran insignificantes frente a la

experiencia religiosa directa y a la pureza del corazón y la conciencia. La actitud de la emperatriz se asemejaba a la de los pietistas, que influyeron considerablemente en la mentalidad de la aristocracia prusiana de los siglos XVIII y XIX. Asimismo, guardaba similitud con el movimiento evangélico, liderado por lord Radstock, que se impuso en la alta sociedad de Petersburgo en la década de 1870. Pero a esta concepción de la fe esencialmente protestante, Alejandra le añadió el misticismo y la superstición ortodoxa. Tanto para la emperatriz como para su marido, la experiencia religiosa más elevada de todo el reinado fue, probablemente, la ceremonia que acompañó al segundo entierro del recién canonizado San Serafín de Sarov, llevada a cabo en el verano de 1903, en las profundidades de la Rusia rural. Cuando concluyó el servicio religioso, ya había caído la tarde. Al menos trescientas mil personas se habían reunido fuera de la iglesia donde el emperador, ambas emperatrices y muchos grandes duques habían participado en el servicio.

“Al abandonar la iglesia, nos encontramos con otro templo. La gente, de pie y en un silencio reverencial, llenaba el monasterio, cada uno con una vela en la mano. Los que se hallaban frente a la catedral se habían arrodillado y oraban. Cuando dejamos atrás el muro del monasterio, nos encontramos con el mismo espectáculo, aunque más majestuoso e impresionante: una enorme multitud se extendía ante nosotros. Todos tenían una vela, y algunos, incluso varias... Se trataba, literalmente, de un campamento de peregrinos. Se elevaron cánticos desde diversos sitios, pero como los cantores no se veían, las voces parecían provenir del cielo mismo... los cantos continuaron, aunque ya estaba anocheciendo.”

Las opiniones de A.A. Kireev sobre la ortodoxia, la nacionalidad rusa y la unión entre el zar y el pueblo le granjearon la simpatía de Alejandra. Por lo demás, el viejo general le tenía cariño, pensaba que era inteligente, sabía cómo hacerla sentir cómoda y comprendía sus vicisitudes. Los diarios de Kireev son, pues, un buen registro del estado mental de la emperatriz. En marzo de 1904, una de las damas de honor de Alejandra coincidió con el general en que era una inglesa pragmática

en la superficie y, en el fondo, una mística rusa. La emperatriz creía profundamente en la importancia religiosa de la autocracia, esto es, en los lazos de responsabilidad y afecto que unían al zar ortodoxo tanto con Dios como con el pueblo ruso. "Ella mira Rusia a través del prisma de las festividades de Sarov y de las aclamaciones del pueblo en Moscú durante la Cuaresma." La revolución de 1905 y la salud de su hijo le produjeron una enorme angustia. En febrero y marzo de 1908, por ejemplo, Kireev recordó que si bien la salud de Alejandra estaba mejorando lentamente, todavía se hallaba en un estado de intenso nerviosismo. Seguía teniendo sueños terribles acerca del asesinato de su esposo y de su hijo. Tampoco ignoraba el desagrado que producía en la mayor parte de la población y hasta qué punto era el objeto de las calumnias y la maledicencia de la sociedad petersburguesa. Dos años más tarde, casi en la última anotación del diario, Kireev escribió que la fe de Alejandra no dejaba de crecer, pero se trataba de una rara fe mística, una suerte de cristianismo por completo extraño. La emperatriz pensaba que sus plegarias protegerían a su esposo. Kireev, que no sabía nada acerca de la hemofilia del heredero, supuso que el estado mental de Alejandra se relacionaba en gran parte con su hijo. Temía que "los desórdenes psíquicos" la destruyeran y comentó que su estado se estaba volviendo "terriblemente peligroso". Nueve meses antes, había mencionado por primera vez en su diario el nombre de Rasputin: "¡Probablemente consideren a 'Grisha' como una suerte de mascota y piensen que les traerá buena suerte! Pero una influencia de esa naturaleza puede cobrar formas muy indeseables".

La pareja imperial conoció a Rasputin en el otoño de 1905, quince días después del manifiesto de Octubre, donde Nicolás había prometido una Constitución a Rusia. Como la mayoría de los otros canallas que lograban acceder al Emperador, Rasputin le fue presentado por los parientes de los Romanov, en este caso el gran duque Nicolás Nikoláyevich, su esposa y su cuñada. Rasputin era un campesino siberiano convertido en un peregrino de tiempo completo y en un *starets* (un hombre dedicado a Dios). Representaba la voz de la religión popular rusa, y con frecuencia se cuestionaba su conexión con la jerarquía y el dogma de la Iglesia ortodoxa. El sacerdote y los rituales ortodoxos ocupaban el cen-

tro de la vida aldeana, pero los espíritus paganos, las brujas y los duendes acechaban en torno a sus fronteras. A semejanza de otros personajes de su tipo, encontró protección en la alta sociedad de Petersburgo y, lo que es más significativo, en la jerarquía eclesiástica como un *starets* sincero, arrepentido, aunque, sin duda, pecador; se lo consideró la auténtica voz del cristianismo popular ruso. Luego, cuando el daño infligido por Rasputin al prestigio de la corona y de la Iglesia fue evidente, muchos de sus antiguos protectores le volvieron la espalda e incluso llegaron a denunciarlo ante la pareja imperial. Nicolás y Alejandra estaban, sin embargo, preparados para rechazar los ataques de esos camaleones. S.S. Fabritsky recordaba que “personalmente, tuve que oír en muchas oportunidades el mismo comentario expresado con voz cansina por el Emperador o la Emperatriz: ‘sabemos de sobra que basta con que alguien se acerque a nosotros y nos agrade por alguna razón, para que la gente comience de inmediato a calumniarlo’.” Aplicado al envidioso y maldiciente mundo de Petersburgo, el comentario era válido, aun en lo relativo a Rasputin.

La influencia del *starets* sobre Nicolás y Alejandra se debía a su extraordinaria habilidad para detener la hemorragia cuando Alexéi tenía uno de sus ataques, de los que nadie pudo proporcionar jamás ninguna explicación médica satisfactoria. El zarevich sufrió un gravísimo ataque en 1913, mientras estaba en el coto de caza de su padre, en Spala. El niño literalmente agonizaba y sólo se recuperó tras la intervención de Rasputin. La gran duquesa Olga recuerda que “ese mismo año me encontré con el profesor Fedorov, que me dijo que la recuperación del zarevich era del todo inexplicable desde el punto de vista médico”.

La gran duquesa misma fue testigo de uno de los primeros “milagros”, cuando Alexéi tuvo un accidente en el parque de Sarskoie Selo.

“Me pregunto qué debe de haber pensado Alicky [la Emperatriz], pues esa parecía ser la primera de una serie de crisis. El pobre niño yacía en la cama presa de insoportables dolores; manchas oscuras rodeaban sus ojos, su cuerpecito se contorsionaba y tenía la pierna terriblemente hinchada. Los médicos estaban más asustados que nosotros y se limitaban a murmurar entre ellos. Apparently, no había nada que



podieran hacer, y luego de transcurridas varias horas, perdieron toda esperanza. Ya era muy tarde y me persuadieron de ir a mis habitaciones. Alicky envió un mensaje a Rasputin, quien se encontraba en San Petersburgo. Llegó a palacio cerca de la medianoche, o tal vez más tarde. A la mañana temprano, Alicky me pidió que fuera al cuarto de Alexéi. Sencillamente, no pude creer lo que veían mis ojos: el niño no sólo estaba vivo, sino perfectamente sano. Sentado en la cama, sus ojos claros resplandecían; la fiebre había desaparecido y no había signos de hinchazón en la pierna. El horror de la noche anterior se convirtió en una increíble y remota pesadilla, más tarde, me enteré por Alicky de que Rasputin ni siquiera había tocado al niño. Simplemente había permanecido a los pies de su cama y rezando. Algunos dijeron, desde luego, que las plegarias de Rasputin y la recuperación de mi sobrino eran una mera coincidencia. En primer lugar, cualquier médico les diría que un ataque de tanta gravedad no puede curarse en unas pocas horas. En segundo lugar, si hubiera sucedido, digamos, en una o dos ocasiones, cabría hablar de coincidencia, ¡pero ni siquiera puedo contar las veces en que eso ocurrió!”

Según la emperatriz, las milagrosas intervenciones de Rasputin para salvar la vida de su hijo demostraban que era “un hombre de Dios”, enviado con el propósito de ayudar a la pareja imperial en sus muchas dificultades y tribulaciones. Pero también le importaba que Rasputin fuera un hombre procedente del pueblo. A esta altura, el lector ya se habrá cansado de las numerosas referencias al acendrado populismo de Nicolás y Alejandra. Esta actitud se hallaba, empero, muy difundida en la sociedad rusa ilustrada, tanto en la derecha como en la izquierda del espectro político. Visto desde cierta perspectiva, el coraje, la paciencia y la humildad del campesino ruso resultaban mucho más atractivos que la moral y las costumbres de la aristocracia o de la *intelligentsia*. Pero los factores psicológicos también incidían en esta apasionada fe en “el pueblo” por parte de los rusos cultos.

El término “populismo” se remonta a la Rusia de la década de 1870 y se aplicaba a los jóvenes radicales que, en los años 60 y 70, se volvieron contra el mundo de sus padres, contra el Estado y contra la socie-

dad burguesa victoriana. Estos hombres y mujeres crearon un mundo propio y aislado, una contracultura revolucionaria basada en la adoración al “pueblo” y en el compromiso con su bienestar. Hubo muchas razones que explican la aparición de esta contracultura, sin mencionar las formas irracionales que a veces cobró. Una de esas razones fue el aislamiento y la pérdida del equilibrio emocional de los individuos desarraigados de su familia y de su medio social, a menudo lanzados a una frenética búsqueda de alguna estrella alternativa que guiara su vida y le confiriera un propósito. Curiosamente, estas personas guardaban un cierto paralelismo con la emperatriz Alejandra, sola y aislada de la clase alta rusa e impulsada por sus emociones a buscar una comunicación, no con el auténtico pueblo ruso sino, más bien, con una visión idealizada de lo que debería ser ese pueblo. Todavía más evidente era la forma como la emperatriz se adecuaba a la tradición del populismo conservador ruso. La ideología más influyente en el conservadurismo decimonónico fue el *eslavofilismo*, cuyo mayor publicista había sido nada menos que el general A.A. Kireev. De acuerdo con la prédica eslavófila, los valores religiosos, culturales y políticos de Rusia habían sido preservados y custodiados por el campesinado ortodoxo y no por las elites occidentalizadas. Fiódor Dostoievski adhirió, parcialmente, a esta tradición y creía que los rusos ilustrados debían acudir al pueblo para aprender de ellos el significado de la fe cristiana.

Nicolás II y su familia compartían muchas de estas creencias. Luego de su boda, la hermana del zar, Olga, pudo al fin ponerse en contacto con el campesinado, visitando las aldeas situadas en las tierras pertenecientes a su marido. “Iba de pueblo en pueblo y nadie interfería conmigo. Entraba en las chozas, hablaba con los *mujiks* y me sentía cómoda. Había tribulaciones y penurias, y también fui testigo de un tipo de miseria que jamás imaginé que existiese. Pero había también amabilidad, magnanimidad y una inquebrantable fe en Dios. A mi entender, esos campesinos eran ricos a pesar de su pobreza, y cuando estaba con ellos, me sentía un auténtico ser humano.”

Pero la posición del emperador le impedía comportarse como su hermana. Sin embargo, entre 1907 y 1914 hubo grandes celebraciones y aniversarios que le permitieron conocer a un gran número de cam-

pesinos con los que procuró tener un contacto personal y de quienes recibió una calurosa acogida. Ello lo convenció de la lealtad a la monarquía por parte de las masas campesinas, cuyos disturbios en 1905-1906 podían atribuirse cómodamente a los agitadores de la *intelligentsia* y, sobre todo, a los judíos y otros elementos “no rusos” y nada patrióticos. Poco después de las grandes celebraciones de 1909, realizadas cerca de Poltava para festejar el bicentenario de la famosa victoria sobre los suecos, Nicolás recibió al agregado militar francés en una audiencia. Cuando el coronel Matton se refirió a la calidez con que las multitudes habían acogido al emperador, Nicolás le respondió de una manera que no sólo reflejaba su creencia en la lealtad del pueblo, sino también una actitud defensiva y la necesidad de seguir confiando en el campesinado.

“Sí –me dijo, haciendo alusión a las aclamaciones recibidas–, ya no estamos en Petersburgo y uno no puede decir que el pueblo ruso no ame a su emperador... Es cierto que la población rural, los dueños de la tierra, la nobleza y el ejército continúan siendo leales al zar; los elementos revolucionarios están compuestos, en su mayoría, por judíos, estudiantes, campesinos sin tierra y algunos obreros. Estos elementos no estaban presentes en Poltava.”

Asimismo, el papel de Rasputin consistía, en parte, en actuar como la voz genuina y tranquilizadora del pueblo ruso leal, una voz pasible de eclipsar el recuerdo de los radicales y agitadores que indujeron a los campesinos a elegir la primera y la segunda Duma.

No sólo Alejandra sino también Nicolás fueron, hasta cierto punto, víctimas de la propia necesidad de creer en la devoción del pueblo. El gran mito de la unión entre el zar y el pueblo constituía la piedra angular de todo el edificio político zarista. Los revolucionarios y los historiadores han gastado mucha energía explicando –y lamentando– cómo el campesinado ruso fue engañado por este mito. Irónicamente, Nicolás y Alejandra resultaron tan engañados como cualquier campesino. Sin embargo, sería erróneo imaginar que la concepción de Nicolás de su relación con el pueblo ruso era el producto de la ingenuidad y de las

falsas ilusiones. Tampoco era difícil comprender su frustración ante los obstáculos que lo separaban del campesinado.

El emperador estaba en lo cierto al creer que la monarquía era la única institución política rusa con algún ascendiente sobre las emociones y las lealtades tanto de las elites como de las masas. Los valores simples, patrióticos y bastante filisteos de Nicolás, sin mencionar el estilo doméstico, cálido y protector de la familia imperial, eran objeto de la burla de muchos miembros de la alta sociedad y de la *intelligentsia*, aunque resultaban muy atractivos para el común de los hombres y las mujeres. El emperador admiraba e incluso idealizaba las cualidades del campesino y del soldado rusos. Y no se equivocaba al suponer que gran parte del pensamiento político ruso tradicional se hallaba profundamente inserto en la mentalidad del pueblo. Pedro Durnovo, refiriéndose a esta tradición, comentó en 1910: “De acuerdo con las ideas de nuestro pueblo, el Zar debe ser terrible pero magnánimo, terrible por encima de todo y luego magnánimo”. Algunos aspectos de la historia política soviética corroborarían luego este comentario. La imaginaria religiosa y el paternalismo zarista se repitieron en el culto a Lenin y en la opinión sustentada por los ciudadanos soviéticos comunes, aun en la década de 1970, de que “al menos Lenin nos amaba”. La dictadura de Stalin fue, en cierto modo, el equivalente del imperio en su versión más medieval y despiadada, y el dictador mismo adoptó la postura de Iván el Terrible.

Ni siquiera las palabras de Rasputin fueron siempre absurdas o movidas por el mero egoísmo, a veces expresaban los genuinos temores y aspiraciones del campesino. En el otoño de 1913, asustado por los rumores de una guerra inminente y preocupado por la forma como los periódicos incitaban el frenesí de los nacionalistas pro eslavos, Rasputin concedió dos entrevistas en las que manifestó que era preciso mantener la paz a cualquier precio. No sólo los cristianos no deberían matarse unos a otros por principio, sino que, comparados con los pueblos supuestamente cristianos de los Balcanes, “los turcos eran más justos y pacíficos en cuestiones religiosas. Uno puede comprobarlo en persona, pero los periódicos dicen otra cosa”. Muy diferente de este ejemplo de sabiduría popular fue el consejo que le dio a Nicolás el



presidente de la Duma, M.V. Rodzyanko, en la Semana Santa de 1913. Refiriéndose al sentimiento pro eslavo, el representante electo de las elites rusas comentó: "Uno debe sacar provecho del entusiasmo general. Los Estrechos [Constantinopla] nos pertenecen. La guerra será aceptada con alegría y contribuirá a incrementar el poder imperial". No cabe siquiera preguntarse cuál de estas opiniones era la más sensata y reflejaba mejor los sentimientos de las masas rusas, cuya sangre sería generosamente derramada por los Estrechos y por el prestigio del gobierno, en caso de que estallara una guerra en Europa.

Ello no significa negar que la intimidad entre Rasputin y la pareja imperial resultaba desastrosa para la monarquía. El peligro no era la influencia que el *starets* pudiera ejercer, exagerada como siempre por los chismes de la corte. Antes de 1914, pese a las infinitas historias que circulaban, no hay pruebas de que haya influido o desempeñado un papel en la política. No obstante, contribuyó a provocar la agitación y la división dentro de la Iglesia ortodoxa, de cuyo seno había surgido. Se le atribuyó a Rasputin, tal vez correctamente, el mérito de haber promovido al monje Varnava al obispado de Kargopol. La feroz batalla entre el *starets* y dos demagogos antisemitas, el obispo Hermógenes de Tsaritsyn y su aliado, el monje Iliodoro, dañó tanto el prestigio de la Iglesia como el de la monarquía. Tal como era su costumbre, Rasputin se jactó ante Iliodoro de su influencia sobre Nicolás y Alejandra, y le entregó al monje algunas cartas de la emperatriz para demostrar su veracidad. Iliodoro difundió las jactancias y las misivas a lo largo y a lo ancho del imperio: las fanfarronadas se tomaron en sentido literal, y las inocuas aunque floridas cartas aumentaron en número, pues se agregaron otras falsas, de carácter pornográfico. Nicolás expulsó a Hermógenes y a Iliodoro de Petersburgo a fin de acallar el escándalo, del que sacaron provecho quienes creían que la voz de Rasputin era todopoderosa en la Iglesia.

En ese entonces, se desencadenó una feroz controversia en la sociedad acerca de la necesidad de liberar a la Iglesia ortodoxa del control del Estado. El papel de Rasputin era un arma concedida por Dios a quienes alegaban, con toda razón, que el dominio del Estado no favorecía los intereses de la Ortodoxia. El planteo de Rasputin fue retoma-

do en la Duma y se le dio amplia publicidad en la prensa, invocando el privilegio parlamentario. La figura clave de este movimiento fue Alejandro Guchkov, líder del partido octubrista, que defendía la independencia de la Iglesia, así como la remoción de Nicolás II, de los otros Romanov y de “sus camarillas” de todo papel activo en la política y en el gobierno. El deseo de Guchkov de alcanzar ese objetivo reflejaba, hasta cierto punto, su ambición de llenar él mismo el vacío político resultante, y también su creencia de que la destitución de los Romanov contribuiría a un sistema de gobierno más eficaz e inteligente. Tal vez Guchkov estaba en lo cierto, pero cabe preguntarse si elites tan vulnerables como las rusas podían permitirse el lujo de exhibir sus problemas en público y dañar el prestigio de la monarquía de la forma como lo hicieron. Un sistema parlamentario, en el que los líderes políticos rivales competían abiertamente por la influencia, denunciándose unos a otros y denunciando también, de paso, al gobierno, era peligroso desde el punto de vista egoísta de las elites, pues estas operaban ahora en una sociedad cada vez más ilustrada donde se había abolido la censura previa y habían aparecido varios periódicos de circulación masiva.

Las metas y tácticas de Guchkov, como se mencionó antes, eran similares a las perseguidas en Alemania por Maximiliano Harden, que procuró expulsar de la actividad política a Guillermo II y a su irresponsable entorno. Incluso las acusaciones de Harden relativas al espiritismo y a la homosexualidad de la camarilla de Guillermo repercutieron en el Rasputin *affaire*. Tanto Harden como Guchkov eran representantes de la clase media de la nueva sociedad urbana creada por la revolución industrial. Guchkov, el político del partido electo proveniente de una familia de industriales, y Harden, el editor de un periódico, estaban tratando de librar a sus respectivos sistemas políticos de “todo vestigio de feudalismo” que no fuese meramente simbólico. Pero Harden, a diferencia de Guchkov, actuaba en una sociedad rica y relativamente estable, con una numerosa clase media, un campesinado bastante conservador y una clase obrera que, en su mayoría, había abandonado en la práctica la meta de la revolución socialista; por lo tanto, su campaña era más segura y tenía más probabilidad de éxito que en el caso de Rusia. Nicolás II todavía controlaba el ejército, la policía y casi toda la burocracia. Su influjo

sobre la lealtad del campesinado, que constituía el 80% de la población, superaba al de cualquier político elegido por las elites y la clase media rusas. En esas circunstancias, a menos que el zar aceptara por propia voluntad relegarse a un papel puramente simbólico, sólo la revolución podría dejarlo a un lado. Pero los miembros de las elites rusas sabían muy bien que la revolución significaba también jugar con fuego.

Para Pedro Stolypin y Vladimir Kokovstov, ambos primeros ministros rusos desde 1906 a 1914, el Rasputin *affaire* implicaba una cruz adicional. Su posición se dificultó debido a que ignoraban las características de la enfermedad del heredero y del rol desempeñado por Rasputin en la preservación de la vida de Alexéi. Ello aumentó su frustración ante la renuencia del emperador a expulsar al *starets* de Petersburgo de una vez por todas. No debería exagerarse, empero, la importancia de Rasputin en la política rusa de preguerra. Es cierto que constituía un estorbo para el gobierno, y el impacto de su *affaire* en el prestigio de la dinastía era una cuestión harto preocupante, pero teniendo en cuenta los problemas afrontados por los primeros ministros rusos entre 1907 y 1914, el asunto Rasputin distaba de encabezar la lista.

Uno de esos problemas era el nuevo, híbrido y aún no aprobado proyecto constitucional. Rusia todavía contaba con un emperador, cuyo título oficial lo definía como “autócrata”, que aspiraba a ser el árbitro final de la política de su gobierno. Pero el monarca tenía ahora un posible rival en el presidente del Consejo de Ministros, a quien se consideraba un verdadero *premier*, al menos un embrión. Si el emperador no respaldaba al primer ministro, este no podría imponer su voluntad a los colegas ministeriales ni a los altos funcionarios, en cuyo caso la coordinación de la política entre los departamentos –razón por la que se había creado el cargo de presidente del Consejo en 1905– resultaría imposible. Pero si el monarca renunciaba en realidad a su rol gubernamental en favor de su primer ministro, entonces, con el correr del tiempo, su autoridad como soberano podría asemejarse a la del soberano teórico de una democracia europea occidental contemporánea, llamada “el pueblo”. Todos los políticos y funcionarios actuarían en su nombre y proclamarían sus virtudes, aunque a menudo censuraran a sus espaldas el ocasional activismo político del ingenuo e ignorante soberano.

Se encargaría a diario de nombrar y destituir al primer ministro, pero ínterin su influencia en cuanto a cómo gobernar el país sería limitada. Ya se ha dicho lo suficiente sobre la concepción de Nicolás de la monarquía para saber que él no aceptaría con facilidad un papel tan acotado.

Tampoco la posible rivalidad entre el monarca y su primer ministro constituía el único problema. Rusia contaba ahora con un Parlamento sin cuyo consentimiento no podrían ponerse en vigencia las leyes ni buena parte del presupuesto. La pugna entre las ramas ejecutiva y legislativa es inherente a su naturaleza, sobre todo cuando ambas están ansiosas por sentar precedentes en un nuevo orden constitucional y cuando, como en el caso de Rusia, la sociedad desconfía de la burocracia del ejecutivo. En la Duma, los líderes de los partidos estaban decididos a obtener más poder y Nicolás estaba igualmente decidido a resistir sus presiones. Situados entre la Duma y el zar, y sintiendo a menudo que no contaban con el apoyo ni del uno ni de la otra, el destino de los ministros no era precisamente feliz. Es más, la situación se complicaba porque la Legislatura tenía dos cámaras: la cámara baja (la Duma) y la cámara alta (el Consejo de Estado). Incluso después de que los terratenientes llegaron a dominar el electorado de la Duma, cuando se cambió por decreto el derecho de voto en junio de 1907, la cámara baja era todavía mucho menos conservadora que la alta. El Consejo de Estado estaba compuesto por ex ministros y altos funcionarios, la mayoría de ellos conservadores y de edad avanzada. Muchos de estos hombres abrigaban dudas acerca de la viabilidad de todo el sistema constitucional, sin mencionar las reformas específicas propuestas por la Duma. Algunos de estos mandarines eran, asimismo, grandes latifundistas, al igual que casi todos los colegas electos que componían la otra mitad de la cámara alta. Como el zar, el Consejo de Estado poseía un veto absoluto con respecto a la legislación, lo cual, dicho en otras palabras, era la receta infalible para el estancamiento y la frustración. La persona más frustrada de todas en este sistema fue, probablemente, el primer ministro, que para gobernar con eficacia debía satisfacer los muy diferentes deseos del monarca, de sus ministros y de las dos cámaras legislativas.



Durante los primeros años del gobierno de Pedro Stolypin en calidad de primer ministro, las cosas parecían estar bajo control. El prestigio de Stolypin y su personalidad dinámica y autoritaria le permitieron dominar el sistema político. Ministro del Interior desde la primavera de 1906, a partir del 23 de julio de ese mismo año Stolypin ejerció esa función junto con la presidencia del gobierno. Impresionante en cuanto a estatura y dotado de un rostro agraciado y firme, Stolypin irradiaba vigor, fuerza y confianza en sí mismo. Como algunos ministros posteriores a la revolución de 1905, Stolypin, que, cuando lo nombraron, tenía cuarenta y cuatro años, era mucho más joven que sus colegas ministeriales de la década de 1890. Promovido desde un gobierno provincial al cargo de ministro del Interior, no conocía los mecanismos del gobierno central, pero aportó una ráfaga de aire fresco a los pasillos de la burocracia de Petersburgo. Tenía un talento para la actuación, la oratoria y las relaciones públicas del que carecían los funcionarios más antiguos. Sus poderosos discursos, junto con las apabullantes respuestas que daba a los voceros revolucionarios y de la oposición, unificaron a los conservadores rusos y elevaron su confianza, pues nadie podía dudar del coraje y del patriotismo del ministro. A Stolypin lo ayudó el hecho de no ser ni un burócrata de Petersburgo, ni un miembro de la alta sociedad de la capital. Como muchos diputados de la tercera y cuarta Duma, provenía de una antigua y acaudalada familia terrateniente de la nobleza provincial, lo que le granjeó las simpatías tanto de los miembros del nuevo parlamento cuanto de Nicolás II.

El prestigio de Stolypin se incrementó a raíz del salvaje bombardeo a su hogar, ocurrido en agosto de 1906, que mató a docenas de inocentes y dejó lisiado a uno de sus hijos. Vladimir Kokovtsov, por entonces ministro de Finanzas, recuerda que “este espantoso golpe dirigido contra su propia familia no perturbó la compostura exterior ni el enorme dominio de sí mismo con los que continuó combatiendo a los elementos extremistas de la revolución... Luego del 12 de agosto, gozó de un gran prestigio moral. Su nobleza, valentía y devoción al Estado eran indiscutibles. Ganó en estatura y fue aclamado unánimemente como el dueño de la situación”. Cuatro días después de haber sido destruida la casa de Stolypin, la emperatriz María le escribió a su hijo: “¿Cuándo se

detendrán estos horribles crímenes y repugnantes asesinatos? ¡No habrá paz ni seguridad en Rusia hasta que estos monstruos no sean exterminados! ¡Qué bendición que las niñas de Stolypin se estén recuperando y que él haya salido ileso por milagro! ¡Y qué terrible es para los padres ver el sufrimiento de sus pobres e inocentes hijos!”. Tres meses más tarde, Nicolás le informó que “no se descarta la posibilidad de nuevos atentados contra la vida de varias personas. Me apena lo que le ocurrió al bueno de Stolypin. Él y su familia están viviendo en el Palacio de Invierno; viene a Peterhof en vapor para buscar los informes. ¡No puedo decirte cuánto he llegado a querer y a respetar a este hombre!”.

Como suele ocurrir con los electorados democráticos en la política occidental contemporánea, los nuevos ministros rusos disfrutaban de un período de luna de miel con su soberano. La luna de miel de Stolypin fue más larga que la de la mayoría, principalmente porque, durante sus dos primeros años en el cargo, dio prioridad a reprimir la revolución y a reformar el sistema de tenencia de tierras de los campesinos, debilitando la comuna aldeana e incentivando la creación de granjas separadas para cada familia. Ambas políticas contaron con el amplio apoyo de las elites gobernantes. Por lo demás, los recuerdos de la revolución estaban todavía frescos y se consideraba a Stolypin el salvador y la garantía indispensable del orden social. Incluso A.A. Kireev no pudo negar su admiración por el primer ministro, pese a los fuertes celos que le inspiraban sus concesiones al parlamentarismo. En la primavera de 1907, escribió: “Si bien uno puede no estar de acuerdo con todo el programa de gobierno, y pese al reconocimiento de Rusia como un país constitucional y al octubrismo, lo cual me pone los pelos de punta, uno no puede sino celebrar el coraje civil de Stolypin, sus convicciones y sus dotes como orador... Uno siente que ahora, por fin, tenemos de nuevo un gobierno”. Todavía en diciembre de 1908, Kireev señaló que “nadie duda hoy de que Stolypin es un personaje no sólo fuerte, sino irremplazable; es un caballero, y no del estilo de Milyukov [un liberal radical].

Hacia 1909-1910, el prestigio de Stolypin en las elites estaba decayendo, al tiempo que aumentaban las controversias entre la Duma, el gobierno y el Consejo de Estado en cuanto a si era más seguro o no

anular los “estados de emergencia” en virtud de los cuales se había gobernado a una buena parte de Rusia. Ello permitiría poner en vigencia los derechos civiles prometidos en la Constitución y, de ese modo, reducir la ira de la mayoría de la sociedad ilustrada contra la arbitrariedad burocrática. Algunas de las reformas propuestas por Stolypin amenazaban la posición de grupos e intereses poderosos. La jerarquía ortodoxa denunció la tentativa de ampliar y garantizar los derechos de otras religiones y de los no creyentes; los industriales se quejaron de la nueva legislación acerca de las prestaciones sociales a los obreros; la aristocracia terrateniente atacó, específicamente, los planes de Stolypin para democratizar en parte el gobierno local, aunque incrementando al mismo tiempo el control ejercido sobre este por la administración central. A la clase latifundista le desagradaba la burocracia sólo un poco menos que la democracia. Se consideraba que ambas incidían de manera negativa en el poder detentado por la aristocracia, cuya fragilidad se había puesto de manifiesto en la revolución de 1905. Los hacendados que procuraban obtener cuantiosas ganancias de sus tierras se aterrorizaban ante la perspectiva de un aumento de la carga tributaria, pasible de ser impuesto por un gobierno local más democrático. La intransigencia de la aristocracia no era sino una medida de su debilidad. A diferencia de lo que ocurría en la Inglaterra decimonónica, la clase alta se sentía demasiado pobre y demasiado débil para hacer concesiones, sobornar a la oposición y sobrevivir. Bajo el nuevo sistema constitucional, la aristocracia estaba, con mucho, en mejores condiciones que antes para defender sus intereses. Por primera vez se les permitió a los terratenientes organizarse a escala nacional, y su grupo de presión, la Nobleza Unida, se convirtió en el *lobby* más poderoso de Rusia. Más aún, los nobles dueños de la tierra, además de haberse atrincherado en el Consejo de Estado, constituían ahora el grupo mayoritario en la Duma. Podían –y de hecho lo hicieron– vetar toda legislación que perjudicara sus intereses. La situación de Rusia era muy similar a la de Prusia en las décadas siguientes a la revolución de 1848. Cuando la monarquía dio paso a un constitucionalismo conservador y muy restringido, la aristocracia obtuvo un considerable poder político en ambos países. Siendo la clase más confiable para la monarquía, los terratenientes adqui-

rieron un predominio indiscutible en el Parlamento, tanto en Petersburgo como en Berlín. El *lobby* agrario fue una espina en la corona de Guillermo II; el ruso contribuyó a la caída de Stolypin.

Al igual que lo acontecido en la Alemania previa a 1914, Stolypin recurrió al nacionalismo para unificar los distintos sectores de la elite, lo cual dio resultado hasta cierto punto. Tras las controversias iniciales, el gobierno, la Duma y el Consejo de Estado cooperaron, en cierta medida, en la reconstrucción de las ruinas del ejército y la armada luego de la guerra ruso-japonesa. Pero a diferencia de Alemania, el gobierno ruso era militarmente demasiado débil y demasiado temeroso de una revolución para correr el riesgo de apelar al sentimiento nacionalista en nombre de una política exterior que no dejaba de ser peligrosa. La humillación a manos de Austria y de Alemania durante la crisis de Bosnia en 1908-1909 perjudicó aun más las credenciales nacionalistas del gobierno. Luego de obligar a Petersburgo a echarse atrás y a reconocer la anexión de Bosnia a Austria ante el ultimátum de Berlín, Kireev escribió en su diario: “Si Rusia hubiera tenido algunos éxitos, uno podría haber reconstruido la propia fortuna a partir de ellos, pero nada de eso ha ocurrido... Al concluir el tratado de paz [con Japón] el Zar me dijo: ‘Rusia ha sido deshonrada’, y desde ese día hasta hoy no ha sucedido nada que redima su honor”. Carente de triunfos en el campo de la política exterior, Stolypin se vio forzado, de alguna manera, a movilizar el sentimiento nacionalista ruso contra las minorías “desleales” del imperio, en particular contra los polacos y finlandeses. Pero si bien la legislación antifinlandesa y antipolaca fue aprobada por la Duma y por el Consejo de Estado, empeoró inevitablemente las relaciones entre las distintas nacionalidades del país y, al mismo tiempo, resultó ser una manera sumamente ineficaz de apelar al sentimiento nacionalista, latente en las masas rusas.

A medida que crecía la oposición a Stolypin tanto en las elites como en la sociedad rusa en su conjunto, también aumentaba la intranquilidad del emperador. Aunque Stolypin fuera el primer ministro, Nicolás gozaba todavía de mucho poder y cuando se proponía algo, normalmente se salía con la suya. El emperador vetó, por ejemplo, el plan de Stolypin para quitar la mayoría de las restricciones a los dere-



chos civiles de los judíos, valiéndose del tradicional argumento conservador de que el campesinado ruso era demasiado atrasado y económicamente vulnerable para exponerlo a la explotación de los astutos capitalistas judíos. Nicolás le impuso a un gobierno renuente la creación de una flota de guerra de navegación oceánica y destruyó el Consejo de Defensa del Estado cuando los generales intentaron utilizarlo para obstaculizar las demandas de dinero adicional por parte de la marina. En su opinión, se necesitaba una poderosa armada no sólo para reafirmar la posición de Rusia como gran potencia tras la catástrofe de Tsushima, sino para lograr que los dos grandes rivales navales de Europa, Gran Bretaña y Alemania, temiendo enemistarse con Rusia, condujeran su flota al campo de la "oposición". En otras palabras, la flota permitía a la política exterior rusa la posibilidad de maniobrar entre las dos potencias líderes de Europa.

La campaña de Nicolás estaba además dirigida a inculcar valores patrióticos en la juventud rusa, alentando la creación de una forma militarizada de niños exploradores —la llamada *poteshnie*— en las escuelas del imperio. El emperador se ciñó a esta política desafiando las opiniones del ministro de Educación, profesor A. N. Schwartz, cuyo principio rector era impedir todo contacto entre la política y los establecimientos de enseñanza rusos. La ira ante la interferencia imperial fue uno de los factores determinantes en la decisión de Schwartz de renunciar al cargo, lo que indica la limitada gama de posibilidades con que contaba un monarca, obligado a equilibrar el deseo de hacer las cosas a su manera con la necesidad de conservar a los ministros eficientes.

Sin embargo, fue con el propio Stolypin cuando esta cuestión tomó un cariz más apremiante. Incluso en el ámbito de las relaciones exteriores, del que sólo era responsable el monarca, según lo declaraba la Constitución, Stolypin comenzó a desempeñar un papel de envergadura. De manera harto significativa, su amenaza de renunciar al cargo en el otoño de 1908 tuvo como consecuencia el abandono del proyecto político de firmar un tratado con Austria sobre la anexión de Bosnia y Herzegovina a Viena. Esta política había sido acordada entre Nicolás y el ministro de Relaciones Exteriores, A. P. Izvolsky, es decir, las dos únicas personas que, de acuerdo con el estricto principio constitucional, po-

dían opinar sobre estos asuntos. Pero la posición de Stolypin era demasiado poderosa, y su personalidad, demasiado autoritaria para tolerar que se ignoraran sus objeciones. No nos sorprende, pues, que Nicolás le comentara en una ocasión a su hermana: “A veces Stolypin es tan arrogante y despótico que me solivianta, pero su arrogancia no dura mucho y, además, es el mejor primer ministro que tuve”. Cuando el 9 de mayo de 1909 Nicolás reunió el coraje suficiente para desautorizar las objeciones y el veto de Stolypin en lo tocante al proyecto de ley del Estado Mayor Naval, se sintió constreñido a escribirle a su primer ministro en los siguientes términos: “Recuerde que vivimos en Rusia y no en el extranjero o en Finlandia... y, por consiguiente, no permitiré la dimisión de nadie. Le advierto que rechazaré categóricamente todo pedido de renuncia, sea el suyo o el de cualquier otro”.

A primera vista, la crisis relativa al proyecto de ley del Estado Mayor Naval parecía haberse desencadenado por una cuestión anodina. La Duma había procurado afirmar su legítimo rol en los asuntos militares, confirmando la lista del personal perteneciente al recién establecido Estado Mayor Naval, que se creó luego de la guerra con Japón. Considerada con más amplitud, la cuestión era de fundamental importancia por cuanto trataba el tema del control de las fuerzas armadas, si debían estar a cargo del monarca o del Parlamento. Por una razón similar Carlos I se había separado de la Cámara de los Comunes en 1641-1642. Asimismo, fue la cuestión en torno a la que giró la polémica entre el monarca de Prusia y el Parlamento en 1862-1863, y cuya consecuencia fue el ascenso de Otto von Bismarck al poder. Era muy probable que el hecho de establecer un Parlamento en Rusia suscitara disputas sobre las fuerzas armadas, y que tanto el ejecutivo como la Legislatura estuviesen ansiosos por sentar, de entrada, precedentes firmes en la materia. La Duma y, sobre todo Guchkov, el líder octubrista, condujeron una poderosa y concertada campaña para reclutar aliados en las fuerzas armadas, debilitar los lazos entre la corte, el ejército y la marina, y establecer sus credenciales patrióticas como actores responsables y legítimos en el ámbito militar. En 1909, el general V.A. Sujomlinov fue designado ministro de Guerra con el propósito de poner coto a la Duma y de mantener el control imperial sobre las fuerzas armadas. En su con-

dición de perro guardián de Nicolás en el ejército, Sujomlinov suscitó el odio de influyentes figuras de la Duma, la prensa y la sociedad. Las contiendas políticas se complicaron debido a las rivalidades dentro del ejército. Al cabo de un tiempo, el gran duque Nicolás, el principal enemigo castrense de Sujomlinov, fue elevado por la opinión pública a la categoría de estadista y genio militar, pese a que el gran duque era, en efecto, emocionalmente inestable, un general poco dotado y no simpatizaba con los liberales. En cambio, Sujomlinov terminó en la cárcel. Todo esto ocurriría durante la Primera Guerra Mundial, cuando el pánico y la furia por la derrota militar exacerbaran los odios personales existentes en la Rusia de preguerra. Más aún, en marzo de 1917, los lazos establecidos entre los líderes políticos y el Alto Mando serían un factor decisivo en la abdicación de Nicolás y en la caída de la monarquía.

En marzo de 1909, Pedro Durnovo, el líder de la oposición conservadora en el Consejo de Estado, denunció el proyecto de ley del Estado Mayor Naval y la intervención de la Duma en los asuntos militares, en los siguientes términos:

“Esa intervención, por insignificante que sea, sienta peligrosos precedentes con respecto a la dirección de la defensa del Estado y lleva gradualmente a los ministerios Militar y Naval, a todos sus establecimientos y, en definitiva, al ejército y a la flota a asumir actitudes civiles que les son ajenas. Introduce la discordia en las relaciones militares y, como consecuencia de ello, lentamente y en calma, pero no por eso menos inexorablemente, socava los fundamentos sobre los cuales descansa el poder militar del Estado ruso. Tales han de ser los resultados, pues en virtud de estas impacientes intervenciones, la administración militar será transferida a manos del Consejo de Estado y de la Duma, lo cual es contrario a las Leyes Fundamentales, a nuestras creencias básicas y a nuestra concepción de la suprema importancia de ese poder que creó a Rusia y que personifica su fuerza y su poderío.”

Con voces como estas resonando en sus oídos, Nicolás vetó por primera vez durante su gobierno un proyecto de ley aprobado por la Duma y por el Consejo de Estado, una actitud que provocó el elogio de un

sorprendido Kireev ante lo que consideraba un raro gesto de independencia y resolución imperial.

La crisis del Estado Mayor Naval es importante porque representa una etapa significativa en el desgaste de la relación de Nicolás con Stolypin. Si bien la actitud del emperador puede atribuirse, en parte, a su irritación frente al despotismo de aquel, y en parte, a los celos de Alejandra, eclipsada por el poderoso y carismático primer ministro, la crisis muestra, asimismo, la existencia de una genuina preocupación por el destino de la monarquía y de Rusia bajo el régimen constitucional. Figuras conservadoras como Kireev y Durnovo eran servidores experimentados, inteligentes y leales del régimen. No es extraño entonces que Nicolás escuchara sus palabras y se preocupara por las advertencias que estas transmitían.

Para Kireev, la conclusión final fue siempre la misma: "Una Rusia constitucional no durará mucho tiempo". En una ocasión, exclamó: "¡Una Constitución aquí, donde no existe ningún elemento de contención tal como la aristocracia inglesa o la cultura alemana!". Kireev hubiera coincidido, por cierto, con el diplomático bávaro, el conde Moy, en que Rusia era impulsiva, irresponsable y proclive a oscilar de un extremo a otro en cualquier momento. Kireev mismo atribuyó esta fascinación por los extremos al infantilismo y a la falta de cultura, dado que sólo la cultura permitía al pueblo considerar las dos vertientes de una cuestión y respetar los puntos de vista alternativos. Tanto la personalidad de los rusos como la naturaleza de la sociedad convencieron a Kireev de que era imposible gobernar el país desde el centro liberal. En junio de 1906, por ejemplo, escribió: "el hecho es que los kadetes no representan, en sí mismos, ninguna fuerza. Son fuertes a causa de la revolución". Más débil aún era el partido octubrista, donde Stolypin intentó forjar su alianza con la sociedad, pese a que los octubristas tenían, en rigor, muy pocos seguidores en Rusia. Kireev comentó que "a mi juicio, el error de Stolypin fue querer apoyarse en algo que no existe, a saber, el centro".

Las opiniones de Durnovo eran bastante parecidas a las de Alejandro Kireev, aunque no se basaban tanto en la psicología del carácter ruso cuanto en el nivel de desarrollo de la sociedad rusa contemporánea.



De acuerdo con Kireev, sólo un régimen autoritario que actuara bajo la capa del prestigio y la legitimidad de la monarquía tenía alguna esperanza de unificar el imperio o gobernarlo con eficacia. Sin un régimen semejante, sería difícil controlar el problema de las nacionalidades no rusas. La gran mayoría del pueblo –los campesinos y los obreros– no respetaba ni la propiedad, ni la cultura o los valores de las elites europeas del país. Los instintos de las masas rusas eran igualitarios, colectivistas e incluso socialistas, así como no europeos y antiburgueses. Los partidos revolucionarios existían para canalizar estos instintos, siempre y cuando se les permitiera la libertad de hacerlo. Los partidos liberales de centro –los kadetes y los octubristas– no contaban con el apoyo de los campesinos ni de los obreros. La presión que ejercían en favor de los derechos civiles, del imperio de la ley, del gobierno parlamentario y de otros principios liberales europeos podía destruir el Estado policial, pero no crear jamás un sistema alternativo de gobierno susceptible de proteger los intereses de la clase adinerada, preservar el orden, derrotar a los revolucionarios o mantener intacta la lealtad de las masas rusas. El establecimiento del gobierno constitucional en Rusia era, a lo sumo, la primera y breve etapa de lo que se convertiría muy pronto en “la revolución social en su versión más extrema”. Durnovo era más materialista que Kireev; en su opinión, el nivel de desarrollo económico de un país determinaba, en gran medida, el tipo de instituciones políticas que podía sustentar. Emprender reformas políticas o importar los principios liberales de Occidente, antes que la sociedad rusa alcanzara la etapa de desarrollo en la que la prosperidad y el acceso a la propiedad ya no fueran el privilegio de unos pocos, sería sencillamente suicida. El Estado policial proporcionaba los contrafuertes y el andamiaje necesarios para soportar la morada de la Rusia rica, “cultura” y europea, hasta que los cimientos de la casa se asentaran en una economía y en una sociedad capitalista desarrolladas.

En lo profundo de sus corazones, Kireev y Durnovo tendían a despreciar a Nicolás II, pues no era el autócrata imponente, lúcido y de voluntad férrea que, a su entender, Rusia necesitaba. Kireev se quejó de que “el Zar es la figura central en nuestra vida, pero es el epítome mismo de la falta de voluntad”. Y en diciembre de 1908, agregó: “Resulta

muy difícil trabajar en la esfera política. El Emperador, que todavía tiene la palabra final en los asuntos de gobierno, se muestra tan vacilante que es imposible confiar en él". A principios de 1914, se dice que Durnovo respondió al ofrecimiento del cargo de primer ministro en los siguientes términos: "Su Majestad, mi sistema como presidente del gobierno y ministro del Interior no puede proporcionar rápidos resultados; este sólo dará frutos luego de unos pocos años, y esos años estarán signados por los disturbios: la disolución de la Duma, los asesinatos, las ejecuciones y, tal vez, los motines armados. Usted, Su Majestad, me destituirá, pues no ha de soportar un período semejante; en tales condiciones, mi estadía en el poder no sólo no hará ningún bien, sino que será perjudicial". En otra ocasión, Durnovo definió a Nicolás como "el tipo de hombre al que, si usted le pide su única camisa, se la sacará y se la dará de inmediato".

Las críticas de Kireev y Durnovo tuvieron eco en muchos de quienes trabajaron con Nicolás II, de modo que deben tener un grado considerable de verdad. Empero, es posible defender al zar en ciertos aspectos. Pedro Durnovo era un hombre inteligente, pero también solía ser cínico y despiadado, su actitud hacia el campesino o el obrero ruso no sólo era inflexible sino despreciativa. Fue la voz de la elite gobernante en su vertiente menos sentimental y populista. En el Consejo de Estado, subrayaba "el atraso cultural del pueblo ruso", temía que los agitadores revolucionarios de las zonas rurales apelasen a "los instintos semisalvajes de la plebe analfabeta" y alegaba que las masas rusas no tenían aspiraciones políticas más allá de un igualitarismo destructivo y radical. Nicolás II era menos inteligente y más ingenuo que Durnovo pero, por instinto, siempre tomaba en cuenta lo mejor de la gente. Por esa razón le resultó tan difícil moverse en el implacable mundo de la alta política. Disipadas desde hacía mucho tiempo por su amarga experiencia en la alta sociedad y en el mundo político, la confianza y la buena voluntad del zar aún prevalecían, sin embargo, con respecto a la masa del pueblo ruso. No sólo la personalidad de Nicolás, sino también la concepción de su rol en cuanto zar y padre de su pueblo, le impedían considerar la monarquía como un simple mecanismo útil en virtud del cual las elites rusas, cultas y occidentalizadas, podían proteger sus inte-

reses y, a la larga, imponer sus valores a las masas. En ocasiones, el zar solía considerar a sus súbditos como niños irresponsables y fastidiosos, pero bajo ninguna circunstancia como semisalvajes sin valores ni aspiraciones humanas.

Por lo demás, la línea elegida por Kireev y Durnovo tenía una debilidad obvia: ambos desestimaban la importancia de los partidos liberales de la Duma y, ciertamente, de las corrientes liberales de la sociedad ilustrada rusa. Pero si bien los rusos urbanos, educados y occidentalizados aún constituían una parte relativamente pequeña de la población, en términos absolutos eran un grupo numeroso y en rápido crecimiento. Además de simpatizar con las ideas políticas liberales y radicales, este sector de la sociedad rusa equivalía en tamaño a la población de la ciudad de uno de los más grandes estados de Europa occidental. Ya en 1914, algunos periódicos rusos tenían una tirada de más de cien mil ejemplares. Este era el mundo de Stravinsky, Diaghilev y Chagall, así como el del vertiginoso crecimiento industrial y de la tremenda expansión de los puestos de trabajo destinados a la clase media administrativa y profesional. Una sociedad tan numerosa, culta y sofisticada requería de derechos civiles y de una voz política, y miraba con desdén e incluso con vergüenza a un régimen político que todavía descansaba, parcialmente, en los principios dieciochescos de la monarquía absoluta, e incluso en los aspectos más antiguos y medievales de la ideología zarista. La sombría presencia de una figura como la de Rasputin sólo intensificaba esa vergüenza. Los propios funcionarios del zar pertenecían a esa sociedad educada y vivían en ella, de modo que estaban influidos por sus valores. Tal como lo demostraron los cada vez más frecuentes matrimonios con plebeyas y divorciadas, hasta los miembros de la familia Romanov rechazaban el código social de la dinastía y anteponían la búsqueda de la felicidad y la satisfacción individual a la lealtad al grupo y a los valores tradicionales.

Durnovo y Kireev podían, o no, tener razón al creer que en la Rusia actual el mundo de la elite "culto", acaudalada y europea sólo podía sobrevivir bajo la protección de un Estado autoritario. Esta no era, por cierto, la opinión de la mayoría de los rusos ilustrados entre 1906 y 1914. Luego de ser testigos de la revolución de los obreros, campesi-

nos y bolcheviques en 1917, incluso el partido kadete, la principal voz política del radicalismo y del liberalismo de la clase media, llegó a apoyar el movimiento contrarrevolucionario de un Witte, cuya victoria habría resultado en una dictadura militar. La posición de los siempre más conservadores octubristas era la misma. Una década antes, las actitudes eran diferentes.

Nicolás II se hallaba bajo la presión de un grupo de asesores, según los cuales las concesiones al liberalismo debilitarían el Estado autoritario y llevarían a la destrucción tanto de la propiedad como del imperio ruso. Otro grupo, con igual insistencia, le aconsejaba que, sin esas concesiones, se desintegraría el apoyo al gobierno por parte de la sociedad ilustrada y se produciría el colapso del régimen. Ambos grupos de asesores contaban con razones válidas. El zar simpatizaba más con el grupo conservador, pero la presión ejercida por la sociedad culta era muy grande y resultaba difícil oponerse a ella. En esas circunstancias, hallamos cierta justificación en la incertidumbre y la vacilación del zar.

En marzo de 1911, Stolypin sufrió una considerable derrota en su proyecto de introducir *zemstvos* electos en seis provincias situadas en la frontera occidental de Rusia (hoy Bielorrusia y Ucrania). Hasta ese momento, los *zemstvos* habían sido confinados a las provincias centrales debido al temor de que los terratenientes polacos, que predominaban en Ucrania y Bielorrusia, controlaran los consejos electos y los utilizaran en contra de los intereses de Rusia. La nueva ley de Stolypin fue concebida con inteligencia para ofrecer algo a los diferentes sectores de la elite política. La experiencia había demostrado que las provincias con *zemstvos* proporcionaban mejores servicios agrícolas, médicos y educativos a la población, de modo que cabía defender la ley en términos puramente administrativos. Tomando en cuenta que muchos miembros de la Duma eran terratenientes liberales o liberales conservadores que participaban en los asuntos del *zemstvo*, la extensión del autogobierno local debería ser también políticamente atractiva. Para impedir que la nobleza polaca controlara el nuevo *zemstvo*, Stolypin extendió el derecho de voto y estableció curias electorales separadas. Se esperaba que esto atrajera al *lobby* nacionalista ruso. Con respecto a la Duma, los cálculos de Stolypin fueron correctos. El proyecto se aprobó por



165 votos a favor y 139 en contra, aunque sufrió algunas enmiendas poco ventajosas.

El siguiente problema era el Consejo de Estado, sin cuya aprobación el proyecto no podía ingresar en la legislación existente. Como ocurrió en muchas ocasiones entre 1907 y 1914, era imposible lograr que las dos cámaras coincidieran en la sanción de una ley. El Consejo de Estado objetó la división del electorado en bloques étnicos. Otros alegaron que las medidas tomadas para evitar el control de los *zemstvos* por la aristocracia polaca sentaban peligrosos precedentes para la democratización del gobierno local. Sin duda, el antagonismo hacia Stolypin también incidía. Si el Emperador hubiera ejercido toda su influencia sobre los miembros del Consejo de Estado en favor del proyecto, probablemente se habría aprobado. En cambio, cuando los líderes pertenecientes al ala derecha de la cámara alta le manifestaron a Nicolás sus objeciones, tanto oralmente como por escrito, el zar les contestó que votasen según el dictado de su conciencia. Como consecuencia de ello, se desaprobo el proyecto por 92 votos en contra y 68 a favor.

Stolypin estaba furioso. El Proyecto de Ley del *Zemstvo* Occidental constituía un punto clave de su estrategia política y, lo que es más significativo, Stolypin consideró su desaprobación como parte de una campaña más amplia de las “fuerzas reaccionarias” —el monarca y el Consejo de Estado—, para evitar cualquier probable *rapprochement* con la Duma y con las clases, intereses y opiniones que esta representaba. El primer ministro interpretó el comentario de Nicolás —de que los miembros de la cámara alta debían votar según el dictado de su conciencia— como un deliberado sabotaje a la política del gobierno. Stolypin era un hombre orgulloso y autoritario y se sintió personalmente humillado por la derrota. Además, estaba enfermo y exhausto por la lucha que implicaba unir al monarca, al gobierno y a la Legislatura mediante una política coherente. Era bastante difícil conducir la maquinaria gubernamental, supervisar las reformas y defenderse de los ataques de la Duma y la opinión pública. Privado del apoyo inequívoco y público del monarca, el peso del cargo se hacía intolerable. Stolypin renunció. Insistió en que sólo retornaría a su puesto en caso de que Nicolás le permitiera afirmar su indiscutible supremacía sobre los otros participantes del

juego político. Pedro Durnovo y Vladimir Trepov, los líderes conservadores del Consejo de Estado, debían “tomarse una licencia” y abandonar Petersburgo durante el resto del año. Las sesiones de ambas cámaras se prorrogarían sólo unos pocos días y se utilizarían los poderes de emergencia para dar fuerza de ley al Proyecto del *Zemstvo* Occidental.

Las demandas de Stolypin significaban un dilema para el zar, que no quería la dimisión del primer ministro. El 22 de mayo le escribió a Stolypin que “su devoción a mi persona y a Rusia, los cinco años de experiencia en el cargo y, ante todo, su valerosa defensa de los principios políticos rusos en las fronteras del imperio me obligan a retenerlo a cualquier precio”. Aún más importante a los ojos del emperador era, probablemente, la preocupación acerca de “¿qué ocurrirá con el gobierno, responsable ante mí, si los ministros renuncian porque hoy han tenido una disputa con el Consejo de Estado y mañana con la Duma?”. Por consiguiente, Nicolás accedió de muy mala gana a las exigencias de Stolypin. Sin duda, le disgustaba profundamente someterse a semejante ultimátum, además de percatarse de que utilizar los poderes de emergencia de esa manera era ilegal. Tanto la Duma como el Consejo de Estado se sintieron humillados frente a la acción despótica e inconstitucional del primer ministro. Mucho antes de su asesinato, acaecido el 14 de septiembre de 1911, los días de Stolypin en el cargo estaban contados, pues había conseguido enfurecer a la casi totalidad de los actores clave de la escena política. Sin duda, Nicolás mismo extrajo algunas conclusiones de la crisis del *zemstvo* occidental. Lo ayudó, entre otras cosas, a limitar su fe tanto en la sensatez del primer ministro como en la viabilidad de un régimen constitucional que, aparentemente, condenaba su gobierno a la parálisis y a la confusión. En particular, centrar la estrategia del gobierno en torno a un programa de reformas concebido para satisfacer a la mayoría de la Duma parecía ser la receta infalible para agravar las disensiones entre las cámaras y para sancionar una legislación que ocasionaba más problemas que los que resolvía.

A un mes de la muerte de Stolypin, su sucesor, Vladimir Kokovtsov, mantuvo una larga conversación con la emperatriz Alejandra. El nuevo primer ministro lamentaba el hecho de que le resultaría difícil obtener la aprobación de la Duma, pues gozaba allí de menos apoyo que

Stolypin y, de todos modos, los partidos mayoritarios se estaban dividiendo en facciones cada vez más caóticas. La emperatriz le respondió:

“Espero que usted nunca tome el camino de esos espantosos partidos políticos, cuyo sueño es apropiarse del poder y subordinar el gobierno a su voluntad... Al escucharlo, me doy cuenta de que está estableciendo comparaciones entre su persona y Stolypin. Me parece que respeta en alto grado su memoria y le atribuye una importancia excesiva a su personalidad y a sus actividades. Créame que no hay ninguna necesidad de lamentar la ausencia de quienes ya no viven... Estoy convencida de que cada hombre está destinado a cumplir con una tarea, una vocación, y si alguien ya no está con nosotros, es porque ha desempeñado esa tarea y debe retirarse, pues ya no le queda misión alguna por cumplir. La vida cobra siempre nuevas formas, y usted no debería tratar de continuar ciegamente todo cuanto hizo su predecesor. Siga siendo usted mismo y no busque apoyo en los partidos políticos, pues en nuestro país son insignificantes. Descanse en la confianza del Emperador. Dios lo ayudará. Estoy convencida de que Stolypin murió para cederle el paso y que ello redundará en beneficio de Rusia.”

Durante los veintinueve meses de Kokovtsov en el cargo, el gobierno abandonó todo intento de presentar un paquete de reformas a la Duma, lo cual se explica, en parte, porque el poder del primer ministro decayó notablemente tras la muerte de Stolypin. Como resultado, las contiendas entre los ministros y las políticas departamentales contradictorias respondían ahora a la modalidad previa a 1905. El dominio de Stolypin había dependido, sobre todo, de su relación personal con Nicolás, de su carisma y de su reputación como el hombre que había salvado a Rusia de la revolución en 1906-1907. En su calidad de primer ministro había logrado elegir, no a todos, pero sí a la mayor parte de sus colegas ministeriales, que constituían “su equipo”. Vladimir Kokovtsov no tenía ninguna de esas ventajas, heredó a los ministros de Stolypin y rara vez pudo promover a los propios candidatos cuando se producía una vacante. En el gabinete, Kokovtsov no fue sino un funcionario ve-

terano de Petersburgo entre otros. El nuevo primer ministro era un hombre inteligente y excepcionalmente trabajador, con décadas de experiencia en los asuntos financieros y económicos, pero carente del carisma o del talento de Stolypin para la publicidad. Un hombre pequeño, pulcro y un tanto pedante a quien le gustaba escuchar el sonido de la propia voz; incluso en términos físicos, a Kokovtsov le faltaba la estatura de Stolypin. Por lo demás, su relación con Nicolás fue siempre meramente correcta y nunca pasó del plano oficial.

Con la partida del autoritario Stolypin, muchos opinaron que el papel dominante en los asuntos nacionales debía pertenecer, no al Consejo de Ministros, sino, más bien, al monarca y a su ministro del Interior. El príncipe V.P. Meshchersky, un viejo amigo de Nicolás y de su padre, escribió en 1911: "Quien decide el curso de la política gubernamental no es el Consejo de Ministros ni su presidente, sino el ministro del Interior, del que depende hoy el control de todos los derechos y libertades, de todo lo relacionado con el cumplimiento de la ley del 17 de octubre de 1905". Criticando constantemente a Kokovtsov, Meshchersky urgió a Nicolás a que tomara la iniciativa en cuanto a determinar la política del gobierno. "La salvación de Rusia reside en el poder del zar... El día que este pierda su fuerza, Rusia morirá", escribió Meshchersky en 1913. Semejantes consejos alentaron a Nicolás a proponer con insistencia a su propio candidato como ministro del Interior. El zar conoció en 1911 a Nicolás Maklakov, el joven gobernador de la provincia de Chernigov, y le agradó. Sin duda se sintió atraído por Maklakov porque, como Stolypin, rondaba los cuarenta, estaba lleno de energía y era un funcionario con mucha experiencia en la vida provincial y no un burócrata petersburgués. Tiempo después, Maklakov comentó: "Hablando con absoluta sinceridad, fue algo completamente inesperado... para mí fue como el estampido de un trueno en un cielo claro". Para Kokovtsov, la designación de Maklakov se asemejaba más al estampido de la catástrofe. El ministro previo del Interior, A.A. Makarov, había sido aliado y uno de los protegidos de Kokovtsov. Con la designación de Maklakov, estaba claro que el control de la política nacional se estaba deslizando de sus manos.

Kokovtsov tenía enemigos acérrimos en el gabinete; entre los más peligrosos, se encontraban Vladimir Sujomlinov, ministro de Guerra, y



Alejandro Krivoshein, ministro de Agricultura. Kokovtsov era, a la vez, primer ministro y ministro de Finanzas. Decidido a controlar el gasto público, suscitaba la ira de los departamentos más onerosos. En el caso de Sujomlinov, la batalla por el dinero entre el Tesoro y el ejército se vio agravada por su profunda enemistad personal con Kokovtsov. Por lo demás, el primer ministro deseaba evitar a toda costa cualquier asunto que incrementara el peligro de guerra, y pensaba que algunas de las declaraciones y acciones de Sujomlinov eran innecesariamente provocadoras. Para Nicolás, las fuerzas armadas se hallaban más allá de la legítima responsabilidad del primer ministro, y confiaba en Sujomlinov, a quien conocía desde largo tiempo atrás, porque lo consideraba además una barrera indispensable contra las tentativas de la Duma de forjar estrechos lazos con los oficiales de las fuerzas armadas. No había, pues, ninguna posibilidad de que el emperador destituyera a Sujomlinov para complacer a Kokovtsov.

Todavía más interesante es el caso de Alejandro Krivoshein. El Ministerio de Agricultura, que presidía, había crecido enormemente en importancia desde 1905 y era ahora el responsable de implementar las llamadas reformas agrarias de Stolypin; en otras palabras, de alentar el debilitamiento de la comuna y el surgimiento de granjas privadas, fusionadas y hereditarias, en lugar del viejo sistema de propiedad colectiva y de división de las tierras de la aldea en parcelas. Ya en 1917 se había logrado un considerable progreso. Los campesinos poseían entre un cuarto y un tercio de las antiguas tierras comunales, aunque la fusión de las tierras de una familia en una única granja constituía a menudo una tarea difícil y, por tanto, se llevaba a cabo con más lentitud. La comuna estaba lejos de haber desaparecido, pero ya no tenía tanta influencia en algunas zonas. Tampoco la política gubernamental hacia la agricultura y el campesinado era, en todo caso, el único factor que incidía en el debilitamiento de la comuna o en la implementación de las reformas agrarias. Entre 1905 y 1914, se vendió a los campesinos alrededor de un quinto de las tierras pertenecientes a la nobleza, y el gobierno proveyó de créditos baratos a los compradores. Los consumidores campesinos y las cooperativas comerciales proliferaron como hongos. El ministerio de Krivoshein colaboró exitosamente con los *zemstvos*, de

cuya confianza gozaba, y los fondos del gobierno central se volcaron en ellos para mejorar la economía y la vida rural. Se le concedió especial prioridad a la educación primaria: en 1914, aproximadamente la quinta parte de los niños rusos concurrían a la escuela, y era razonable predecir que en la década de 1920 la educación primaria sería universal y obligatoria.

Todos estos cambios no sólo eran importantes, sino que también tenían tremendas implicaciones para el régimen imperial. Inevitablemente, el Ministerio de Agricultura y Alejandro Krivoshein pasaron a ser los actores clave del gobierno y la política rusos. Según las palabras de un alto funcionario, Krivoshein era “un jefe autoritario en su propio ministerio [y]... un sutil diplomático fuera de él”. La astucia y eficacia con que Krivoshein manejó las enormes y complicadas tareas del Ministerio incidieron favorablemente en su reputación. Por sorprendente que parezca, hacia 1914 gozaba de la simpatía de los *zemstvos*, de gran parte de la Duma, del Consejo de Estado e incluso de la emperatriz Alejandra. Nicolás hablaba con él sobre temas que trascendían la estrecha esfera de la agricultura. En el verano de 1913, Krivoshein se había convertido en un peligroso rival para Kokovtsov, cuya austeridad en lo tocante al presupuesto le fastidiaba sobremanera. Una fuente de conflicto fue la concesión de créditos baratos a los granjeros campesinos. Krivoshein planeaba reemplazar al ministro de Finanzas por Pedro Bark, su amigo y protegido que le concedería más dinero, además de ser un oído más favorable para los proyectos prioritarios del departamento de agricultura. Krivoshein no deseaba asumir el cargo de primer ministro por varias razones, de modo que se las ingenió para sustituir a Kokovtsov por el anciano Iván Goremykin, a quien pensaba podría controlar. A partir del invierno de 1912, “en los informes orales de Krivoshein a Nicolás, junto con los comentarios sobre las peleas partidistas en la Duma (un tema que no era de la incumbencia del ministro de Agricultura), aparece la cuestión ‘Goremykin’. A juzgar por lo que aconteció luego, Krivoshein había comenzado a persuadir al emperador de nombrar a Goremykin como primer ministro, con el propósito de actuar a sus espaldas”. En efecto, el 11 de febrero de 1914 las maquinaciones de Krivoshein tuvieron éxito: Kokovtsov fue reemplazado por Goremykin co-

mo primer ministro y Pedro Bark se hizo cargo del Ministerio de Finanzas. Pablo Benckendorff le informó a su hermano que Nicolás ni quería ni esperaba que Goremykin hiciera algo. El objetivo oculto de su nombramiento no era otro que destruir el poder del presidente del Consejo de Ministros, tal como había existido a cargo de Stolypin. El príncipe Meshchersky y la emperatriz respaldaron estas maquinaciones. De acuerdo con Benckendorff, incluso durante la presidencia de Kokovtsov los ministros se habían peleado entre ellos "como gatos y perros". Debilitar todavía más el rol del presidente era "terriblemente peligroso". Benckendorff estaba en lo cierto, pero el hecho de que ni siquiera el gran mariscal de la corte se percatara del papel desempeñado por Krivoshein en el derrocamiento de Kokovtsov demuestra la sutileza del ministro de Agricultura, que, desde febrero de 1914 hasta el verano de 1915, fue la figura más poderosa del gobierno imperial.

Mientras tanto, armado con el apoyo del emperador, Nicolás Maklakov continuó ciñéndose a su propia política como ministro del Interior, antes y después de la destitución de Kokovtsov. Maklakov era un hombre impulsivo. Al igual que Stolypin, el ex gobernador llegó a Petersburgo con muy poca experiencia en la alta política rusa o en el carácter de la ciudad, y no comprendía cuánto más poderosa era la opinión pública en la capital que en las provincias. Pero de ninguna manera fue un bufón, como en general se lo describe en los libros de historia occidentales. Asumió el cargo con el mandato expreso de Nicolás de lanzar un ataque contra los derechos civiles y políticos obtenidos por la sociedad a partir de 1905. Utilizó los estados de emergencia, existentes en muchas provincias, para expulsar a los enemigos del régimen contra quienes no había suficientes pruebas como para condenarlos judicialmente por subversión. Estaba decidido a poner coto a la prensa, de ser posible promulgando una nueva ley de censura, pero declarando el estado de emergencia en Petersburgo mismo, si era necesario. Tomó la resolución de impedir que los partidos revolucionarios utilizaran la Duma como una tribuna privilegiada desde donde difundían sus denuncias contra el gobierno a lo largo de Rusia. Desde el punto de vista del régimen, la lógica de algunos proyectos de Maklakov era clara. El partido bolchevique, por ejemplo, utilizaba a sus diputados

en la Duma con el propósito explícito de alentar la revolución armada. Hacia 1914, el periódico bolchevique *Pravda* publicó de veinte a cuarenta mil ejemplares diarios, abogando por la misma causa, además de enviar por correo doce mil ejemplares a sus suscriptores. Los discursos y los artículos de políticos liberales y de la prensa perjudicaban en extremo al régimen, ya que revelaban escándalos tales como un informe interno del gobierno sobre el castigo impuesto a la policía por la masacre de los obreros en los yacimientos auríferos de Lena, en 1912, o sobre el asunto Rasputin. En la primavera de 1914, Maklakov prosiguió la ofensiva contra los revolucionarios, en una tentativa de limitar la libertad de expresión en la Duma, acusó al líder socialista N.S. Chjeidze de subversivo a raíz de su defensa del republicanismo. La oficina del *Pravda* fue, finalmente, clausurada en julio de 1914. Pero a pesar del apoyo de Nicolás, los restantes ministros obstaculizaron los planes de Maklakov de un ataque masivo a la libertad de prensa.

Aún más horrorizada fue la reacción de casi todo el gabinete ante los planes de Maklakov de reducir los poderes de la Duma. En el ala derecha, el ex revolucionario y ahora ultraconservador León Tijomirov habló en nombre de muchos cuando alegó que el nuevo régimen constitucional generaba una peligrosa parálisis en el gobierno, pues “cada uno puede interponerse en el camino del otro, pero ninguno puede obligar a las instituciones del Estado a colaborar”. El propio Nicolás II escribió, en octubre de 1913, que desde tiempo atrás venía apoyando un cambio en los estatutos de los cuerpos legislativos con el objeto de poner fin al estancamiento producido entre ellos y recobrar la última palabra en cuanto a la aprobación de las leyes. “Presentar a la elección y confirmación del soberano las opiniones de la mayoría y la minoría [en la Duma y el Consejo de Estado] será una buena manera de retornar al previo y tranquilo decurso de la actividad legislativa, y responderá, además, a la tendencia imperante en Rusia”. Cualesquiera fuesen las ventajas de esa línea de acción, casi todos los ministros retrocedieron ante la posibilidad de un enfrentamiento directo con la opinión pública, en caso de producirse un nuevo golpe constitucional. Incluso Miguel Akimov, el ultraconservador presidente del Consejo de Estado, le dijo al zar, de un modo bastante brusco, que él había crea-



do el sistema constitucional y que ahora no tenía más remedio que vivir con él.

En 1914, los rumores de revolución estaban otra vez en el aire, incentivados por el creciente malestar de los obreros, las frustradas esperanzas de la clase media y las peleas dentro del gobierno. De hecho, las posibilidades de una revolución en 1914 eran escasas. Luego de años de buenas cosechas, el país estaba en calma. Había pocas señales de descontento en el ejército, cuya lealtad era la principal garantía del gobierno contra la revolución, las tropas traídas a Petersburgo para ocuparse de "la huelga general" en la ciudad parecían completamente leales. De todos modos, tampoco hubo necesidad de recurrir a ellas, pues la huelga fracasó y la policía demostró ser capaz de lidiar por sí misma con los huelguistas. En 1914, las autoridades calculaban que dos tercios de todas las huelgas políticas en Rusia ocurrían en la capital del imperio. Pero ni siquiera en Petersburgo la solidaridad de los trabajadores se acercó, ni remotamente, a los niveles alcanzados en 1905 o 1917. El malestar obrero llegó al pináculo en julio de 1914, pero incluso entonces la mayoría de los trabajadores manuales no se plegó a las huelgas. No sólo la gran masa de obreros comerciales o domésticos se mantuvo al margen, sino también los ferroviarios. En el periodo previo a 1905, los liberales y socialistas habían marchado a menudo codo a codo, y hasta muchos miembros de la nobleza rural habían simpatizado con el Movimiento de Liberación. Los industriales, asimismo, apoyaron con frecuencia a la oposición, en algunos casos movidos por el resentimiento frente a la promoción de los sindicatos de la policía por parte del gobierno. Nada similar aconteció en 1914. Durante los siete años anteriores, la mayoría de los rusos ilustrados le dieron la espalda al socialismo revolucionario. Unos pocos miembros del partido kadete y un puñado de industriales jóvenes, radicales y alborotadores de Moscú abogaban por una alianza con los obreros y los socialistas, pero casi todos los líderes partidistas de la Duma recordaban la anarquía de 1905-1907, y desecharon esta idea. El ministro del Interior y los industriales de Petersburgo se oponían a la huelga general y permanente. A despecho del sonido y la furia de julio de 1914 en Petersburgo, el gobierno nunca estuvo en peligro.

Desde una perspectiva más amplia, el gobierno tenía, sin embargo, muchos motivos para preocuparse. El grueso de la población rusa había sido virtualmente excluido de la política constitucional tras la modificación del derecho de voto en junio de 1907. Los campesinos y obreros seguían siendo una formidable amenaza tanto para el régimen imperial como para el mundo de los rusos terratenientes y acaudalados. Aunque casi todo lo acontecido en las zonas rurales a partir de 1907 resultaba promisorio desde el punto de vista del gobierno, la mayoría de los campesinos continuaba dispuesta a apoderarse de los grandes latifundios, si la debilidad de las autoridades le daba la oportunidad. Por otra parte, al incentivar a los *mujiks* a desprenderse de las comunas y a exigir granjas privadas y separadas, las reformas agrarias de Stolypin habían causado numerosos conflictos dentro del campesinado. Todavía peor era la situación de los obreros urbanos; la idea del sindicalismo policial estaba muerta, asesinada, por así decirlo, por los recuerdos del Domingo Sangriento y por la ira que suscitó entre los empleadores. Pero el régimen nunca se atuvo de manera consistente a la estrategia alternativa de legalizar los sindicatos y las huelgas. Por un lado, la mayoría de los industriales, sobre todo los de Petersburgo y Ucrania, se oponían con fuerza a los gremios y, por el otro, la posibilidad de que los sindicatos legales se convirtieran en la sede intocable de las diversas ramas de los partidos socialistas revolucionarios aterrorizaba a la policía con razón. Denegada la vía legal incluso para las quejas de carácter económico, el creciente radicalismo de los obreros fue inevitable.

El grueso de la clase media, cuya voz política era el partido constitucional-democrático o kadete, se sintió también frustrado y furioso. El período constitucional no les había aportado ni derechos civiles seguros, ni un poder y un estatuto mayor dentro de la sociedad rusa. Los dirigentes del partido kadete pensaron, según las palabras de F.I. Rodichev, que la intransigencia del régimen significaba “ponernos en ridículo frente a quienes afirman que nunca se conseguirá nada con este gobierno, salvo por la violencia”. Los principales organismos representativos de las elites rusas acaudaladas, la Nobleza Unida y el Congreso de Representantes del Comercio y la Industria eran mucho más conservadores que los kadetes, pero aun en estos círculos imperaba, a menudo, el

resentimiento debido a la violación de los derechos civiles por parte del régimen. Además, los industriales se quejaban de la influencia de los "agrarios" en el gobierno, así como de algunos políticos de la Duma procedentes de las elites, que ambicionaban con vehemencia ocupar un cargo ministerial. Mientras tanto, la discordia entre los ministros y la falta de una presencia autoritaria como la de Stolypin debilitaban la confianza y el prestigio del gobierno. Los recuerdos de la guerra con Japón, los rumores sobre Rasputin y la creencia general de que el monarca era débil y vacilante significaban que muy pocos miembros de las elites rusas tenían confianza en la capacidad de Nicolás II para liderar el país.

La situación de Rusia en 1914 no auguraba una transición pacífica al liberalismo y a la democracia. Ello se debía, parcialmente, a que el emperador, que aún tenía la última palabra en esos asuntos, sólo podía ser presionado en lo relativo a las concesiones constitucionales por la amenaza extrema e inmediata de la revolución. Uno puede imaginar circunstancias en las que el emperador podría haber sido desplazado por una coalición de las elites, como aconteció, en cierta medida, en marzo de 1917. Si Nicolás hubiera muerto, es dable suponer que su hijo inválido o su débil hermano habría pasado a ser un mero símbolo constitucional de autoridad, tal como ocurrió, por ejemplo, con el ascenso del príncipe Ananda Mahidol al trono siamés en 1935, a los nueve años de edad. Aun cuando las elites llegaran al poder con una plataforma impecablemente liberal, su debilidad y vulnerabilidad las obligaría, sin embargo, a retomar el rumbo del Estado policial, si deseaban preservar sus propiedades y su estatuto. La resolución de mantener la integridad del imperio ruso frente a las amenazas nacionalistas hubiera conducido a los mismos resultados. Tampoco las comparaciones con otros países del siglo xx situados en la periferia de Europa son optimistas en cuanto a las posibilidades de un liberalismo constitucional en Rusia. Es peligroso establecer este tipo de comparaciones entre países y períodos históricos, porque la historia de un país depende, en gran medida, de sus circunstancias específicas y del desconcertante entrecruzamiento de acontecimientos y de personalidades que configuran un patrón que nunca se repite. Suprímase la revolución bolchevique y todos los naipes de la historia europea del siglo xx tendrían que repartirse de nuevo, por así de-

cirlo. Sin embargo, es un dato pertinente a Rusia el hecho de que las monarquías de la Europa occidental de entreguerras fueran o bien dictaduras o bien la respetable fachada de un régimen militar o, como en el caso de Rumania, de un gobierno semifascista. En Italia, donde el constitucionalismo se hallaba mucho más arraigado que en Rusia, la casa de Saboya se comprometió con el fascismo en 1922 y se mantuvo enclavada en esa decisión durante veintiún años. En la Rusia anterior a 1914, la derecha radical era débil y estaba dividida, en gran parte porque el poder ininterrumpido del antiguo régimen semiabsolutista no daba al fascismo ni espacio ni incentivos suficientes para desarrollarse. Pero si los liberales o los socialistas moderados hubiesen llegado al poder sobre las ruinas del zarismo, entonces las circunstancias podrían haber cambiado con rapidez, sobre todo si la victoria fascista en otros países de Europa hubiera establecido una tendencia.

La comparación más fructífera con la Rusia del siglo xx probablemente sea España. Como Rusia, España estaba situada en la periferia de Europa, el pueblo era pobre y la clase media, poco numerosa, según los parámetros europeos, pero no según los parámetros rusos. El conflicto de clases era amargo, y en los dos países el espectro político abarcaba desde los defensores de los principios medievales de la monarquía absoluta hasta los innumerables partidarios del anarquismo y el comunismo. El nacionalismo centralizador de Rusia y Castilla luchó contra los movimientos autonomistas y potencialmente separatistas que prosperaban en la periferia de ambos países. En el siglo xx, el ingreso en la política de las masas socialistas y anarquistas preocupó a las elites acaudaladas de ambos países. Rusia en 1917 y España en 1931 abandonaron una monarquía gravemente comprometida y, en la medida de lo posible, procuraron preservar su propia posición bajo una república liberal. Muy pronto las clases media y alta llegaron a la conclusión de que era imposible vivir con el creciente poder de los obreros y campesinos, y menos todavía con el peligro de la dictadura socialista. Sin proponérselo, Franco logró lo que Durnovo y aun Stolypin habían defendido. La economía española se transformó bajo el ojo vigilante de los soldados y policías, convirtiendo a España en un lugar seguro para la propiedad y, por consiguiente, para la democracia. Da-



da la naturaleza del régimen franquista, la mayoría de los costos de la modernización recayó en las masas, no en las elites. En la década de 1970, los industriales y terratenientes españoles tenían menos motivos para temer por su estatuto, sus propiedades y sus vidas que cuarenta años atrás, pues la España de Franco contaba con una numerosa clase media y con una clase obrera relativamente próspera y no revolucionaria. Incluso se había neutralizado el grave conflicto entre terratenientes y labriegos en los grandes latifundios de Andalucía, en virtud de la partida de casi todos los obreros de las fábricas a Cataluña y Castilla y de la mecanización de esos latifundios.

La victoria del conservadurismo en España y de su derrota en Rusia tenía profundas raíces en la historia de cada país. A diferencia de Rusia, en España las instituciones municipales, regionales y corporativas habían existido durante siglos. El Estado monárquico era mucho más débil en la España decimonónica que en Rusia; de hecho, en la época napoleónica había colapsado por completo. Las principales entidades conservadoras se vieron forzadas, en mayor medida, a actuar con autonomía en defensa de los propios intereses, y, de ese modo, adquirieron fuerza y madurez política. Ello se aplica, en especial, a la Iglesia y al ejército, los dos grandes pilares institucionales de la victoria de Franco en la guerra civil. La Iglesia católica fue, desde sus orígenes, más independiente de las autoridades seculares que la Iglesia ortodoxa. Pero en la España decimonónica, el colapso de la monarquía absoluta, la secularización de los bienes eclesiásticos y el abierto conflicto entre la derecha y la izquierda obligaron a la Iglesia a asumir una posición política más activa e independiente. En cambio, bajo el régimen imperial, la Iglesia ortodoxa no tenía los medios ni la necesidad de hacerlo. En ninguna parte, salvo en la Rusia rural, los sacerdotes fueron odiados por los campesinos y hasta por los obreros con una ferocidad semejante a la que predominó en el sur de España en los años 30. En ninguna ocasión, salvo en la guerra civil rusa, el clero desempeñó un rol político tan activo y popular en la contrarrevolución como en la España central y septentrional, en 1936-1939.

La Rusia del siglo XVIII fue testigo de muchos golpes militares; la España dieciochesca no presenció ninguno. En el siglo XIX ocurrió preci-

samente lo contrario, el ejército ruso se concentró exclusivamente en combatir a los enemigos extranjeros. Aparte de perder una guerra en pequeña escala con los americanos, el papel del ejército español fue enteramente nacional y participó en dos guerras civiles y en algunos golpes. La geopolítica reforzó la tradición. España, protegida por los Pirineos y ya no una gran potencia, pudo evitar involucrarse en las guerras europeas; Rusia, una gran potencia con fronteras abiertas, no pudo hacerlo. Las campañas coloniales españolas en África crearon regimientos profesionales y despiadados que resultaban ideales para la contrarrevolución; para luchar contra Alemania, Rusia tuvo que reclutar una enorme fuerza compuesta por conscriptos y, por lo tanto, menos confiable como arma de coerción interna. En 1914, el cuadro de oficiales profesionales del ejército ruso, que había salvado el régimen imperial en 1905-1906, fue destruido en la guerra con Alemania. Por consiguiente, incluso la comparación entre Rusia y España nos retrotrae, inexorablemente, al estallido de la guerra de 1914, que incidió sin lugar a duda en el fin de la monarquía rusa y en el triunfo del bolcheviquismo.

Luego de la derrota sufrida a manos de Japón y de la revolución, la perspectiva de una guerra europea constituía una pesadilla para el gobierno ruso. En los años posteriores a 1905, la debilidad militar y política de Rusia era harto evidente tanto para los propios gobernantes como para los extranjeros, además de significar una terrible desventaja para cualquier gobierno en lo tocante a las relaciones internacionales previas a 1914. El débil era maltratado por las otras potencias. La humillación perjudicaba aún más el prestigio nacional del régimen. Ante la necesidad de detener este proceso, un gobierno podía llegar a formular declaraciones exageradas acerca de su resolución y capacidad de salir en defensa de sus intereses, si era preciso, en el campo de batalla. Los extranjeros percibieron muy pronto la brecha entre la retórica y las intenciones, de modo que restaron importancia a esas declaraciones aparentemente firmes. La diplomacia rusa fue víctima de esta suerte de escepticismo entre 1907 y 1914. Para comprender por qué Rusia entró en guerra en 1914, hay que entender también los valores y la mentalidad de las elites gobernantes del país, incluido Nicolás II. En la Europa del antiguo régimen, se les inculcaba a los nobles la necesidad de defender

su honor y reputación a cualquier precio, aunque fuese con la espada. La ética del duelo aún predominaba en los círculos aristocráticos y, en particular, en los militares. El peor crimen era la cobardía. Los reyes, los aristócratas y los generales no estaban acostumbrados al maltrato ni a la humillación; dicho en lenguaje común: tenían pocas pulgas. En la Europa anterior a 1914, todavía se consideraba la guerra no sólo honorable y hasta romántica, sino también un medio necesario y legítimo en virtud del cual las grandes potencias podían defender sus intereses y lograr metas nacionales inasequibles por medios pacíficos. La victoria, que carece de sentido en la era nuclear, fue, no obstante, un concepto significativo aun con respecto a las guerras entre las grandes potencias. La catástrofe de 1914 resulta incomprensible a menos que se tomen en consideración las realidades subyacentes.

El principal objetivo de la política exterior rusa luego de 1905 fue mantenerse en buenos términos con todos los países, una tarea difícil, si no imposible, para un país débil en una Europa que se estaba dividiendo en dos bloques de poder. Con todo, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Alejandro Izvolsky, hizo cuanto estuvo a su alcance en este aspecto. En 1907, los tratados con Tokio y Londres redujeron considerablemente el peligro de un conflicto por las cuestiones asiáticas. Dado que Gran Bretaña se había aliado a Japón y mantenía buenas relaciones con Francia, la *entente* con Londres mejoraba también los vínculos entre Petersburgo y París, al tiempo que protegía a Rusia contra cualquier movimiento agresivo de Japón en el Lejano Oriente. Sin embargo, tal como lo comprendió Izvolsky, el tratado con Gran Bretaña sería contraproducente si llegaban a empeorar las relaciones con Berlín. Izvolsky hizo lo que pudo para evitar que esto sucediese. En 1907 firmó, por ejemplo, un tratado secreto con Berlín sobre los asuntos del Báltico, y en las negociaciones con Gran Bretaña sobre Irán aseguró que mantendría su promesa de “no afectar en lo más mínimo los intereses alemanes relacionados con el ferrocarril de Bagdad, ni con la igualdad de oportunidades comerciales”.

No obstante, el tratado de Rusia con Gran Bretaña les explicitaba a los alemanes que habían fracasado en su intento de aprovechar la hostilidad de Petersburgo hacia Londres y, de ese modo, dividir la alianza

franco-rusa. Además, los progresos de Rusia en el plano nacional seguramente preocuparan a Alemania. Según el embajador británico en Petersburgo, “la emancipación parcial del pueblo ruso ha estado acompañada por un sentimiento muy pronunciado y casi universal contra los alemanes y contra Alemania”. Los funcionarios de apellido alemán, aunque ahora del todo rusificados, desempeñaban un rol importante y a menudo conservador en el gobierno del zar, un hecho que despertaba tanto la ira como la envidia de muchos rusos. Se consideraba que el imperio alemán era el baluarte más poderoso del conservadurismo autoritario en el continente, a diferencia de Gran Bretaña y Francia, las potencias democráticas más importantes de Europa. Es más, los alemanes y los austríacos eran los principales rivales de los eslavos y de Rusia en Europa oriental y en los Balcanes, donde, según muchos rusos, se hallaba el destino histórico del país.

Entre 1907 y 1914, comenzó a perfilarse una coalición entre algunos sectores de las élites económicas, políticas e intelectuales rusas, basada en una combinación de ideas liberales y nacionalistas. Formaban parte de ella varios industriales importantes de Moscú, algunos de los más destacados intelectuales liberales y muchos diputados de la Duma. Hacia 1914, esta alianza insustancial contaba con simpatizantes de peso tanto en el ejército como en la burocracia. El príncipe Gregorio Trubetskoy, a cargo del departamento de los Asuntos del Cercano Oriente y los Balcanes, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores, estaba estrechamente vinculado a los industriales moscovitas y a Pedro Struve, el vocero intelectual de la alianza entre las élites liberal-conservadoras y las nacionalistas. Hasta el propio Krivoshein, el ministro de Agricultura, fue un potencial aliado de la coalición. Su ministerio y, de hecho, él mismo mantenían relaciones cordiales con la Duma y los *zemstvos*, además de gozar de una buena prensa. Krivoshein no sólo simpatizaba con los nacionalistas pro eslavos, también se había casado con la hija de una de las familias industriales más renombradas de Moscú. Conviene señalar que esta coalición todavía se hallaba en estado embrionario entre 1907-1909 y que las políticas agresivas de Alemania contribuyeron luego a consolidarla. Sin embargo, los alemanes no se equivocaron cuando observaban con preocupación los progresos ru-



sos en la época de preguerra. La idea de que la coalición liberal-nacionalista, antigermana y pro eslava, representaba la tendencia del futuro no era irrazonable, pues se trataba de una creencia muy difundida tanto en Rusia como en el extranjero.

Nicolás II era consciente de los peligros implícitos en los estallidos antigermanos de la opinión pública. En junio de 1908, durante la reunión del zar con el rey Eduardo VII en Reval, el diplomático británico sir Charles Hardinge mantuvo una larga conversación con el monarca ruso.

“El Emperador admitió que, desde el punto de vista de las relaciones de Rusia con Alemania, la libertad de prensa lo había puesto a él y a su gobierno en una situación muy embarazosa, pues todo incidente que ocurriera en cualquier provincia remota del imperio, tal como un terremoto o una tempestad, se lo adjudicaban de inmediato a Alemania. Últimamente, tanto él como su gobierno habían recibido quejas por el tono poco amistoso de la prensa rusa. Sin embargo, él era totalmente incapaz de remediar la situación, excepto por un ocasional *communiqué* a la prensa, lo cual no surtiría efecto alguno. Deseaba que la prensa enfocara su atención en los asuntos internos y no en las relaciones exteriores, pero esto era esperar demasiado.”

La irritación alemana con respecto a Rusia jugaría un importante papel en la humillación de Petersburgo a raíz de la llamada crisis bosnia de 1908-1909. El origen de la crisis se encuentra en la resolución de Viena de anexar formalmente las provincias de Bosnia y Herzegovina, a las que había ocupado de hecho desde 1878. Esta decisión reflejaba, en parte, el deseo de Austria de afirmarse en los Balcanes. Rusia era demasiado débil para oponerse a la anexión, de modo que Izvolsky decidió hacer un convenio con su homólogo austríaco, el barón Aehrenthal, a quien visitó en su hacienda de Buchlau, en septiembre de 1908. Ambos ministros acordaron que Rusia aceptaría la anexión y que Austria apoyaría posteriormente el deseo de Petersburgo de abrir los Estrechos (el pasaje marítimo desde el Mar Negro hasta el Mediterráneo) a los buques de guerra rusos. Antes de firmar el acuerdo, Izvolsky se aseguró de antemano el consentimiento de Nicolás II. El ministro de Relaciones Exterio-

res pensaba que la apertura de los Estrechos redundaría en su prestigio y en el de Rusia. Por otro lado, la anexión no era, meramente, un *fait accompli*, sino un acto pasible de dañar la reputación de Austria entre los Estados eslavos de los Balcanes, lo cual sólo podía beneficiar a Rusia.

Pero el orgullo de Izvolsky se evaporó muy pronto, pues no tardó en descubrir que a los ingleses y franceses no les entusiasmaba tratar la cuestión de los Estrechos. En la circular austríaca, se declaraba que la anexión tenía el pleno consentimiento de Rusia, lo cual, aunque era cierto, no se suponía que fuera de conocimiento público. Mientras Stolypin estuvo a cargo, muchos miembros de la Duma y la prensa se enfurecieron por esta nueva humillación al país y por la traición de Rusia a los intereses eslavos. Cuando el primer ministro amenazó con renunciar, fue preciso revertir la política exterior: no se firmarían más acuerdos con Viena. En lugar de ello, Petersburgo decidió convocar a una conferencia internacional con el propósito de legitimar la anexión y, sobre todo, de salvar el prestigio del país. Dado que Rusia era demasiado débil para imponerse, que los alemanes y austríacos se opondrían lisa y llanamente a la conferencia y que los británicos y franceses se mostraban indiferentes, esta estrategia sólo podía terminar en la derrota y la humillación de Petersburgo, tal como ocurrió en marzo de 1909. Viena exigió a Petersburgo y Belgrado el reconocimiento formal de la incorporación de Bosnia-Herzegovina, y se dispuso a invadir Serbia a fin de imponer su demanda. Ínterin, Alemania envió una nota a Rusia donde la conminaba a suavizar la crisis reconociendo inmediata e incondicionalmente la anexión. Habida cuenta de su debilidad militar y política, Rusia no tuvo otra alternativa que hacerlo.

La crisis de Bosnia fue un punto virtual de inflexión en su camino hacia 1914. La confianza de Rusia en Viena desapareció por completo. Ya humillada profundamente por los japoneses, esta última derrota sacó de quicio tanto al gobierno como a la opinión pública; la histeria y la falta de realismo reinaron en buena parte de la prensa. Nicolás II estaba furioso ante la humillación de Rusia y compartía la indignación general contra Austria. En el otoño de 1908, escribió que “el principal culpable es el canalla de Aehrenthal, que embaucó a Izvolsky diciéndole una cosa y ahora afirma lo contrario”.

La actitud del emperador al final de la crisis, en marzo de 1909, es extremadamente interesante, al tiempo que revela sus opiniones básicas sobre la política exterior rusa en los años siguientes. El 18 de marzo le escribió a su madre:

“La semana pasada... me reuní con el Consejo de Ministros para tratar la malhadada cuestión austro-serbia. Este asunto, que ya dura seis meses, se ha complicado de pronto porque Alemania nos pide que ayudemos a resolver la dificultad aceptando la famosa anexión; en caso de negarnos, las consecuencias podrían ser muy serias y difíciles de predecir. Una vez planteadas las cosas de una forma tan definitiva e inequívoca, sólo nos resta tragarnos el orgullo, ceder y aceptar. En este aspecto, la opinión de los ministros fue unánime. Si esta concesión de nuestra parte puede salvar a Serbia de ser aplastada por Austria, entonces creo firmemente que vale la pena. Nuestra decisión fue tanto más inevitable por cuanto nos informaron de todos lados que Alemania estaba lista para movilizarse... Pero la opinión pública no lo comprende, y es difícil hacerle entender cuán siniestra era la situación hace unos pocos días; ahora seguirá injuriando y escarneciendo al pobre Izvolsky, incluso más que antes.”

Al día siguiente, Nicolás añadió una posdata:

“Nadie, salvo los malvados, quiere hoy la guerra, y pienso que esta vez estuvimos más cerca que nunca de la contienda. Pero tan pronto como el peligro desaparece, la gente comienza a hablar de humillación, a proferir insultos, etc. Por la palabra ‘anexión’, nuestros patriotas estaban dispuestos a sacrificar Serbia, a la que nos era imposible ayudar, en caso de un ataque austríaco. Cierto es que la forma de actuar y el método de los alemanes –quiero decir, hacia nosotros– han sido sencillamente brutales y nunca lo olvidaremos. Creo que estaban tratando otra vez de separarnos de Francia e Inglaterra... pero han vuelto a fracasar. Esos métodos tienden a producir el resultado contrario al esperado.”

En respuesta a la derrota sufrida en la crisis de Bosnia, Rusia cambió a su ministro; Izvolsky fue reemplazado por Sergio Sazonov. Con la aprobación de Nicolás, el nuevo funcionario tomó tres decisiones básicas. Primero, mantener el compromiso asumido con Francia e Inglaterra; segundo, tragarse el orgullo y reparar las relaciones con Berlín. Con el propósito de conseguir el veto de Alemania a cualquier agresión austriaca en los Balcanes, Petersburgo hizo concesiones a Berlín en varios asuntos económicos vinculados al Oriente Medio. Hacia 1911, si bien nada fundamental había cambiado en las relaciones ruso-germanas, estas parecían, al menos en la superficie, bastante amistosas.

El tercer elemento de la estrategia rusa consistió en forjar una alianza de los Estados balcánicos, susceptible de oponerse a cualquier avance posterior austriaco en la Europa del sudoeste. En el otoño de 1912, el objetivo se había cumplido, pero los aliados balcánicos escaparon pronto del control de Rusia y dirigieron sus esfuerzos a repartirse lo que quedaba en Europa del imperio turco: Macedonia y Albania. El gobierno ruso, alarmado por esta enorme amenaza a la estabilidad internacional, fue incapaz, sin embargo, de poner freno a sus *protégés* de los Balcanes. Con el imperio otomano visiblemente tambaleante a raíz de la derrota infligida por Italia en la guerra de 1911, nada podía detener a los Estados balcánicos de ajustar cuentas con su antiguo enemigo otomano y apoderarse de su territorio. Una vez logrado el objetivo, los aliados iniciaron, entre ellos, otra guerra mucho más sangrienta por el reparto del botín. Ello horrorizó a la opinión pública rusa, que abrigaba ilusiones ingenuas acerca de “sus hermanitos eslavos” y que, como de costumbre, culpó al ministro de Relaciones Exteriores del fracaso por no lograr las metas nada realistas de los nacionalistas rusos. Aunque nadie lo hubiera sospechado, de atenerse a la histeria infantil que se apoderó de la prensa, el verdadero perdedor en los acontecimientos acaecidos en los Balcanes en 1912-1913 no fue Rusia sino Austria. Los dos Estados balcánicos que obtuvieron más territorio y prestigio en esas guerras fueron Serbia y Rumania. Muchos serbios y rumanos vivían dentro de las fronteras austro-húngaras, y estaban destinados a ser el próximo blanco de los nacionalistas de Belgrado y Bucarest. Serbia era el principal protegido de Rusia en los Balcanes. En la



primavera de 1914, Rumania mostraba signos contundentes de desplazarse hacia la órbita rusa, alejándose de su alianza con Alemania y Austria. En los nueve meses previos a julio de 1914, el ministro de Relaciones Exteriores era consciente del peligro de que Viena procurase restaurar su debilitada posición en los Balcanes, recurriendo al uso de la fuerza contra sus vecinos serbios.

Nicolás, siempre optimista, no esperaba que los austriacos iniciaran la guerra y, por tanto, minimizaba los sombríos pronósticos de sus asesores. En febrero de 1912, comentó que “mientras viva el emperador Francisco José, no existe la menor probabilidad de que Austria-Hungría tome alguna medida pasible de poner en peligro el mantenimiento de la paz, pero cuando el anciano Emperador haya muerto, será imposible predecir lo que pueda pasar”. La preocupación por el futuro se vinculaba, en parte, a los temores suscitados por los planes del heredero austriaco –de quien Nicolás recordaba su lenguaje violento y agresivo– con miras a transformar la constitución interna del imperio y el equilibrio de fuerzas entre sus naciones. El zar nunca había tenido una relación estrecha con los Habsburgo y, por consiguiente, solidarizaba muy poco con ellos desde el punto de vista monárquico. Tampoco se había vuelto a reunir con el heredero austriaco, el archiduque Francisco Fernando, desde 1903. En 1913, previó el colapso de la monarquía de los Habsburgo sin alarmarse demasiado.

“Su Majestad se refirió a la desintegración del imperio austriaco como una mera cuestión de tiempo. Llegará el día, dijo, en que veremos el reino de Hungría, el reino de Bohemia y la incorporación de las provincias alemanas de Austria dentro del imperio germano, en tanto que los eslavos meridionales serán absorbidos por Serbia y los rumanos de Transilvania, por Rumania. Según Su Majestad, Austria constituía hoy una fuente de debilidad para Alemania y un peligro para la paz, cuya causa se beneficiaría si Alemania no tuviera que involucrar a Austria en una guerra por los Balcanes.”

Tradicionalmente, los Romanov habían estado más cerca de los Hohenzollern que de los Habsburgo, cuyo catolicismo había impedido

los enlaces con la casa real rusa. En el invierno de 1913-1914, la paciencia y la confianza de Nicolás para con Guillermo II se estaban agotando, aunque no habían desaparecido por completo. Se hallaba en cuestión el creciente interés de Alemania en las tradicionales esferas de influencia rusas en Asia Menor e Irán, y, en especial, las ambiciones de Berlín con respecto a los Estrechos. Este último era un tema fundamental para los rusos, sobre todo porque gran parte del comercio con el exterior pasaba por el Bósforo y los Dardanelos. Una vez establecida una gran potencia naval en Constantinopla, esta podría estrangular el importantísimo comercio ruso de cereales y dominar el Mar Báltico, exponiendo toda la costa meridional del imperio a eventuales ataques.

Nicolás había estado siempre más interesado en Constantinopla y en los Estrechos que en los eslavos de los Balcanes. En la víspera de las guerras balcánicas, había escrito, por ejemplo: "Insisto en que Rusia se abstenga por completo de intervenir en las próximas actividades militares. Pero, por cierto, debemos tomar todas las medidas posibles para proteger nuestros intereses en el Mar Negro". Tanto él como el ministro de Relaciones Exteriores, Sergio Sazonov, reaccionaron con indignación al enterarse en el otoño de 1913 que un general alemán, Liman von Sanders, había sido nombrado para comandar las guarniciones turcas que custodiaban Constantinopla y los Estrechos. Desde el punto de vista alemán, la designación de von Sanders constituía un detalle técnico. Era necesario el comando directo de las unidades turcas si se deseaba imponer reformas genuinas en el ejército, cuya actuación contra los aliados balcánicos había sido mediocre, pese al esfuerzo realizado durante años por inspectores e instructores alemanes. Para los rusos, sin embargo, la perspectiva de un mando alemán directo sobre la guarnición encargada de proteger la ciudad capital y los Estrechos, en una época en que el imperio otomano parecía a punto de desintegrarse, resultaba inaceptable, en particular a la luz de las apenas veladas intenciones de Guillermo de dominar cualquier Estado turco que emergiese del colapso del imperio. Al final, la crisis suscitada por Liman von Sanders terminó en paz, pero con mucho resentimiento entre Petersburgo y Berlín, reflejado en las violentas y mutuas denuncias que aparecieron luego en los periódicos de ambos países. Tomando en cuenta

el asunto von Sanders, Nicolás le creyó al servicio de inteligencia, que operaba a través de espías infiltrados en el alto mando austriaco, cuando este le informó que los alemanes procuraban controlar las baterías ubicadas en la costa del Bósforo.

En febrero de 1914, alarmado por el creciente peligro de una guerra con Alemania, Pedro Durnovo le presentó a Nicolás II un memorando sobre el futuro de la política nacional y exterior de Rusia. En su opinión, la probabilidad de que se desencadenara una gran contienda europea era ahora muy alta. Contrariamente a la creencia popular, la guerra no sería corta y pondría a prueba la fuerza global de un país y no sólo las hazañas de sus ejércitos. La potencia económica, los recursos financieros y la unidad política constituirían factores clave en cuanto a determinar la victoria o la derrota en el conflicto. En todos esos aspectos, Rusia estaba mal equipada para luchar. Cualquier derrota en el campo de batalla significaría un aumento de la oposición al gobierno, al que se acusaría por todos los fracasos y del atraso de Rusia. El resultado más probable sería, pues, la revolución total. Durnovo insistió en que no había razón alguna para correr semejantes riesgos, dado que el conflicto entre los intereses rusos y alemanes era relativo. A su entender, se trataba de un antagonismo entre Berlín y Londres, relacionado con la supremacía naval, colonial y económica. Rusia no debía dejarse arrastrar a la contienda, y menos aún aliarse a la liberal Inglaterra contra la Alemania conservadora. En cierto sentido, la sugerencia de Durnovo de que Rusia debía mantenerse al margen mientras Alemania y Gran Bretaña luchaban una contra otra hasta llegar a un *impasse* tiene algo en común con la posición que asumiría Stalin en 1939.

La reacción de Nicolás ante semejantes ideas se manifiesta en una conversación que tuvo con el embajador británico, sir George Buchanan, en la primavera de 1914.

“Comúnmente se supone, continuó diciendo Su Majestad, que nada puede separar a Rusia de Alemania. Pero no es así. Está la cuestión de los Dardanelos. En los últimos dos años, los Estrechos se clausuraron dos veces durante un corto período, provocando graves pérdidas a la industria agrícola. De la información que ha recibido de una fuente se-

creta en Viena, tiene razones para creer que Alemania apunta a conquistar una posición en Constantinopla que le permita impedir a Rusia el acceso al Mar Negro. En caso de tratar de llevar a cabo esa política, él se opondrá por todos los medios, aun si la guerra es la única alternativa... aunque el Emperador dijo que... él... deseaba mantenerse en buenos términos con Alemania.”

En ese momento Nicolás, a diferencia de Witte por ejemplo, no creía que fuera posible separar a Alemania de Austria.

El zar, desde luego, nunca habló con un embajador extranjero de la situación política interna de Rusia, de modo que es imposible saber exactamente qué pensaba en este aspecto del memorando de Durnovo. Pero cabe conjeturar que consideraba al pueblo ruso mucho más leal al trono y mucho más patriótico en cualquier guerra futura que lo que había pronosticado su testarudo y más realista consejero. A Nicolás le preocupaba que la cuestión con Irlanda impidiera a Londres actuar con vigor en las relaciones exteriores, lo cual resultaría peligroso, pues el antiguo “concierto” de las grandes potencias, que había manejado pacíficamente las crisis previas, estaba amenazado por la parálisis. En cuanto a los asuntos de los Balcanes, “era la misma historia de siempre. Europa se hallaba dividida en dos campos y, en consecuencia, resultaba imposible que el concierto operase de consuno”. Pero en ese momento, Rusia, Francia e Inglaterra necesitaban unirse lo más estrechamente posible, a fin de que a Alemania no le cupiese la menor duda de que las tres potencias de la *entente* lucharían codo a codo contra toda agresión de su parte. El embajador británico concluyó que Nicolás quería “establecer un lazo más sólido entre Inglaterra y Rusia, tal como una alianza de carácter puramente defensivo”.

El 18 de febrero de 1914, Pablo Benckendorff le escribió a su hermano que en Petersburgo “nadie quiere la guerra, pero en los últimos meses se ha intensificado cada vez más, en todas las clases sociales, la sensación de que la guerra es inevitable”. Se creía que Berlín y Viena declararían la guerra cuando Rusia menos lo esperase. El gran mariscal de la corte confesó que él mismo comenzaba a pensar de la misma manera. La carrera armamentista se había vuelto incontrolable. Las



grandes cuestiones geopolíticas, ahora en la agenda, ya no podían resolverse pacíficamente. Alejandro Izvolsky, en ese momento embajador en París, hizo advertencias similares. En octubre de 1912, cuando estalló la primera guerra balcánica, Izvolsky había señalado que la victoria de los Estados nacionalistas eslavos sobre el imperio otomano tendría como consecuencia su colapso y, asimismo, pondría en peligro la monarquía de los Habsburgo. "Plantearía, en todo su desarrollo histórico, la cuestión de la lucha del dominio eslavo no sólo con el Islam, sino también con el germanismo, en cuyo caso no tenía sentido cifrar las esperanzas en medidas paliativas y era preciso prepararse, en cambio, para una grande y decisiva guerra general europea." Esos temores y profecías tenían su propia lógica de autocumplimiento. Si la guerra era probable, entonces la pregunta clave pasaba a ser cómo ganarla y no cómo evitarla. La diplomacia se esforzó menos por controlar a sus *protégés* balcánicos que por conseguir que sus ejércitos apoyaran a Rusia, de producirse una guerra. Se incrementó la influencia de los generales y cobraron mayor peso las prioridades militares respecto de una rápida y tranquila movilización y de ofensivas coordinadas con los propios aliados.

La familia imperial pasó en Crimea los meses de abril y mayo de 1914. El Consejo de Ministros ya no tenía un presidente efectivo, pero el monarca, que se encontraba ahora a cientos de kilómetros de la capital, se mantenía en contacto con ellos por medio del correo o de un mensajero. Esta extraña conducta del emperador se explicaba, según las palabras del general Spiridovich, por el estado de "extraordinario nerviosismo" de la emperatriz, que en esa época se pasaba la mayor parte del tiempo orando o llorando. Pablo Benckendorff le comentó a su hermano que Alejandra le hacía la vida imposible a su esposo. Si había un lugar donde la emperatriz podía distenderse, ese era la nueva *villa* de estilo italiano en Livadia, con sus patios, fuentes, soberbios jardines y en plena primavera de Crimea. A principios de junio, los Romanov visitaron al rey de Rumania, una ocasión de gran importancia política, considerando el estado actual de los asuntos balcánicos. La tensión producida por el ajeteo de una visita oficial de un solo día bastó para que Alejandra se derrumbara.

De regreso en Rusia, Nicolás viajó a Odesa e inauguró un monumento en Kishinev. El 18 de junio retornó a Sarskoie Selo, preparado para recibir la visita oficial del rey de Sajonia. El 28 de junio llegó la noticia del asesinato del heredero austriaco y de su esposa. La primera reacción del embajador ruso en Viena, N.N. Shebeko, fue tranquila, pues no comprendió en absoluto cuanto se pensaba en los círculos gubernamentales austriacos. “Hay razones para suponer que, al menos en el futuro inmediato, el curso de la política austro-húngara será más calmo y circunspecto. Esto es lo que creen aquí, y no hay duda de que ese era el objetivo por el que bregaba el emperador Francisco José.” Al cabo de unos días, Shebeko se mostró menos optimista, pues comenzaron a circular alarmantes rumores –negados con vigor en Viena– acerca de una posible acción austriaca contra Serbia. Una escuadra naval británica visitó Petersburgo en medio de grandes festividades. Entre la partida de la escuadra y la llegada de Poincaré, el presidente de Francia, la familia imperial pasó unos pocos días en el *Standart*, ante la insistencia de la emperatriz. El crucero no le reportó ningún beneficio, pues Alexéi se cayó al abordar el yate desde un bote y sufrió otra grave hemorragia. El 23 de julio, el presidente francés abandonó Rusia, tras días agotadores de ceremonias, discursos y reuniones, cuyo evento más espectacular fue la revista de la Guardia Imperial en la plaza de armas de Krasnoie Selo. Esa noche, los austriacos le dieron el ultimátum a Serbia y le concedieron a Belgrado sólo cuarenta y ocho horas para responder.

El 24 de julio a las diez de la mañana, el ministro ruso de Relaciones Exteriores, Sazonov, leyó el texto del ultimátum austriaco y exclamó: “¡Esto significa la guerra en Europa!”. Por primera vez en su vida, Sazonov recurrió al teléfono para transmitir una información al emperador. Le dijo que la notificación austriaca, escrita de una forma deliberadamente brutal, debió de ser redactada en conformidad con Berlín. Las potencias centrales (Austria y Alemania) sin duda comprendieron que “tal vez Serbia no acataría el ultimátum” y, en consecuencia, decidieron emprender una acción militar. Rusia y, luego, toda Europa serían arrasadas al conflicto. Según Sazonov, los alemanes “se encontraban, por cierto, en una situación más ventajosa, dada la suprema eficacia de sus ejércitos”. Ahora emprendían deliberadamente una guerra, porque es-

taban seguros de ganarla. El emperador escuchó a Sazonov hasta el final y le ordenó reunirse lo antes posible con el Consejo de Ministros.

Poco después llegó Pedro Bark, el nuevo ministro de Finanzas, para su audiencia semanal con Nicolás. Sus recuerdos de la actitud del emperador resultan muy convincentes: como de costumbre, Nicolás se mostró optimista y atribuyó la reacción de los ministros al pánico. También, como de costumbre, creía en la honestidad y buena voluntad de las personas a quienes conocía desde la infancia, en este caso su primo Willy. Era difícil pensar que el hombre que había aguardado en el cuarto vecino veinte años antes, cuando Nicolás y Alejandra decidieron comprometerse, pudiera dar inicio a una guerra pasible de hundir a toda Europa. Pedro Bark escribió:

“El Emperador... permaneció en calma y me dijo que Sazonov exageraba la gravedad de la situación y que sencillamente había perdido la cabeza. En los últimos años se habían suscitado frecuentes conflictos en los Balcanes, pero las grandes potencias siempre habían llegado a un acuerdo. Ninguna de ellas deseaba desencadenar una guerra para proteger los intereses de un Estado balcánico. La guerra significaba una catástrofe mundial, y una vez desatada, resultaría muy difícil detenerla. El emperador no creía que el ultimátum se hubiera enviado después de consultar con Berlín. El monarca alemán le había transmitido a menudo su sincero deseo de salvaguardar la paz en Europa y siempre había sido posible llegar a un acuerdo con él, aun en los casos más graves. Su Majestad se refirió a la actitud leal del emperador alemán durante la guerra ruso-japonesa y durante los problemas internos sufridos posteriormente por Rusia. Le hubiera resultado fácil aplastar a Rusia en esas circunstancias –tan favorables para un intento de esa índole–, dado que nuestra atención se centraba en el Lejano Oriente y no contábamos con la suficiente protección contra un ataque de Occidente.”

Pedro Bark compartía el optimismo de Nicolás. Tomando en cuenta el inmenso éxito de la economía alemana en los últimos años, el ministro de Finanzas no podía creer que Berlín lo arriesgara todo por em-

prender una guerra innecesaria. Tanto el emperador como su ministro estaban equivocados. El ultimátum austríaco a Serbia fue concebido para que la guerra fuera inevitable. Según Viena, sólo podría restablecer su posición en los Balcanes si obligaba a Belgrado a depender otra vez de Austria. De ese modo, los otros Estados balcánicos aprenderían que era inútil oponerse a Viena y que, en última instancia, Rusia no defendería a sus *protégés* a costa de una guerra. Los austríacos pensaban que Rusia se echaría atrás por miedo a la revolución. En caso contrario, Viena y Berlín coincidían en que era mejor empezar la guerra y no demorar las cosas, pues en el lapso de unos pocos años las potencias centrales no podrían obtener la victoria, teniendo en cuenta los recursos de Rusia y el rápido crecimiento de su economía y fuerza militar. En retrospectiva, lo único que al parecer podría haber disuadido a los alemanes era el convencimiento de que Inglaterra participaría en la contienda como aliada de Francia y Rusia. Al comienzo de la crisis, el gobierno británico liberal se mostró renuente a asumir semejante compromiso, pues de haberlo hecho habría tenido que enfrentar la oposición tanto del Parlamento como de la opinión pública. Cuando la posibilidad de una intervención británica comenzó a hacer mella, la política austro-germana había llegado ya demasiado lejos como para impulsar una negociación pacífica sin dañar gravemente el prestigio de Austria y Alemania. Los primeros y un tanto dubitativos intentos de refrenar a Viena por parte del canciller alemán fueron socavados por el consejo contrario de Moltke, el jefe del Estado Mayor. Es más, incluso el 29 de julio la posición de las potencias centrales seguía siendo la misma: Rusia debía poner fin a los preparativos militares, en tanto que la ofensiva austríaca continuaría en Serbia. Nadie en Petersburgo estaba dispuesto a aceptar semejantes términos. Nicolás II mostraba menos entusiasmo acerca de los Estados eslavos de los Balcanes que sus ministros, dejando de lado la opinión pública. Aunque en enero de 1914 había prometido que “no permitiremos que nos pisoteen”, en julio de ese mismo año comentó que “sólo se emprenderán expediciones punitivas en el propio país o en sus colonias”.

En la reunión crucial del Consejo de Ministros, realizada la tarde del 24 de julio, las voces dominantes pertenecían a Sazonov y Krivoshein.



De acuerdo con el ministro de Relaciones Exteriores, “la información a su disposición y su conocimiento de los acontecimientos acaecidos en Europa central durante los últimos años lo habían convencido de la resolución de Austria-Hungría y de Alemania de dar un golpe decisivo a la autoridad de Rusia en los Balcanes, aniquilando a Serbia”. Tanto Sazonov como Krivoshein alegaron que Rusia no podía permitir una acción semejante. Asimismo, incidieron las consideraciones relativas a la política nacional: “la opinión pública y parlamentaria no comprenderá por qué, en un momento tan crucial para los intereses vitales de Rusia, el gobierno imperial no parece dispuesto a actuar con audacia”. Más importantes, sin embargo, fueron las consideraciones referentes al honor y al prestigio nacionales. Tomando en cuenta el papel desempeñado por Rusia en los Balcanes durante siglos, si permitía que la expulsaran de la región de una manera completa y humillante, nadie volvería a tomarla en serio: “se lo considerará un Estado decadente y en lo sucesivo ocupará un segundo puesto entre las potencias mundiales”. La evidente debilidad de Rusia y las muchas concesiones hechas a partir de 1905 no le habían aportado seguridad alguna. En lugar de ello, habían alentado a sus opositores a sacar partido de sus flaquezas. Si Rusia cedía otra vez a despecho del flagrante desafío a sus intereses, nadie —aliado o enemigo— la creería capaz de defenderse a sí misma, en cualquier circunstancia. Habiendo renunciado a sus aliados en los Balcanes, era probable que se viera forzada a luchar en el futuro cercano frente a las nuevas amenazas alemanas. Sazonov admitía que “la guerra con Alemania implicaba un gran riesgo”, sobre todo porque “no se sabe qué actitud asumirá Gran Bretaña”. No obstante él, junto con el Consejo de Ministros, decidieron que si Austria se negaba a negociar e insistía en invadir Serbia, Rusia no podía mantenerse al margen. En el caso de una invasión, Rusia movilizaría cuatro distritos militares como una advertencia a Austria, aunque no como una provocación a Alemania.

Lo escrito por el zar en su diario nueve días antes del estallido de la guerra constituye un documento extraño y revelador. Nicolás II era, por un lado, el jefe ejecutivo de Rusia, y por el otro, se desentendía de los asuntos cotidianos del gobierno. Incluso en esos días críticos se comportaba, hasta cierto punto, como un caballero de la clase ociosa. Si

bien escribía, en ocasiones, que había trabajado hasta las tres de la madrugada, pese a que debía levantarse a las nueve, Nicolás encontraba tiempo para jugar al tenis, pasear, andar en canoa con sus hijas y visitar a sus parientes a la hora del té. Por lo demás, sus días se hallaban sobrecargados por las actividades propias de un jefe de Estado: revistas militares, cenas, visitas a un hospital y la entrega de premios. Cuando Alemania y Rusia se preparaban para ir a la guerra y comenzaba el colapso de la civilización europea, la agenda de Nicolás se vio interrumpida por un extraordinario caso de arcaísmo, propio del antiguo régimen. El 26 de julio, el zar recibió al caballerizo de la corte de Mecklenburg-Strelitz, un pequeño ducado absorbido por el imperio germano en 1871, que, respetando una vieja y honorable costumbre, había venido a darle la noticia de la muerte del duque. Todo cuanto el emperador y el cortesano hablaron en el almuerzo que siguió a ese encuentro es un misterio. Leyendo el diario de Nicolás, uno tiene la impresión de estar frente a un hombre indiferente a los acontecimientos. Pierre Gilliard, el tutor del zarevich, comentó que “sólo con observar al Emperador en el transcurso de esa terrible semana era suficiente para comprender la preocupación y el sufrimiento moral que lo embargaban”.

Nicolás hizo lo posible para demorar el estallido de la guerra. Mandó telegramas y a un enviado especial a Guillermo II, suplicándole que pusiera coto a los austriacos. Rescindió la orden de una movilización general la noche del 29 de julio, luego de recibir un telegrama aparentemente conciliador de Guillermo II. Presionado por sus asesores civiles y militares, que lo convencieron de que la guerra era inminente y, por lo tanto, se precisaba de una rápida movilización general, se abstuvo, sin embargo, de tomar medidas hasta la tarde del 30 de julio. Los principales asesores políticos, diplomáticos y militares del emperador adujeron que no era posible seguir demorando la movilización general. Krivoshein, Sazonov y el jefe del Estado Mayor, Yanushkevich, estuvieron de acuerdo. La tarde del 30 de julio, “durante casi una hora, el ministro [Sazonov] trató de demostrarle que la guerra era inminente, pues era evidente para todos que Alemania estaba decidida a ir al choque; de no ser así, hubiera aceptado las propuestas conciliadoras del zar o procurado hacer entrar en razón a su alia-

do". El emperador mostró "un aborrecimiento exacerbado" hacia la guerra, según consignó en su diario el ministro de Relaciones Exteriores. Su nerviosismo y repulsión ante la idea de una contienda se pusieron de manifiesto en un estallido de ira que, proviniendo de Nicolás, resultaba del todo insólito. Por último, coincidió en que la guerra era, probablemente, inevitable y que no quedaba otra alternativa que luchar con vistas a una posible victoria.

La noche del 1<sup>o</sup> de agosto, mientras el embajador alemán presentaba la declaración de guerra a Sazonov,

"el Emperador, la Emperatriz y las grandes duquesas concurrían a vísperas en la pequeña iglesia de Alejandría. Habiéndome reunido con el Emperador unas pocas horas antes, me llamó la atención su aspecto exhausto: sus facciones habían cambiado, y las pequeñas bolsas que le aparecían bajo los ojos cuando estaba cansado se veían aún más abultadas.

"En la Iglesia, rezó con fervor para que Dios librara a su pueblo de esta guerra tan inminente e inevitable. Todo su ser se hallaba imbuido de un profundo sentimiento religioso. A su lado estaba la Emperatriz, cuyo rostro tenía la misma expresión de enorme sufrimiento que advertí tantas veces cuando velaba junto a la cabecera de su hijo enfermo, Alexéi Nikoláyevich. Esa noche también oró con apasionada fuerza, suplicando que se evitara esa espantosa guerra.

"Al final del servicio, Sus Majestades y las grandes duquesas regresaron a la casa de campo de Alejandría.

"Eran las ocho en punto. Antes de cenar, el Emperador entró en su escritorio para revisar los despachos que habían llegado durante su ausencia, y allí se enteró, por un informe de Sazonov, de la declaración de guerra de Alemania. Mantuvo una breve conversación telefónica con su ministro y le pidió que viniera a Alejandría lo antes posible.

"Mientras tanto, la Emperatriz y las grandes duquesas aguardaban en el comedor. Alarmada por la larga ausencia del monarca, Su Majestad Alejandra le pidió a Tatiana Nikoláyevna que fuera a buscar a su padre, pero en ese momento apareció el Zar. Estaba muy pálido, y, con una voz que, a pesar de su deseo de controlarse, dejaba traslucir

su emoción, anunció que Alemania acababa de declarar la guerra. Al oír la noticia, la Emperatriz comenzó a sollozar, y las grandes duquesas, viendo la desesperación de su madre, también prorrumpieron en llanto”.



## La guerra (1914-1917)

**E**l 2 de agosto, el día después de la declaración de la guerra, la familia imperial concurre a un servicio religioso en Petersburgo, tras lo cual el emperador salió al balcón del Palacio de Invierno para saludar a la enorme multitud que se había congregado en la plaza. Ante su aparición, cientos de miles de personas se arrodillaron y cantaron el himno imperial. Pero aun más numerosas fueron las multitudes que saludaron a la familia imperial cuando visitó Moscú ese mismo mes. El 5 de agosto llegó la noticia de que Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania y que Italia, pese a su alianza con Berlín y Viena, había decidido permanecer neutral. El 8 de agosto, la abrumadora mayoría de los diputados de la Duma se comprometió a apoyar incondicionalmente los intentos bélicos del gobierno, mostrando, según palabras de Alejandro Obolensky, una unidad “sorprendente”. En lugar “del parloteo y los insultos habituales en la Duma... uno sentía un enorme entusiasmo y una suerte de tranquila confianza en la victoria final... Estoy seguro de que veremos en Rusia algo parecido a lo que aconteció durante la guerra de 1812”.

Hasta cierto punto, el optimismo del emperador se justificaba, pues los eventuales recursos de Rusia y de sus aliados superaban a los de las potencias centrales, de modo que era posible alcanzar la victoria. Casi todos los sectores de las clases media y alta se unirían para participar en una guerra impuesta al país por Alemania y emprendida en defensa de los Estados eslavos de los Balcanes y de la posición de Rusia como gran potencia independiente. En su condición de líder y símbolo de

la nación, la popularidad del zar remontaría vuelo, por así decirlo. Aca-so fue un funesto presagio el hecho de que los socialdemócratas rusos, a diferencia de sus hermanos franceses y alemanes, se negaron a votar los créditos de guerra para el gobierno. No obstante, en los primeros meses de la contienda, las huelgas cesaron casi por completo en las ciudades. En cuanto a la actitud del campesinado, las opiniones difieren. Pablo Benckendorff le escribió a su hermano que el sentimiento nacional era excelente y que la movilización había sido mucho menos problemática que durante la guerra con Japón. Otros observadores, no tan optimistas como Benckendorff, notaron la resignación de los campesinos frente a una guerra cuyos objetivos no comprendían del todo.

En la medida en que la lucha fuese relativamente corta y victoriosa, predominaría la unidad nacional. Si, como afirmó Pedro Durnovo en febrero de 1914, el conflicto duraba demasiado y Rusia sufría varias derrotas, entonces seguro surgirían muchos de los problemas pronosticados con tanta perspicacia por él: “la insuficiencia de nuestros pertrechos bélicos”; “mayor dependencia de la industria extranjera”; “inadecuación de la red ferroviaria estratégica”; “la imposibilidad del equipo rodante de los ferrocarriles, concebido para el tráfico normal, de satisfacer las colosales demandas que implica una guerra europea”; “la cantidad de nuestra artillería pesada, cuya importancia se demostró en la guerra con Japón, es harto inapropiada y cuenta con pocas ametralladoras”; “la clausura del Báltico y del Mar Negro impedirán la importación de los materiales de defensa que nos faltan”; “los gastos bélicos excederán los limitados recursos financieros de Rusia”; “tanto los desastres militares –esperemos que parciales– como cualquier tipo de insuficiencia o escasez son inevitables. Debido al excesivo nerviosismo y al espíritu de oposición de nuestra sociedad, se exagerará la importancia de estos hechos y toda la culpa recaerá en el gobierno”; “las instituciones legislativas iniciarán una enconada campaña contra el poder ejecutivo”; en el país “resonarán las consignas socialistas, susceptibles de agitar y congrega a las masas, comenzando con la división de la tierra y seguida por la división de los bienes muebles e inmuebles”; el ejército, “habiendo perdido a sus hombres más confiables, y movido por el primitivo deseo de poseer tierras, propio del campesino, se encontrará

demasiado desmoralizado para servir como bastión de la ley y del orden"; "las instituciones legislativas y los partidos de la oposición intelectual, carentes de genuina autoridad a los ojos del pueblo, no podrán contener la marea popular desatada por ellos mismos y Rusia caerá en una irremediable anarquía".

En 1914, casi todos los europeos informados esperaban que la guerra fuese breve. De hecho, había buenas razones para suponer que sería larga. Alemania era la potencia militar más formidable de Europa, los imperios austriaco y otomano tenían extensos territorios y una población numerosa, las potencias centrales contaban con la ventaja de las líneas interiores y, por tanto, podían desplazar a sus tropas de un frente a otro con mayor facilidad que los aliados. Entre estos últimos, el imperio británico era, potencialmente, el más poderoso. Pero los ejércitos tanto de Gran Bretaña como de sus colonias eran pequeños, de modo que aún faltaban dos años para que el país pudiera demostrar su poderío bélico en el campo de batalla. Hasta entonces, casi todo el peso y la responsabilidad militar recaerían en Rusia y Francia. Pese a las muestras de bravuconería, casi todos los generales pensaban que el ejército ruso era inferior al alemán. De hecho, exageraban su propia inferioridad, recordando que en 1709 y 1812, la retirada estratégica y una guerra de desgaste habían compensado las desventajas militares. Nada de esto prometía el rápido fin de la guerra. Sea como fuere, la tecnología de la era militar favorecía enormemente al defensor, atrincherado y armado con la ametralladora y el rifle. El arma ofensiva más antigua, la caballería, había perdido toda vigencia y aún no habían aparecido el tanque ni los bombarderos en picada. Los ejércitos derrotados se retiraban a sus bases ferroviarias y de aprovisionamiento, los extenuados atacantes avanzaban a pie, arrastrando tras ellos los víveres y pertrechos, a caballo o en carro. En 1941-1942, el ejército soviético sufrió peores derrotas que el ejército imperial en 1914-1915. Pero en la Segunda Guerra Mundial los acontecimientos evolucionaron con mayor rapidez que en la Primera. En el invierno de 1943, el tercero desde el comienzo de la guerra, los rusos tenían el respaldo de Stalingrado y Kursk. La marea se había vuelto claramente en su favor. En el invierno de 1916, pese a las grandes victorias del ejército ruso, el resultado final de la guerra era

más incierto que en diciembre de 1943 y, por lo tanto, resultaba más difícil sostener la moral de las tropas.

El soldado alemán o británico de 1914 era el producto de muchos años de enseñanza. No sólo gozaba de una cierta instrucción, sino que había hecho un curso de adoctrinamiento patriótico. Lo mismo se aplicaba al soldado soviético de 1941. El hombre ruso de 1914 podía ser o no alfabetizado, y en caso de serlo, su educación era, por lo general, rudimentaria; su maestro, un miembro de la *intelligentsia* con un sueldo de hambre que despreciaba el régimen zarista y, por consiguiente, no resultaba confiable para inculcar la versión oficial del patriotismo en sus alumnos. Los horizontes del soldado campesino tendían pues a ser muy limitados. En 1915, el jefe del Estado Mayor, general Yanushkevich, afirmó que “es hermoso luchar por Rusia, aunque las masas no lo comprenden... Un habitante de Tambov está dispuesto a morir por su provincia, pero la guerra en Polonia le es ajena y, por ende, le parece innecesaria”. En parte, esto no fue sino una de las muchas excusas de Yanushkevich frente a las derrotas provocadas por la incompetencia de los generales. Además, era por cierto más fácil despertar el patriotismo en 1941-1943, cuando los ejércitos de Hitler luchaban con una ferocidad inaudita en el suelo de Rusia. En 1914-1916, resultaba mucho más complicado explicar a los campesinos por qué debían morir en Polonia para defender los derechos de Serbia y la posición de Rusia como gran potencia. A despecho de la fe ingenua del campesino en el monarquismo, en el verano de 1915 la emperatriz Alejandra se vio obligada a apelar a su marido, “en nombre de la paz nacional”, para que impidiera la movilización de los campesinos pertenecientes a la reserva (*opolchenie*, segunda clase). Tanto en 1915 como en 1941-1942, una multitud de soldados se rindió ante los alemanes, a veces presa del desconcierto y la ira suscitados por la crueldad y la ineptitud de sus comandantes. A diferencia de Hitler, la Alemania del káiser no le hizo, a su enemigo ruso, el favor de asesinar a un gran número de estos prisioneros, evitando de ese modo más rendiciones en el futuro. En marzo de 1917, la población de Petrogrado se sublevó y derrocó al régimen imperial, motivada, sobre todo, por el colapso de las condiciones de vida durante la guerra. (En agosto de 1914, debido a sus resonancias ger-



mánicas, se cambió el nombre de la capital, Petersburgo, y pasó a llamarse Petrogrado.) En 1941, el régimen soviético tuvo más apoyo entre la clase obrera que el zar en 1914. En Leningrado, sin embargo, las condiciones de vida eran infinitamente peores que en 1916-1917, aunque había mucha menos desigualdad en cuanto al sufrimiento y más confianza en la idoneidad de los dirigentes. De todos modos, con los ejércitos alemanes situados en las afueras de la ciudad y con Hitler que amenazaba con destruir por completo a Leningrado, la rebelión no era una opción viable.

Las derrotas de los ejércitos rusos en 1941-1942 no sólo resultaron más contundentes que cualquiera de las sufridas en 1914-1916, sino que fueron, en mayor medida, la consecuencia de los errores cometidos por el jefe de gobierno, José Stalin. Pero no había libertad de prensa para criticar al dictador ni partidos políticos opositores que recusaran su régimen. El dictador soviético no necesitaba negociar con los industriales, latifundistas o campesinos independientes. El estado de sitio y la dictadura, por las que clamaban algunos rusos en 1914-1917, ya existían en 1941, antes de comenzar la contienda. Incluso en tiempos de guerra, era muy difícil para un zar del siglo xx –e imposible para Nicolás II– ser un Iván el Terrible o un Pedro el Grande. Desde el comienzo, las sospechas entre el gobierno y la sociedad educada se ocultaron bajo la Santa Alianza de 1914. Ambas partes sabían que la guerra tendría un enorme impacto en el futuro desarrollo político de Rusia. En marzo de 1916, la emperatriz Alejandra le escribió a su marido: “Debe ser tu guerra y tu paz, y tu honor y el honor de nuestro país, pero... de ningún modo los de la Duma”. Una buena parte de los líderes de la oposición pensaban lo mismo. Cuando los ejércitos del zar fueron derrotados en la primavera de 1915, la prensa, los partidos de la oposición y los diversos organismos públicos lanzaron feroces ataques contra la incompetencia del gobierno. “Qué poco patriótico”, escribió Anatol Kulomzin, “por no decir repugnante, es arrogarse una parte del poder basándose en la desgracia del país, cuando de hecho se están olvidando por completo de él”. Pero los ataques implicaban mucho más que una lucha por el poder. De acuerdo con la percepción de los rusos ilustrados, fueran miembros de la *intelligentsia* o de la nobleza terrateniente, la burocracia za-

rista no era apta para dirigir los asuntos del país y la “sociedad” podía cumplir mucho mejor con esa tarea. Los contratiempos militares y las crisis tocantes a las provisiones y pertrechos no hacían sino confirmar esa percepción. Desde el comienzo mismo, el resultado de la guerra parecía depender de una carrera entre la victoria militar y la desintegración del frente civil. Si se reflexionaba con algún detenimiento, era probable que esto último aconteciese primero.

Durante los meses iniciales de la guerra, las cosas marcharon relativamente bien. La derrota sufrida en el este de Prusia, en agosto de 1914, fue más que compensada por una serie de victorias sobre los austriacos. En la primavera de 1915, el imperio de los Habsburgo parecía estar a un paso de la derrota final. Las tropas rusas hicieron asimismo un buen papel contra los alemanes y polacos, en el invierno de 1914-1915. Pablo Benckendorff le escribió a su hermano, en octubre de 1914, que la situación política interna era excelente y que estaba convencido de que la unidad sobreviviría hasta el fin de la guerra. La emperatriz Alejandra se dedicó a organizar la asistencia a los heridos y a las familias de los soldados, y gozó de una genuina popularidad durante un tiempo. Como enfermera capacitada, se ocupó de los heridos en su hospital de Sarskoie Selo, y cuando los moribundos requerían su presencia, nunca los defraudaba. Todo ese trajín terminó por provocarle un enorme agotamiento físico y, sobre todo, mental. “Hubo varios... hombres ignotos, solitarios, venidos de oscuros regimientos, que murieron en su hospital, y cuyas últimas horas fueron confortadas por la Emperatriz. El uniforme de enfermera le permitía perder toda timidez.” Al igual que su marido, Alejandra rebosaba de sinceridad y buena voluntad. Pero a los ojos de los observadores modernos, ella había organizado su tiempo con gran ineficacia y sin preocuparse por el impacto que sus actividades podían haber tenido en la opinión pública. Como Nicolás, Alejandra detestaba promocionarse a sí misma, lo cual constituye una característica fundamental de la política moderna. “La emperatriz quería que cada hombre del inmenso ejército tuviera algo hecho con sus propias manos, y se dedicó a enhebrar innumerables imágenes a lo largo de la guerra. Muy pocos lo sabían: y el trabajo la extenuaba, sin ser en realidad apreciado por aquellos para quienes trabajaba.” Hacia enero de 1915,

el agotamiento de Alejandra era visible; su corazón comenzaba a flaquear y sus nervios estaban destrozados. Pero siguió adelante, alentada por el optimismo prevaleciente en la sociedad, tal como lo expresó a principios de octubre: 'Con la ayuda de Dios... todo marchará bien y terminará gloriosamente. [La guerra] ha levantado los ánimos, aclarado las mentes obtusas, traído unidad a los sentimientos, de modo que se trata de una guerra *saludable* en el sentido moral del término'. El ánimo de Nicolás se mantuvo asimismo en alto. En diciembre de 1914, en viaje por los territorios caucásicos de Rusia, situados en la frontera, le escribió a su esposa: "Este país de cosacos es magnífico y rico... Los habitantes gozan de cierta prosperidad y, lo más llamativo, tienen un número inconcebiblemente elevado de niños pequeños. Todos futuros súbditos. Esto me llena de alegría y de fe en la misericordia de Dios. Espero confiado y en paz lo que el destino le reserve a Rusia. Todo cuanto el país ha logrado y seguirá logrando hasta el fin de la guerra es maravilloso e inmenso".

Los ánimos cambiaron de manera radical en la primavera de 1915. En marzo, ya era evidente que Rusia se enfrentaba a una grave crisis de municiones. A la artillería le faltaban proyectiles y la infantería no contaba con suficientes rifles. En mayo, comenzó una serie de ofensivas masivas por parte de los alemanes, que continuó hasta septiembre y tuvo como consecuencia la pérdida de Polonia, Lituania y una pequeña parte de Ucrania. En esa época, todos los beligerantes padecían de una crisis de municiones, aunque la de Rusia era más grave por ser un país industrialmente menos desarrollado y por su aislamiento geográfico. En Rusia, empero, los celos personales y políticos complicaron el problema. La jefatura del ejército, es decir, el gran duque Nicolás y el jefe del Estado Mayor, general Yanuschkevich, utilizaron la escasez de proyectiles como una excusa por la propia incompetencia y como una manera de aporrear a su viejo enemigo, el ministro de Guerra. La Duma y la prensa, que habían entablado buenas relaciones, se unieron alegremente para atacar a Sujomlinov. Este fue acusado de traición, pues la jefatura del ejército comenzó con la manía del espionaje como otra forma de explicar la derrota. El segundo de Sujomlinov, coronel S.N. Myasoyedov, fue arrestado y colgado por espía. La población judía de las tie-

rras fronterizas occidentales cayó también bajo sospecha, se apresaron y utilizaron como rehenes a los dirigentes locales, en particular a los rabinos. Los judíos fueron arrancados de sus hogares y obligados a huir al interior de Rusia con una brutalidad que, según las palabras del Consejo de Ministros, avergonzó y enfureció incluso a los más notorios antisemitas. El ministro del Interior comentó que el general Yanushkevich “planeaba exacerbar el prejuicio del ejército contra todos los judíos, responsabilizándolos de las derrotas sufridas en el frente... Para Yanushkevich, los judíos constituían, probablemente, una de esas coartadas a las que se refirió A.V. Krivoshein”.

Debido al pánico creciente tanto en la jefatura del ejército como en Petrogrado, algunos ministros, liderados por Alejandro Krivoshein, decidieron que aquellos colegas más detestados por la Duma y por la “sociedad” debían ser destituidos, porque el gobierno necesitaba del apoyo público en tiempos de crisis. Krivoshein se regocijó, sin duda, ante la posibilidad de librarse de Nicolás Maklakov, jefe del Ministerio del Interior y el único ministro que compartía su posición respecto del monarca. El 18 de junio se destituyó a Maklakov, pues, de todos los ministros, era el más odiado por la opinión pública. Junto con él se fueron los jefes de los ministerios de Justicia y de Guerra, así como el procurador civil de la Iglesia ortodoxa, todos ellos figuras representativas del conservadurismo y, por consiguiente, mal vistas por la sociedad liberal. Nicolás señaló su deseo de mantener la Santa Alianza y su compromiso con la Duma. Pablo Benckendorff escribió que la emperatriz estaba furiosa por esos cambios: “a mi alrededor se están produciendo dramas domésticos increíbles”.

Pero Nicolás no había cedido por completo a la presión por las concesiones. El anciano, astuto y leal Iván Goremykin continuó siendo su perro guardián en el Consejo de Ministros. La opinión del emperador sobre el golpe de Krivoshein ilustra su actitud hacia la política y hacia su gabinete. Pedro Bark, uno de los aliados de Krivoshein, recuerda que

“al final de mi informe, el Emperador aclaró que estaba desagradablemente sorprendido por nuestra *démarche*. Él me dijo que no podía comprender cómo habíamos osado pedir la dimisión a cuatro minis-



tros que eran fieles servidores de su monarca. Ello constituía un acto de deslealtad hacia los colegas y no podía sino manifestar su enfado con todos nosotros.

"El Emperador agregó que fue educado en la disciplina militar y, por lo tanto, estaba acostumbrado a respirar esa atmósfera. Consideraba impensable, en un regimiento, una situación en la que un sector de los oficiales pidiera al comandante la expulsión de algunos de sus camaradas que no habían cometido ninguna falta. El Emperador juzgaba que la disciplina y la solidaridad eran fundamentales en cualquier institución, y que si no se observaban estas condiciones necesarias, cualquier emprendimiento estaría condenado a la ruina... Jamás esperé que el Emperador hiciera una analogía entre el Consejo de Ministros y un regimiento, y que equiparara la solidaridad entre los miembros de un gabinete con el espíritu de cuerpo de las unidades militares".

Pese a las concesiones de Nicolás, la presión no dejó de aumentar en el gobierno. El 7 de septiembre de 1915 se formó el Bloque Progresista, al que adhirieron dos tercios de los miembros de la Duma y una proporción considerable del Consejo de Estado. El programa del Bloque contenía una buena cantidad de propuestas legislativas, casi todas poco pertinentes a la guerra y con escasas posibilidades de una implementación inmediata, dada la situación del país. Algunas partes del programa, por ejemplo la sección sobre los derechos de los judíos y la reforma del gobierno local, eran deliberadamente vagas, dado que el ala derecha y el ala izquierda del bloque disientían por completo en esas cuestiones. Pero la esencia del Bloque no se hallaba, por cierto, en su programa; a los ojos de los adversarios, el Bloque era una conspiración concebida para quitarle al emperador el control del gobierno y colocarlo en manos de los políticos del partido, cuyo núcleo más activo, compuesto por los ricos industriales de Moscú, presionaba en favor de un gobierno formalmente responsable ante la Legislatura. En este aspecto, contaban con el apoyo de gran parte de la prensa y de la mayoría de los activistas de dos grandes instituciones: el Sindicato Municipal y el Sindicato del *Zemstvo*, creados en agosto de 1914 para contribuir al esfuerzo bélico y que realizaron una importante labor para apoyar al ejército

y a la horda de refugiados que huyó al interior tras la retirada de 1915. En la medida en que uno puede juzgar, la opinión de la clase media, tanto en Moscú como en las provincias, respaldaba esta demanda.

Casi todos los líderes de la Duma eran, sin embargo, más precavidos. Pedían un gobierno que gozara de la “confianza pública”. Decodificada, la consigna significaba que el emperador debía nombrar a un primer ministro aceptable para el Bloque Progresista, a quien le sería permitido elegir y controlar a sus colegas ministeriales. Los dirigentes del partido se negaron a pedir la responsabilidad formal para la Legislatura por temor a enemistarse con Nicolás II. Por lo demás, pensaban que en las actuales circunstancias un alto ejecutivo experimentado conduciría mejor el gobierno que un parlamentario sin entrenamiento en la administración pública. Milyukov, el líder del kadete, el principal partido de la clase media rusa, declaró que “hoy no buscamos el poder... Llegará la hora en que este caiga, simplemente, en nuestras manos; en la actualidad, sólo se necesita un burócrata inteligente como jefe de gobierno”. El político octubrista A.I. Guchkov, cuyas ambiciones le resultaban harto sospechosas a Nicolás II, afirmó más tarde que “siempre había considerado con escepticismo la posibilidad de crear ‘una sociedad’ o gabinete parlamentario en la Rusia de la época”, puesto que entre los líderes de los partidos y otras figuras respetadas por la sociedad ‘uno no encontraba el coraje cívico que las autoridades debían mostrar en un momento de tanta responsabilidad, aunque sí era posible encontrarlo entre los representantes de la burocracia’”.

En el verano de 1915, casi todos los ministros simpatizaban con el Bloque y querían llegar a un acuerdo con él. Tal vez algunos de ellos habían contribuido en secreto a su creación. Las actas del Consejo de Ministros denotaban un estado de gran nerviosismo, a veces rayano en el pánico. Ello se debió, en parte, a la sensación de impotencia experimentada por el Consejo para evitar la catástrofe. De acuerdo con la ley rusa, una enorme extensión del territorio situado detrás de las unidades de combate de avanzada caía bajo la jurisdicción militar. Cuando el ejército se retiró, el Consejo de Ministros perdió incluso el control de la ciudad capital y se vio obligado a suplicar a los insensibles censores del ejército que hicieran algo para poner coto a la furio-

sa línea antigubernamental de la prensa. Bajo el creciente ataque de la sociedad, los ministros sintieron que sus políticas no gozaban de la simpatía ni de la confianza del monarca. Alegaron, pues, que el gobierno precisaba del apoyo de la opinión pública y que sólo la unidad entre los ministros, el Parlamento, los intereses económicos clave y las fuerzas armadas podría conducir a la victoria. El general Polivanov, el nuevo ministro de Guerra, adujo que “la posibilidad misma de la victoria depende de la unión de todas las fuerzas del país... Pero ¿cómo es posible lograr esta unión, esta pasión, cuando la abrumadora mayoría no está de acuerdo con... la tónica de la política nacional, ni con el gobierno encargado de llevarla a cabo? ¿Cómo pueden trabajar los hombres cuando no tienen fe ni confianza en sus dirigentes?”. Polivanov advirtió a quienes defendían una política de represión que “no debemos olvidar que el ejército de hoy no se parece en nada al de comienzos de la guerra. Las tropas regulares se han reducido enormemente y han sido absorbidas dentro de la masa del pueblo armado —como se suele llamar ahora—, mal entrenado y no imbuido del espíritu de disciplina militar... el cuerpo de oficiales, donde abundan las rápidas promociones y las insignias de la reserva, no está alejado de la política”.

A.V. Krivoshein resumió la posición de la mayoría del Consejo al declarar lo siguiente: “Las demandas de la Duma y de todo el país no se reducen a la cuestión de un programa, sino a las personas a quienes se les confiará el poder... Dejemos que el monarca decida cómo quiere dirigir en adelante la política nacional: por el camino de la negación, dejando de lado tales deseos, o bien por el camino de la reconciliación... Nosotros, antiguos servidores del Zar, declaramos con firmeza ante Su Majestad Imperial que la situación interna del país requiere de un cambio de gabinete y de política”. Casi todos los ministros explicitaron que a menos que se llegara a una fórmula conciliatoria con la sociedad, no permanecerían mucho tiempo más en el cargo. Tampoco podían trabajar con el presidente del Consejo, I.I. Goremykin, cuyos puntos de vista se oponían, lisa y llanamente, a los suyos. Sergio Sazonov expresó el sentimiento de muchos ministros cuando dijo: “No somos marionetas... vivimos en una época en que no podemos... negarnos

a respetar a las personas, en especial cuando esas personas son ministros y hablan de la imposibilidad de continuar en servicio”.

La crisis política del verano de 1915 se agravó debido a la decisión de Nicolás II de destituir al gran duque Nicolás Nikoláyevich –conocido como Nikolasha dentro de la familia– y asumir él mismo el mando supremo del ejército y de la flota. Un factor que incidió en esta resolución fueron los celos de la emperatriz del alto e imponente gran duque, de quien pensaba que quería reemplazar a su marido como símbolo de patriotismo, gloria militar y liderazgo nacional. Las historias acerca del prestigio del gran duque a los ojos del pueblo o los comentarios sobre las plegarias que se rezaban en su nombre en las iglesias alimentaban estos sentimientos. El gran duque Nicolás Mijáilovich, otro de sus primos, le escribió al emperador:

“En cuanto a la popularidad de Nikolasha, te diré lo siguiente: esa popularidad fue gradual y fabricada con astucia desde Kiev por Militza [la esposa de Nikolasha], que se valió de todos los medios posibles, repartiendo folletos, opúsculos, impresos, retratos, calendarios, etc. Gracias a estas bien calculadas tácticas, su popularidad no decayó tras la pérdida de Galitzia y Polonia... Me atrevo a confesarte que ello me alarma en un sentido dinástico, en especial en vista del estado de excitación de nuestra opinión pública, un hecho cada vez más evidente en las provincias. Esa popularidad no ayuda ni al trono ni al prestigio de la familia imperial, sino que infla el prestigio del marido de la gran duquesa, que es eslava y no alemana... Dada la posibilidad de que se produzcan todo tipo de disturbios al finalizar la guerra, debes estar alerta y observar con cuidado todas las tácticas utilizadas para sustentar esta popularidad.”

El gran duque Nicolás Mijáilovich era un hombre inteligente y también un gran intrigante. Su carta exuda la envidia y la malicia tan características de la política rusa y de la alta sociedad de Petersburgo. La sutil insinuación de los orígenes germanos de la emperatriz era, sin duda, un toque maestro. Pero el gran duque fue injusto con Nikolasha, que nunca trató de suplantarlo a su sobrino. Sin embargo, las opiniones ex-



presas en la carta no eran del todo irrazonables. Como comandante en jefe, el gran duque Nicolás mantenía una excelente relación con los dirigentes de la Duma, con los sindicatos del municipio y del *zemstvo* y con la prensa. Tendía a pasar por alto y a despreciar el gobierno, en particular al ministro de Guerra. La jefatura del ejército se convirtió en un potencial centro político de poder. Mucho antes de 1914, un gran número de conservadores y nacionalistas rusos anhelaba un símbolo convincente de la gloria militar y del poderío de Rusia. Ni Alejandro III ni Nicolás II pudieron satisfacer ese anhelo, sobre todo porque, en su calidad de zares, debían cargar con el peso de la debilidad y el atraso del país, dos factores que no componían la materia de la que estaban hechos los sueños nacionalistas. Al final de la Primera Guerra Mundial, un comandante militar victorioso y carismático hubiera desempeñado, sin duda, un papel de envergadura en la política.

Aparte de las consideraciones personales y políticas, existían asimismo fuertes razones prácticas para destituir al gran duque. El rechazo de la jefatura del ejército a cooperar con el gobierno civil y las crueles e insensatas políticas aplicadas a la enorme región bajo su control estaban provocando el caos. El Consejo de Ministros protestó con furia ante las payasadas del gran duque y el comportamiento de su jefe de Estado Mayor y *protégé*, general Yanushkevich. Peor aún, tanto el comandante supremo como Yanushkevich eran generales poco eficientes, cuya incompetencia determinó la desastrosa actuación del ejército en el verano de 1915. Es más, con los ejércitos en plena retirada, el muy excitable Nikolasha fue presa del pánico y estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa. Resultaría difícil para el prestigio de la dinastía reemplazar, como comandante supremo, a un gran duque derrotado por un simple mortal. Al proponerse a sí mismo como líder supremo de la guerra, el emperador no pretendió jamás decidir personalmente la estrategia o las operaciones militares. De ello sería responsable el jefe del Estado Mayor, general M.V. Alexiev, que demostró ser mucho más competente que Nikolasha o Yanushkevich. Pero la influencia ejercida por el emperador en el Cuartel General fue más tranquilizadora que la de su nervioso tío. Además, puesto que los soldados campesinos no se dejaban arrastrar con facilidad por el nacionalismo, entendido en el sentido moderno del

término, sino que aún se hallaban influidos por su veneración al zar, era muy posible que la presencia del monarca en el frente mejorara la moral de las tropas. Ante todo, la asunción de Nicolás como jefe supremo condujo, en efecto, a una mejor coordinación de las autoridades civiles y militares y evitó el peligro de que los altos mandos del ejército escapasen al control del monarca y formaran una alianza con la oposición política.

A pesar de estas poderosas razones, el Consejo de Ministros reaccionó con horror al enterarse de las intenciones del zar. Su respuesta obedecía, en parte, al pánico prevaleciente en Petrogrado en esa época y, en parte, a la consternación provocada por el hecho de que el emperador tomase una decisión tan importante sin siquiera consultar a sus ministros. La razón de más peso fue, sin embargo, la creencia del Consejo, basada en la información de los cuarteles, de que la situación militar era desastrosa: Kiev estaba a punto de entregarse e incluso existía la posibilidad de que Petrogrado se rindiese. La sola idea de que se responsabilizara al monarca de la catástrofe inminente aterrorizaba a los ministros. Tal como escribió más tarde Pedro Bark, la decisión del emperador de asumir el mando del ejército y de la flota en esas circunstancias “fue un acto sublime, pleno de autosacrificio, de patriotismo, de amor a su país y de un profundo sentido del deber”. Al mismo tiempo, Iván Goremykin advertía a sus colegas ministeriales que la decisión del zar de asumir el mando supremo de las fuerzas armadas estaba más allá del mero cálculo político y no sería alterada por sus argumentos, cualesquiera que estos fuesen.

“Debo decir al Consejo de Ministros que todos los intentos de disuadir al Emperador serán, en todo caso, inútiles. Su convicción data de largo tiempo atrás. Me ha dicho, más de una vez, que nunca se perdonará el no haber liderado al ejército en el frente durante la guerra con Japón. Según sus propias palabras, el deber del zar, su función, exige del monarca estar con sus tropas en los momentos de peligro, compartir tanto sus alegrías como sus penurias... Ahora, cuando hay virtualmente una catástrofe en el frente, Su Majestad considera que el sagrado deber del zar ruso es estar junto a las tropas para pelear con-

tra el conquistador o perecer. Considerando esos sentimientos puramente místicos, ustedes no podrán disuadirlo, bajo ninguna circunstancia, del paso que ha decidido dar. Les repito: ni las intrigas ni las influencias personales incidirán en modo alguno en esta resolución, impulsada por la conciencia del zar de su deber con respecto a la madre patria y a su extenuado ejército. También yo, en mi condición de ministro de Guerra, hice lo posible por convencer a Su Majestad de no tomar esta decisión e incluso le supliqué posponerla hasta que las circunstancias fuesen más favorables. También yo pienso que la asunción del mando por parte del Emperador es un paso sumamente arriesgado, pasible de acarrear graves consecuencias, pero él, comprendiendo perfectamente el riesgo, no quiere, sin embargo, abandonar su deber como zar. Sólo nos resta inclinarnos ante la voluntad de nuestro monarca y ayudarlo.”

De haber prestado la debida atención a las palabras de Goremykin, los ministros se habrían mostrado más sensatos. La decisión del emperador de asumir el mando supremo de las fuerzas armadas no sólo era valiente e irrevocable, sino correcta. La mejor solución a la crisis política era que el monarca marchase al frente del ejército y dejase en Petrogrado a un enérgico primer ministro capaz de unificar el gobierno y colaborar con la Duma y con los diversos organismos creados por la sociedad para ayudar a la patria en guerra. El candidato ideal para ese cargo era Alejandro Krivoshein. Si los ministros no hubieran sido presa del pánico y hubiesen apoyado la decisión del emperador, quizás habría sido posible lograr ese resultado. Pero la persistente y unificada resistencia ministerial a la asunción del mando supremo simplemente suscitó la terquedad de Nicolás. Las catastróficas consecuencias pronosticadas por los ministros si se destituía al gran duque y se prorrogaba la sesión de la Duma no convencieron al zar, que, en este caso, demostró poseer un juicio más acertado y ecuaníme que sus asesores. Además, le fastidiaba la negativa de los miembros del gabinete a trabajar con Goremykin. A fines de septiembre, le escribió a su esposa: “los ministros no quieren trabajar con el viejo Goremykin, pese a mis severas reconvencciones; en consecuencia, habrá algunos cambios a mi regreso”.

El 22 de septiembre, Nicolás le escribió una carta a la zarina donde explicita su actitud hacia la “huelga ministerial”, así como algunos de los supuestos e ilusiones que guiarían su política durante el resto de su reinado.

“¡La conducta de algunos ministros continúa asombrándome! Después de todo cuanto les dije... pensé que me comprendían y que comprendían el hecho de que les estaba explicando seriamente lo que yo pensaba. ¡Qué más da! ¡Peor para ellos! Tenían miedo de cerrar la Duma... ¡y ya se hizo! Me fui de aquí y reemplacé a N., pese a sus consejos; el pueblo lo aceptó y lo comprendió como algo natural. La prueba de ello son los numerosos telegramas que recibí de todas partes con las expresiones más conmovedoras. Esto me demuestra una cosa: los ministros, que siempre viven en la ciudad, no tienen la menor idea de cuanto sucede en el país en su conjunto. Aquí puedo evaluar el verdadero estado de ánimo de los diversos estamentos sociales: es preciso hacer lo posible para que la guerra tenga un final victorioso, y nadie abriga dudas en ese aspecto. Me lo han dicho oficialmente todas las delegaciones que recibí hace algunos días, y lo mismo ocurre en toda Rusia. Petrogrado y Moscú constituyen las únicas excepciones... dos diminutos puntos en el mapa de la madre patria.”

La crisis militar y política del verano del 1915 sometió a Nicolás a una tensión extrema. Ya en junio, mucho antes que la crisis alcanzara el punto culminante, el emperador le escribió a su esposa: “He comenzado a sentir mi viejo corazón. La primera vez fue en agosto del año pasado, después de la catástrofe de Samsonov [en Tannenberg], y de nuevo ahora... Cuando respiro, siento un peso en el lado izquierdo del pecho. Pero ¿qué puede hacer uno?”. El 23 de junio, Alejandra le escribió:

“todo es tan serio y penoso, en especial ahora, y deseo a tal punto estar contigo para compartir tus preocupaciones y angustias. Cargas con todo el peso en soledad y con valentía... déjame ayudarte, mi tesoro... Quisiera facilitarte las cosas y me enfurezco de solo pensar que los ministros se dedican a pelearse entre ellos, cuando deberían trabajar jun-



tos, olvidar las ofensas personales y tener como objetivo el bienestar de su soberano y de su patria. En otras palabras, se trata de una traición, y el pueblo lo sabe, siente la discordia en el gobierno y luego la izquierda saca partido de la situación. Si pudieras ser un poco más severo, mi amor, ¡es tan necesario! Deben escuchar tu voz y ver el desagrado en tus ojos; están demasiado habituados a tu cortesía, a tu generosidad, que todo lo perdona”.

Un tema constante en la correspondencia de Alejandra fue el deseo de fortalecer la capacidad de decisión de su marido. Tras haber dominado Nicolás a sus ministros y asumido el mando supremo del ejército, la emperatriz le pidió perdón por ser tan insistente e inoportuna, pero agregó que conocía bien su amabilidad y cuán difícil le resultaba pelear con la gente.

“Has librado esta gran batalla por tu país y por el trono, y lo has hecho solo, con coraje y decisión. Nunca han visto semejante firmeza de tu parte y eso no puede sino dar buenos frutos. La verdadera lucha aquí consiste en mostrar tu dominio, en probarles que eres el autócrata sin el cual Rusia no podría existir. De haber cedido en estas cuestiones, habrían exigido aún más de ti... Debías... ganar esta pelea contra todos. Lo que ocurrió en estas semanas será una página gloriosa en la historia de tu reinado y de Rusia, y Dios, que es justo y siempre nos acompaña, salvará al país y al trono en virtud de tu firmeza... Dios te ungó el día de tu coronación. Te colocó en el lugar donde estás y tú has cumplido con tu deber, no lo dudes ni siquiera un instante... y Él no abandona a su ungido.”

Nicolás nunca puso por escrito las razones precisas que lo llevaron a rechazar el pacto con el Bloque Progresista, sugerido por casi todos sus ministros en el verano de 1915. Pero inmediatamente después de su abdicación, el general Voeikov, un hombre de su confianza y comandante del palacio, le preguntó por qué se había negado a satisfacer las demandas de la sociedad.

“El Emperador replicó que, en primer término, cualquier fractura en el sistema existente de gobierno en una época de tan intensas luchas con el enemigo hubiera conducido a la catástrofe nacional; en segundo término, las concesiones hechas durante su reinado ante la insistencia de los llamados círculos públicos sólo perjudicaron al país, debilitando sus defensas contra las acciones de los elementos dañinos y llevando a Rusia a la ruina. Personalmente, siempre se había guiado por el deseo de preservar la corona en la forma como la había heredado de su difunto padre, a fin de que su hijo la recibiera de igual modo, después de su muerte.”

En el verano de 1915, como en el otoño de 1905, la sociedad presionó con fuerza a Nicolás para obtener ciertas concesiones. En retrospectiva, el zar pensaba que la constitución aceptada por él en octubre de 1905 había convertido a Rusia en un país menos estable y menos gobernable. Y ahora se exigía un mayor debilitamiento del poder del monarca. “Un gobierno que goce de la confianza pública” significaba, pues, que Nicolás debía transferir casi todo su poder en los asuntos nacionales a un primer ministro, cuya permanencia en el cargo dependía, en parte, del apoyo del Bloque Progresista. A las concesiones hechas en junio en lo tocante a la destitución de los ministros conservadores, les siguieron más demandas en agosto. Por lo tanto, si la situación militar seguía siendo mala, ¿no se exigiría la renuncia de los “burócratas” que aún permanecían en los cargos ministeriales por considerarlos responsables de los fracasos bélicos del país, cuyas verdaderas causas se hallaban más allá de su control? El Bloque Progresista, pese a estar escindido por los celos y por las diferencias de opinión, se mantenía unido para denunciar al gobierno y formular declaraciones altisonantes. ¿Continuaría unificado cuando tuviera que confeccionar una legislación satisfactoria para sus votantes o asumiera parte de la responsabilidad de gobernar Rusia en tiempos tan difíciles? Incluso en lo que respecta a la cuestión nacional más apremiante, es decir, cómo abastecer de víveres a las ciudades de una manera más eficaz, el Bloque Progresista se hallaba dividido en dos. Alejandro Jvostov, el único aliado firme de Goremykin en el Consejo de Ministros, alegó que “se nos exige

cambiar la estructura del Estado, no porque estos cambios sean necesarios para lograr la victoria, sino porque las derrotas militares han debilitado la posición de las autoridades y ahora es posible actuar contra ellas poniéndoles un cuchillo en la garganta. Hoy podemos satisfacer algunas demandas; mañana se anunciarán otras que irán todavía más lejos". Goremykin mismo declaró que "mientras viva, lucharé por la inviolabilidad del poder del Zar. La fuerza de Rusia reside únicamente en la monarquía. De no ser así, habrá un desorden tan grande que lo perderemos todo. En lugar de ocuparnos de las reformas, lo primero que debemos hacer es terminar la guerra". Ciertamente, Nicolás compartía las opiniones de Goremykin y de Jvostov.

En los nueve meses siguientes, la firmeza demostrada por Nicolás durante la crisis había sido fructífera. Poco después de haber asumido el mando supremo, la situación militar mejoró con rapidez. Kiev se salvó, se estabilizó el frente y se produjeron pequeños pero exitosos contraataques. En el otoño, tuvo lugar un cambio drástico en el abastecimiento de pertrechos bélicos gracias a la colaboración eficaz entre el Ministerio de Guerra y la industria rusa, sobre todo los grandes barones de las fábricas metalúrgicas de Petrogrado y Ucrania. Cuando recomenzaron las operaciones militares en 1916, el ejército ruso era más numeroso y estaba mejor equipado que nunca. La mejoría de la situación militar y la colaboración entre el gobierno y la industria suavizó la política interna. Los partidos liberales se tornaron mucho más dóciles y bajaron el tono de sus demandas y críticas. Contrariamente a los temores manifestados en el verano de 1915, el rechazo de Nicolás de "un gabinete que gozara de la confianza del pueblo" no tuvo como consecuencia el boicot a los esfuerzos bélicos por parte de los activistas sindicales pertenecientes al municipio o al *zemstvo*. En enero de 1916, M.V. Chelnokov, el alcalde de Moscú y uno de los principales líderes de la oposición, se encontró por casualidad –y para sorpresa de ambos– con Nicolás, en una reunión sobre abastecimientos realizada en la jefatura del ejército. El emperador recibió al alcalde en una audiencia privada. "Respiraba con dificultad y a cada instante saltaba de la silla mientras hablaba. Le pregunté si se sentía bien, y me contestó que sí, pero agregó que estaba acostumbrado a presentarse ante Nikolasha y que no ha-

bía esperado verme allí. Esta réplica, así como su porte y su aspecto en general, me agradaron.” Cinco meses más tarde, el presidente de la Duma, M.V. Rodzyanko, se entrevistó con el emperador en la jefatura. Nicolás comentó que “en comparación con el año anterior, su tono ha cambiado y parece menos confiado de sí mismo”.

En el frente oriental, la campaña comenzó con la derrota en la mal llamada batalla de Naroch del Lago. Nicolás observó “que muchos generales están cometiendo graves desaciertos. Lo peor de todo es que contamos con muy pocos generales eficientes. ¡Me parece que durante el largo descanso invernal, han olvidado toda la experiencia adquirida el año pasado! Pero no es necesario quejarse, aunque a veces me sienta tentado de hacerlo. Me mantengo firme y creo absolutamente en nuestra victoria final”. En el verano de 1916, la fe del emperador se vería justificada. Una ofensiva de consecuencias, al mando del general Alexéi Brusilov, atravesó y aplastó el frente de Austria. Un gran número de alemanes y austriacos cayó prisionero. Las bien comandadas fuerzas rusas demostraron estar a la par del ejército alemán, pues comenzaban a destacarse nuevos y jóvenes talentos militares, capaces de adaptarse a las exigencias de la guerra moderna. Cuando las fuerzas británicas ya estaban en condiciones de participar con una cantidad considerable de tropas y Alemania se enfrentaba a un terrible desgaste en el Somme y en Verdún, la última hora de los Poderes Centrales parecía estar próxima. Pero Alemania logró estabilizarse. Aun así, había suficientes razones para no perder el optimismo: las tropas y los recursos de los aliados superaban, con mucho, a los de los Poderes Centrales, de manera que la campaña de 1917 bien podía llevar a la victoria, aunque para que esto sucediese el frente civil debería sobrevivir al tercer invierno de la guerra.

Aquí el problema no era político sino, más bien, económico, y se relacionaba en parte con el sistema de ferrocarriles, obligado por la guerra a rendir más que lo que su resistencia le permitía. La red ferroviaria rusa era menos sólida que en Europa central u occidental. Equipada para trasladar las exportaciones de granos a los puertos del Mar Negro, se veía ahora forzada a transportar alimentos, forraje y combustible a Petrogrado y al frente, situado en las fronteras occidentales del



imperio. El impacto de la guerra en la agricultura rusa alteró la estructura de los excedentes agrícolas regionales, lo cual agravó el problema. Asimismo, incidieron de modo negativo la escasez de mano de obra especializada y el efecto de la inflación en la moral de la clase obrera. El alza de los precios no guardaba proporción alguna con los salarios y afectó a cualquiera que trabajase para el gobierno, fuera un ferroviario o un policía. Los obreros de las compañías privadas de Petrogrado o Moscú también sufrieron, aunque en menor grado, el deterioro de su capacidad adquisitiva. La causa de la inflación se debió a que el gobierno se vio obligado a recurrir a la emisión monetaria para cubrir buena parte de los gastos de guerra. El dinero fácil contribuyó al auge de la inversión en las industrias bélicas, pero a expensas de una caída considerable en las condiciones de vida urbanas, intensificada por las cuantiosas ganancias de algunos industriales. El jefe de la policía política de Petrogrado advirtió, en octubre de 1916, del peligro de una explosión popular ocasionada por el colapso del estándar de vida y por el agotamiento de los recursos provocado por la guerra. “La situación económica de las masas, pese al aumento de los salarios, es aterradora.” “El habitante común, condenado a una existencia signada por el hambre” parece “estar dispuesto a entregarse a los excesos más salvajes en la primera ocasión, oportuna o inoportuna, que se le presente”. El jefe de las fuerzas políticas del imperio, A.T. Vasilev, coincidió en que la situación era “muy alarmante”, y añadió que las autoridades, incluido el emperador mismo, eran culpables por no tomar medidas adecuadas respecto de la crisis del frente civil.

Todavía peor que la inflación y los problemas de los ferrocarriles, aunque estrechamente relacionado con ellos, fue el cese del abastecimiento de víveres a las ciudades. En el invierno de 1916-1917, el problema se había agudizado. Dado que la industria apuntaba a cubrir las necesidades bélicas y que los precios de las mercancías industriales de consumo se habían elevado muy por encima de los precios agrícolas, los campesinos tenían cada vez menos incentivos para comercializar los cereales. Las compras masivas de armas, respaldadas por los precios fijos y los controles administrativos, desconcertaban aún más al mercado. De ese modo, comenzó a abrirse una brecha entre los intereses de

las provincias septentrionales del país, donde había escasez de cereales, y las provincias meridionales, donde había un superávit, lo cual entrañaba, en gran medida, una batalla entre la ciudad y el campo. No sólo el gobierno sino también el Bloque Progresista y la opinión pública se dividieron drásticamente en lo relativo a la solución de la crisis. ¿Hasta qué punto debía dejarse en manos de los cerealistas la provisión de alimentos? ¿En qué nivel se fijaría el precio de los granos? ¿Le correspondía asumir esta responsabilidad al gobierno, a los sindicatos del municipio o del *zemstvo* o a otras instituciones públicas? En caso de corresponderle al gobierno, ¿qué ministerio se ocuparía del abastecimiento de víveres? Los desacuerdos técnicos, políticos e institucionales se combinaban, imposibilitando la resolución del problema. Si bien la oposición liberal criticó acerbamente la política alimentaria del gobierno en el otoño de 1916, cuando se vio forzada a hacerse cargo del problema tras la caída de la monarquía, fracasó estrepitosamente. Por último, los bolcheviques “solucionaron” el asunto mediante la feroz confiscación de los cereales del campesinado. Pero para entonces la población urbana se había partido en dos como resultado del hambre y del desempleo, y el fin de la guerra significaba que ya no era necesario alimentar a un gran ejército en las tierras fronterizas occidentales.

El emperador era consciente de la crisis en el frente civil, pero no sabía cómo resolverla. En junio de 1916 informó que, según las declaraciones del ministro de Comunicaciones, A.F. Trepov, los ferrocarriles “están funcionando mejor que el año pasado, y hay pruebas suficientes a ese respecto. Empero algunos se han quejado de que llevan menos provisiones de las que podrían transportar! Por tanto, es imprescindible actuar enérgicamente y tomar medidas rigurosas a fin de zanjar estas cuestiones de una vez por todas”. Tres meses más tarde, Nicolás agregó:

“Junto con los asuntos militares, me preocupa enormemente el problema del abastecimiento. Alexiev me entregó hoy una carta del encantador príncipe Obolensky, presidente de la Comisión de Provisiones, en la que confiesa que no puede aliviar la situación en modo alguno, que están trabajando inútilmente, que el Ministerio de Agricultura no le

presta atención al reglamento, que los precios se van por las nubes y que el pueblo comienza a morir de hambre. Es obvio a dónde puede conducir esta situación al país. El viejo Sturmer [el primer ministro] no puede superar estas dificultades. Yo no veo ninguna otra salida, excepto transferir la cuestión a las autoridades militares, pero esto también tiene sus desventajas. ¡Jamás tuve que afrontar un problema tan terrible! Nunca fui un hombre de negocios y no entiendo nada de estas cuestiones relativas a los suministros y provisiones.”

La tensión de liderar el país en tiempos de guerra afectó gravemente la salud del emperador. Incluso a principios de 1915, S.S. Fabritsky recordaba que “no habiendo visto a sus Majestades ni a la familia durante aproximadamente diez meses, me sentí impresionado por un cambio que no podía sino provocar mi perplejidad. El emperador y la emperatriz, que había dejado de asistir a los heridos, se veían muy preocupados y exhaustos. Además, el emperador había envejecido notablemente”. Cuando volvió a reunirse con Nicolás en la jefatura del ejército, en septiembre de 1916, Fabritsky se mostró aún más alarmado: “Había envejecido muchísimo y sus mejillas estaban hundidas. Me senté casi enfrente de Su Majestad y, obligado a no apartar mis ojos de su persona, no pude sino percatarme del terrible nerviosismo que lo embargaba, algo insólito en él. Era evidente que el espíritu del emperador estaba perturbado y que le resultaba difícil disimular su agitación frente a su entorno”. Pablo Benckendorff le dijo al doctor Botkin, el médico del emperador:

“Él no puede seguir mucho tiempo en esas condiciones. Su Majestad no es el mismo hombre. Es malo de su parte intentar lo imposible. Ya no se interesa seriamente en nada. Últimamente, se ha vuelto por completo apático. Realiza su rutina diaria como un autómatas y presta más atención a la hora estipulada para sus comidas o para pasear por el jardín que a los asuntos de Estado. No es posible gobernar un imperio ni comandar un ejército de esa manera. Si no se da cuenta a tiempo, ocurrirá algo catastrófico.”

Nicolás se quejaba de que sus ministros “insisten en venir aquí casi todos los días y me hacen perder el tiempo; en general me acuesto a la 1.30 de la noche, idespues de haber pasado la jornada a las corridas, escribiendo, leyendo y concurriendo a infinitas recepciones! Es desesperante”. Sobre todo cuando se referían a cuestiones económicas de carácter técnico, los ministros a menudo sentían que el monarca no los escuchaba. Como ministro de Agricultura, Alejandro Naumov era el responsable de suministrar alimentos al ejército y a las ciudades. En junio de 1916, envió un informe al Cuartel General acerca del emperador.

“Traté de explicarle con detalle a Su Majestad todo lo concerniente a la provisión de alimentos y cuáles eran las perspectivas de la cosecha, así como la organización del trabajo agrícola en las regiones del sur. El Emperador no dejó de interrumpirme con preguntas que no se relacionaban con el motivo de mi viaje oficial, sino, más bien, con las trivialidades cotidianas que le interesan... cómo estaba el tiempo, si había niños y flores... Debo admitir que esta actitud del Emperador hacia cuestiones que, en este momento, son de fundamental importancia para la nación me desanimó enormemente. Me percaté de una cierta característica del monarca que atribuyo al agotamiento nervioso producido por todas las adversidades que debió afrontar durante su reinado y por las extraordinarias complicaciones con las que ha tropezado en el gobierno del país desde el estallido de la guerra en 1914. Al igual que el neurótico que preserva su ecuanimidad siempre y cuando no se toque algún punto vulnerable, el Emperador, claramente exhausto por la presión de los muy complicados intereses nacionales y de su tremenda responsabilidad, busca instintivamente la paz y prefiere hablar de cosas más ligeras y felices cuando le llevamos nuestros informes, en lugar de discutir cuestiones urgentes, difíciles y preocupantes.”

Pedro Bark, ministro de Finanzas hasta la caída de la monarquía en 1917, escribió en sus memorias:

“cuando he tenido que ir a la jefatura del ejército a presentar un informe al Emperador, Su Majestad me ha dicho más de una vez lo bien



que se siente entre los oficiales del ejército y qué desagradable le resulta la atmósfera de la capital cuando regresa luego de pasar breves periodos en Sarskoie Selo. En el frente, el pueblo defiende a su país y se sacrifica, pero en los círculos sin contacto alguno con las penurias de la guerra, predominan los chismes, las intrigas y los intereses personales. Desafortunadamente, la actitud apática del Emperador hacia los llamados círculos áulicos lo ha llevado a mostrarse un tanto indiferente con respecto a las tareas de gobierno. Al haber optado por seguir su propia política, asumido el mando supremo de las fuerzas armadas y determinado el curso de los asuntos internos, el Emperador es el único responsable de la maquinaria administrativa, lo cual constituye, por cierto, una pesada carga. El Consejo de Ministros, en cuanto gobierno unificado, ha cesado de existir, y se ha convertido a los ministros en simples jefes de departamento a quienes el Emperador convoca individualmente para escuchar sus informes sobre los asuntos del día”.

Bark no fue del todo justo con Nicolás, cuya actitud hacia los altos funcionarios respondía más al desconcierto que a la apatía. Pero no se equivocaba al juzgar que el gobierno civil carecía, en muchos aspectos, de un verdadero líder. A lo largo de la guerra, prevaleció el modelo establecido en enero de 1914. Un débil presidente del Consejo sentado junto a poderosos jefes de departamento, de los cuales el Ministro del Interior era el más importante en lo relativo a la política nacional. Iván Goremykin, presidente hasta enero de 1916, era un hombre inteligente y experimentado, pero había nacido en 1839. En las cartas escritas durante la guerra, Pablo Benckendorff subrayó en muchas ocasiones la necesidad de contar con un primer ministro poderoso y enérgico, capaz de coordinar y dinamizar la política del gobierno. En el verano de 1915, comentó que si Goremykin se ciñese a la lógica de sus opiniones políticas y actuase como un dictador, todo estaría bien. Pero era demasiado viejo y, de hecho, después de una hora de conversación se sentía exhausto. En enero de 1916, Goremykin fue sucedido como primer ministro por Boris Sturmer, nueve años más joven y considerablemente inferior en cuanto a personalidad. Sturmer había sido un competente go-

bernador provincial varios años atrás, pero ser un líder o un dictador en tiempos de guerra estaba fuera de sus posibilidades. Benckendorff se quejó de que nadie hubiera podido oír jamás sus discursos en la Duma o en el Consejo de Estado. Todavía más viejo, aunque más agradable e inteligente, el príncipe N.D. Golitsyn fue el último primer ministro. Para un país en medio de una profunda crisis, la presencia incluso simbólica de figuras tan mayores y fatigadas a la cabeza del gobierno resultaba tanto depresiva como psicológicamente desastrosa. Pero a Nicolás y Alejandra les agradaban estos ancianos, además de conocerlos y confiar en ellos. Jamás dejarían de lado al emperador ni se asociarían con la Duma a sus espaldas. Y, sobre todo, sustentaban los mismos valores que la generación previa de altos dignatarios. Permanecían en sus cargos y ejecutaban la política del emperador aunque no estuvieran de acuerdo con ella. En cambio, era muy probable que los ministros más jóvenes insistieran en dimitir cuando sus opiniones diferían de las del monarca.

Con la designación de Iván Goremykin como presidente del Consejo en febrero de 1914, Nicolás había establecido un modelo en virtud del cual un poderoso ministro del Interior tenía la última palabra respecto de la política nacional y trabajaba directamente para el emperador. En junio de 1915, en una tentativa de apaciguar a la Duma y a la opinión pública, el zar destituyó a Nicolás Maklakov y lo reemplazó por el príncipe N.B. Shcherbatov como ministro del Interior. Maklakov era un reaccionario en el sentido correcto del término, es decir, deseaba retornar, en lo posible, al sistema de gobierno previo a 1905. Según el historiador soviético V.S. Dyakin, “Maklakov distaba de ser un tonto que llegó por casualidad al cargo de ministro. Fue uno de los más coherentes, decididos y sinceros defensores de la autocracia”. Su sucesor, Shcherbatov, fue mucho más popular pero también menos competente. Era un aristócrata conservador, un hombre perteneciente a la “sociedad”, no un burócrata y, de acuerdo con uno de sus colegas ministeriales, “se granjeó la simpatía de todos por su carácter franco y su trato cordial con el pueblo... Sin embargo, su inexperiencia para manejar el enorme y complicado aparato de la burocracia lo perdió por completo”. Durante el resto de la guerra, Nicolás trató de no enemistarse del todo con la opi-

nión pública, en parte porque necesitaba el apoyo de los miembros liberales de las instituciones públicas –por ejemplo, los sindicatos del municipio y del *zemstvo*– para organizar la provisión de alimentos, lidiar con el problema de los refugiados y proporcionar diversos servicios a los combatientes del ejército. Esto impidió, en cierta medida, el nombramiento de cualquiera que perteneciese al pequeño bando de burócratas conservadores de extrema derecha para dirigir el Ministerio del Interior. Por otro lado, el emperador rechazó “un ministerio que gozara de la confianza pública” en el verano de 1915, y de ese modo evitó dejar el Ministerio del Interior en manos de un funcionario liberal-conservador del estilo de Krivoshein. Las opciones del monarca en la designación de hombres para ocupar esta posición vital se redujeron considerablemente. Muchos de los candidatos disponibles eran mediocres y pertenecían a la gerontocracia; un perfecto reflejo de ello fue el hecho de que en 1916 Boris Sturmer fuera simultáneamente primer ministro y ministro del Interior durante cuatro meses. Menos ofensivo para la Duma que Goremykin, en los últimos quince años Sturmer se había destacado por su lealtad, e incluso su servilismo, a la corona, aunque combinada con actitudes que suavizaban las relaciones con los *zemstvos* y los activistas liberales, en la medida en que eso era posible.

En el invierno de 1915-1916, el Ministerio del Interior estaba a cargo de Alejandro Jvostov, cuyo tío Alejandro también formaba parte del gabinete en esa época. Alejandro Jvostov, un ex gobernador provincial y miembro del ala derecha de la Duma, parecía reunir las condiciones adecuadas para el puesto: experiencia administrativa, lealtad a la corona y capacidad para lidiar con la Duma. Además, era joven y enérgico. Alejandra lo describió como “un hombre hecho y derecho”, cuyo “dinamismo, inteligencia y decisión” contribuirían a resolver tanto la crisis política interna como la de la provisión de alimentos. El programa del nuevo ministro consistía en socavar la oposición liberal, reduciendo la inflación y el costo de vida, combatiendo abiertamente la especulación y denunciando el papel desempeñado en la economía por los no rusos, en especial los de origen alemán. Jvostov no sólo era un demagogo, sino también un personaje bastante turbio. Pese a haber cultivado la amistad de Rasputin cuando andaba en busca de un cargo, pronto ca-

yó en la cuenta de que el hombre constituía un estorbo para el régimen y, en un raptó de desesperación, decidió mandarlo matar. Pero la policía de seguridad no era una institución que organizara asesinatos por contrato, al menos en la época previa a la revolución. Su director, S.P. Beletsky, denunció a Jvostov, lo cual desencadenó un escándalo mayúsculo que dañó aún más el prestigio de la corona. Cuando Jvostov asumió el cargo, Pablo Benckendorff lo describió, no sin cierta soberbia, como “un mediocre *arriviste*” de dudosas costumbres, uno de los tantos personajes vulgares e inescrupulosos que formaban una camarilla en torno a la emperatriz. En una carta a su hermano del 9 de marzo de 1916, refiriéndose a la desatinada tentativa de matar a Rasputin, comentó: “era lo único que faltaba”.

Alejandro Protopopov, el último ministro del Interior, fue designado el 29 de septiembre de 1916. Parecía el candidato perfecto, al menos en los papeles. Fue vicepresidente de la Duma y no pertenecía al ala derecha sino al centro octubrista. Al igual que los principios políticos de muchos octubristas, los de Protopopov eran notablemente flexibles y, en su condición de ministro, demostró ser un fiel servidor de la corona. Sin embargo, puesto que el presidente de la Duma, M.V. Rodzyanko, había recomendado a Protopopov a Nicolás, parecía razonable esperar que su nominación suavizara las relaciones con el Parlamento. Protopopov era un terrateniente y un industrial y mantenía excelentes relaciones con la oligarquía financiera de Petrogrado, cuyo apoyo tanto al régimen como al esfuerzo bélico era de suma importancia. En marzo de 1916, Protopopov fue elegido presidente del Consejo de Industriales Metalúrgicos, un grupo que desempeñaba un rol clave para proporcionar suministros al ejército y cuya actitud hacia el gobierno no era tan hostil como la de los industriales de Moscú, vinculados a Alejandro Guchkov y al partido progresista. Como presidente de la delegación de la Duma que había visitado Gran Bretaña, Francia e Italia en 1916, Protopopov había cosechado muchos elogios en Europa occidental. Dyakin comentó al respecto:

“buen orador e interlocutor, y sin un pelo de tonto, Protopopov sabía cómo causar una buena impresión. Los embajadores rusos en Londres, París y Roma lo mencionaron en sus informes a Nicolás; el rey de



Inglaterra se mostró gratamente sorprendido de que Rusia contara con figuras tan destacadas; algunos ministros hicieron comentarios favorables sobre su persona... Por su parte, Rodzyanko propuso a Protopopov como candidato al Ministerio de Industria y Comercio en una conversación con Nicolás, en junio de 1916”.

A principios de agosto de 1916, el Emperador habló con Protopopov por primera vez. Luego le hizo el siguiente comentario a Alejandra, que fue más tarde una firme defensora del ministro del Interior: “Ayer conocí a un hombre que me agradó mucho: Protopopov, vicepresidente de la Duma; viajó al exterior con otros miembros de esa institución y me habló de cosas muy interesantes. Fue oficial del Regimiento de Caballería de los Granaderos de la Guardia y Maximovich [asistente del comandante del Cuartel General Imperial] lo conoce muy bien”. En el invierno de 1916-1917, se rumoreaba en los círculos parlamentarios que Protopopov se estaba volviendo loco debido a la sífilis. Quizá los rumores eran ciertos, pero cuando se los transmitieron a Nicolás, se limitó a contestar con voz cansina —y con razón— que la insania de Protopopov probablemente le sobrevino de pronto, luego de ser nombrado por la corona para un cargo responsable.

Pese a todas sus cualidades, Protopopov resultó ser un ministro desastroso. Pedro Bark recordaba que

“en el Consejo de Ministros, Protopopov causó muy mala impresión por sus declaraciones. Sus juicios y explicaciones eran insólitamente superficiales, no tenía ninguna autoridad y hacía un triste papel debido a su falta de competencia y de conocimientos. Por otro lado, estaba motivado por el loable propósito de mostrar una firme autoridad no sólo en su propio ministerio, sino incluso en ampliar la actividad de su departamento, transfiriendo allí el asunto de la provisión de víveres, a cargo del Ministerio de Agricultura. No tuvo éxito en ninguno de sus objetivos pese a que, por intermedio de la Emperatriz, sometió la cuestión de las provisiones a la decisión del Emperador. No obstante, uno debe hacerle justicia en lo relativo a su único talento: era extremadamente elocuente y podía hablar durante horas... En su sala de recep-

ción, se apiñaban las multitudes esperando el momento de reunirse con él, lo que nunca ocurría; los asuntos urgentes se demoraban y, en consecuencia, todo era un caos. Pero resultaba imposible enojarse con él. Si hubo un hombre bien educado, atento, cortés, capaz de granjearse la simpatía de la gente por su trato amable, ese fue Protopopov. Era el paradigma de aquellos de sus colegas que, tras la revolución, formaron el primer Gobierno Provisional revolucionario: hombres soñadores, rebosantes de buenas intenciones, sin ninguna experiencia como estadistas, dotados para la oratoria y que concedían gran importancia a las palabras, pero sin saber cómo convertirlas en acciones”.

Pedro Bark hablaba con la parcialidad de un burócrata y de un banquero, pero aun así tenía razón. De haber llegado a un acuerdo Nicolás y el Bloque Progresista en el verano de 1915, es posible que el esfuerzo bélico hubiera estado a cargo de funcionarios capaces y con experiencia, respaldados por el Parlamento e incluso por la opinión pública. En lugar de ello, en el invierno de 1916-1917 la corona era la única responsable de haber delegado esta misión a un parlamentario promovido a un puesto clave, a quien le faltaba talento para manejar y sojuzgar el bombardeo de frenéticas e inflamadas críticas por parte de la prensa y de sus antiguos colegas de la Duma, cada vez más presas del pánico.

Dadas las súplicas que le llegaban de todos lados en cuanto a destituir al ministro, Nicolás terminó por ceder. El 23 de noviembre de 1916 le escribió a su esposa: “Lo siento por Protopopov... es un hombre bueno y honesto, pero salta de una idea a otra y no llega a ninguna conclusión. Lo noté desde el principio... es peligroso dejar el Ministerio del Interior en manos de un hombre semejante en estos tiempos”. La emperatriz le respondió:

“Querido, recuerda que no se trata ahora de un hombre, sea Protopopov o cualquier otro, sino de la monarquía y de tu prestigio, que no deben ser destrozados por la Duma. No pienses que se van a limitar a Protopopov, pues se las ingeniarán para librarse de todos los que te son fieles, uno por uno... y luego nos tocará el turno a nosotros. Acuérr-

date del año pasado, cuando asumiste el mando del ejército y luchaste conmigo contra todos los que daban por descontado el triunfo de la revolución si te ibas. En ese entonces te mantuviste firme y Dios bendijo tu decisión. Vuelvo a repetirlo: la cuestión no reside en Protopopov sino en mantenerte firme y no ceder: el zar es quien gobierna, no la Duma.”

Alejandra se presentó en la jefatura del ejército y persuadió a Nicolás de no destituir a Protopopov, apelando a su creencia de que los frecuentes cambios de ministros clave, debidos a la presión parlamentaria, eran un signo de debilidad y un camino que conducía al desastre. Nicolás mantuvo a Protopopov en el cargo, pero se vio forzado a aceptar la renuncia de A.F. Trepov, que había sucedido a Sturmer como primer ministro y cuya decisión de permanecer en ese puesto dependía de la destitución del ministro del Interior. El lugar de Trepov fue ocupado por el septuagenario príncipe N.D. Golitsyn, el último presidente del Consejo de Ministros de la Rusia imperial.

La intervención de Alejandra para salvar a Protopopov constituye el ejemplo más espectacular de la influencia que ejerció sobre su marido durante la guerra. Cuando se plantó ante sus ministros en el verano de 1915 y se trasladó a la jefatura del ejército, Nicolás invitó a su esposa a participar más activamente en la política. “¿No vendrás a ayudar a tu maridito ahora que está ausente?”, le escribió el 7 de septiembre de 1915. “No conozco un sentimiento más placentero que estar orgulloso de ti, tal como lo he estado en estos últimos meses, cuando me exhortabas, con una infatigable importunidad, a mantenerme firme y ser fiel a mis propias convicciones”. “La influencia femenina está en auge”, le escribió Pablo Benckendorff a su hermano en noviembre de 1915, un tema que el gran mariscal de la Corte repetiría en muchas cartas posteriores, comentando que el único y parcial contrapeso de Alejandra era el general Alexiev en la jefatura del ejército.

En principio, la influencia de Alejandra no era nada nuevo. El régimen de los Romanov tenido sido siempre una firma familiar en la que el monarca se hallaba influido por sus parientes. Sin embargo, ninguno de los Romanov que precedieron a Nicolás había sido tan domi-

nante como lo fue Alejandra en el transcurso de la guerra, en parte porque en esa época el emperador se encontraba cada vez más aislado, incluso de su propia familia. En la primera década del reinado de su hijo, la influencia de la emperatriz María respecto de los nombramientos clave del gobierno fue, asimismo, considerable. Empero, existían diferencias fundamentales en las opiniones políticas de ambas emperatrices. María se movía con soltura en la alta sociedad de Petersburgo y compartía sus opiniones y costumbres. Durante la guerra, le dijo a Alejandro Krivoshein que “es imposible gobernar una extensa nación sin el apoyo de la gente ilustrada y contra la opinión pública”. Alejandra, por su parte, odiaba la alta sociedad, desconfiaba de su simpatía por los liberales o *whigs* y creía en un poder autocrático firme que descansaba en la supuesta unión del zar y el campesinado.

Dejando de lado las simpatías políticas, Alejandra resultaba peligrosa para su marido por su sangre alemana, que la convertía en blanco fácil de los rumores y acusaciones de traición que circulaban en los ámbitos cada vez más histéricos de Petrogrado y Moscú. Los informes de la policía secreta avalaban la creencia popular de que la emperatriz era la cabeza de un partido pro germano de la corte, ansioso de conseguir la paz con Alemania. No había, desde luego, ningún atisbo de verdad en estos rumores. Alejandra lamentaba con amargura la guerra, y la entristecía el solo pensar que su hermano, el gran duque de Hesse, estaba del otro lado de la línea. Pero no sólo se sentía en estrecha comunión con Rusia, la tierra de su esposo y de su hijo, también comprendía que la paz con Alemania era inconcebible por razones políticas internas. En junio de 1915, por ejemplo, le escribió a Nicolás, comentándole que le había dicho a su tío, el gran duque Pablo, que “tú no soñabas con la paz pues sabías que ello significaba la revolución en Rusia”. Sin embargo, la mezcla de pánico y rumores sumada a las tentativas deliberadas de la prensa de ensuciar el prestigio de la dinastía y a los turbios manejos de algunos miembros del círculo de Alejandra alentaron la creencia de que las “oscuras fuerzas” agrupadas en torno a “la joven emperatriz” procuraban poner fin a la guerra según los términos alemanes.

Alejandra era víctima de su propio aislamiento, nerviosismo y credulidad, lo cual le impedía ver con claridad a quienes trataban de gran-



jearse sus simpatías. De acuerdo con la descripción de Pablo Benckendorff, la emperatriz tenía “una voluntad de hierro, muy poco cerebro y ningún conocimiento”. En otra oportunidad, señaló que cuando Alejandra llegaba a una conclusión sobre algún asunto, no había argumentos ni pruebas lo bastante contundentes para modificar sus opiniones. El 10 de abril de 1916, le escribió a su hermano que no deseaba siquiera plantear la cuestión anodina de nombrar a Jorge V coronel en jefe de un regimiento ruso, pues actualmente era imposible saber cómo reaccionaría Alejandra ante tan inocente sugerencia. La carta nos permite entrever que la emperatriz se encontraba en un estado de gran agitación nerviosa e inestabilidad entre 1915-1917. Las tensiones adicionales provocadas por la guerra y por la crisis política nacional fueron demasiado para ella. Rasputin, el único capaz de tranquilizarla, era el amuleto que protegería a su esposo y a su familia de los peligros que los amenazaban. En noviembre de 1916 escribió: “de no haberlo encontrado [a Rasputin], todo habría terminado hace rato, de eso estoy totalmente convencida”. Alejandra no estaba segura de su fuerza ni de la de su esposo, pese a la aparente confianza en sí misma y a su carácter duro e inflexible. “Rasputin”, escribió, “no se equivoca como nosotros cuando juzga a las personas, y ello se debe a una experiencia de vida bendecida por Dios”.

En agosto de 1915, Pablo Benckendorff mencionó por primera vez el nombre de Rasputin a su hermano, dando por descontado que el embajador nada sabía acerca del *starets*. Durante los siguientes dieciséis meses, muchos habitantes de Petrogrado llegaron a creer en el poder de Rasputin, y a partir de allí los rumores sobre el papel desempeñado por él se difundieron en el ejército y en el interior del imperio. Las cartas de Alejandra ciertamente mostraban que, en lo relativo a los nombramientos, sobre todo en la Iglesia y en el Ministerio del Interior, lo que más le importaba era si el hombre en cuestión defendería o no a Rasputin de los ataques verbales o físicos. Pero en lo que atañe a las designaciones políticas clave, es difícil saber si la ausencia de Rasputin hubiera cambiado las cosas. Dada la manera como Nicolás estaba conduciendo los asuntos de gobierno, los candidatos adecuados para los cargos fundamentales eran escasos; además, había otras influencias, aparte del con-

sejo de Rasputin, que determinaban el nombramiento de ciertos individuos en las posiciones más encumbradas. Incluso en 1915-1916, lo que importaba, en rigor, no era la influencia política real de Rasputin, sino el daño que causaba al prestigio de la monarquía. El *starets* visitaba a menudo a Ana Vyrubov, la mejor amiga de Alejandra y la hija de A.S. Taniev, el jefe de la Cancillería Personal del Emperador, y frecuentaba a algunos altos dignatarios, incluidos varios primeros ministros. Se sabía que la emperatriz respetaba las opiniones de Rasputin y dependía emocionalmente de su apoyo. Tampoco nadie dudaba de la estrecha relación de Alejandra con su marido, ni del hecho de que este escuchara sus consejos. Los rumores y las propias jactancias de Rasputin hicieron el resto. Aceptado por algunos de los personajes más obtusos del elegante mundo femenino de Petrogrado y objeto de la adulación de los arrivistas que buscaban cargos o contratos con el gobierno, Rasputin terminó por perder la cabeza. Su embriaguez y sus extravagancias sexuales añadían, por así decirlo, otros regalos para la prensa y para los enemigos de la monarquía. Algunos de los miembros y amigos de la dinastía llegaron a ver a Rasputin como el eje de la estrategia política de Nicolás, lo cual les parecía suicida. El 30 de diciembre de 1916, el *starets* fue asesinado por un grupo de conspiradores que incluía al príncipe Félix Yusupov, marido de la sobrina del emperador, al gran duque Dimitri, primo de Nicolás, y a V.M. Purishkevich, un diputado de la Duma de la extrema derecha.

El asesinato de Rasputin, cometido por figuras ultraconservadoras y pertenecientes a los círculos de la alta sociedad, reflejaba el terror provocado en esos sectores por la inminencia de la revolución. El creciente descontento en Petrogrado, producido sobre todo por el alza de los precios y por la escasez, preparó el telón de fondo de este acto homicida. Asimismo, en el otro extremo del espectro político, en la “sociedad respetable”, se había instalado el pánico. Cuando el 14 de noviembre el líder del partido constitucional-democrático, Pablo Milyukov, se puso de pie en la Duma y acusó al gobierno de traición en un discurso que repercutió en toda Rusia, esperaba satisfacer la indignación de los electores de clase media, distanciarse del régimen y protegerse de las críticas de los liberales débiles. Pero si bien su peligroso e irresponsable dis-

curso tuvo un enorme impacto en la opinión pública, lo último que deseaba Milyukov era una revolución en las calles de Petrogrado.

En el invierno de 1916-1917, por segunda vez durante la guerra, se presionó a Nicolás II para que aceptara un gobierno dependiente del apoyo de la Duma. Aun entonces algunas voces lo exhortaron a resistir esas presiones. Pedro Durnovo había muerto en 1915, pero su postura había sido retomada, en cierta medida, por Nicolás Maklakov. En noviembre de 1916, le escribió al emperador que, según la opinión predominante en la sociedad y en algunos círculos de gobierno, si él concedía un régimen parlamentario a Rusia, “comenzará una edad de oro” y podrá superarse con éxito la crisis actual. Pero en rigor de verdad, los partidos mayoritarios de la Duma eran “tan débiles y desorganizados que la victoria resultará breve e inestable”. Los kadetes, si bien constituían el principal partido liberal ruso y se llamaban a sí mismos demócratas, no contaban con apoyo alguno en el grueso de la población. Su electorado estaba compuesto, casi exclusivamente, por la clase media profesional. Los octubristas, en su mayor parte terratenientes cuyas pretensiones liberales desaparecerían tan pronto como fuera saqueada una sola de sus propiedades por los campesinos amotinados, tenían aun menos respaldo. La gran amenaza provenía de la izquierda, donde los partidos socialistas representaban “un serio peligro y una auténtica fuerza”. Las masas podían cambiar de parecer, desplazándose del chauvinismo al anarquismo con toda facilidad, pero se hallaban “fuertemente unidas por el odio a los estamentos más acaudalados y por el ferviente anhelo de apoderarse de la propiedad ajena y de participar en la lucha de clases”. Ningún gobierno parlamentario podría controlar la revolución socialista. Al día siguiente del triunfo del parlamentarismo, vendría “la revolución social... las comunas... el fin de la monarquía y de la propiedad privada y el triunfo del campesinado, convertido en una horda de bandidos”.

En 1914, quienes pensaban como Maklakov eran una pequeña minoría. Hacia el invierno de 1916-1917, incluso pilares previos del conservadurismo tales como la Nobleza Unida advirtieron a Nicolás de la inminente revolución y le suplicaron que concediera un Ministerio que contase inequívocamente con el apoyo de la mayoría de la Duma. Los

miembros de la familia imperial se sumaron al coro. El gran duque Alejandro Mijáilovich, cuñado del emperador, le escribió a Nicolás, en febrero de 1917, que la mayoría de la Duma no deseaba la revolución y, por tanto, se sentiría satisfecha con obtener ciertas concesiones, desde luego limitadas. Todo cuanto se necesitaba era un gobierno unificado, a cargo de un primer ministro que gozara de la confianza de la Duma. Un régimen parlamentario por entero no era ni deseable ni imprescindible, pero “la presente situación en la cual todo recae en tu persona es inconcebible”. La Legislatura debía compartir la responsabilidad, y el gobierno debía, a su vez, ser responsable ante la opinión pública. Todavía más alarmante fue la carta del hermano de Alejandro, el habitualmente calmo y apolítico gran duque Jorge, que en noviembre de 1916 visitó el frente, comandado por el general Brusilov. El gran duque le escribió a Nicolás:

“Literalmente, todos están visiblemente preocupados por el frente civil, en otras palabras, por las condiciones internas de Rusia. Opinan que si las cosas siguen así en el país, jamás ganaremos la guerra, y si no lo hacemos, entonces será el fin de todo... Por consiguiente, traté de ver con claridad cuáles eran las medidas posibles para aliviar la situación. En ese aspecto, todos claman por la destitución de Sturmer y por el establecimiento de un ministerio responsable... Se considera que esta medida es la única capaz de evitar una catástrofe general. Si lo hubiera escuchado de los izquierdistas y de los liberales, no le habría prestado la menor atención. Pero me lo dijo la gente de aquí, que no sólo te venera, sino que quiere con toda su alma tu bien y el de Rusia, que son indivisibles.”

Tal vez el gran duque no sintió la necesidad de subrayar que los comandantes del ejército eran los defensores más vitales de la monarquía, y que si llegaban a considerar el gobierno imperial como un obstáculo para la victoria sobre Alemania, entonces la lucha en favor de la dinastía resultaba verdaderamente inútil.

Según la opinión de casi todos los observadores, Nicolás II se encaminaba a los tropezones y con los ojos vendados hacia la revolución,



cuyo peligro ignoraba por completo. Es cierto que tanto el emperador como la emperatriz seguían abrigando ilusiones acerca del apoyo popular a la monarquía. Como siempre había ocurrido durante el reinado de Nicolás II, las aclamaciones con que lo saludaban en sus viajes contribuían a persuadirlo de que gozaba de mucha más popularidad de la que suponían sus adversarios. En la víspera misma de la revolución, Nicolás le dijo al ayudante de Frederycksz: “¿Cómo puede incluso usted, Mosolov, hablarme del peligro que corre la dinastía, cuando todos están tratando de meterme esa idea en la cabeza? ¿Es posible que usted, que me ha acompañado en mis inspecciones a las tropas y ha visto con sus propios ojos cómo me reciben los soldados y el pueblo, sea también presa del pánico?”.

La imagen de la completa ceguera y estupidez del monarca es un tanto exagerada. Nadie ignoraba el peligro de un motín en Petrogrado y se habían hecho planes para contenerlo. Las autoridades enfrentarían los disturbios aplicando una estrategia de tres etapas, y sólo si las otras medidas fracasaban se les pediría a los soldados que usaran armas de fuego. Únicamente se utilizarían las compañías creadas para entrenar a los suboficiales, dado que se las consideraba más confiables que a las tropas ordinarias. Para reforzar la guarnición de Petrogrado, se trajeron del frente a los supuestamente leales batallones de la Guardia Naval. La policía, si bien comprendía la desesperación popular ante las lamentables condiciones de vida, pensaba que el arresto de los activistas revolucionarios de la ciudad, acaecido en febrero de 1917, privaría a los amotinados de sus líderes efectivos. Aparte del Ministerio del Interior, donde Protopopov estaba sembrando el caos, los departamentos clave en el invierno de 1916-1917 eran el de Comunicaciones y el de Agricultura. Al primero lo dirigía E.B. Krieger Voynovsky, y al segundo, A.A. Rittij, dos profesionales capaces y eficientes en cuestiones relacionadas con el ferrocarril y con la provisión de alimentos, respectivamente. Tsuyoshi Hasegawa, el más experto de los historiadores occidentales en la Revolución de Febrero, considera que “el manejo de la enorme tarea de suministrar alimentos por parte del régimen zarista no fue tan mala como se cree... al ejército nunca le faltaron víveres y nadie se murió de hambre en las ciudades. En este sentido, el colapso se produjo después de

la revolución de febrero". Hablando con A.I. Piltz, el ex gobernador de Mogilev, a principios de febrero de 1917, Nicolás II le reveló que era consciente del peligro, un tema que sólo tocaba con las pocas personas que le merecían confianza. "Sé que la situación es muy alarmante y me han aconsejado disolver la Duma... Pero no puedo hacerlo... En el aspecto militar, somos más fuertes que nunca. En la primavera llegará la ofensiva y pienso que Dios nos concederá la victoria, y entonces se apaciguarán los ánimos."

El 7 de marzo Nicolás dejó Sarskoie Selo y se encaminó al Cuartel General. Al día siguiente comenzaron los disturbios en Petrogrado. El domingo 11 de marzo era evidente que las multitudes, alentadas por la renuencia de las autoridades a usar armas de fuego, se habían vuelto incontrolables. Casi todas las fábricas de Petrogrado estaban en huelga, se saqueaban los comercios donde se vendían alimentos y los miembros de los partidos revolucionarios que aún gozaban de libertad eran lo bastante numerosos como para proporcionar liderazgo político y colorido a las demostraciones. Las autoridades militares y gubernamentales de Petrogrado le restaron gravedad a la situación en sus mensajes al Cuartel General de Mogilev. El 11 de marzo, la crisis se produjo cuando se les ordenó a las tropas abrir fuego para despejar las zonas céntricas de la ciudad, ocupadas por los manifestantes. Al principio, el uso de la fuerza demostró ser eficaz y las multitudes se dispersaron. No obstante, en la tarde del 11 de marzo se sublevó una compañía del regimiento Pavlovsky de la Guardia, pero el motín fue contenido. El 12 de marzo, en respuesta a las matanzas del día anterior, el motín se extendió rápidamente a la mayor parte de la guarnición de Petrogrado. Nicolás se enteró ese mismo día de que su gobierno había perdido el control de la capital. Decidió, pues, volver a Sarskoie Selo y le ordenó al general N.I. Ivanov comandar una fuerza especial, formada por unidades de primera línea, con la que restauraría la autoridad del gobierno en Petrogrado. El tren de Nicolás no podía llegar a Sarskoie Selo a causa de un bloqueo, de modo que el emperador decidió desviarse a Pskov, es decir, a los cuarteles del frente norte, adonde llegó el 14 de marzo al atardecer. Pskov tenía la ventaja de encontrarse cerca del tren de Nicolás, además de permitir una rápida comunicación entre los cuarteles del

frente septentrional y Petrogrado gracias a una forma primitiva de tele-tipo. Mientras tanto, el llamado Comité Provisional de la Duma, instaurado el 12 de marzo, comenzó a controlar la capital. Si bien algunos políticos de la Duma se sintieron felices por el hecho de tener el poder en sus manos, otros se mostraron más precavidos, temiendo que la alternativa fuese la anarquía o la toma del control por parte del Consejo de Obreros y Soldados (el soviét), dominado por los socialistas y que también se instauró el 12 de marzo.

El destino de la monarquía dependía ahora de los políticos de la Duma y, sobre todo, de los comandantes militares. Si estos últimos estaban dispuestos a movilizar un gran número de tropas con vistas a tomar Petrogrado, el trono de Nicolás podría salvarse. Pero cuando el zar llegó a Pskov el 14 de marzo a las 19.05, las primeras señales no fueron alentadoras. El comandante del frente septentrional, general Ruzsky, recibió a Voyeikov, el comandante del Palacio, con las siguientes palabras: “Miren lo que han hecho... ustedes, la camarilla de Rasputín... ¿a qué situación han arrastrado ahora a Rusia?”. Más tarde en la noche, Ruzsky, que se mantenía en contacto con Rodzyanko, el presidente de la Duma, procuró convencer a Nicolás de que sólo la inmediata concesión de un gobierno parlamentario podía salvar la dinastía.

La respuesta del emperador a la demanda de Ruzsky revela buena parte de su filosofía política y personal.

“Soy responsable ante Dios y Rusia de todo lo que ha sucedido y continúa sucediendo –dijo el emperador–, independientemente de si los ministros son responsables o no ante la Duma o el Consejo de Estado. Considerando que todo cuanto hacen los ministros no es por el bien de Rusia, nunca podré coincidir con ellos; mi único consuelo es pensar que las cosas ya no están en mis manos y que la responsabilidad ya no es mía”. Ruzsky procuró demostrarle al emperador que su idea era errónea y que era preciso aceptar la fórmula: “El monarca reina pero son otros quienes gobiernan”. El emperador respondió que esa fórmula le resultaba incomprensible; para entenderla, tendría que haber sido educado de otra manera o nacer de nuevo, y subrayó una vez más que no se estaba aferrando personalmente al poder, pe-

ro que no podía tomar decisiones que atentaban contra su conciencia; si bien había perdido ante el pueblo toda responsabilidad por el curso de los acontecimientos, pensaba que aún no la había perdido ante Dios. Con insólita claridad, el emperador enumeró las opiniones de quienes gobernarían Rusia en el futuro inmediato como ministros responsables ante la Legislatura, y expresó su convicción de que estas figuras públicas no burocráticas, las cuales formarían sin duda el primer gabinete, eran personas sin ninguna experiencia administrativa. En suma, asumirían el cargo pero serían incapaces de cumplir con su tarea.”

Tras una tremenda lucha durante la cual el general amedrentó a Nicolás y controló el flujo de información dirigido al monarca, Ruzsky finalmente lo persuadió de aceptar un gobierno responsable ante la Duma. Al día siguiente, empero, fue evidente que la discusión había sido académica. Rodzyanko afirmaba ahora, en nombre del Comité Provisional de la Duma, que sólo la abdicación del emperador podía poner fin al derramamiento de sangre en Petrogrado. Los otros comandantes del frente, aunque no tan bruscos u hostiles como Ruzsky, aconsejaron al emperador que debía abdicar por el bien de Rusia. Los generales no estaban seguros de la lealtad de sus tropas en caso de producirse choques con los soldados revolucionarios de la guarnición de Petrogrado. La mayoría de ellos había perdido la confianza en la capacidad de Nicolás II para gobernar Rusia y, sobre todo, ninguno quería que las complicaciones internas obstaculizaran la lucha contra los alemanes, una prioridad que el emperador mismo compartía plenamente. Si los comandantes militares hubieran pensado que la capital se hallaba a un paso de la anarquía o de caer en manos del soviét liderado por los socialistas, entonces el ejército habría intervenido. Y también es probable que hubiera tenido éxito. Pero una vez que los dirigentes de la Duma les aseguraron que todo estaba bajo control y que la intervención militar sólo conduciría a una guerra civil, los comandantes cedieron. Abandonado por sus generales, Nicolás II no tuvo otra alternativa que abdicar. El 15 de marzo renunció al trono. El general Alexiev, jefe del Estado Mayor, sólo aceptó la abdicación del zar, convencido por Rodzyanko de que la monarquía sería preservada, o bien en la persona del hijo del



emperador, o bien en la de su hermano, el gran duque Miguel. El 16 de marzo, sin embargo, la mayoría del Comité Provisional de la Duma decidió que, en vista del ánimo prevaleciente en los obreros y soldados de Petrogrado, la continuación de la monarquía era imposible bajo cualquier forma, y persuadieron al gran duque de no asumir la corona. Así pues, Alexiev se enfrentó con un *fait accompli*. Los trescientos años del reinado de los Romanov habían llegado a su fin. Mientras tanto, el tren imperial emprendía el penoso regreso desde Pskov a los Cuarteles Generales de Mogilev. El general Voyerikov entró en el coche del emperador, donde Nicolás estaba sentado en la oscuridad. La única luz provenía de la lámpara que brillaba junto al ícono, situado en un rincón. “Tras las experiencias de ese día tristísimo, el Emperador, que siempre se caracterizó por el enorme dominio de sí mismo, ya no tenía fuerzas para contenerse. Me abrazó y se echó a llorar.”



## Después de la revolución (1917-1918)

**L**uego de su regreso, en el Cuartel General de Mogilev, Nicolás se despidió del general Alexiev y del resto de los militares. El 21 de marzo, el ex emperador pronunció su último discurso ante el ejército. En esa época, su principal angustia y preocupación seguía siendo el destino del país y la unidad nacional, tan necesaria para lograr la victoria. Había aceptado abdicar influido, en gran medida, por sus generales, que opinaban que ese acto evitaría la guerra civil, y, de ese modo, sería posible proseguir con éxito la guerra con Alemania. “Por última vez”, escribió el emperador,

“apelo a ustedes, las tropas a quienes tan fervientemente amo. Desde mi abdicación... el poder ha pasado al Gobierno Provisional... Quiera Dios ayudarlo a conducir a Rusia hacia la gloria y la prosperidad. Quiera Dios ayudarlas, mis valientes tropas, a defender a nuestra madre patria contra el cruel enemigo. Durante dos años y medio han llevado, de hora en hora, la pesada carga de la guerra. Mucha es la sangre que ha sido derramada; muchos son los esfuerzos realizados; y se acerca la hora en que Rusia, unida a sus valientes aliados por el común anhelo de la victoria, ha de aplastar los últimos conatos del adversario. Esta guerra sin precedentes debe llevarnos a la victoria final. Quienquiera que sueñe hoy con la paz, quienquiera que la desee, no es sino un traidor a la patria, un renegado. Sé que cada soldado honesto piensa lo mismo. Cumplan entonces con su deber; protejan a nuestra valerosa patria; subordinense al Gobierno Provisional, obedezcan a sus mandatarios”.

Aunque el propósito de esta apelación era fortalecer la posición de las autoridades, el gobierno provisional no permitió que se publicara el discurso. El 21 de marzo Nicolás fue arrestado. Al día siguiente, se lo volvió a trasladar a Sarskoie Selo.

La quincena que Alejandra pasó sin su marido le causó una inmensa angustia. Las noticias de la abdicación fueron un golpe terrible para ella. En Sarskoie Selo, las tropas revolucionarias decididas a tomar el palacio se encontraban a sólo 450 metros. Todos los niños padecían de sarampión, una enfermedad que no se tomaba a la ligera en aquellos tiempos. Alexéi tenía cuarenta grados de temperatura. Además del sarampión, su hermana María había contraído una neumonía doble y, por consiguiente, corría peligro de muerte. El orgullo y el entrenamiento en la vida de palacio permitieron a la emperatriz mantener su dignidad aún en esos terribles días.

Lili Dehn, la mejor amiga de Alejandra, se encontraba en los apartamentos de la familia imperial el 22 de marzo, cuando Nicolás volvió del Cuartel General.

“Cuando pasamos al salón rojo y la luz iluminó de lleno el rostro del Emperador, me sobresalté... y percibí entonces hasta qué punto había cambiado. El Emperador estaba mortalmente pálido, su semblante, con profundas ojeras, se hallaba cubierto de innumerables arrugas y sus sienes se habían vuelto totalmente grises. Parecía un anciano. El Emperador sonrió con tristeza al ver mi expresión de asombro, y estaba a punto de hablar cuando en ese momento entró la Emperatriz. Trató entonces de parecer el marido y padre jovial de los días felices; se sentó con nosotras y charlamos de trivialidades, pero advertí que se sentía incómodo y que el esfuerzo lo superaba. ‘Voy a dar un paseo... caminar siempre me hace bien’, dijo.

“La Emperatriz y yo nos quedamos de pie ante una de las ventanas que daban al parque... en ese momento el Emperador estaba fuera del palacio y se encaminaba a paso vivo hacia la *Grande Allée*, pero de pronto apareció un centinela salido de la nada, por así decirlo, y le impidió seguir avanzando en esa dirección; el Emperador hizo un gesto



nervioso con la mano, pero obedeció y volvió sobre sus pasos. Al cabo de un breve lapso se repitió la escena: un centinela se interpuso en su camino y un oficial le dijo que, en su condición de prisionero, sus ejercicios debían limitarse a un área equivalente al patio de una prisión!... Observamos a la amada figura doblar la esquina... la cabeza gacha, el andar inseguro, todo indicaba un profundo abatimiento; su espíritu parecía por completo quebrantado. Pienso que hasta ese momento no nos habíamos dado cuenta del poder aplastante de la revolución ni de todo cuanto significaba.

"La Emperatriz no dijo una palabra, pero su mano apretó con fuerza la mía; para ella, la experiencia era en extremo angustiante... Ese día, el Emperador y la Emperatriz cenaron y pasaron la noche juntos. Luego me contó que el Emperador había perdido el control cuando se encontraron a solas en el *boudoir* color malva; lloró amargamente y a ella le resultó muy difícil consolarlo, por mucho que le dijera que el marido y el padre tenían más valor a sus ojos que el Emperador cuyo trono había compartido."

Los cinco meses que la familia imperial pasó en cautiverio en Sarskoie Selo le acarreó un cúmulo de humillaciones. Algunas eran triviales aunque hirientes, tal como la insistencia de los soldados en quitarle a Alexéi su revólver de juguete. Otras solían ser más graves. En abril, por ejemplo, Nicolás y Alejandra fueron separados y no se les permitió mantener conversaciones privadas. El ánimo de los soldados era voluble e impredecible; muchos oficiales se sentían aterrorizados por sus hombres, sobre los que ya no ejercían control alguno. Los choques entre los soldados y los sirvientes del palacio ocurrían a diario. La deslealtad de los amigos y servidores supuestamente devotos significó un duro golpe, así como la fidelidad de algunos funcionarios y damas de la corte —como por ejemplo, Pablo Benckendorff y Sofía Buxhoeveden— fue un tremendo consuelo. La actitud de los dos marineros "guardaespalda" del heredero era típica de la época. Uno de ellos, Derevenko, se enojó con Alexéi, lo insultó y abandonó el palacio. El otro, Nagornii, continuó siendo leal a la familia. Más tarde, esa fidelidad le costaría la vida en Siberia. Las noticias que le llegaban del frente sobre la desinte-

gración del ejército y los vacilantes intentos bélicos constituían una preocupación adicional para Nicolás. Según las palabras del preceptor de sus hijos, Pierre Gilliard, ello le causaba al emperador “un profundo pesar”. Como de costumbre, empero, el optimismo de Nicolás procuraba neutralizar las noticias poco halagüeñas: “Todos sabemos que en nuestro país la gente exagera las cosas, lo cual me permite albergar alguna esperanza. No puedo creer que en el frente el ejército sea tan malo como dicen. No es posible que se haya desintegrado a tal punto en sólo dos meses”.

No obstante, la vida en Sarskoie Selo no dejaba de tener sus compensaciones para el emperador. El hecho de ser el único responsable del gobierno de Rusia en tiempos de guerra había sido una experiencia aterradora. Y resistir durante meses las abrumadoras presiones en favor de un cambio político le había exigido una dureza y una capacidad de decisión que no eran naturales en él y que le costaron emocionalmente muy caro. En Sarskoie podía pasar todo el tiempo con la familia, a la que la catástrofe había unido más estrechamente que nunca. Si como soberano su cortesía e ineptitud para imponerse a los demás constituían debilidades, ahora se habían convertido en fuerzas. Su humildad personal y su dominio de sí mismo le sirvieron de mucho. Nadie escuchó jamás a la emperatriz o a su marido quejarse de su destino ni en Sarskoie Selo ni tampoco en Siberia. Por el contrario, les preocupaba la suerte que correrían sus hijos, amigos y servidores. Tal como Alejandra le escribió a Lili Dehn en marzo de 1918, “para nosotros, en términos generales, es mejor y más fácil que para otros”. Durante la guerra, la terquedad e irracionalidad de la emperatriz, así como sus actividades políticas, habían soliviantado a Benckendorff. Ahora, en cambio, se sentía impresionado por su dignidad y coraje. “Ella es grande, grande... pero siempre dije que era una de esas personas que se elevan a sublimes alturas en medio de la desgracia.”

En el trono, las convicciones religiosas de la familia imperial habían sido un obstáculo, pues alimentaron un cierto fatalismo en Nicolás y lo persuadieron de que su deber para con Dios le exigía, como autócrata, un papel activo que no se adecuaba a su personalidad. Alejandra había buscado la mano de Dios en la política. Y ahora que la pa-

reja imperial era una víctima impotente del destino, la sumisión a la voluntad de Dios, la fe en Su misericordia y su natural espiritualidad se convirtieron en los pilares de su fortaleza. En la primavera de 1918, Alejandra le escribió a Lili Dehn:

“Siento la presencia del Padre cerca de mí y una maravillosa sensación de pacífica alegría estremece y llena mi alma... es difícil entender la razón de esta dicha, pues todo es tan tremendamente triste, pero proviene de Arriba y nos acompaña siempre; sabemos que Él no abandona jamás a los Suyos, sino que los protege y fortalece... No te preocupes por nosotros, mi queridísima amiga. ¡Para ti todo es difícil y, en especial, para nuestra patria! Lo que más me duele –y atormenta mi corazón– es todo cuanto se ha hecho en un solo año! Dios permitió que esto sucediera y, por consiguiente, debe ser necesario para que ellos comprendan, para que abran los ojos ante tantas mentiras y engaños... En la actualidad todo me duele... nuestros sentimientos han sido pisoteados, pero así son las cosas: el alma debe crecer y elevarse por encima de todo lo demás. ¿Acaso no han herido lo más tierno y preciado en nosotros? De manera que también debemos entender, a través de ello, que Dios es superior a todo y que Su deseo es atraernos a Él mediante el sufrimiento. Amarlo más y mejor que a uno mismo y que a todo lo demás. ¡Pero cómo amo a mi patria, mi Dios! La amo con todas las fuerzas de mi ser y sus padecimientos me producen un verdadero dolor físico.”

Inmediatamente después de la revolución, existió la posibilidad de que la familia imperial se exiliara en Gran Bretaña. Con este propósito, el líder del partido constitucional-democrático y ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional, Pablo Milyukov, solicitó al gobierno británico que ofreciera asilo en Inglaterra a Nicolás y a su familia. En un principio, los británicos se sintieron obligados a acceder. Pero luego surgieron dudas y fue el propio Jorge V, amigo personal y primo del monarca ruso, quien tomó la iniciativa y denegó el asilo. Su secretario, lord Stamfordham, preguntó, en nombre del rey, cómo se mantendría económicamente la familia imperial en el exilio. Las preocupaciones polí-

ticas fueron, sin embargo, el factor decisivo. Temeroso de la reacción de los socialistas británicos y del movimiento sindical, el rey Jorge no quiso que su dinastía se asociara públicamente con el odiado y ahora derrocado zar de Rusia, y menos aún con su esposa, cuya sangre era mitad inglesa. Lord Stamfordham le escribió al secretario de Relaciones Exteriores: “Desde el comienzo, el Rey había pensado que la presencia de la familia imperial en este país (en especial la de la Emperatriz Alejandra) suscitaría toda suerte de dificultades, y estoy seguro de que usted sabrá apreciar cuán embarazoso resulta todo ello para nuestra familia real, estrechamente vinculada tanto al Emperador como a la Emperatriz”. Los pedidos de visas para los grandes duques también fueron denegados. Con respecto a Nicolás y Alejandra, cabe pensar que la decisión británica no cambiaba en absoluto las cosas. Desde un punto de vista político, al Gobierno Provisional le hubiera resultado muy difícil permitir que los emperadores abandonaran Rusia, incluso en las primeras semanas posteriores a la revolución. Es más, tanto Nicolás como Alejandra estaban decididos a no irse del país, pasara lo que pasare, pues ninguno de ellos daba prioridad a sus destinos personales. Ambos eran producto de la Europa victoriana y, por lo tanto, les resultaba inconcebible que alguien quisiera dañar a sus hijos, un niño de trece años y cuatro adolescentes. En defensa del rey Jorge V, cabe decir que 1917 no era una época propicia para la compasión ni para correr riesgos en favor de las dinastías reinantes. Al enterarse de la muerte del emperador, el rey Jorge desautorizó a Stamfordham y concurrió al servicio religioso en memoria de su primo. Luego comentó en su diario: “sentía veneración por Nicky, uno de los hombres más generosos que he conocido y un caballero cabal: amaba a su patria y a su pueblo”. No obstante, la respuesta británica al pedido de asilo de los Romanov nos deja un cierto sabor amargo.

A principios de agosto, la familia imperial se enteró de que sería enviada a Tobolsk, un pueblo remoto situado en la frontera entre los Urales y el oeste de Siberia, lejos de la turbulencia política de Petrogrado. El día antes de la partida, el 12 de julio, era el cumpleaños de Alexéi y se llevó a cabo una ceremonia religiosa a fin de invocar a Dios para que protegiese a la familia en su viaje. Se trajo al palacio el ícono de la



Iglesia de Nuestra Señora de Znamenie en una solemne procesión que se encaminó al Parque Alejandro. Pablo Benckendorff recuerda que “la ceremonia fue tan conmovedora que nadie pudo contener las lágrimas. Los soldados mismos parecían emocionados y se acercaban al ícono para besarlo. Siguieron la procesión hasta el balcón y la vieron desaparecer en el Parque. Era como si el pasado nos dejara para no volver jamás. Esta ceremonia perdurará para siempre en mi memoria, y no puedo pensar en ella sin sentir una profunda emoción.”

Los Romanov fueron escoltados a Tobolsk por P.M. Makarov, el emisario del Gobierno Provisional, y por el comandante de la Guardia, coronel Eugenio Kobylinsky. Ambos eran hombres decentes e hicieron cuanto pudieron por los prisioneros. “Makarov era arquitecto y, durante el antiguo régimen, había estado un tiempo en la cárcel por su participación en el movimiento socialista revolucionario. Fue un hombre honesto y no le debemos nada excepto nuestro profundo agradecimiento”. Entre los servicios que Makarov brindó a la familia se incluían los agotadores esfuerzos que dedicó a limpiar y hacer habitable la casa del ex gobernador de Tobolsk, donde vivirían los Romanov hasta abril de 1918. La casa era relativamente confortable y, sobre todo en los primeros meses de su estadía en el pueblo, a los Romanov no les faltó comida. Sus principales problemas consistían en la falta de noticias y de ejercicio físico. El hijo del doctor Botkin, que vivía con su padre en la casa de enfrente, “podía ver a las grandes duquesas caminando por el patio mugriento, en realidad una porción de la calle convertida en patio y rodeada por una valla de madera de aproximadamente tres metros de alto... Sólo podían caminar por ese abominable lugar y por un jardincito situado del otro lado de la casa”.

Tobolsk no era un centro industrial ni tenía una línea de ferrocarril y, por consiguiente, aún no estaba demasiado contaminado por las ideas revolucionarias. “Lejos de mostrar odio hacia el emperador, los buenos ciudadanos de Tobolsk se sacaban las gorras y hacían la señal de la cruz cada vez que pasaban por la casa donde la familia imperial se hallaba cautiva. Y prácticamente no transcurría un día sin que le enviaran una torta, confituras, un ícono o algún presente.” Tampoco los soldados de la guardia eran todos hostiles a los Romanov. La escolta es-

taba compuesta por hombres del Primero, Segundo y Cuarto Regimiento de Rifles de la Guardia. El Segundo Regimiento era poco amistoso y se volvió cada vez más desagradable a medida que la propaganda bolchevique se iba difundiendo. Pero los hombres del Primero y Cuarto Regimiento se mostraban mucho más bondadosos, sobre todo con los niños. "Parte de la guardia del Cuarto Regimiento, integrada casi en su totalidad por hombres mayores, sentía un especial afecto por los Romanov, y el mero hecho de ver a estos hombres honestos cumplir con su deber llenaba de alegría a toda la familia. En aquella época el Emperador y sus hijos solían ir en secreto a la guardia para hablar y jugar a las cartas con los soldados".

Sin embargo, los acontecimientos ocurridos en el resto de Rusia sellarían el destino de los Romanov. En noviembre de 1917, los bolcheviques habían derrocado al Gobierno Provisional, y dada la crueldad de los nuevos dirigentes rusos, era improbable que la familia imperial pudiese escapar con vida una vez que Lenin llegara al poder. En enero de 1918, los bolcheviques clausuraron la Asamblea Constituyente, democráticamente electa, donde sólo tenían un cuarto de las bancas, pese a que en el invierno de 1917-1918 la popularidad de los bolcheviques estaba en su apogeo. En marzo se firmó la paz con los alemanes en Brest-Litovsk, lo cual le permitió al nuevo régimen ahorrar tiempo, pero al precio de entregar los territorios ganados por los rusos desde mediados del siglo xvii y de correr el riesgo de que Europa cayera bajo el dominio alemán. Debido a estas acciones, que provocaron la enemistad de vastos sectores de la opinión política, al tiempo que imposibilitaron toda oposición pacífica a los bolcheviques, la guerra civil fue inevitable. Toda guerra civil fomenta la crueldad, y era harto probable que Nicolás II y su familia figuraran entre las primeras víctimas. En 1918, el gobierno bolchevique se había arraigado superficialmente en los Urales y en Siberia occidental. En ambas regiones, la abrumadora mayoría de la población había votado por otros partidos en las elecciones para la Asamblea Constituyente. En la primavera de 1918, comenzó la resistencia armada contra los bolcheviques, encabezada por la legión checa.

La ciudad de Ekaterinburgo era el centro del poder bolchevique en los Urales. Allí se encontraba el soviét del Ural, es decir, la jefatura del

gobierno regional, así como el consejo directivo de la policía secreta local o *Cheka*. A.G. Belobodorov presidía el soviet, y F.N. Lukoyanov estaba a cargo de la *Cheka*. El primero era un electricista con una educación rudimentaria que había pasado un tiempo en la cárcel por ayudar a los bolcheviques a “luchar en los destacamentos” durante la revolución de 1905-1907. El último era el hijo de un oficial, un ex estudiante de la universidad de Moscú que se jactaba de su talento como periodista. Ambos tenían alrededor de veinticinco años, se caracterizaban por su crueldad y ya tenían las manos manchadas de sangre, aun antes de organizar el asesinato del zar, de su familia y de los otros Romanov encarcelados en la región. Luego de una exitosa carrera en la década de 1920 como director de la Comisaría de Asuntos Internos del Pueblo Ruso (esto es, *inter alia*, como jefe de policía), Belobodorov, al igual que la mayoría de los funcionarios del Ural, chocaría con Stalin debido a su relación con Trotsky. Fue asesinado en 1938. Lukoyanov sobrevivió excepcionalmente tanto a la década de 1930 como a la Segunda Guerra Mundial, y murió en su cama en 1947. Tal vez le salvó la vida la crisis nerviosa que sufrió en 1919, como consecuencia de haberse retirado de la carrera asesina para ocupar altos cargos en la Unión Soviética, y de la que nunca se recuperó del todo. Sin embargo, la enfermedad no le impidió denunciar a muchos enemigos del partido durante el auge del estalinismo.

El bolchevique más poderoso de los Urales era “Felipe” Goloshchekin, comisario militar de la región. De cuarenta y dos años y miembro del partido desde 1903, Goloshchekin había pasado seis años exiliado en Siberia, donde conoció a Jacobo Sverdlov, que, en 1918, era la mano derecha de Lenin y el “supremo” en lo tocante a los asuntos internos de Rusia. “Sverdlov y Goloshchekin estaban vinculados no sólo por las ideas políticas, sino también por la amistad personal”, escribió la esposa de Sverdlov en sus memorias. Vladimir Burstsev, un antiguo socialista revolucionario e historiador, “que conoció a Goloshchekin personalmente, lo describió de este modo: ‘un verdugo, un hombre despiadado con algunos rasgos de degeneración’”. Más tarde, Goloshchekin haría una brillante carrera como secretario del partido en los Urales, como jefe del colegio directivo de la *Cheka* y, a partir de 1924, como presiden-

te de la república de Kazajstán, en el Asia central. En este último cargo, Goloshchekin purgaría a todos los honestos cuadros nativos que todavía guardaban una mínima independencia respecto de los líderes del partido. A despecho de las declaraciones antiimperialistas del nuevo gobierno, Goloshchekin mantuvo el régimen colonial en los territorios heredados de la monarquía. Incluso en la supuestamente “tolerante” década de 1920, no vaciló en desencadenar la guerra civil en las aldeas kazakas para destruir el poder de los dirigentes nativos locales, consciente del caos económico que ello ocasionaría. Desde 1929 hasta 1932, presidió con entusiasmo uno de los mayores crímenes cometidos por las autoridades coloniales blancas en el Asia del siglo xx, esto es, la colectivización forzosa y el deliberado asesinato del pueblo kazako, víctima del hambre. “Los datos de los archivos muestran que el número de hogares se redujo de 1.233.000 en 1929 a 565.000 en 1936, como resultado de la drástica colectivización impuesta en los tres primeros años de este período, durante el que se destruyeron cuatro quintos del ganado perteneciente a los todavía nómades kazakos. La dirigencia del partido no tenía reparo alguno en purgar a todos los oficiales que protestaban o procuraban atemperar esta política. En Occidente, la colectivización y la hambruna ucranianas eran bien conocidas, y las purgas de la elite comunista y de los intelectuales a fines de los años 30 fueron el tema de una amplia bibliografía. Con todo, pocas veces se recuerda que en los 30 “la pérdida de vidas humanas era proporcionalmente mayor en Kazajstán que en cualquier otra parte de la Unión Soviética”. Goloshchekin sobrevivió a muchos de sus antiguos camaradas de los Urales, pero finalmente Stalin lo mandó matar en 1941. Huelga decir que la sentencia de muerte no se relacionaba en absoluto con los crímenes previamente cometidos por este hombre sanguinario.

En la primavera de 1918, los comunistas de Ekaterinburgo deseaban poner sus manos en Nicolás II y en su familia, de modo que idearon planes para sacar a los Romanov de Tobolsk. La dirigencia del partido central había decidido, sin embargo, trasladar al zar a Moscú, y con ese propósito en mente envió a V.V. Yakovlev a Tobolsk con un destacamento armado. Como el príncipe Alexéi estaba enfermo, lo dejó allí con tres de sus hermanas, y partió con Nicolás, Alejandra y la gran duque-



sa María. Fue interceptado *en route* por los bolcheviques de Ekaterinburgo y se produjo una furiosa discusión sobre el destino de los Romanov. Creían que Yakovlev trataba de salvar a la familia imperial, llevándola a escondidas a Japón. Según Richard Pipes, los locales ganaron la disputa “posiblemente después de la intervención de Moscú, que no deseaba enemistarse con los bolcheviques de Ekaterinburgo ni sabía con certeza qué iba a hacer con los Romanov”.

El 30 de abril de 1918, Nicolás, Alejandra y María llegaron a Ekaterinburgo y fueron encarcelados en la casa del ingeniero Nicolás Ipatev, destinada a ese propósito. Los habitantes de la casa incluían ahora a siete Romanov, al doctor Botkin, a la mucama de la emperatriz y a otros tres sirvientes. El régimen en lo de Ipatev era riguroso y humillante. Los guardias, todos ellos varones, acompañaban al baño a las grandes duquesas y garabateaban obscenidades en las paredes. Se prohibió casi toda comunicación con el mundo exterior. Al principio, los guardias eran obreros de la fábrica Zlokazov, que, atraídos por la buena paga y el cómodo alojamiento, se salvaban de ese modo de ser enviados a aplastar la amenaza contrarrevolucionaria en el frente siberiano. Su comandante era Alejandro Avdiev, quien había colaborado con los bolcheviques como propagandista en Zlokazov. Los guardias, que robaban todo cuanto les caía en las manos, fueron reforzados en mayo por obreros procedentes del pueblo de Syserti. Una vez más se utilizó como anzuelo la buena paga y las fáciles condiciones de vida, aunque en este pueblo tan bolchevique las autoridades les recordaron que su falta de apoyo a la causa comunista podía conducir a la victoria de la contrarrevolución, y con ella, a la venganza por el trato asesino dispensado al campesinado local por parte de los destacamentos de obreros.

Goloshchekin pasó los primeros días de julio en Moscú, donde se alojó en el departamento de su amigo Sverdlov. Fue en este momento cuando se tomó la decisión de matar a los Romanov en un futuro cercano. Si bien los soviéticos afirmaron hasta el último día del régimen que la matanza de los Romanov fue exclusiva responsabilidad de los bolcheviques del Ural, pruebas recientes suministradas por Rusia demuestran, de manera concluyente, que no fue así y que la orden provino de Lenin y de la cúpula del partido. Ello se sabía en Occidente des-

de mucho tiempo atrás a consecuencia de la publicación del diario de Trotsky, donde este registró una conversación que mantuvo con Sverdlov luego de la caída de Ekaterinburgo y de su regreso a Moscú, tras una breve expedición por las provincias. Al informarle que toda la familia había sido asesinada, el comisario de Asuntos Internos le comentó que “lo decidimos aquí [en Moscú]. Ilich [Lenin] pensó que no podíamos dejarles [a los contrarrevolucionarios] un estandarte viviente, sobre todo en las actuales y difíciles circunstancias”. La justificación de Sverdlov de los asesinatos era una aberración. Los bolcheviques tenían tiempo y medios suficientes para sacar a los Romanov de Ekaterinburgo y de la zona de guerra, si hubieran querido hacerlo. No era la intención de los líderes blancos restaurar la monarquía y, ciertamente, habrían preferido un Romanov distinto del desacreditado Nicolás II o de su hijo inválido, en caso de haber cambiado de parecer. Para la contrarrevolución, resultaba más útil un zar mártir que un Nicolás vivo. Tal como lo afirmó con cruel perspicacia el historiador Yuri Gote al enterarse de la muerte del zar: “Su desaparición equivale a desatar uno de los innumerables nudos secundarios de nuestro Tiempo de Angustias, y el principio monárquico sólo puede beneficiarse de ello”.

El 4 de julio, Avdiev fue reemplazado como comandante de la casa de Ipatev por Jacobo Yurovsky, subjefe de la *Cheka* de Ekaterinburgo. Yurovsky trajo con él a su asistente, Gregorio Nikulin, un joven bastante apuesto y presentable, que ya era un experimentado asesino, pese a haber trabajado en la *Cheka* sólo a partir de la clausura de la fábrica, en marzo. Nikulin había aceptado el trabajo para evitar la conscripción durante la Primera Guerra Mundial. A diferencia de muchos de los guardias obreros, era un hombre culto, cruel, soberbio y capaz de matar a sangre fría. Cuando Nicolás llegó a Ekaterinburgo desde Tobolsk, trajo con él a su antiguo ayudante de campo, el príncipe Dolgorukov, hijastro de Pablo Benckendorff. Inmediatamente después de su arribo, Dolgorukov fue arrestado y ejecutado por Nikulin, que luego se quejó de haber tenido que cargar las maletas del muerto. Yurovsky, que tenía cuarenta años en 1918, describió a Nikulin como “su hijo”, se mantuvo cerca de él durante el resto de su vida y lo nombró su executor testamentario. Sin una gran educación formal, Yurovsky era un hombre in-

teligente y despiadado. Al parecer, creyó realmente en el comunismo y nunca fue un ladrón, a diferencia de la mayoría de quienes custodiaban a los Romanov. Bolchevique desde la revolución de 1905, Yurovsky fue considerado por Lenin como “el más confiable de los comunistas”. Por otro lado, su hermano Leiba comentó que “le causaba placer oprimir a la gente”, a lo cual su cuñada agregó que “era un déspota y un explotador”. Al igual que sus pares de la dirigencia bolchevique del Ural, Yurovsky formó parte de la elite soviética y vivió confortablemente durante los años 20 y 30. El cáncer lo salvó de un probable destino trágico a manos de Stalin, aunque su hija Rimma, que en Ekaterinburgo había desempeñado un papel prominente en la campaña contra la Iglesia ortodoxa, pasaría veinte años en los campos soviéticos.

Tan pronto como Yurovsky se hizo cargo de la casa de Ipatev, comenzaron los preparativos de la masacre. De los asesinatos se encargaría Yurovsky, pero la eliminación de los cuerpos era responsabilidad de P.Z. Ermakov, comisario militar de Verj Isetsk, un bastión bolchevique. Ermakov, además, era un viejo amigo de Goloshchekin, su jefe directo. Antes de la revolución, había robado bancos y otros establecimientos comerciales a fin de recaudar dinero para los bolcheviques. Como muchos de los involucrados en esta actividad, era, en parte, un activista político y, en parte, un bandido. En 1917 formó su propia banda de depredadores para “exprimir” a los ricos de la región. Se jactaba, en sus memorias, de haber matado personalmente a los líderes del campesinado local que protestaban contra el régimen bolchevique. Su hazaña más famosa fue la decapitación de un ex agente de policía. El día después del asesinato de Nicolás y su familia, los camaradas bolcheviques de Ermakov se lanzaron con igual saña contra los otros Romanov, entre los cuales se encontraba la gran duquesa Isabel, hermana de Alejandra, y los arrojaron a la galería de una mina en Alapayevsk, no lejos de Ekaterinburgo. Las víctimas murieron lentamente a causa del hambre y de las heridas.

La confirmación de que era preciso matar de inmediato a Nicolás y a su familia llegó el 16 de julio, desde Moscú. Se programaron los asesinatos para esa misma noche. La llegada tardía de Ermakov con el camión donde transportarían los cuerpos ocasionó una demora de noven-

ta minutos. Cuando Ermakov le diera la orden, el chofer del camión encendería el motor a fin de amortiguar el ruido de los disparos. Se despertó a los Romanov y a sus sirvientes antes de las dos de la mañana, y tras concederles algunos minutos para vestirse, los condujeron a una de las habitaciones situadas entre la planta baja y el sótano. Para evitar el pánico o la resistencia, se les dijo que ese era un lugar más seguro, habida cuenta del desorden que reinaba en la ciudad. El ardid dio resultado y, al parecer, ninguna de las víctimas mostró temor o alarma. Una vez en la habitación, Alejandra, que ya no podía mantenerse de pie, pidió dos sillas, una para ella y otra para el heredero, que se estaba recuperando de una hemorragia. Se trajeron las sillas e inmediatamente después Yurovsky y su pelotón entraron en el cuarto.

Yurovsky mismo le comunicó a Moscú que el pelotón estaba compuesto por doce hombres, siete de los cuales no eran rusos. Aunque en general se los consideró letones, estos siete hombres eran ex prisioneros húngaros pertenecientes al ejército de los Habsburgo. A último momento, dos de los húngaros se negaron a disparar a las jóvenes. Entre los otros miembros de la pandilla se encontraban el propio Yurovsky, Nikulin y P.S. Medvedev, que comandaba el destacamento de los guardias obreros de Syserti. Capturado luego por los Blancos, el testimonio de Medvedev sería la pieza central de la exhaustiva investigación de los asesinatos efectuada por Nicolás Sokolov, cuyos descubrimientos fueron casi todos corroborados por las nuevas pruebas procedentes de la Unión Soviética, a partir de 1988. También participaron en la matanza Ermakov y uno de sus asistentes. Según Eduardo Radzinsky, la pandilla asesina contaba con otro miembro, Alexéi Kabanov, a quien cita en sus memorias.

Una vez que el pelotón ingresó en el cuarto, Yurovsky dijo que en vista de los ataques contra la Rusia soviética de los parientes de Nicolás, el Comité Ejecutivo del Ural había decidido fusilar a los Romanov. El zar sólo tuvo tiempo de lanzar una exclamación antes de que comenzaran los disparos. Para tener una idea de la espantosa carnicería que siguió, conviene recordar que el cuarto era pequeño: por lo menos veintitrés personas se apiñaban en una habitación de sólo veinticuatro metros cuadrados. Algunos miembros del pelotón sufrieron quemaduras debido a las armas de sus compañeros vecinos. El emperador, la empe-



ratriz, el doctor Botkin y tres de los sirvientes murieron enseguida. Pero la mayoría de sus hijos no lo hicieron, ni tampoco la mucama, Ana Demidov. Las grandes duquesas tuvieron que sufrir una lenta y terrible agonía, en parte porque las balas rebotaban contra las joyas que habían cosido en sus corsés. Pero Alexéi, que acababa de cumplir catorce años, no estaba protegido por ninguna alhaja y, sin embargo, le costó mucho morir. Yurovsky mismo hizo referencia a su “extraña vitalidad”. Incluso después de haber cesado el tiroteo y los gritos, con las víctimas yaciendo en el piso cubierto de charcos de sangre, no todo había concluido. Algunas de las chicas estaban todavía vivas. Ermakov se paró sobre los brazos de Anastasia y la apuñaló varias veces con una bayoneta. Quienes cometieron esta atrocidad se sentían orgullosos de su hazaña y hasta se peleaban entre sí, pues al menos tres miembros del pelotón afirmaban haber matado al zar con el primer disparo de la noche. En los años 30, Ermakov fue invitado con frecuencia a los campos de verano de los pioneros, el equivalente soviético de los niños exploradores, para hablar de los asesinatos, a los que describía de un modo gráfico y sin ahorrar detalle alguno. Y no sólo le regalaban flores, sino que se lo consideraba un modelo heroico para la juventud rusa.

Pero los horrores de aquella fatídica noche no se limitaron a la masacre. Los cuerpos, apilados en el camión, fueron trasladados a las galerías de las minas de Verj Isetsk, el feudo de Ermakov. Este organizó una guardia de aproximadamente veinticinco hombres en torno a las minas, así como una patrulla encargada de evitar la presencia de visitantes inoportunos. Los guardias, algunos de los cuales tenían al menos la excusa de estar borrachos, estaban indignados por el hecho de no haber traído vivos a los Romanov. Muchos se divertían despojando a los muertos de sus ropas. Pero la lujuria suscitada por los cuerpos de las grandes duquesas dio paso a otros sentimientos, cuando se descubrieron las joyas escondidas en los corsés. Inmediatamente después de los asesinatos en la casa de Ipatev, los guardias ya habían robado los relojes, alhajas y otras posesiones de las víctimas, de modo que se repitió la misma historia. Yurovsky tuvo que despedir a casi todos los “fideicomisarios” de Ermakov y poner fin a la bacanal. Asimismo, montó en cólera cuando descubrió que el lugar elegido para ocultar los cuerpos no

era el apropiado y que ni siquiera contaban con palas u otros elementos para enterrarlos. Los cuerpos fueron arrojados a un pozo y luego les tiraron granadas. Si Yurovsky pensó que este sería un escondite provisorio, es una cuestión discutible. Quizás a su regreso en Ekaterinburgo, descubrió que los héroes de Ermakov habían hablado y que la tumba de los Romanov ya no era un secreto. Los bolcheviques estaban decididos a no permitir que los Blancos encontrasen los cadáveres cuando tomaran Ekaterinburgo, lo cual ocurriría en cualquier momento. En consecuencia, la noche del 17 de julio Yurovsky regresó a la mina, recuperó los cuerpos y emprendió la marcha rumbo a unos pozos de mayor profundidad, situados en una zona más adecuada para un escondite permanente. Pero durante el trayecto, el camión se atascó en el barro y se resolvió entonces enterrar a las víctimas en ese sitio. Los cuerpos de Alexéi y de una de las mujeres fueron quemados y sepultados por separado ante la posibilidad de que los Blancos los descubriesen. De ese modo, los cuerpos hallados en la tumba, cuyos rostros fueron aplastados y desfigurados, no se asociarían con las víctimas de la casa de Ipatev. Pero esta estrategia demostró ser innecesaria. Hasta los años 70, nadie sabía a ciencia cierta dónde se encontraba la tumba de los Romanov. Sólo después de la caída del régimen comunista pudieron excavar el lugar e identificar los cuerpos.

Durante muchos años el gobierno soviético afirmó que el único asesinado fue Nicolás. Sólo entre ellos, los comunistas veteranos podían enorgullecerse de la masacre de los hijos y de los servidores del zar. Por esa razón, la tentativa de Trotsky de explicar que el exterminio de la familia se debió a la necesidad de aterrorizar tanto a los amigos como a los enemigos tiene poco sentido. En julio de 1918, Moscú impartió la orden de matar a todos los habitantes de la casa de Ipatev, pues las vidas de las personas no significaban nada ni para Lenin ni para los líderes bolcheviques. El asesinato era la manera más rápida y menos problemática de eliminar a cualquier grupo de enemigos de clase que resultara molesto. Pero tal vez Richard Pipes esté en lo cierto cuando señala razones más profundas.

Al igual que los protagonistas de *Demonios*, la novela de Dostoievski, los bolcheviques tenían que derramar sangre para unir a sus oscilantes

adeptos con un lazo de culpa colectiva. Cuanto más inocentes eran las víctimas que pesaban en la conciencia del partido bolchevique, tanto mayor era la certeza de sus miembros de que no habría retirada, ni titubeos, ni transacciones posibles, que estaban inextricablemente unidos a sus líderes y que sólo podían marchar con ellos a la "victoria total", sin tomar en cuenta el costo, o descender con ellos a la "catástrofe total".





## Antes y ahora

**L**uego de 1917, la Rusia imperial y su historia vivieron a la sombra del presente soviético. El comunismo soviético fue un intento de organizar una sociedad, una economía y un sistema de gobierno modernos de una manera enteramente novedosa. Despertó un gran entusiasmo entre algunos observadores extranjeros, y temor y odio entre otros. En particular después de 1945, cuando la Unión Soviética se convirtió en una de las dos grandes superpotencias del mundo, la única actitud que jamás existió fue la indiferencia: nadie podía negar la importancia del comunismo o de la superpotencia soviética que encarnaba el ideal comunista. En cambio, la Rusia imperial parecía una irrelevante reliquia medieval relegada al cubo de desperdicios de la historia. Esta actitud respondía al pensamiento oficial soviético, aunque contaba con muchos adeptos en Occidente. La Rusia zarista y su sistema de gobierno eran por completo ajenos a las tradiciones occidentales y, sobre todo, a las anglo-estadounidenses. La mayor parte de los historiadores británicos o estadounidenses que se ocuparon de Rusia eran liberales o socialistas. Sus simpatías e intereses estaban principalmente dirigidos a los individuos o grupos que compartían esas lealtades en la Rusia prerrevolucionaria. Se escribieron, por cierto, muy buenos libros de historia, pero el zarismo tuvo mala prensa. Y, lo que es aun más significativo: casi toda la historia de la Rusia imperial se definió, explícita o implícitamente, por el intento de explicar por qué los bolcheviques triunfaron en 1917.

El colapso del régimen soviético en 1991 ha modificado las perspectivas. El enorme caudal de conocimientos sobre la política y la eco-

nomía soviéticas se ve de pronto amenazado por la futilidad y la “falta de pertinencia”. El dinosaurio soviético ya no puede estudiarse en vivo, sino que es preciso buscarlo en los museos. La simultánea desaparición de la Unión Soviética y de la bipolaridad en los asuntos del mundo desconcierta a muchos estudiantes de ciencias políticas y de relaciones internacionales, para quienes Rusia y el mundo sólo comenzaron en 1917 o incluso en 1945. Las leyes de la naturaleza han sido abolidas. La Tierra ya no gira alrededor del Sol.

Por el contrario, una débil pero amistosa luz ilumina a los historiadores de la Rusia imperial, que, de pronto, se han vuelto tan “pertinentes” como los demás. Psicológicamente, se han adaptado a la idea del drástico cambio acaecido en los asuntos de Rusia y, por lo tanto, sus perspectivas son de largo alcance. El mundo de los 90 es muy diferente del que existía antes de 1914, pero hay importantes similitudes y se pueden establecer comparaciones útiles. Lo mismo se aplica al colapso de los regímenes imperial y soviético. En Rusia hay un enorme interés por la época presoviética, es posible descubrir ahora gran parte de lo que se ocultó y nunca se sometió a debate. Por consiguiente, cabe buscar en el pasado del país respuestas honestas a las tragedias ocurridas en la historia rusa del siglo xx. Durante los últimos setenta años, el marxismo-leninismo ha definido la condición estatal de Rusia, incluida en una identidad soviética y marxista. En la actualidad, el colapso del comunismo y de la Unión Soviética significa que es preciso buscar una nueva identidad política rusa, que sólo puede encontrarse tanto en la historia y en la cultura de ese país, como en su posición geopolítica. Ello ha dado origen a una acalorada polémica sobre el pasado de Rusia, se han reanudado las antiguas contiendas entre los “eslavófilos”, los “occidentalizantes” y los “euroasiáticos”. Incluso en un periódico tan serio como *Literaturnaya gazeta* se discute la posibilidad de restaurar la monarquía y, lo que es más significativo, están ahora en la agenda las eternas cuestiones de los límites de Rusia y de sus tierras fronterizas. Esto agrega más calor a la polémica sobre la identidad y los valores históricos rusos, y también sobre los intereses en los que debería centrarse en el futuro.

Desde hace cuatro años, los rusos han mostrado una tremenda curiosidad por el asesinato del último monarca y de su familia. Ello res-

ponde, en parte, al simple deseo de conocer los entretelones de una famosa tragedia de la que no se permitió hablar en el período soviético; pero refleja, principalmente, un profundo interés por los orígenes del sistema estalinista y por el nihilismo moral que se difundió en casi toda la sociedad rusa. Muchos rusos sienten hoy que el asesinato de los Romanov constituye un momento importante de este proceso. Su brutalidad e ilegalidad, las falsas acusaciones de que la familia “intentaba escapar” y, sobre todo, el despiadado desdén por la vida de los niños no eran sino las características típicas del régimen soviético y representaban una clara ruptura con el mundo de la Europa victoriana. Cuando observamos la vida posterior de quienes desempeñaron un papel preponderante en el asesinato de los Romanov, resulta imposible negar el lazo existente entre el terror leninista y el estalinista. Algunos alegan, sin embargo, que la guerra civil alimenta el horror y que los Rojos no se comportaron peor que los Blancos. Hay algo de verdad en este argumento, pero no demasiado. La guerra civil no ocurrió por accidente. En 1917, el resto de los partidos socialistas, es decir, los mencheviques y los socialistas revolucionarios, estaban, en parte, guiados por el temor y la repugnancia a la guerra civil. En el invierno de 1917-1918, la abrumadora mayoría de los rusos apoyaba a uno u otro de los partidos socialistas; por lo tanto, la contrarrevolución hubiera sido inconcebible frente a la coalición de todos los socialistas, sobre todo porque hubiera dependido de la única autoridad legítima en Rusia: la Asamblea Constituyente. Algunos bolcheviques estaban dispuestos a aceptar una coalición socialista, pero Lenin no era uno de ellos. El líder bolchevique rechazó esta línea de acción y buscó en cambio políticas que, como bien sabía, desembocaban inevitablemente en la guerra civil. Los dirigentes políticos que desean infligir una guerra civil al propio pueblo son los responsables de sus horrores, en especial cuando la mayoría de las premisas y los cálculos que respaldan sus acciones resultan ser erróneos: en consecuencia, no pueden eximirse de la pesada responsabilidad implícita en tales horrores. Ciertamente es que los Blancos actuaban a menudo con caótica brutalidad, su modo de tratar a los judíos en particular fue, sin duda, una abominación. Pero a mi leal saber y entender, nadie demostró jamás que los principales dirigentes Blancos —el general Denikin o

el almirante Kolchak, por ejemplo— ordenaran el exterminio no sólo de los enemigos políticos, sino de sus familias, incluidos los niños. La madre de Yurovsky sobrevivió sana y salva a la ocupación de Ekaterinburgo. La despiadada racionalización del terror de clases condujo al mundo a una nueva dimensión del crimen político.

Antes de la revolución, el zar era la encarnación del Estado y, en cierta medida, el símbolo de la identidad rusa; era tanto un líder secular como religioso. No sorprende pues que el actual debate sobre su asesinato implique cuestiones relativas a la esencia del Estado, a la identidad nacional y a la religión. El pedido de canonizar al zar junto con otras víctimas del bolcheviquismo despierta pasiones en ambos lados. Aquí conviene recordar que Yurovsky, Goloshchekin y Sverdlov eran judíos, y que los judíos constituían el blanco tradicional del odio de los nacionalistas rusos. El antisemitismo aún es virulento en Rusia, la acusación de que fueron los judíos los que destruyeron al portador y símbolo de la nacionalidad y del Estado rusos es un arma poderosa del arsenal antisemita. Aquellos que suelen usarla pocas veces tienen la honestidad de admitir que el pelotón de fusilamiento de Yurovsky contaba con más rusos que judíos; que la pandilla de Ermakov, encargada de ocultar los cuerpos en la galería de la mina, era abrumadoramente rusa y que la decisión final de asesinar a los Romanov la tomó tanto Lenin como Sverdlov.

El interés demostrado en las últimas décadas por la Rusia imperial trasciende el debate sobre la esencia del Estado, la identidad nacional o las costumbres políticas. En aquella época, Rusia comenzaba a integrarse en la economía capitalista mundial. Era, pues, el tiempo de los banqueros, de las operaciones bursátiles y del empresariado. Pero la revolución de 1917 revirtió este proceso, la toma y consolidación del poder por parte de los bolcheviques, la revuelta de los obreros y la rebelión de los campesinos fueron tres fenómenos distintivos aunque vinculados, y todos ellos estaban dirigidos contra el capitalismo y la propiedad privada, tal como existían en la sociedad eduardiana. En los 90, Rusia intenta una vez más unirse a Europa y al mercado mundial. Las actitudes populares hacia el mundo empresarial, la desigualdad y la propiedad determinarán, en parte, el éxito o el fracaso de ese intento. Esto le aña-



de interés al estudio de la historia económica y política rusa. Como mínimo, cabe esperar estudios más realistas y comprensivos sobre los logros y problemas del capitalismo ruso en esta era, escritos por historiadores de ese país en los próximos años.

Pero no sólo la Rusia victoriana o eduardiana resulta, en muchos aspectos, familiar al observador contemporáneo. Lo mismo se aplica al mundo previo a 1914 en su conjunto. En aquella época, Rusia formaba parte de Europa, la economía del mundo eduardiano era inequívocamente capitalista y sus principios, basados en el patrón oro, rigurosos. Los bancos europeos, respaldados cuando era necesario por las cañoneras, constituían el equivalente del Fondo Monetario Internacional. La estabilidad de los sistemas financieros y comerciales internacionales estaba vinculada al predominio británico y amenazada por su decadencia. La rivalidad comercial fomentaba el resentimiento entre la Alemania “mercantilista” y la Gran Bretaña del libre comercio, cuyas economías se estructuraban y manejaban de una manera diferente. Los debates clave de la época incluían cuestiones tocantes al grado de intervención estatal y de bienestar social compatibles con un capitalismo eficaz. Asimismo, se discutía qué país demostraría ser el abanderado más poderoso y competitivo del progreso capitalista. Estos temas siguen siendo pertinentes en la década de 1990, aunque Estados Unidos haya reemplazado a Gran Bretaña y su mayor rival comercial no sea Alemania sino Japón.

En el mundo victoriano y eduardiano tardío, la tendencia política predominante apuntaba al constitucionalismo y, en última instancia, a la democracia liberal. Casi todos los rusos ilustrados estaban convencidos de que su país también debía someterse a esta ley universal de la evolución histórica. La mayoría de los socialistas marxistas simplemente alegaban que la etapa final del camino no sería la “democracia burguesa” sino el socialismo. Incluso un buen número de estadistas zaristas conservadores, más que oponerse, en principio, al constitucionalismo liberal, pensaban que el país todavía no estaba listo para pasar a esa etapa. La creencia en el liberalismo reflejaba una fe optimista: en la medida en que los seres humanos fueran más ricos e instruidos, serían más felices y más razonables; por consiguiente, los conflictos se resolverían de for-

ma pacífica dentro de un marco constitucional. Algunos pensaban que esto sería posible no sólo dentro de las sociedades, sino entre ellas.

A partir de la década de 1880, la dominación del mundo por parte del capitalismo liberal se vio simultáneamente amenazada por la izquierda y la derecha del espectro político. Hacia 1914, algunos partidos políticos europeos llevaban en su seno las semillas del fascismo y del leninismo. La amenaza de la extrema izquierda al orden victoriano fue, en principio, menos antirracional y más anticapitalista que el fascismo. Pero con el correr del tiempo, la extrema derecha y la extrema izquierda desarrollaron ideologías mesiánicas que, en esencia, eran antiliberales y constituían un peligro en sí mismas; es más, se volvieron harto peligrosas cuando se difundieron en Alemania y Rusia, las dos únicas posibles superpotencias del continente europeo. En los últimos cien años, sólo Alemania y Rusia han poseído potencialmente los recursos demográficos, militares y económicos para dominar toda Europa. Las dos grandes guerras de esta centuria giraron en torno a la competencia ruso-germana por controlar al pueblo y los recursos de Europa oriental y central, adquiriendo de ese modo un poder que las convertiría, inevitablemente, en los amos de todo el continente. La primera etapa de este conflicto destruyó a Nicolás II, a su familia y a su imperio. En 1940, tras el colapso de Francia, la alianza entre la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin significó el sometimiento de la civilización victoriana y de sus herederos a lo largo y a lo ancho de toda la Europa continental. Gracias a los británicos y, en particular, a los norteamericanos, la Alemania fascista fue destruida en 1945, en tanto que el comunismo soviético sufrió el desgaste de la Guerra Fría. Milagrosamente, cincuenta y tres años después del pacto nazi-soviético, los valores liberales y capitalistas parecen haber triunfado desde Dublín hasta Vladivostok. Si la perspectiva asumida en 1992 continuará prevaleciendo o no es un tema discutible. Pero en la actualidad, gran parte de la historia europea entre 1917 y 1991 parece, sencillamente, una aberración, un desvío.

Lo mismo ocurre cuando pensamos en los progresos de Europa y Eurasia septentrional bajo la denominada descolonización. Este ha sido, sin duda, uno de los temas fundamentales en la historia tanto de Europa oriental y central como del Oriente Medio durante los últimos

ciento setenta años. En 1800, esta vasta región se hallaba controlada por cuatro grandes imperios: el otomano, el de los Habsburgo, el de los Romanov y el de los Hohenzollern. El imperio otomano fue el primero en derrumbarse, y los Balcanes —la primera región de la que se retiraron— pasó a ser una zona de inestabilidad y una de las principales causas de la Primera Guerra Mundial. Una guerra originada en los Balcanes tuvo como consecuencia la desintegración de los imperios austríaco y alemán y la balcanización de toda Europa oriental y central, al crear una serie de pequeños e inestables Estados en una región encerrada en sí misma y en permanente conflicto con sus vecinos por las fronteras y minorías étnicas, y demasiado débil para defenderse de Alemania o Rusia. El vacío creado por la descolonización de esta zona fue la principal causa de la Segunda Guerra Mundial. La victoria de 1945 trajo una *pax soviética* a Europa oriental y central y al norte de Eurasia. Entre 1945 y 1991, el hecho geopolítico básico de esa vasta región parecía ser el siguiente: todos los otros imperios se habían derrumbado, pero el ruso había sobrevivido, e incluso fortalecido bajo el régimen soviético. Este hecho, sin embargo, no hubiera sido inevitable. En 1917-1918, el imperio ruso se había desintegrado y era muy probable que Alemania se apoderara de Europa; pero en 1918, la derrota de Berlín en el frente occidental salvó a Lenin y permitió la reconstrucción del imperio ruso bajo la forma bolchevique.

Si bien la supervivencia de un imperio ruso se consideraba un factor inmutable en la época de la posguerra, hoy nos parece una simple demora en el largo proceso histórico de descolonización. Como resultado de ello, los estadistas europeos observan una vez más, con horror y desconcierto, los problemas de Albania, Bosnia y Macedonia, todos ellos pesadillas de larga data de la diplomacia anterior a 1914. Más aún, a finales de los 80, se reafirma la ley básica de la geopolítica europea: cuando Rusia asciende, Alemania cae, y viceversa. El colapso de la Unión Soviética estuvo acompañado, de ningún modo accidentalmente, por la reunificación de Alemania. Es probable que, con el correr del tiempo, ello implique la preeminencia alemana en la mayor parte del antiguo imperio de los Habsburgo y en muchas repúblicas occidentales de la antigua Unión Soviética.

El mundo de los años 90 es, por cierto, muy diferente de la Europa de Nicolás II. La existencia de armas nucleares, de una única superpotencia no europea y del movimiento feminista –para tomar tres ejemplos aleatorios– lo demuestra. La sociedad alemana moderna tiene valores y ambiciones muy distintos de los que impulsaron al Reich del káiser. Con todo, en ciertos aspectos significativos, Europa se asemeja más a lo que era en 1900 que al continente de los años 30 o de los 70, lo que agrega un tremendo interés al estudio de Europa y de Rusia antes de 1914, al tiempo que ofrece una perspectiva bastante diferente de los acontecimientos acaecidos en las décadas de la preguerra. Aunque muchos historiadores deseen tal vez divorciarse del presente y estudiar el pasado en y por sí mismo, es más probable que el fin de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética conduzcan a cambios considerables en la manera de concebir y escribir la historia de la Rusia imperial, específicamente en ese país, pero, en cierta medida, también en Occidente.

La comparación más tradicional y palmaria entre la Rusia imperial y la soviética es aquella que se establece entre Pedro el Grande y Stalin. Esta comparación no deja de ser injusta en muchos sentidos. El zar no era sólo mucho más desinteresado que Stalin, sino que tenía más derecho a enorgullecerse por el hecho de haber traído la ilustración a Rusia. Pero ambos hombres fueron autócratas crueles que impusieron un enorme sufrimiento al pueblo a fin de fortalecer su imperio y de lograr el estatuto de gran potencia. Tras la victoria de Pedro sobre los suecos, Rusia pasó a ser una gran potencia, una posición que ha conservado hasta el día de hoy. Únicamente en los años 20 se cuestionó con seriedad el liderazgo de la Unión Soviética, pero la industrialización forzosa decretada por Stalin, seguida de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, no sólo reafirmaron su estatuto, sino que convirtieron a la Unión Soviética en uno de los dos superpoderes mundiales. Ni Pedro el Grande ni Stalin transformaron el sistema que habían heredado, antes bien, subrayaron y desarrollaron los aspectos más opresivos y autoritarios de ese sistema. En el caso de Pedro, ello significó el servicio estatal obligatorio, pesados gravámenes y la servidumbre; en el de Stalin, implicó la vuelta al terror leninista y a las confiscaciones forzosas de 1918-1920, al tiempo que llevó las tendencias autoritarias del partido a sus últimas



consecuencias lógicas. Luego de la muerte de Pedro y Stalin, las elites se liberaron de los aspectos más violentos del régimen. En la Rusia dieciochesca, significó la seguridad de la propiedad y el fin del servicio obligatorio. Después de 1953, las elites soviéticas lograron sustraerse del terror y pudieron gozar de estabilidad en el cargo durante el gobierno de Brezhnev. Con todo, en ambos casos se mantuvieron los principios fundamentales del sistema político. La principal diferencia entre la Rusia imperial y la soviética estriba en que el legado de Pedro sobrevivió hasta la década de 1860 e incluso, probablemente, hasta 1917; en cambio, la reforma radical del sistema estalinista comenzó sólo cuatro décadas después de la muerte del dictador. Treinta y ocho años después del fallecimiento de Stalin, su régimen había caído.

Desde los días de Pedro el Grande, los gobiernos rusos han juzgado el éxito o el fracaso del país en términos relativos. El criterio con el que han medido a Rusia ha sido siempre el poder, la riqueza y el prestigio de los Estados occidentales líderes. Para el gobierno imperial, la medida decisiva no fue sino el poder y la seguridad militar. La sociedad culta decimonónica, empero, basaba cada vez más sus comparaciones en la prosperidad y la libertad relativas y, por ende, llegó a conclusiones poco halagüeñas tanto para Rusia como para su gobierno. En la era soviética el régimen aisló a su pueblo del mundo exterior durante varias décadas, y de ese modo impidió cualquier tipo de comparaciones. Por lo demás, las nuevas elites y la nueva clase media creadas por Stalin en los años 30 constituían una opinión pública menos cosmopolita y sofisticada que su equivalente zarista a la vuelta del siglo. Aunque el poder militar del régimen soviético frente al de Occidente continuaba siendo un factor de suma importancia, también se tomó en consideración el factor ideológico. Comparado con el capitalismo occidental, el marxismo-leninismo era, supuestamente, más eficaz y justo, lo cual demostraba que el progreso y la historia estaban de su parte. Especialmente después del compromiso de Kruschev con la coexistencia pacífica, la economía pasó a ser la esfera decisiva de la competencia entre ambos sistemas. Para cobrar legitimidad ante los pueblos soviéticos y las elites dirigentes, el marxismo-leninismo debía probar que superaba al capitalismo en cuanto a producir bienes y a distribuirlos de manera equitativa.

Tomando en cuenta que la competencia con Occidente ha sido un factor clave en la historia rusa desde Pedro el Grande, cabe considerar las tres últimas centurias en función de tres grandes ciclos de modernización, cada uno de los cuales fue concebido e impuesto desde arriba, o sea por el Estado, con el propósito de alcanzar la paridad con las grandes potencias occidentales, o incluso de superarlas.

El primero de los tres ciclos puede describirse como “estar a la par de Luis XIV”. El objetivo era convertir a Rusia en la igual de las otras grandes monarquías absolutas que dominaban el continente europeo en el siglo XVIII. La figura más famosa vinculada a este ciclo es Pedro el Grande, aunque la tentativa de igualar a Rusia con sus vecinos europeos fue, de hecho, anterior a su reinado y sólo se logró plenamente en el siglo XVIII. Sólo en las décadas de 1760 y 1770 Rusia fue considerada en el extranjero como un par del Austria de los Habsburgo o de la Francia borbónica. Hacia el fin de la centuria, sin embargo, se reconoció universalmente la posición de Rusia como una de las tres o cuatro grandes potencias militares del continente. La derrota de Napoleón por Alejandro I consolidó aún más el prestigio del país, y en la primera mitad del siglo XIX nadie dudaba de que el poderío militar de Rusia era superior al de los otros Estados del continente. Un punto clave que es menester recordar respecto del primer gran ciclo de modernización, desde la década de 1690 hasta la de 1850, fue el cambio lento y gradual de los factores que incidieron de manera positiva en el poderío del país en el transcurso de esta época. Todos los Estados continentales líderes eran sociedades rurales con pocas industrias y escasa población urbana. El poder era, en gran medida, el producto de la inteligencia de los gobernantes y de la eficacia con que recaudaban impuestos y reclutaban a sus súbditos. Como consecuencia de la revolución de 1789, el Estado francés cobró mayor racionalidad y eficiencia. El entusiasmo popular pudo, hasta cierto punto, ser movilizado de un modo que no era el habitual en los Estados del antiguo régimen europeo. Incluso la Revolución y Bonaparte favorecieron un uso más eficaz de los factores existentes de poder, pero no una transformación fundamental. Ello contribuye a explicar por qué, en 1812-1815, las monarquías europeas del antiguo régimen pudieron derrotar a la Francia napoleónica.

A mediados del siglo XIX, los factores de poder cambiaron fundamentalmente debido a la Revolución Industrial: una lección que los rusos aprendieron, de manera harto humillante, a raíz de la guerra de Crimea. En consecuencia, el gobierno inició el segundo gran ciclo de modernización, que uno puede describir como el intento de Rusia de permanecer como una gran potencia en la era industrial. Este ciclo duró desde 1850 hasta 1970. Así como la entrada de Alejandro I en París, en 1814, simbolizó el éxito de Rusia en el primer gran ciclo de modernización, del mismo modo la captura de Berlín en 1945 significó, para la Unión Soviética, lograr el estatuto de gran potencia en la era industrial. El proceso se inició durante el régimen imperial y, tras la interrupción de la Primera Guerra Mundial y la revolución de 1917, concluyó durante el gobierno de Stalin, aunque por métodos socialistas. Hacia la década de 1970, la Unión Soviética había logrado, aparentemente, conseguir su estatuto en virtud de la paridad militar con Estados Unidos. Desde los días de Nicolás I (1825-1855), Rusia no había alcanzado semejante poder ni en el plano nacional ni en el internacional. Las realidades, empero, eran tan engañosas en la época de Brezhnev como lo fueron en la de Nicolás I. Por debajo de la amenaza y del brillo militar, los factores mundiales de poder estaban cambiando con rapidez. En los tiempos de Nicolás I, el peligro había estribado en la propagación de la revolución industrial en Europa occidental. Durante el gobierno de Brezhnev, fue la revolución del microchip y la computadora. Gorbachov dio comienzo al tercer gran ciclo de modernización desde el Estado, a fin de equiparar a Rusia con los competidores occidentales en la nueva era de la revolución científica y tecnológica. Y lo hizo porque comprendió que a menos que se produjesen cambios fundamentales en la economía, la sociedad y el sistema de gobierno soviéticos, no habría ninguna posibilidad de que el país continuara siendo una de las superpotencias mundiales en el siglo XXI. Estaban en juego el orgullo y el patriotismo de las elites dirigentes soviéticas y también la legitimidad e incluso la supervivencia del régimen en el largo plazo.

Existe un notable paralelismo entre las épocas de Nicolás I y Brezhnev. El zar había participado en el triunfo militar de Rusia en 1812-1814, y Brezhnev era el producto de los años victoriosos entre 1942

y 1945. No sorprende, pues, que ninguno de ellos se sintiera inclinado a cuestionar los principios básicos de una sociedad y de un sistema de gobierno que habían demostrado su valía en la prueba suprema de la guerra. Llevar a cabo una reforma nacional drástica es difícil y aun peligroso para los gobernantes, pues ello implica entrar en conflicto con poderosos intereses personales. En los rígidos y, al mismo tiempo, frágiles sistemas autoritarios de gobierno, una reforma de esa índole no es sólo difícil de poner en práctica, sino que puede ser fatal para el régimen mismo. Una vez asegurado el poder militar y su condición de gran potencia, ni Nicolás I ni Brezhnev contaban con incentivo alguno para arriesgarse a efectuar un cambio drástico en el plano nacional, aunque el zar pensara que la esclavitud era tanto inmoral como económicamente ineficaz. Durante los primeros años de gobierno, ambos se ciñeron a una política de reformas conservadoras, cautelosas, graduales y a menudo inteligentes. Con el correr del tiempo, la gerontocracia, la inmovilidad y el temor paralizaron, no obstante, toda tentativa de cambio. En cuanto a las relaciones exteriores, el aparente poderío ruso sumado a la prepotencia y a la fanfarronería del gobierno, dieron por resultado una amplia coalición de enemigos de Rusia. En la guerra de Crimea, el país luchó solo contra los británicos, franceses, turcos y piemonteses. El miedo justificado a la intervención de Austria y Suecia fue el principal motivo para que Petersburgo aceptase una paz humillante en 1856. Cuando murió Brezhnev, la Unión Soviética se enfrentó a una coalición de todas las potencias capitalistas, cimentando la alianza europeo-norteamericana con su torpe política de introducir los misiles SS-20. El comportamiento soviético consiguió añadir a China a la lista de sus potenciales enemigos. En ambos períodos, se pagó un precio financiero muy alto por las políticas que le granjearon a Rusia un extraordinario número de posibles adversarios.

En los últimos años de los gobiernos de Nicolás I y de Brezhnev, la generación más joven de la elite gobernante se sintió cada vez más frustrada ante la incompetencia de los jefes de la gerontocracia y la creciente conciencia del peligroso atraso de Rusia. Gorbachov y sus pares fueron los equivalentes de los hermanos Milyutin y de otros "burócratas ilustrados" de 1840 y principios de 1850. En la administración de Ni-



colás I, muchos de los directores de departamentos eran más instruidos y enérgicos que sus jefes. Comprendían en qué sentido se movía el mundo. Gracias al historiador norteamericano Bruce Lincoln, sabemos mucho sobre la vida, las ideas y los valores de estos funcionarios, que encabezaban las reformas de Alejandro II en las décadas de 1850 y 1860. Es posible ver cómo las ideas reformistas y las influencias occidentales se difundieron en la sociedad culta hasta llegar a quienes tomaron las decisiones clave del gobierno. Podemos rastrear las escuelas, clubes, salones y amistades personales que desempeñaron un papel importante en este proceso. Algún día, el historiador de las reformas de Gorbachov necesitará hacer un trabajo similar. Sin duda, tendrá que investigar los institutos de donde salieron muchos de los asesores de Gorbachov, y tomar en cuenta las amistades y relaciones más jóvenes de los gobernantes soviéticos, cuyas cambiantes percepciones y su apertura a las influencias de Occidente pueden haber sido otro canal en virtud del cual la élite dirigente se vinculó a la clase ilustrada más amplia. En caso de ceñirse a esta línea, será preciso recordar que, según los parámetros de los ricos occidentales, los parientes de la élite soviética no vivían tan bien como se suele pensar, no sólo en términos materiales, sino en cuanto a la seguridad, la libertad y la autoestima, y también al conocimiento, la certidumbre y la insatisfacción.

Los programas reformistas de Alejandro II y Gorbachov tenían mucho en común. Su propósito no era otro que movilizar con más eficacia los recursos humanos y naturales de Rusia, creando un país más próspero y poderoso, capaz de soportar la competencia internacional y de satisfacer el orgullo de sus gobernantes. La iniciativa y la energía económicas debían surgir de la abolición de la servidumbre y del desmantelamiento de al menos una parte de la economía soviética, controlada únicamente por el Estado. Si la sociedad iba a mostrar su iniciativa y a generar riquezas, debía contar entonces con la seguridad de una existencia autónoma, más allá del alcance de la acción burocrática arbitraria. La legalidad (*zakonnost*) y la transparencia (*glasnost*) fueron las palabras clave de ambas épocas. Era preciso permitir la circulación de las nuevas ideas, así como reducir la censura. Atrapado en una lucha contra poderosos intereses personales, un líder reformista necesitaba de vo-

ces críticas que socavaran la defensa del conservadurismo por parte de los intelectuales.

Pero en ambas épocas la reforma tuvo límites estrictos, y nunca se esperó que el resultado final fuera la democracia. Aunque se tomaría en cuenta la opinión pública, esta sólo desempeñaría un papel auxiliar en el gobierno. El auténtico poder seguiría en manos de la máquina burocrática, autoritaria y centralizada. Tanto Alejandro II como Gorbachov no ignoraban que su propia posición dependía de la supervivencia de esa máquina. Sólo en la medida en que esta llevase la voz cantante en la vida y el gobierno rusos, era posible preservar el imperio e imponer una reforma implementada desde la cúpula. Tal creencia podría parecer egoísta pero no era injustificada y, en términos personales, probablemente fue sincera.

Como siempre ocurre, la liberalización controlada demostró ser una política en extremo difícil de manejar para un gobierno autoritario. Era más fácil sancionar las voces críticas que silenciarlas cuando se extralimitaban. Bajo Nicolás I y Brezhnev, algunos disidentes apoyaron creencias tan radicales que el régimen existente, incluso en su versión más liberal, nunca hubiera podido satisfacer. Tanto Alejandro II como Gorbachov no tardaron en descubrir que, pese a sus reformas, tenían enemigos no sólo en la izquierda, sino también en la derecha. A los reformistas imperiales y soviéticos les aterrorizaba someter al grueso de la población a la experiencia explosiva de una economía de mercado. La existencia de la comuna bajo los tres últimos zares, por ejemplo, significó que la tierra del campesino no podía venderse ni hipotecarse. Gorbachov impuso rigurosos límites a la empresa y a la propiedad privadas, supuestamente incentivadas por sus reformas. La libertad de precios constituía una anatema. En las provincias fronterizas no rusas, tanto el régimen imperial como el soviético tenían menos legitimidad que en las regiones centrales del país. Aún más que en la propia Rusia, la estabilidad política descansaba en la fuerza y en la inercia. La liberalización durante el reinado de Alejandro II condujo a la revolución en Polonia, en 1863. Bajo Gorbachov, la explosión del nacionalismo en muchas de las repúblicas fue un factor decisivo en el colapso del régimen soviético.

Dada la similitud de las metas y de los límites propuestos por los dos líderes reformistas, cabe preguntarse por qué el resultado final de sus políticas fue tan diferente. La Rusia imperial sobrevivió sesenta años al ascenso al trono de Alejandro II, e incluso entonces su destrucción requirió de una guerra mundial. Seis años después de la llegada de Gorbachov al poder, el régimen y la Unión Soviética se desintegraron en medio de la paz. Una de las razones de esta diferencia estriba en que, desde el principio, Alejandro supo con certeza cuáles eran los límites que no podía transgredir. Aunque presionado para conceder una Constitución e instaurar un Parlamento a comienzos de la década de 1860, se negó rotundamente a hacerlo. Cuando decidió tomar medidas severas contra los opositores, ninguna de las instituciones pudo recusar su acción. Gorbachov, por otro lado, permitió la existencia de parlamentos semidemocráticos a nivel central y republicano. Sin duda, eso fue, en parte, una estratagema concebida para aumentar la libertad del secretario general con respecto al control de la elite del partido. Quizá fue también una manera de inclinarse ante las normas de una época mucho más democrática que la década de 1860, así como una reflexión sobre el hecho de que, en teoría, siempre habían existido instituciones legislativas en la Unión Soviética y que simplemente necesitaban revigorizarse. Cualesquiera fuesen las causas, desde el punto de vista del régimen soviético el resultado fue desastroso. Emergieron centros alternativos de poder investidos de legítima autoridad. Lo peor fue la captura de la presidencia y del Parlamento rusos por parte de la oposición. El Parlamento y la prensa formaban un frente común, y su influencia en la opinión pública era considerable. Cuando Gorbachov decidió que ya era suficiente, el poder ya se había deslizado, en cierta medida, de las manos del régimen. Recuperarlo hubiera exigido una ofensiva militar en extremo riesgosa y sangrienta que, además de arruinar la reputación histórica de Gorbachov, lo habría puesto a merced de los miembros de la línea dura, que lo odiaban y lo culpaban por el colapso del régimen. Negándose a conferir legítima autoridad a una ofensiva, Gorbachov condenó al fracaso las tentativas conservadoras de salvar tanto al Partido Comunista como a la Unión Soviética.

Comparado con los zares de la Rusia imperial tardía, Gorbachov fue muy afortunado en lo referente a la situación internacional y mili-

tar. La existencia de armas nucleares y el clima de la opinión pública en los 80 hacían inconcebible todo intento de desafiar la integridad territorial de la Unión Soviética. La ecuación entre el atraso económico y el peligro militar no era tan marcada como en la época de los zares o en la década de 1930. La economía, sin embargo, resultaba mucho más problemática que en las últimas décadas de la monarquía, durante las cuales se produjo un impresionante crecimiento económico. En 1986-1987, era evidente que la economía socialista, aunque depurada de la apatía brezhneviana por las reformas de Andropov, no tenía esperanza alguna de competir con el capitalismo en la era del microchip y la computadora. Empero, tal como se ha demostrado en los 90, incluso en los países donde la transición del socialismo al mercado es intrínsecamente más fácil que en la Unión Soviética, el proceso está destinado a ser largo, peligroso y hartamente penoso. Es más, el problema de las nacionalidades fue, asimismo, mucho más serio que en los últimos años de la monarquía. El grueso de la población no rusa ya no estaba compuesto por campesinos y nómades, en general inmunes a las consignas nacionalistas, sino que todas las repúblicas contaban con una numerosa clase media. Bajo la ley soviética, estas repúblicas eran Estados embrionarios e incluso poseían el derecho constitucional de secesión. Un régimen soviético que hiciera hincapié en el imperio de la ley y comenzara a insuflar vida democrática a las instituciones representativas que, previamente, habían sido una mera fachada, se exponía, por cierto, a graves riesgos.

Las difíciles “circunstancias objetivas” fueron pues una de las razones que explican por qué, a diferencia de Alejandro II, los intentos de Gorbachov por introducir una modernización controlada desde la cúpula se descarrilaron rápidamente y condujeron al colapso del comunismo y de la Unión Soviética. No obstante, es preciso tomar también en cuenta el factor humano. La desintegración de la economía se debió, hasta cierto punto, a una serie de desastrosos desaciertos cometidos por la dirigencia misma de Gorbachov, cuya comprensión de los principios subyacentes a la reforma económica era muy escasa. Hacia 1989, la economía se estaba integrando y disciplinando sin recurrir ni a los viejos métodos de control estatal ni a las leyes del mercado: reinaba una com-



pleta irresponsabilidad financiera. Por lo demás, los dirigentes subestimaron la amenaza del nacionalismo de las minorías y, cuando se percataron de ello, ya era muy tarde y no contaban con ninguna política que pudiera combatirlo de una forma realista. Incluso en marzo de 1990, la decisión de considerar los Estados bálticos como un caso especial y de ofrecer generosos niveles de autonomía a otras repúblicas podría haber unificado el núcleo de la Unión Soviética, pero la ceguera continuaba prevaleciendo. El colapso económico, que devastó el prestigio y el atractivo de Moscú, agravado por el nacionalismo republicano, terminó con la Unión Soviética, pero este proceso no era, en modo alguno, inevitable.

A la luz de la historia del colapso soviético, los últimos años del gobierno imperial parecen relativamente buenos. El régimen de los Romanov sólo cayó bajo las enormes presiones de la Primera Guerra Mundial. En cuanto a la política económica, no hay comparación posible entre el profesionalismo inteligente del Ministerio de Finanzas imperial y la tremenda torpeza que destruyó la economía soviética en la década de 1980. Aun las ilusiones abrigadas por Nicolás II acerca de la fe monárquica del campesinado ruso me parecen menos ingenuas e insólitas que la ceguera de Gorbachov con respecto a la amenaza nacionalista. Sin embargo, tanto en el caso imperial como en el soviético, la ceguera de los dirigentes no fue el resultado de la estupidez, sino del extraordinario aislamiento que existía entre los líderes supremos del Estado y el pueblo al que gobernaban.

Considerando la historia rusa moderna en su conjunto, ¿cómo deberíamos juzgar la vida y el reinado del último emperador Romanov? De todo lo dicho en este libro, se desprende que las tareas encomendadas a cualquier líder de la Rusia victoriana o eduardiana eran colosales. Resultaba prácticamente imposible conciliar las demandas de seguridad externa y de estabilidad interna. Era menester modernizar rápidamente la economía y la sociedad si se deseaba garantizar la supervivencia de Rusia como potencia independiente. En la India de posguerra, por ejemplo, a despecho de su multinacionalidad y pobreza, el desarrollo económico estuvo acompañado por un grado sorprendente de democracia y estabilidad política. Ello se debió, en gran parte, a la

aplicación de políticas concebidas para ganar el apoyo de los campesinos, la clase media baja, las castas sometidas a disposiciones legislativas especiales y los sindicatos, a costa de entorpecer seriamente el capitalismo y el crecimiento económico. Aun si, por milagro, la elite eduardiana de un país europeo hubiera estado preparada para digerir las políticas al estilo indio –por ejemplo, la expropiación de los grandes latifundios–, las demandas de competir con las grandes potencias habrían impedido a Rusia aceptar cualquier obstáculo en el desarrollo económico. La rápida industrialización capitalista se produjo, en cierta medida, a expensas de la clase trabajadora, y los valores capitalistas eran muy diferentes de los valores tanto del campesinado como de la *intelligentsia*. Según los parámetros europeos, la clase empresarial y la terrateniente eran débiles en Rusia, y el abismo existente entre las elites occidentalizadas y las masas rusas era más cultural que económico; a esta mutua incompreensión se sumaban la desconfianza y a veces el odio, productos ambos de las circunstancias históricas. A la larga, el desarrollo de una economía capitalista hubiera modificado este panorama, pero el tiempo era algo que los líderes rusos no poseían, sobre todo por razones geopolíticas. Uno de los problemas clave de la Rusia imperial fue el deseo de las elites de mantener su condición socioeconómica, las propiedades, los valores y los ingresos intactos, y disfrutar, a la vez, de los derechos civiles y políticos de sus pares europeos. A mi juicio, resultaba imposible satisfacer ambos deseos en el corto plazo, si tenemos en cuenta la posición vulnerable de las elites.

Nicolás II fue la víctima, no la causa, de estos problemas. El último de los monarcas de Rusia puede ser criticado por su aislamiento, en especial de las elites y de las corrientes ideológicas que comenzaban a transformar su país. El corazón del zar pertenecía a la antigua Rusia, y dado que la mayor parte de ella seguía siendo rural, campesina y “vieja”, la actitud de Nicolás, hasta cierto punto justificable, fue empero demasiado lejos. Jorge Shavelsky, el último capellán general de las fuerzas armadas, escribió más tarde que Nicolás y Alejandra promovían la construcción de iglesias que copiaran el estilo de los siglos *xvi* y *xvii*, “ensalzando lo antiguo y despreciando lo contemporáneo”, mientras que dejaban de lado “a los grandes maestros del arte religioso, tales como

Vasnetsov, Nesterov y otros". Esto reflejaba sentimientos y actitudes que trascendían los límites de la arquitectura y la decoración eclesiásticas. A diferencia del último emperador alemán, Nicolás era en verdad anticuado, no una curiosa y distendida combinación entre lo antiguo y lo moderno. Como ya vimos, el zar a menudo no tenía tiempo de leer los periódicos y abandonó por completo ese hábito durante la Primera Guerra Mundial. En cambio, un sorprendido funcionario alemán advirtió que Guillermo II "leía, uno tras otro, de treinta a cuarenta recortes de periódicos y les añadía sus comentarios en los márgenes". El biógrafo señala que esto reflejaba menos la vanidad del káiser que "su percepción del papel crucial desempeñado por la opinión pública en cuanto a determinar la conducta política de las naciones".

Como jefe ejecutivo del gobierno ruso, Nicolás fue responsable de numerosos desaciertos. Entre ellos, los más desastrosos fueron los errores que condujeron a la guerra con Japón en 1904. La mayor dificultad estribaba, sin embargo, en que el emperador no podía coordinar ni manejar el gobierno con eficacia, pero dada su posición, sí podía impedir que otro lo hiciera por él. A principios del siglo xx, ningún ser humano hubiera podido estar a cargo del gobierno de Rusia durante toda su vida adulta. Las tensiones producidas por semejante función eran demasiado grandes. La administración rusa era una enorme y sofisticada organización que debía llevar a cabo diversas y complicadas tareas. Los jefes contemporáneos del poder ejecutivo, que gobiernan más de una década, tienden a mostrar signos de agotamiento, una menor comprensión de la realidad, así como el deseo de concentrarse en sus cuestiones favoritas, en particular, las relaciones exteriores. Estos presidentes y primeros ministros no se criaron en el mundo aislado de la corte, ni heredaron el cargo, ni tampoco fueron catapultados al pináculo del poder a los veintiséis años. Todos ellos cuentan con la ayuda de eficaces asesorías personales que forman parte del tejido del gobierno. No sorprende, pues, que a Nicolás le gustase retirarse a su palacio de Livadia, en Crimea, o que durante la Primera Guerra Mundial mostrase signos de colapso físico y mental. Pero fue, precisamente, en esa época cuando Rusia sufrió todavía más la falta de un jefe de Estado intrépido y eficiente, capaz de coordinar y dinamizar la maquinaria gubernamental y

de simbolizar la fuerza y la resolución de perseguir la victoria hasta sus últimas consecuencias.

El fracaso de Nicolás fue menos el producto de sus defectos personales que del sistema de gobierno que heredó. Las elites no sólo rusas sino de muchos otros países, eran renuentes a conferir la soberanía al pueblo y, por tanto, no aceptaban un sistema de gobierno democrático. En el mundo anterior a 1914, la única fuente alternativa de soberanía era el monarca. Ello dio resultado en Japón, donde, según la historia y la tradición dinástica, el rol del emperador era principalmente simbólico.

Pero de acuerdo con la tradición rusa, el monarca debía reinar y gobernar al mismo tiempo. Si los asuntos del país marchaban bien, se justificaba que el soberano se distanciara, en cierta medida, de los asuntos del gobierno, lo cual no era fácil en la Rusia de Nicolás II, donde reinaba la crisis en todos los ámbitos. Si el monarca hubiera contado con un Bismarck, podría haberse mantenido en un segundo plano, pero no era fácil encontrar cancilleres de hierro y, por otra parte, las realidades nacionales e internacionales del momento descartaban la posibilidad de aplicar soluciones del estilo de Bismarck a los problemas del gobierno ruso. Probablemente, la Prusia de Bismarck podía derrotar a las grandes potencias rivales en la guerra, lo que no era el caso de Rusia. Nicolás II tuvo, por cierto, ministros muy capaces, de los cuales los más conocidos fueron Sergio Witte y Pedro Stolypin. Sin embargo, las políticas de ambos hombres despertaron una tremenda oposición en la sociedad rusa, en particular en los sectores de la elite que siempre habían apoyado al monarca. Nicolás no podía hacer oídos sordos a sus quejas, sobre todo porque las políticas perseguidas tanto por Witte como por Stolypin entrañaban serios peligros y desventajas.

Nicolás II no era estúpido. Por el contrario, su problema residía en comprender muchos puntos de vista y no saber con cuál quedarse. Los peligros que enfrentaba Rusia eran muy grandes, y las respuestas –y mucho más las soluciones– a las dificultades del país a menudo se excluían mutuamente. El imperio ruso no era una nación ni una sociedad burguesa. Un monarca ruso no podía salvarse ni salvar a la dinastía poniéndose sencillamente un sombrero de copa y convirtiéndose en un rey ciudadano. Nicolás interpretaba el destino como la voluntad de



Dios. Y Dios le había impuesto la tarea de actuar como guardián del destino de su patria. El centinela no abandona su puesto sólo porque las condiciones son duras o amenaza el peligro. Ello es doblemente cierto por cuanto él creyó que, en caso de desertar, nadie más hubiera podido hacer el trabajo como era debido. Bajo el sistema ruso de gobierno, recaía en el emperador la responsabilidad última de todo. El peso resultaba aplastante, en especial porque el corolario de la autocracia era un pueblo que no sólo no aceptaba ninguna responsabilidad, sino que culpaba a los dirigentes del imperio de sus propios pecados y de los fracasos del país. Nicolás II amaba a su pueblo y procuraba servirlo con lealtad, dando lo mejor de sí. No había buscado el poder y, sea por temperamento o personalidad, tampoco estaba muy dotado para ejercerlo. Era, en suma, un hombre bondadoso, sensible, generoso y, hasta cierto punto, ingenuo. En el decurso de estos traumáticos años, la alta política rusa requería de algo muy distinto, y probablemente hubiera destruido a cualquiera que se sentara en el trono. No deja de ser una amarga ironía el hecho de que un monarca que idealizó al pueblo ruso y sólo deseó su bienestar quedara en la memoria colectiva de los rusos del siglo xx como Nicolás el Sangriento. Con el colapso del régimen soviético ha llegado la hora, no de blanquear ni de convertir en mito a la antigua Rusia y a su último emperador, sino de presentar un juicio más justo, más humano y más equilibrado que aquel que le fue impuesto al pueblo ruso durante los últimos setenta y cinco años.



## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Achrental, barón A.: 275-276.
- Adlerberg, conde N. V.: 105, 131.
- Akimov, Miguel G. (1847-1914): 161, 186-187, 223, 266-267.
- Alam, Asadollah: 190-192.
- Alberto, príncipe: 72.
- Alejandra de Dinamarca, reina de Inglaterra: 88.
- Alejandra Fiodórovna (*Alicky*), emperatriz de Rusia; antes, Alejandra de Hesse-Darmstadt (1872-1918): 75-94, 96, 98-99, 101, 103-104, 109, 181, 200, 206, 209, 230, 233-241, 243, 254, 260-261, 264-265, 283, 285, 289-290, 294-298, 302, 306-307, 313, 316-319, 321, 322-324, 334, 335, 336-338, 342-343, 346-347.
- Alejandra, reina de Inglaterra (1844-1925): 52-53.
- Alejandro I Pavlovich (1777-1825): 19, 113, 163, 360-361.
- Alejandro II (1818-1881): 22-23, 40, 47, 50-51, 55, 59, 69, 113, 128-129, 135, 163, 206-208, 363-366.
- Alejandro III (1845-1894): 23, 31, 45-46, 48-49, 51, 55-58, 63, 66, 68-73, 76, 82-83, 84-85, 87, 99, 105, 109, 110-111, 113, 135, 139-140, 161, 162-164, 171, 201, 234, 303.
- Alejandro Mijailovich, gran duque (*Sandro*) (1866-1933), primo y cuñado de Nicolás II: 105, 109, 160-161, 326.
- Alexéi Alexandrovich, gran duque (1850-1908), tío de Nicolás II: 110.
- Alexéi Nikolaevich, zarevich (1904-1918): 70, 233, 234-235, 238, 245, 284, 288, 289, 331, 334, 335, 338, 342, 346-348.
- Alexiev, general Michael V. (1857-1918): 303, 312, 330, 333.
- Alfonso XIII, rey de España (1886-1941): 83, 91.
- Alicia, princesa, gran duquesa de Hesse (1843-1878): 75, 77-78, 81, 83.

- Ananda Mahidol, príncipe de Siam (Tailandia): 269.
- Anastasia Nikoláyevna, gran duquesa (1901-1918): 234, 289-290, 338, 342, 347.
- Anastasia, gran duquesa: 79.
- Andropov, Yuri: 366.
- Antonio, religioso: 229.
- Avdiev, Alejandro: 343, 344.
- Avelan, almirante: 211.
- Avrej, A.: 204.
- Bark, Pedro L. (1858-1937): 63, 69, 160, 167-168, 187-188, 264-265, 285-286, 298-299, 314-315, 319-320.
- Baryatinsky: 88.
- Battenberg, princesa de; hermana de la emperatriz Alejandra: 200.
- Beatriz, duquesa de Hesse: 83.
- Beketov, profesor N. N. (1817-1911): 63, 133.
- Beletsky, S. P.: 318.
- Belobodorov, A. G.: 341.
- Benckendorff, conde Alejandro (1846-1917): 25, 228-229.
- Benckendorff, conde Pablo (m. 1920): 196, 198, 201-202, 206, 209-210, 215-216, 219, 224, 235, 265, 282, 283, 292, 296, 298, 313, 315-316, 318, 321, 323, 335, 336, 339, 344.
- Bezobrazov, A. M.: 147-149, 157-158.
- Birilev, almirante: 211.
- Bismarck, Otto von: 30, 31, 34, 108, 140, 181, 206, 208, 252, 370.
- Bobrikov, general Nicolás I. (1839-1904): 131-132, 193-194.
- Bobrinsky, conde Alexéi (1852-1927): 50, 165-166.
- Bogdanovich, madame: 114-115, 161.
- Borbones, Casa de los: 360.
- Botkin, doctor Eugenio: 61, 95, 313, 339, 343, 347.
- Brezhnev, Leonid: 359, 361-362, 364, 366.
- Brusilov, general Alexéi: 310, 326.
- Buchanan, sir George (1854-1924): 281.
- Bulow, capitán Adolf von: 107, 184.
- Bulow, príncipe Bernhard von (1849-1929): 107, 142, 183-184, 226-227.
- Bunge, Nicolás K. (1823-1895): 64-65, 110.
- Burstsev, Vladimir: 341.
- Buxhoeveden, baronesa Sofia: 80, 96, 335.
- Carlos I, de Inglaterra (1600-1649): 252.
- Catalina II, *la Grande*; antes, Sophie Fredericke Auguste von Anhalt-Zerbst, princesa alemana (1729-1796): 50, 113, 181, 195.
- Chagall, Marc: 257.
- Chejdze, N. S.: 266.
- Chelnokov, M. V.: 309.
- Christopher, príncipe de Grecia: 49.
- Clarence, Albert, duque de (*Eddie*) (1864-1892): 77, 83.



- Coburgo, Casa de: 72, 81.
- Constantine (Konstantin Nikolaevich), gran duque (1827-1892), hermano de Alejandro III: 22.
- Constantino (Konstantin Konstantinovich), gran duque (1858-1915), primo de Alejandro III: 198, 229.
- Dagmar, princesa de Dinamarca. Véase María Fiodórovna, emperatriz de Rusia.
- Danilovich, general G. G.: 61.
- Darmstadt, Casa de: 88. Véase también Hesse y Hesse-Darmstadt, casa de.
- Dehn, Lili: 81, 96, 230, 334, 336-337.
- Demidov, Ana: 347.
- Denikin, general: 353.
- Derevenko, marinero: 335.
- Diaghilev, Sergio Pablo: 257.
- Dimitri Pavlovich, gran duque (1891-1942): 324.
- Dinamarca, Alejandra de: 49.
- Dinamarca, rey de; suegro de Alejandro III: 49.
- Disraeli, Benjamin, conde de Beaconsfield: 30-31.
- Dolgorukov, príncipe P.: 88, 344.
- Dolgoruky de Vladimir, Jorge: 16.
- Dönhoff, condesa: 70.
- Dorrer, conde V. F.: 195.
- Dostoievski, Fiódor Mijáilovich: 62, 240, 348.
- Dragomirov, general: 63.
- Dubasov, almirante Fedia V. (1845-1912): 109, 211, 221.
- Durnovo, Iván N. (1830-1903): 110.
- Durnovo, Pedro N. (1844-1915): 203-204, 213, 217, 223, 242, 253-258, 260, 270, 281-282, 292, 325.
- Dyakin, V. S.: 316, 318-319.
- Eduardo VII, rey de Inglaterra (1841-1910): 49, 72, 88, 94, 275.
- Engels, Federico: 43.
- Enrique, príncipe de Prusia: 147.
- Ermakov, P. Z.: 345-348.
- Ermolov, Alexéi S. (1847-1917): 154, 205.
- Ernesto Luis, gran duque de Hesse (1868-1937): 76, 322.
- Eulenberg, príncipe Philipp zu (1847-1921): 107, 183-184.
- Fabritsky, S. S.: 238, 313.
- Fedorov, profesor: 238.
- Francisco Fernando de Habsburgo, archiduque de Austria (1863-1914): 279, 284.
- Francisco José, emperador de Austria (1830-1916): 70, 279, 284.
- Franco, general Francisco: 270-272.
- Frederycksz, general conde Vladimir B. (1838-1922): 176, 327.
- Freud, Sigmund: 70.
- Gapon, padre Gueorgui Apollónovich: 123, 202-203.
- Garin, senador N. P.: 178.

- Gibbs, C. Sidney: 61-62, 91.
- Giers, Nicolás K. (1820-1895): 72, 139.
- Gilliard, Pierre: 70, 288, 336.
- Golitsyn, príncipe Nicolás D. (1850-1925): 316, 321.
- Goloshchekin, F. I. ("Felipe"): 341-343, 345, 354.
- Gorbachov, Mijaíl: 361-362, 363-366.
- Goremykin, Iván L. (1839-1917): 110-111, 129, 133, 264-265, 298, 301, 304-305, 308-309, 315, 316, 317.
- Gote, Yuri: 344.
- Gripenberg, general: 211.
- Guchkov, Alejandro I. (1862-1936): 244, 252, 300, 318.
- Guillermo I, de Prusia: 252.
- Guillermo II, káiser de Alemania (*Willy*): 27, 32, 59, 70, 71-72, 76, 82, 83, 94, 100-102, 107-108, 126, 140, 181-184, 226-228, 230, 244, 250, 280, 285, 288, 294, 358, 369.
- Gurko, Vladimir I. (1862-1927): 115, 128, 167, 201-202, 218.
- Habsburgo Casa de los: 19, 26, 27-28, 141, 279, 283, 346, 357, 360.
- Haile Selassie: 24.
- Hannover, Casa de: 58, 72.
- Harden, Maximiliano: 183-184, 244.
- Hardinge, sir Charles: 275.
- Hasegawa, Tsuyoshi: 327.
- Hassan, rey de Marruecos: 24.
- Heath, Charles: 62-63.
- Heiden, F. L.: 131.
- Hermógenes, obispo de Tsaritsyn: 243.
- Hesse-Darmstadt, casa de: 75-81.
- Hirohito, emperador del Japón (1901-1989): 71, 83, 186, 188-189.
- Hirsch, barón Samson R.: 95.
- Hitler, Adolfo: 294, 356.
- Hobbes, Thomas: 141.
- Hohenzollern, Casa de: 19, 26-27, 30, 141, 181, 189, 279, 357.
- Holstein, Friedrich von: 182.
- Iliodoro, monje: 243.
- Ipatev, Nicolás: 343, 344-345, 347-348.
- Isabel de Hesse, gran duquesa (1864-1918): 75, 77, 82, 87, 345.
- Ivan IV, *el Terrible* (1530-1584): 19, 242.
- Ivanov, general N. I.: 328.
- Izvol'sky, Alejandro P. (1856-1919): 69, 165, 229, 251, 273, 275-276, 278, 283.
- Jackson, señora: 82.
- Jilkov, príncipe Miguel: 154, 161.
- "Jim Hércules", sirviente: 60.
- Jorge (Alexandrovich), gran duque (1871-1899): 59, 62.
- Jorge (Mijailovich), gran duque (1863-1919), primo de Alejandro II: 326.
- Jorge V, rey de Inglaterra (1865-1936): 42, 53-55, 70, 71, 230, 323, 337-338.

- Jorge, rey de Grecia: 53.
- Jowett, profesor: 78.
- Jvostov, Alejandro N. (1872-1918): 308-309, 317-318.
- Kabanov, Alexéi: 346.
- Káiser. Véanse Guillermo I y Guillermo II.
- Karamzin, historiador: 62.
- Khilkov, príncipe Miguel (1834-1909): 110.
- Kireev, general Alexander A. (1833-1910): 47, 84, 93, 100, 105-106, 124, 130, 132, 136, 163, 182, 187, 195, 217, 236-237, 240, 248, 250, 254-258.
- Kobylinsky, coronel Eugenio: 339.
- Kokovstov, Vladimir N. (1853-1943): 126, 245, 247, 260, 262-264.
- Kolchak, almirante: 354.
- Krieger-Voynovsky, E. B.: 327.
- Krivoshein, Alejandro V. (1858-1923): 118, 263-264, 274, 286-288, 298, 301, 305, 317, 322.
- Krushev, Nikita S.: 359.
- Ksheshinskaya, Matilde: 66, 75, 84.
- Kulomzin, Anatol N. (1838-1921): 124, 127, 193, 295.
- Kuropatkin, general Alexéi N. (1848-1925): 115, 131-132, 143, 157-158, 163, 211.
- Kutler, N. N.: 221-222.
- Lambsdorff, conde Vladimir N. (1841-1907): 50, 84, 86, 92, 93, 140, 153, 165, 224, 226-227.
- Lenín [Vladimir Ilich Ulianov]: 43, 137, 204, 242, 343-344, 345, 348, 353, 354, 357, 358.
- Leopoldo, hijo de Victoria I: 82.
- Leyden, doctor: 85.
- Lincoln, Bruce: 363.
- Lobanov-Rostovsky, príncipe Alexéi B. (1825-1896): 140, 154-155.
- Luis IV, gran duque de Hesse (1837-1892): 75.
- Luis XIV, rey de Francia: 26, 360.
- Luis XV, rey de Francia: 50.
- Luis XVI, rey de Francia: 208.
- Luitpold, príncipe regente de Bavaria: 94.
- Lukoyanov, E. N.: 341.
- Lyubimov, Dimitri N.: 46, 218.
- Mackinder, Halford: 143.
- Mahr, general: 63.
- Makarov, Alexander A. (1857-1919): 262.
- Makarov, almirante S. O.: 210, 211.
- Makarov, P. M.: 339.
- Maklakov, Nicolás N. (1871-1918): 262, 265-267, 298, 316, 325-326.
- Mamantov, Vasili I.: 69, 92, 169, 175.
- Manujin: 178.
- María Fiodórovna, emperatriz de Rusia, antes, princesa Dagmar de Dinamarca (1847-1928): 52-55, 60, 71-72, 76, 82-83, 88, 89, 94, 105, 132, 159, 196-197, 215-216, 219, 229, 247-248, 322.
- María Nikolayevna, gran duquesa (1899-1918): 234, 289, 334, 338-340, 342-343, 347.

- María Pavlovna (*la joven*), gran duquesa: 45.  
 María, reina de Inglaterra (1867-1953), esposa de Jorge V: 53.  
 Marx, Carlos: 43.  
 Matton, coronel; agregado militar francés: 241.  
 May, de Hesse: 80.  
 Medvedev, P. S.: 346.  
 Meiji, emperadores de Japón (reinado, 1867-1912): 185-187.  
 Melikov, conde Loris: 135.  
 Mendeleiev, Dimitri: 144.  
 Meshchersky, príncipe Vladimir P. (1839-1914): 135, 201, 262, 265.  
 Miguel (Mijail Alexandrovich), gran duque (1878-1918): 338.  
 Miguel Romanov, gran duque, hermano de Nicolás II: 48, 53, 94, 130, 234, 331, 338.  
 Miguel III Romanov, zar de Rusia (1613-1641): 18-19.  
 Militza, esposa de Nicolás Nikolaevich: 302.  
 Militza Nikoláyevna, gran duquesa (m. 1918): 79, 289-290, 338-340, 342, 347.  
 Milyukov, Pablo N. (1859-1943): 248, 300, 324, 337.  
 Milyutin, hermanos: 362.  
 Mosolov, general Alejandro A.: 51, 102, 176, 327.  
 Moy, conde Carl: 89, 254.  
 Muravyov, Miguel N. (1845-1900): 110, 145-146.  
 Muravyov, Nicolás V. (1850-1908): 110.  
 Mussolini, Benito: 189.  
 Myasoyedov, S. N.: 297.  
 Nagornii, marinero K.: 335.  
 Napoleón I Bonaparte: 19, 21, 26, 360.  
 Napoleón III [Carlos Luis Napoleón Bonaparte]: 49.  
 Narychkin, señor: 93.  
 Naumov, Alejandro N. (1868-1937): 187, 314.  
 Nelidov, A. I.: 227.  
 Nesterov: 369.  
 Nicolás (Nikolai Mijáilovich), gran duque (1859-1919): 302, 338.  
 Nicolás (Nikolai Nikolaevich, *Nikolasha*), gran duque (1856-1929): 237, 297, 302-303, 309-310, 338.  
 Nicolás I, zar (1796-1855): 22, 40, 50, 167, 170, 181, 361, 362-363, 364.  
 Nikulin, Gregorio: 242, 243, 344, 346.  
 Obolensky, príncipe Alejandro D. (1846-1917): 165-167, 193, 199, 216, 291, 312.  
 Olga Aleksandrovna, gran duquesa (1882-1960), hermana de Nicolás II: 46, 48, 53, 57, 60-61, 68-69, 235, 238, 240, 338.  
 Olga Nikoláyevna, gran duquesa (1895-1918), hija de Nicolás II: 234, 289-290, 338-340, 342, 347.



- Olga, reina de Württemberg (1822-1892): 50.
- Ollongren, Alejandra: 59.
- Ollongren, coronel Vladimir: 56, 58, 59, 60.
- Onu, M. K.: 67.
- Orchard, señora: 81.
- Orlov, general A. A.: 109.
- Óscar II Bernadotte, rey de Suecia: 49.
- Pablo (Pavel Alexandrovich), gran duque (1860-1919): 85, 322, 338.
- Pablo I, zar: 113.
- Pahlen, conde Constantino von der (1833-1912): 105-106.
- Palitsyn, E. E.: 228.
- Panteliev, general A. I.: 120, 121.
- Pedro de Oldenburg: 53.
- Pedro I, *el Grande* (1672-1725), emperador de Rusia: 19, 50, 168, 181, 233, 358-360.
- Piltz, A. I.: 328.
- Pipes, Richard: 343, 348.
- Plehve, Viacheslav K. (1846-1904): 68, 110, 117, 122, 135, 163-164, 193-197, 202.
- Pleske, Eduardo D. (1852-1904): 117, 126.
- Pobedonostsev, Constantino P (1827-1911): 63-65, 136, 158-159.
- Poincaré, Raymond: 284.
- Polivanov, Alexéi A. (1855-1922): 301.
- Polovtsov, Alejandro A. (1832-1909): 108, 113, 115, 122, 124, 128, 136, 148, 162.
- Popka (loro del gran duque Jorge): 62, 72.
- Protopopov, Alejandro D. (1868-1918): 318-319, 320-321, 327.
- Purishkevich, Vladimir M. (1870-1920): 324.
- Raaben, von: 194.
- Rachmaninov, Sergio V.: 94.
- Radstock, lord: 236.
- Radzinsky, Eduardo: 346.
- Radzivill, princesa: 86.
- Rasputin, Gregorio Y. (*Grisha*) (1872-1916): 184, 237-239, 242-245, 257, 266, 269, 317-318, 323-324, 329.
- Reza Pahlavi, Mohammed, sha de Irán (1919-1979): 56-57, 73, 189-190-192.
- Reza Pahlavi, princesa Ashraf: 57.
- Reza Pahlavi, sha (padre): 56-57, 73, 189.
- Rittij, Alejandro A. (1868-1930): 327.
- Robertson, E. W.: 78.
- Rodolfo de Habsburgo, príncipe de Austria: 15.
- Rodzyanko, Miguel V. (1859-1924): 243, 310, 318, 319, 329-331.
- Romanov dinastía: 18-19, 21, 23-25, 27, 31-32, 34-35, 40, 45, 50, 51, 60, 72-73, 75, 82-83, 89, 93-95, 103-104, 105-106, 108, 113, 141, 143, 160, 161-162, 181, 188-189, 192, 197, 234, 237, 244, 257, 279, 321-322, 326, 331, 338-349, 353, 357, 367-368.

- Romanov, príncipe Gabriel: 95, 103.  
 Romanov, Sergio, tío de Nicolás II: 133.  
 Rose, Kenneth: 53.  
 Rosen, barón Roman R. (1849-1922): 103, 173-174.  
 Rozhdestvensky, admirante Z. P. (1848-1909): 211, 225.  
 Rujlov, Sergio N. (1853-1918): 154.  
 Ruzsky, general Nicolás V. (1854-1918): 329-330.  
 Saboya, Casa de: 58, 189, 270.  
 Saburov, Pedro: 125-126.  
 Saenger, Grigori E. (1853-1919): 134.  
 Saionji, príncipe K.: 186.  
 Sanders, Liman von: 280-281.  
 Sanzo, Nosaka: 205.  
 Sazonov, Sergio D. (1860-1927): 278, 280, 284-289, 301.  
 Sazonov, Yegor: 193.  
 Schwartz, Alejandro N. (1848-1915): 135, 154-155, 251.  
 Semionov, V. P.: 144.  
 Sergio Alexandrovich, gran duque y gobernador general de Moscú (1857-1905): 75, 82, 85, 87, 105-106, 122-123, 176, 198, 338.  
 Shavelsky, padre Jorge: 368.  
 Shcherbatov, príncipe Nicolás B. (1868-1943): 316.  
 Shebeko, Nicolás N.: 284.  
 Sheremetev, conde Sergio D.: 108.  
 Shuvalov, Pedro: 88.  
 Sipyagin, Dimitri S. (1853-1902): 110, 117, 125.  
 Skridlov, almirante: 211.  
 Soho, Tokutomi: 30.  
 Sokolov, Nicolás: 346.  
 Solovyov, historiador: 62.  
 Solsky, D. M.: 214.  
 Spiridovich, general: 283.  
 Stalin, José [Iósiv Visariónovich Dzhugachvili]: 162, 173, 242, 281, 295, 341, 342, 356, 358-359.  
 Stamfordham, lord: 337-338.  
 Stark, almirante: 211.  
 Stolypin, Pedro: 184, 245, 247-252, 254, 258-263, 265, 268-269, 278, 370.  
 Strauss, David: 78.  
 Stravinsky, Ígor: 70, 257.  
 Struve, Pedro: 274.  
 Sturmer, Boris: 196, 313, 315, 317, 321.  
 Subatov: 126.  
 Sujomlinov, general Vladimir A.: 252-253, 262-263, 297, 302.  
 Sverdlov, Jacobo Miguel: 341, 343-344, 354.  
 Sviatopolk-Mirsky, princesa E. A.: 199-200.  
 Sviatopolk-Mirsky, príncipe Peter D. (1857-1914): 196-199, 201-202, 206.  
 Taniev, Alexander S. (1850-1918): 89, 324.  
 Tatiana Nikoláyevna, gran duquesa (1897-1918): 234, 289-290, 338-340, 342, 347.  
 Tijomirov, León N.: 266.

- Tkachev, Pedro N.: 43.
- Tocqueville, Alexis de: 200.
- Tokugawa, dinastía: 185.
- Trepov, Alexander F (1862-1926): 312, 321.
- Trepov, general Dimitri F (1855-1906): 175-178, 205, 213, 216, 221.
- Trepov, Vladimir F (1860-1918): 260.
- Trotsky, León [Liev Davidovich Bronstein]: 217, 341, 344, 348.
- Trubetskoy, príncipe Gregorio N.: 274.
- Tudor, Casa de: 36.
- Tver, príncipes de: 16.
- Ukhtomsky, príncipe E.: 67.
- Uvarov, conde Sergio S.: 21-22.
- Valuev, conde P A.: 51.
- Vannovsky, general Peter S. (1822-1904): 86, 110, 134.
- Varnava, monje: 243.
- Vasilchikov, príncipe Boris A. (1860-1931): 167.
- Vasilev, A. T.: 311.
- Vasnetsov, Víctor: 369.
- Verner, Andrew: 177.
- Viceroy, almirante Alexiev: 149-150, 157, 211.
- Victor Manuel III, rey de Italia (1869-1947): 59.
- Victoria Adelaida María Luisa de Hesse, hija de Victoria I: 78-81, 83.
- Victoria de Edimburgo y Saxo Coburgo-Gotha (*Ducky*): 76.
- Victoria Eugenia, reina de España, antes princesa de Battenburg (1887-1969): 83, 91, 235.
- Victoria I, reina de Inglaterra (1819-1901): 49, 59, 62, 75, 81, 83, 88.
- Victoria, princesa real y emperatriz de Alemania (1840-1901): 53, 72, 76.
- Vladimir (Alexandrovich), gran duque (1847-1909): 112-113, 162, 234.
- Vlasovsky, coronel A. A.: 106.
- Voeykov, V. N.: 63.
- Volkonsky, conde Sergio: 90.
- Voltaire [François Marie Arouet]: 78.
- Vonlyarlyarsky, V. M.: 98, 147-148.
- Vorontsov Dashkov, conde I. I.: 105-106, 147.
- Voyeikov, general A. I.: 144, 307, 329, 331.
- Vyrubov, Ana: 324.
- Wahl, general Víctor von (1840-1915): 122, 196.
- Waldersee, conde Alfred von: 107.
- Wallace, sir Donald Mackenzie: 67.
- Werder, primer ministro de Prusia: 88.
- Witte, Sergio (1849-1915): 46, 51, 69, 105-106, 110-111, 113-117, 119-120, 123-125, 126, 128-129, 145-146, 148, 150, 161, 167, 176-179, 194, 198, 205, 215-216, 221-224, 258, 282, 370.
- Xenia, gran duquesa: 53, 109.
- Yakovlev, V. V.: 342-343.

- Yanushkevich, general Nicolás N.  
(1868-1919): 288, 294, 297-298,  
303.
- Yukichi, Fukuzawa: 30.
- Yurosky, Rimma: 345.
- Yurovsky, Jacobo: 344-348, 354.
- Yurovsky, Leiba: 345.
- Yusupov, princesa: 86.
- Yusupov, príncipe Félix F: 324.
- Zajarin, profesor: 85.
- Zamyslovsky, profesor: 63.
- Zhukovsky, poeta: 69, 163.
- Zubатов, Sergio V. (1864-1917): 120-  
123, 176, 202.







una manera que ha de sorprender a la mayoría de los lectores.

Es un libro imprescindible, no solo porque retrata una imagen bastante desconocida del último zar, sino porque obliga a revisar la historia para comprender mejor el presente de esa nación y su contexto.

Dominic Lieven es uno de los principales expertos en la historia de la Rusia imperial tardía. Desde 1979 es docente de la London School of Economics; ha dado conferencias en el Departamento de Historia de la Universidad de Harvard y fue contratado como investigador de la Universidad de Tokio. Es autor de *Russia and the Origins of the First World War*, *Russia's Rulers under the Old Regime*, *The Aristocracy in Europe (1815-1914)* y de numerosos ensayos sobre política rusa contemporánea.

# Nicolás II

Chattahoochee Valley Regional Library



3 1008 01233 3387

¿Qué se puede decir de nuevo

Rusia zarista y su sangriento final?

Numerosas biografías ya han hablado del hombre, del padre del heredero hemofílico, de la relación entre la familia real y Rasputín, y del trágico asesinato —de Nicolás, Alejandra y sus hijos— en julio de 1918.

*Nicolás II* presenta un retrato del zar muy diferente del difundido hasta el presente, pues Dominic Lieven, un gran conocedor de la historia del zarismo ruso, procura analizar el carácter y la vida de Nicolás, pero también el sistema de gobierno que presidió y el imperio en el cual le tocó reinar, a través de un método comparativo.

“Al igual que la historia de cualquier otra nación —escribe Lieven—, la de Rusia se esclarece al compararla con otras naciones.

Es posible comprender mejor la personalidad, los dilemas y las opciones de Nicolás II, observando, por ejemplo, la Alemania, el Japón o el Irán imperiales.

Sin embargo, si bien esas equiparaciones rara vez proporcionan respuestas definitivas a las preguntas sobre la personalidad o el reinado de Nicolás, pueden poner en tela de juicio ciertos presupuestos, abrir nuevas perspectivas o, simplemente, agitar a los historiadores encerrados en los debates tradicionales sobre la historia...”.

*Nicolás II* es una biografía exhaustiva, informativa y poco convencional que asombra, entre otras cosas, porque demuestra que los temas que hoy preocupan a Rusia son los mismos problemas clave que desafiaron el último zar y su nación.

